

*Dimme que
no es un
sueño*



Anabel Botella

*Dime que
no es un
sueño*

Anabel Botella



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Ana Isabel Botella Soler
© 2017 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Dime que no es un sueño, n.º 169 - septiembre 2017

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com y Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-9170-026-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Índice
Nota de la autora
Cita
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Epílogo

Si te ha gustado este libro...

Nota de la autora

Aunque en esta novela haya elementos sobrenaturales, los hechos que ocurrieron en Palma de Mallorca el 6 de marzo de 1687 son ciertos, así como el ambiente de crispación que se percibe hacia los judíos conversos a lo largo de esta historia.

Cita

*Somos del mismo material del que se tejen los sueños,
nuestra vida está rodeada de sueños.*

La Tempestad, WILLIAM SHAKESPEARE.

Prólogo

Mallorca, 21 de marzo 1670

Tiempo después de que Biel viera por primera vez a Isabel, juró amarla y respetarla para el resto de su vida; sin embargo, tuvieron que pasar demasiados años para poder cumplir su promesa.

Los últimos rayos de la tarde ya habían caído hacía bastantes horas en un horizonte preñado de nubes anaranjadas cuando Carmen, la criada de aquella mujer que había quedado tendida en mitad del camino, llegara más muerta que viva hasta la portezuela de un huerto. Se llevó una mano a la entrepierna y ahogó un grito. Un líquido pegajoso le corría por las piernas y respiraba con dificultad. Notó un sabor amargo en la boca; segundos después percibió un fluido caliente subiendo por su garganta. Arqueó la espalda y vomitó a un lado de la puerta. Cerró los ojos y no quiso pensar en lo que acababa de pasar. Nadie sabría de su desdicha, nadie sabría qué había perdido a manos de tres hombres, nadie sabría cómo había sido vejada.

Tras la tapia, se advertían voces que salían de la casa. Insistió en tocar la puerta varias veces y rezó para que no le fallaran las fuerzas, no por ella, se decía, sino por su señora. Dio gracias al sentir pasos apresurados.

—¿Qué deseas? —preguntó alguien con un marcado acento extranjero desde el otro lado de la puerta.

—Os ruego que atiendan mi súplica. Mi señora está muy malherida —dijo Carmen—. Nos han asaltado y han matado a todos nuestros hombres.

Una criada negra muy mayor abrió la puerta, y detrás de ella apareció el ama de la casa, una mujer algo más joven que la primera. La criada le ofreció una jarra con agua fresca para que bebiera.

—Os lo suplico, tenéis que ayudar a mi señora. Está perdiendo mucha sangre y alberga en su vientre un niño. Ha roto aguas.

La criada tragó saliva por lo que significaban aquellas palabras de Carmen, se encogió de hombros y miró a la mujer mayor, quien negó con la cabeza. Enseguida llegó un niño que aún no había alcanzado los catorce años. En la

cabeza llevaba un bonete.

—Madre, tienes que ayudarla, no podemos dejar que se muera.

La madre bajó la cabeza al suelo. Se debatía en un mar de dudas.

—No podemos, Biel, y lo sabes bien —comentó finalmente—. Acaba de empezar la oración.

—Señora, esta noche no es propicia —dijo la criada mirando al cielo—. La luna es negra en el nuevo ciclo de la vida. El cielo está cubierto de nubes de sangre. Es el único día donde no pueden nacer los niños. Será un niño maldito, un niño de sangre.

—Os lo suplico, ella os necesita, no podéis dejar que se muera. —Carmen juntó las dos manos a la altura del pecho—. Al menos salvad a su hijo. Mi señor os lo recompensará muy bien.

Cuando la madre negó con la cabeza, el niño, tan rubio como ella, la miró con desconcierto.

—Es la ley de Adonay —murmuró agarrando al chico por un brazo y llevándolo detrás de la puerta para que no la escuchara Carmen—. Violaríamos el *sabbat*. Además, ¿qué hacen ellos por nosotros? Menospreciar al único, a Adonay.

—Os lo vuelvo a suplicar... —soltó, cayendo de rodillas al suelo, se arrastró para traspasar la puerta y besó las manos del ama de la casa—. Salvadla. He oído decir que sois la mejor partera de toda la isla. Os juro que si me ayudáis no diré nada de lo que sucede tras esta puerta. Podéis tener mi palabra. —Se sacó un crucifijo de madera y lo besó.

—Madre, no podemos dejar que se muera. Tenemos que hacer algo. Deja que sea yo quien lo haga. No te pido que la asistas tú, solo que me guíes, os he acompañado en varios partos.

—Lo lamento, Biel. No quiero violar la ley. —Se giró y le hizo un gesto a la criada para que cerrara la puerta—. Y tú tampoco contravengas la ley. Entremos dentro. Hoy es un día de fiesta para nosotros.

Sin embargo, el chico, tras meditarlo unos segundos, supo lo que tenía que hacer. Corrió hasta la casa y sacó los instrumentos que le regaló su abuelo de una caja de madera, hizo un hatillo y se lavó las manos antes de salir. Regresó a la puerta, donde aún permanecía la criada de la casa. Quiso impedirle el paso, pero Biel la agarró de un brazo para pasar.

—No puedes ayudarla, os lo ha ordenado vuestra madre. —La criada le señaló el cielo—. Esta noche no puede nacer ninguna vida. Es la ley de La

Madre, la sangre no puede derramarse en la tierra. Así ha sido desde siempre. La Madre no lo va a consentir.

Biel negó con la cabeza.

—Soy un hombre de ciencia, como mi abuelo. ¿Qué puede pasarme? —Le quitó el candil que llevaba en una mano.

—¿Qué haces? La Madre no lo va a permitir. Ella os maldecirá y os castigará a vos y a ese niño. Si nace un niño, él os perseguirá hasta mataros. Si nace una niña, ella os embrujará y vos caeréis en sus redes. Nunca podréis descansar.

El chico hizo oídos sordos a las palabras de la criada, abrió la puerta y se colocó al lado de Carmen.

—Dime dónde está. —Se arrodilló junto a la criada y le echó un vistazo a su labio partido y su ojo amoratado—. Tú también necesitas ayuda.

Ella abrió los ojos de par en par y ahogó un sollozo.

—Si no eres más que un niño —musitó Carmen, acariciándole la cara.

—Lamento no tener más de trece años. Soy la única ayuda que vas a encontrar en esta casa. —Después dio media vuelta, plantándole cara a la criada—. La voy a socorrer.

—No, no puedes hacerlo. Ni La Madre ni vuestro Dios lo permitirán —señaló la criada—. La Madre tomará lo que es suyo. Si no lo hacéis por La Madre, hacedlo por Adonay, vuestro dios. Él también os castigará. ¿Queréis maldecir la casa de vuestros padres, la casa de vuestros tíos, a vuestra prima, con la que os casaréis? ¿Es eso lo que deseáis?

—¿Maldecir? Yo no creo en vuestros dioses. No creo en esa *madre* que no tiene misericordia por una vida que está por nacer.

—No lo permitáis, mujer. —La criada se interpuso entre Biel y Carmen—. Llegará un día que la tierra reclame lo que es suyo. Si se derrama sangre esta noche La Madre los maldecirá a él y a ese niño. Biel, esperad solo unas horas, hasta que el sol salga.

—Déjame pasar —le ordenó Biel.

—La Madre se pondrá muy furiosa. Ese niño que va a nacer no será nunca feliz. Allá donde vaya será desgraciado.

Él negó con la cabeza, pero ¿qué podía hacer si no? Si deseaba ser un buen médico, no podía dejar de atender a alguien que lo necesitara.

—Dime dónde está tu señora —dijo cuando Carmen se levantó del suelo—. No hay tiempo que perder.

—Te lo agradezco. Sígueme.

Biel fue tras los pasos de Carmen. A lo lejos aún se podían oír los gritos de la criada negra.

—Si ayudáis a la mujer, ese niño os perseguirá a lo largo de la vida. Él os atrapará en sueños, os buscará hasta encontraros, nunca parará y no os podréis librar de él. No os manchéis con la sangre de una mujer que no conocéis de nada. —Los gritos de la criada se iban apagando a medida que iban dejando atrás la casa—. ¿Eso es lo que deseáis? No encontrarán alivio ni vuestros hijos, ni los hijos de vuestros hijos, Biel. La Madre os castigará. Os suplico que no lo hagáis. Maldecirá vuestro matrimonio...

—Mi señor Jesucristo te lo recompensará. —Carmen volvió a besar la cruz que llevaba colgada al cuello—. Ten por seguro que un día tendrás tu recompensa, si no es en esta vida, será en otra. Encontrarás alivio a tus penas. Mi señor es misericordioso.

Caminaron durante muchos minutos hasta que Carmen le señaló un carruaje que estaba volcado en mitad del camino. Biel llegó a la carrera y la escena que encontró le resultó dantesca. Los tres hombres que acompañaban a Catalina Despuig estaban muertos. Observó también un círculo de piedras donde Carmen había depositado a su señora. Se arrodilló ante Catalina, que apenas respiraba. Después de posar la oreja en el pecho, supo que no correría mejor suerte que los tres hombres que habían muerto. Le entregó el candil a Carmen.

—Sostenlo.

Sacó del hatillo una trompetilla y la colocó sobre el vientre de Catalina para escuchar los latidos del bebé. Ella abrió los ojos y soltó un gemido.

—El niño sigue con vida. ¿De cuánto tiempo está? —quiso saber, girándose hacia Carmen.

—De casi ocho meses.

Biel tomó aire y lo soltó con calma. Se dio ánimos, porque aunque no podía hacer nada por Catalina, deseaba salvar al bebé que estaba en camino. Metió una mano para explorarla, como había visto muchas veces hacer a su madre, hasta tocar la cabeza del pequeño. Ya venía de camino.

—La pérdida de sangre la ha debilitado. No va a aguantar el parto. No tiene fuerzas ni para empujar.

—Salva al niño. Ella así lo habría querido.

Biel asintió con la cabeza. Del hatillo sacó el bisturí de su abuelo y se

preparó para sacar al bebé. Antes de practicar la incisión, miró ese cielo tan negro como el ébano. No había vuelta atrás.

La madre, sacando fuerzas de flaqueza, se incorporó y lo agarró del cuello de la camisa.

—Hazlo, te lo ruego por nuestro señor Jesucristo. Este hijo tiene que nacer. Haz lo que tengas que hacer.

—Señora, me temo que no sobreviviréis.

—Mi hijo tiene que vivir. —Su voz se iba apagando—. Lo que pase después no es importante. Hazlo ya antes de que me fallen las fuerzas.

Biel observó el bisturí y no se lo pensó dos veces. Tras hacer un corte entre la comisura posterior de la vulva hasta el ano, metió la mano y sacó a una niña que tenía el pulso tan débil como la madre. Biel introdujo un dedo en la boca de la niña y enseguida la pequeña soltó un quejido lastimero. Carmen le entregó una toca para que la cubriera. Catalina abrió de nuevo los párpados y buscó con la mirada al chico que había salvado a su hija. Biel observó el color de sus ojos, que eran de un verde intenso que la iluminó por un segundo. Él le colocó sobre su pecho a la pequeña cuando cortó el cordón umbilical.

—Es vuestra hija.

Catalina asintió.

—Cuida de ella. —Tuvo fuerzas para entregársela de nuevo a Biel—. Júralo.

—Os juro por mi vida que cuidaré de ella, aunque sea lo último que haga. Se la entregaré a vuestro esposo. —Miró a la pequeña y sintió un escalofrío que lo sacudió de pies a cabeza. No supo explicar qué le pasaba, pero había algo que lo unía a ella.

La mujer soltó un gemido. No quería abandonarse aún al peso de sus párpados, porque sabía que después de cerrarlos la oscuridad sería eterna para ella.

—Has jurado que cuidarás de ella —dijo con el último rastro de aliento que le quedaba en el cuerpo.

Una lágrima rodó por la mejilla de la mujer al tiempo que un gemido desgarrador se abría paso a través de sus labios reseco antes de partir al otro lado. Biel le cerró los párpados.

La niña abrió los ojos, parpadeó y por último soltó un llanto que estremeció el silencio de esa noche sin luna.

—Descansad en paz, señora, nunca he faltado a mi palabra. Esta niña vivirá.

Capítulo 1

En la actualidad

La idea de una cita rápida, hasta aquella noche, no había salido como yo deseaba. Aunque me parecía una buena opción, ya que había probado dos veces a salir con hombres gracias a Badoo, ambas veladas acabaron tras una cena de lo más desastrosa y aburrida. A decir verdad, eran muy guapos, casi me atrevería a decir que eran dioses griegos, aunque más simples que el mecanismo de un botijo. Durante el tiempo que estuvimos cenando mis dos acompañantes solo se ocuparon de hablar de sí mismos, de las horas que dedicaban al gimnasio, del tipo de dieta que seguían para mantenerse en forma y de las calorías que ingerían, pero sobre todo me quedó muy claro que ambos eran muy rigurosos con las salidas nocturnas. Casi dejaron caer que me estaban haciendo un favor y que yo me tenía que sentir afortunada por haber sido la elegida. Estuve tentada de comentarles que yo no buscaba a ningún príncipe azul, pero preferí quedar como una mujer apática y con pocas ganas de jugar. Así que tras utilizar la misma excusa con los dos: un intenso dolor de cabeza, me deshice de aquellos dos tipos aburridos después de tomar el postre y me marché como Cenicienta. Por fortuna, yo no perdí un zapato, ni mucho menos la cabeza por dos hombres imbéciles. No tenía ganas de seguir con la otra parte del cuento.

Sin embargo, aquel último sábado de agosto en Madrid fue distinto. Algo cambió en mi interior y decidí seguir adelante con un encuentro que rompió todos mis esquemas. Si me había decidido por esta alternativa de una cita rápida fue porque no quería ninguna clase de compromiso. Lo que deseaba era una salida lejos de mi ciudad, donde nadie me conociera y después, si te he visto no me acuerdo. Ni siquiera se lo había comentado a Carmen, mi mejor amiga y confidente, ni mucho menos a mi abuela, para la que nunca tenía secretos.

Esto mismo era lo que iba a ocurrir en la habitación de hotel que Gabriel había insistido en pagar.

Ya no se trataba de cenar con alguien que acababa de conocer, estaba dando un paso que solo me había atrevido a dar con un hombre. Necesitaba olvidar quién era yo por una noche, ser la mujer que no era, sentirme querida por alguien, aunque estuviésemos fingiendo que todo era verdad. No tenía nada claro que él se llamara Gabriel. Incluso yo misma estaba utilizando mi segundo nombre, Catalina, pero eso nos daba igual, porque después de que él y yo tuviésemos lo que habíamos estado buscando tras esa cita, cada uno se iría por su lado y no nos volveríamos a ver nunca más. Éramos adultos y yo no le pediría ni su número de teléfono ni tampoco volveríamos a salir juntos otra vez.

Jamás había perdido el control, pero mientras estábamos cenando, su cálida mirada desarmó mis defensas con la fiereza de unos dientes afilados. Me provocó sensaciones olvidadas y me dejé llevar. Por unas horas me gustó el hecho de no pensar en qué pasaría cuando nos despidiéramos, como también me agradaban las miles de mariposas que volvían a despertarse otra vez en mi estómago. Después fueron los pequeños detalles que me parecieron tiernos, como que su voz fuera sugerente o que me hablara con una intimidad que logró estremecerme como hacía tiempo que no me pasaba. Me trataba como si solo estuviésemos él y yo cenando en el restaurante. Había algo en sus palabras que me tenía hechizada. Me había cautivado desde que nos presentamos, me tendió la mano y me dio dos besos en la mejilla. Yo no hice más que dejarme mecer como si fuera una balsa en mitad de un océano en calma.

Así que cuando me propuso tomar una copa después de cenar, acepté sin dudarlo. No recuerdo exactamente las palabras que me susurró en el oído cuando estábamos apoyados en la barra del bar, pero sí que me acuerdo del deseo sordo y punzante que empezó a despertar entre mis piernas. Hacía tantos años que no lo sentía que me conmovió sentir el aliento de alguien en la oreja.

Lo acompañé hasta un hotel cerca de la plaza de Santa Ana. Antes de salir del ascensor volví a aspirar su aroma, olía a cítricos y a mar, sobre todo a ese mar que tanto me gustaba: el Mediterráneo. Era un olor que me transmitía paz, un perfume que me había dado todo lo que más había querido. Cerré los ojos ante lo que estaba a punto de pasar. Me repetía que no quería pensar en nada, solo dejarme llevar por una vez desde que él se marchó. Lo necesitaba tanto como respirar.

Salimos al pasillo y me agarró de la mano. Me costaba ocultar el temblor de las rodillas, que se me extendía hasta el estómago. Quise decirle que hacía más de tres años que no estaba con alguien en la cama, pero Gabriel pareció adivinar mis pensamientos y acalló mi miedo posando las manos en mi cara y acariciándome las mejillas con los pulgares. Me miró desde arriba. Sus dedos se enredaron en mi cabello y me pegó a su pecho. Quizá temiera que yo saliera corriendo.

Cerré los ojos y entreabrí los labios al sentir los suyos tan cerca de los míos. Deslizó una mano por mi espalda. Esperé a que nuestras bocas se juntaran, pero durante unos segundos nos contuvimos y pude sentir su aliento cálido y su respiración agitada. Con suavidad, nuestros labios se encontraron una y otra vez hasta que perdimos la cuenta de los besos. Me gustó su sabor dulce a la vez que fuerte. Cuando nos separamos, abrí los párpados y busqué sus ojos. ¡Cómo temía que de un momento a otro supiera qué secreto me atormentaba, qué había de bueno o malo en mí! Sin embargo, me quedé prendada del mar de su mirada.

Volvió a acallar mis temores con un beso avasallador. Yo me estremecí en sus brazos. Ardí de deseo al tiempo que él exploraba lentamente mi boca con la lengua. Su sabor me estaba volviendo loca, por no decir también que me resultaba tentador. Me estaba quedando sin aire, pero él venía una y otra vez a mi rescate. No recordaba que una pequeña sesión de besos fuera tan excitante. En aquellos minutos en los que nos estuvimos besando todos mis miedos desaparecieron.

—¿Estás bien? —me preguntó cuando volvimos a separarnos.

Estábamos a punto de abrir la puerta y entrar en la habitación. Era el momento de decidir qué quería hacer, si deseaba que metiera la llave o por el contrario quería volver al ascensor y marcharme de aquel hotel.

No supe qué responderle. Si bien me encontraba a gusto a su lado, el miedo volvió a aparecer por unos instantes. Los latidos de mi corazón me estaban traicionando; era como un animal desbocado que había tomado el control de todo mi ser. Solo quería soñar, porque hubo una vez en que conseguía hacerlo.

Me sonrió. El pelo desgreñado y rubio le caía sobre un ojo. Tuve el impulso de retirárselo, pero él se adelantó a mi deseo. Y por segunda vez en esa noche me dejé llevar por las impresiones que me transmitía Gabriel. Asentí con la cabeza.

Noté el aliento sobre mis hombros desnudos, que me abrasó y me sacudió como un latigazo. Deslizó el pulgar por mi mejilla para que levantara el mentón; tan cerca nos encontrábamos que nuestros labios casi se rozaban. Me sentí atraída por su mirada hipnótica, por el azul cielo de sus ojos, esos que se negaban a liberarme de mi deseo. Era pura fascinación lo que percibía. Me besó por enésima vez. Me abandoné a la calidez de su boca, al sabor a mar. Entonces encontré lo que estaba buscando, me olvidé de mí, del otro lado de la cama que llevaba muchos años vacío y que llevaba mucho tiempo frío. Todo mi miedo desapareció y dejó de importarme quién era yo en aquellos momentos, porque todo lo que me interesaba era el tacto de su lengua, sus labios sobre los míos o las caricias que siguieron a esos primeros besos. La sensación de seguridad que me proporcionaba me había desconcertado. Me trataba como si me conociera desde hacía muchos años.

Después, las primeras caricias que siguieron cuando entramos a la habitación me habían alterado tanto que me habían hecho sentir vulnerable, casi más expuesta que si hubiera estado desnuda.

A pesar de que ambos estábamos fingiendo ser quienes no éramos, aunque hubo algún momento en que lo dudé, todo lo que ocurrió en aquella habitación me pareció real. Sus manos crearon magia y por unas horas volví a sentirme viva. No pedía nada más.

Desde la cama, Gabriel observaba cómo me terminaba de vestir. No quería que el amanecer me encontrara a su lado.

—Ha sido mágico. ¿Crees que podríamos volver...? —Me giré e interrumpí su pregunta con un beso en los labios.

Prefería quedarme con el recuerdo dulce de aquel encuentro que me sacó por unas horas del infierno y de mis noches en vela. Negué con la cabeza, pero ante la decepción que percibí en su mirada, le dije:

—No creo. ¿Para qué estropear una noche perfecta?

—Podemos hacer que esto sea el inicio de algo más.

—Créeme, mejor dejarlo aquí.

—No, mejor dejar que sea el destino el que decida por nosotros.

No le respondí. Me limité a encogerme de hombros y después me marché de la habitación sin mirar atrás. Había puertas que eran más fáciles de cerrar que otras.

Capítulo 2

Enero 1686

Un hecho sabido en Ciutat y en toda la isla era que las dos hijas de Catalina Despuig y Pere Vallespir tenían una belleza que no parecía de este mundo. Quienes habían tenido el placer de conocerlas, así lo aseguraban. De Margalida e Isabel decían que eran dos muchachas de aspecto angelical, sobre todo la pequeña, quien poseía una sonrisa capaz de derribar las seis puertas de las murallas de Ciutat. No habían sido pocos los muchachos que las pretendieron, no solo por ser bellas, sino porque también poseían la mayor fortuna de Mallorca gracias al matrimonio de su padre con la heredera de una de las familias con más solera en la isla.

Pere Vallespir, como había hecho su padre y el padre de su padre, siguiendo con una tradición ancestral, jamás permitiría que ninguna de sus hijas se casara con alguien que no fuera descendiente de alguna de las pocas familias que poblaron la isla después de que Jaume I la reconquistara definitivamente para la corona de Aragón. Era inconcebible y deshonroso emparentar fuera de tan selecto círculo.

El patrimonio que poseía Pere era inmenso, pues a sus campos de almendros se les unieron los campos de olivos que heredó Catalina como hija única, que iban desde Porto Cristo hasta Sant Joan, pasando por Manacor y Petra. Tomeu Despuig casó a su hija con Pere Vallespir, un hombre que podría manejar con mano firme la fortuna que había heredado Catalina, una mujer de una belleza arrebatadora, dulce, de facciones delicadas y salud muy frágil. La mala fortuna quiso que Catalina no pudiera tener hijos hasta cumplir la treintena y que muriera en el parto de su segunda hija, Isabel, a la edad de treintaitrés años. Las niñas se criaron con la *senyora avia*, la madre de Catalina, y un padre ausente por sus continuas obligaciones en *la casa de possessió*^[1] que tenían en Petra y a sus continuos viajes a tierras lejanas.

Margalida tan solo tenía quince años cuando su padre la había casado con el heredero de los marqueses de Sant Martí, y tres años después, Pere,

pensaba hacer lo mismo con Isabel. El afortunado sería el heredero de los marqueses de Vivet, un joven de treinta años que amaba el mar tanto como Isabel amaba la tierra en la que se había criado. La boda tendría lugar en un mes y la oficiaría Miquel Riera, el reverendo canónigo de La Seu[2], como ya había hecho con su hermana.

Isabel contemplaba cómo el sol anaranjado se ocultaba tras el horizonte antes de partir a Ciutat para sus esponsales, mientras una suave brisa mecía una palmera, traída por su *senyor avi* del lejano Egipto, en un baile sensual. Iba a echar de menos la casa, los olivos, el olor a tierra y a su *senyora avia*, que no podría viajar con ella porque estaba aquejada de una enfermedad que la tenía postrada en el lecho.

Margalida, su hermana mayor, no dejaba de hablar, las pocas veces que se veían, de lo mucho que le gustaba vivir en Ciutat y de las fiestas a las que era invitada. Comentaba, además, que todo el mundo alababa las dotes culinarias de su cocinera, porque hacía las mejores ensaimadas, un dulce que se había puesto muy de moda entre las familias más adineradas cuando había algo que celebrar. Sin embargo, Isabel sabía que nadie podría superar la cocina de Xisca.

Hasta ese momento, a Isabel no le habían interesado ni el boato, ni las fiestas, ni los vestidos lujosos. Encontraba comodidad en sus enaguas de algodón en verano y de lana en invierno y en la falda superpuesta a la camisa. En un par de ocasiones se había puesto el tontillo y había llegado a la conclusión de que era incómodo para caminar, pero sobre todo para sentarse. Solo se ponía el sayo y el corpiño cuando no estaba ayudando a Xisca en la cocina. Esta era una de las razones por las que le gustaba estar junto a la cocinera de la familia.

Antes de pasar a la casa, Isabel observó a los mozos que cargaban en el carruaje los baúles que la acompañarían en su viaje. También había decidido que su fiel perro Cupido, regalo de Margalida antes de que se marchara de casa para casarse, viajaría con ella. No quería separarse de su amigo, el confidente de todos sus secretos y de todos sus anhelos. Era el único que sabía el temor que le producía su futuro marido, un hombre al que solo había visto en una ocasión, pero no recordaba nada de aquel encuentro porque ella tenía seis años y Bernat quince.

Entró por la cocina, donde Xisca preparaba varias cocas con saín y con embutidos de la última matanza. Cupido seguía sus pasos, al tiempo que

agitaba la cola con energía. Sobre la mesa de madera que había en el centro de la estancia, siempre había un jarrón con alfábega. Isabel se acercó a olerla porque encontraba que siempre la tranquilizaba cuando había algo que rondaba por su cabeza.

—Vuestra *senyora avia* lleva un rato preguntando por *vossa mercè*. Ya se ha despertado. Esta noche pasada no ha pegado ojo.

—¿De qué ánimo está esta noche?

—No lleva muy bien que os marchéis tan pronto a Ciutat.

Isabel también la echaría de menos, pero no podían retrasar una boda que estaba concertada desde que ella tenía seis años. Llevaban preparando este enlace más de ocho meses.

—Será mejor que no la haga esperar mucho más. Cuando esté la cena tráela a su alcoba. Espero que esto le alegre un poco.

Ya salía por la puerta cuando se giró hacia donde estaba la cocinera, que extendía la masa con un rodillo. Había algo que la reconcomía por dentro, así que le preguntó con voz suave y con un estudiado gesto:

—El otro día oí decir a Margalida que Aina, su cocinera, hacía la mejor leche de almendras de todo el mundo.

—¿Y *vossa mercè* qué le contestó?

—Que eso no era posible porque la mejor leche de almendras la hacías tú.

—Muy bien dicho. Ya hablaré con vuestra hermana cuando se digne a visitarnos.

—Quizá si le llevara un poco a Ciutat volvería a cambiar de idea.

—¡Ni hablar! Nadie me dice que mi leche de almendras no es tan buena como la de otra mujer. ¿Qué modales son esos para una mujer de su posición?

—¿Entonces mañana no podré llevarme un poco de leche de almendras para el viaje? —Isabel parpadeó—. Es que te voy a echar mucho de menos.

La cocinera soltó una carcajada sonora.

—Pero ¿habrase visto las preguntas que me hace *vossa mercè*? Me ofendéis con esas dudas. No solo hemos hecho para su *senyora avia*, también le hemos hecho una buena cantidad para el camino a Ciutat.

Xisca sacó una lechera que tenía en la alacena, agarró un vaso y se lo ofreció.

—No hay nadie que la haga como tú —comentó Isabel pegando un trago—. ¿Estás segura de que no quieres venirte a vivir conmigo a Ciutat? Allí

estarías muy bien. Serías la envidia de todas las cocineras.

—Pero a mi edad, ¿qué se me ha perdido a mí en Ciutat? ¿Quién cuidaría de la *senyora avia*? Ni loca voy por esos caminos. —Se calló, la miró y recordó lo que le había pasado a su madre—. Yo que me mareo en cuanto me subo a un carro o a una mula. Además, Ciutat está llena de forasteros, y me han dicho también que las cosas andan revueltas con esos judíos conversos. Ni hablar. De aquí no me mueve nadie, no hasta que salga con los pies por delante por esa puerta. —Se santiguó.

—No seas agorera. Yo solo quería que vinieras conmigo. —Posó el vaso sobre la mesa después de no dejar ni gota—. Aún te quedan muchos años para que nos dejes.

—Ande, subid a verla y no me entretengáis más, que aún tengo que meter las cocas en el horno y sacar el pan que se llevará *vossa mercè* a Ciutat. A saber cómo cocinará esa nueva cocinera.

—Exacto, tú misma lo has dicho. ¡A saber quién nos hará ahora el pan! — Isabel insistió una vez más.

—A mí no me engaña con esa carita de niña buena que tiene. Yo no me muevo de esta casa.

—Está bien, ya me ha quedado claro.

Isabel se encogió de hombros y salió con prisas de la cocina.

—No corra *vossa mercè*, que no es un muchacho y mucho menos un caballo —la recriminó Xisca desde la cocina—. Prométame que cuando sea una mujer casada no se subirá a las higueras. Guarde las formas y compórtese como una señorita de su posición, que en menos de un mes pasará por el sagrado sacramento del matrimonio.

—No hace falta que me lo recuerdes —dijo para sí misma.

Sin embargo, pese a la orden de Xisca, subió de dos en dos los escalones y llegó a la habitación de su *senyora avia* con la respiración entrecortada. Cupido llegó casi a la misma vez que ella y se pegó a sus pies. Antes de llamar, acarició la cabeza de su perro y después esperó una respuesta para pasar.

—¿Isabel, hija mía, eres tú? —preguntó una voz grave.

—Sí, soy yo, *senyora avia*, ¿me permitís pasar?

—Pasa, pasa, te estaba esperando.

Isabel entró en una habitación iluminada por varias velas. Un fuerte olor a alfábega la recibió, un olor que le recordaba a la mujer mayor. Desde la

cama, la abuela le hizo un gesto para que se acercara a besarle la mano.

—*Senyora avia*, ¿cómo se encuentra *vossa mercè* esta noche? —Se sentó en el borde de la cama.

—Ay, hija, ya no estoy para emociones fuertes —unas manchas oscuras cercaban sus ojos—; mañana te vas y yo me quedo sin la luz de mis días, sin mi tesoro.

—¿Qué voy a hacer en Ciutat sin *vossa mercè*? Voy a estar sola.

—¿Qué dices sola? Has crecido muy pronto y en dos meses cumplirás los dieciséis años —dijo con un hilo de voz—. En menos de cuatro semanas estarás casada.

Isabel soltó un bufido de resignación.

—¿Todas las mujeres tienen miedo cuando se casan?

La *senyora avia* hizo un gesto con la cabeza antes de responder.

—Sí, todas hemos pasado por ahí. —Le dio unos golpecitos cariñosos en el brazo para consolarla—. Tu esposo pertenece a una gran familia. Sabrá respetarte esa noche.

—Pero eso no hace que tenga menos miedo.

María, una de las criadas, las interrumpió un momento para preparar una mesa que estaba junto a la ventana porque la cena estaba casi lista. Pocos minutos después subió otra criada con una bandeja, donde había varios platos. Además de la coca, Xisca había preparado una sopa y unas uvas de postre.

—Le debes respeto a tu marido, pero nunca, ¿me oyes?, nunca dejes que él opine por ti. Ni él, ni nadie. No permitas que ningún hombre se interponga en tu camino —siguió hablando la *senyora avia* cuando volvieron a quedarse a solas—. Así ha sido siempre entre las mujeres de nuestra familia.

—¿Y si no sé cómo hacerlo?

—Encontrarás la manera. Eres una Vallespir Despuig, y eso es mucho decir en Ciutat. A tu marido nunca se le ocurriría faltar a la palabra que le dio a tu *senyor avi*.

Isabel asintió con la cabeza.

—Y pobre de él como no respete la palabra que le dio a Tomeu Despuig. No va a tener agua suficiente de aquí a Valencia donde pueda esconderse.

—Juro por lo más sagrado que me haré respetar.

—Sí, ya no eres una niña. —Le acarició la mejilla—. Busca siempre la justicia en cada cosa que hagas tal y como yo te enseñado. Eso es lo que nos

caracteriza.

Estas palabras no le venían de nuevo. Las había escuchado tantas veces que era el momento de tenerlas en cuenta y de llevarlas a la práctica sin miedo. De ella había aprendido a ser fuerte, a no temer a lo desconocido, a enfrentarse a la vida con valor. No podía defraudarla, y ahora más que nunca se sentía orgullosa de haber heredado no solo su nombre, sino también su carácter combativo.

Nieta y abuela pasaron horas y horas hablando sobre lo que se esperaba de ella como mujer casada.

—Descansa, luz de mis días —comentó la mujer mayor—. Mañana te queda un día muy largo.

El primer gallo anunció que la despedida se acercaba. Isabel, aún con la camisa y la falda puestas, se había dormido abrazada junto a la mujer que la había criado. Aunque no había amanecido aún, se adivinaban los primeros rayos de sol en el cielo. Ella notó un sabor extraño en la boca del estómago porque otra vez había tenido un sueño perturbador con alguien a quien no conocía. También notó la miel de sus besos en los labios. De él solo sabía que en sus ojos había un mar.

—Ya es la hora —dijo la *senyora avia* con voz ronca. Isabel intuyó que no había dormido, que había sido la última vez que había velado sus sueños, como cuando era pequeña—. Se te hace tarde y te espera un largo camino.

Isabel se hizo el ánimo de levantarse con gran pesar. Cupido alzó las orejas y se colocó al lado de su ama. El galló volvió a cantar. En la cocina se escucharon los primeros ruidos del entrechocar de la loza. Isabel imaginó que Xisca tampoco había podido dormir.

Después de muchos días, la *senyora avia* sorprendió a su nieta levantándose de la cama.

—¿Pero *vossa mercè* qué hace? No estáis para levantaros de la cama.

—No serás tú quien me diga cuando me tengo que levantar o cuando me tengo que acostar. Aún me quedan fuerzas para despedirte como toca. No olvides que perteneces a la familia Despuig y hoy es un día importante para mí. Sé cuál es mi obligación.

—Dejad que os ayude.

—Tranquila, estoy delicada, pero aún me quedan años para que nuestro señor Jesucristo me llame a su lado. —Le hizo un gesto con el brazo—. Acércame la toca y el rosario y llama a María para que venga a vestirme.

Vamos a rezar Laudes antes de desayunar.

La *senyora avia* la acompañó a la puerta y la despidió con un beso en la mejilla.

Cuando Isabel llegó a su alcoba, su nodriza, Carmen, la estaba esperando con una jofaina de agua hirviendo en la mano, que estaba mezclando con la que había en una palangana.

—*Vossa mercè* ya tiene el agua preparada. Su *senyora avia* me dejó dicho ayer noche que no os demoréis y que desea rezar y desayunar en el salón principal.

Carmen tenía una receta infalible para calmar los ánimos cuando salían de viaje. Dejaba hervir el agua con flores de azahar y unas flores de lavanda secas. Era una receta que se utilizaba en el pueblo de sus padres, Alzira.

Isabel se desnudó de cintura para arriba y se aseó. Después hizo lo propio de cintura para abajo, aunque de espaldas a su nodriza. Cuando estuvo lista, Carmen la ayudó a ponerse la camisa, dos enaguas de algodón, un sayo, un corpiño y una falda de seda. Elaboró unas trenzas y por último sacó una caja donde Isabel guardaba un anillo de su madre y un collar de perlas, regalo de compromiso de Bernat.

Isabel bajó las escaleras seguida por Cupido. La *senyora avia* la esperaba junto al párroco del pueblo en la pequeña capilla familiar que tenía la casa. Se sentó junto a ella y dejó vagar la mente unos momentos. Después de que el cura le diera su bendición, fueron hasta el salón familiar.

La mesa robusta de madera de nogal, vestida con un mantel de hilo, ya estaba preparada en el salón principal. Por toda la estancia había jarrones de alfábega y de rosas, las dos plantas que más le gustaban a Isabel. Xisca había cortado unas rebanadas de pan, que sirvió con queso y aceite. Puso en un plato embutido y sobrasada y también había hecho unos almendrados, un dulce que a Isabel le gustaba mucho. Como le había pedido la tarde anterior, Xisca le había dejado una jarra de leche de almendras junto a su plato. La *senyora avia* se sentó en una silla con la espalda erguida e Isabel se acomodó a su lado. Al otro lado de la mujer mayor se sentó el párroco.

—Bendiga la mesa, *vossa mercè* —le pidió la señora mayor al cura.

Tras una breve oración, dieron cuenta de la comida que había en la mesa.

—Come, que te vendrá bien para el viaje, hija mía —le ordenó la *senyora avia* cuando advirtió que Isabel le pegaba unos pellizcos al pan—. Sírvase, padre —le indicó al párroco.

Isabel asintió y comió una rebanada de pan para no contrariar a la mujer que la había criado, aunque tenía el estómago cerrado. A pesar de lo mucho que gustaban los almendrados, solo pudo llevarse uno a la boca. Después, tomó un vaso de leche de almendras que le había servido María.

—Hace un rato que ha amanecido —soltó la *senyora avia*—. Tienes que salir ya a Ciutat si quieres llegar antes de que anochezca. Carmen ya ha empacado toda la comida que Xisca ha preparado.

—¿Dónde está Xisca? —quiso saber Isabel antes de marcharse.

—Ahora viene, pero tienes que darte prisa, hija mía.

Los mozos estaban preparados cuando salieron a la puerta. Isabel le dio dos besos en las mejillas a su abuela y después dejó que uno de los mozos la ayudara a subir al carruaje. Xisca llegó a la carrera con una cesta de esparto para darle un beso en las dos manos.

—¡*Vossa mercè*, os ibais sin despediros de mí! —exclamó con lágrimas en los ojos.

—¡Pero cómo me iba a ir sin despedirme de ti! —respondió Isabel con los ojos húmedos por la emoción.

—Os he preparado unos dulces para el camino. No os los comáis todos de golpe, que la conozco y luego os dolerá la barriga.

Fue una despedida corta, pero era lo que Isabel deseaba. Cuando el carruaje emprendió la marcha, ella sacó medio cuerpo por la ventanilla y agitó el brazo hasta que perdió la casa de vista. No hizo caso de la recomendación de Xisca para que volviera a sentarse. La cocinera estaba escandalizada porque esos no eran modales para una mujer de su posición.

«Ya tendré tiempo de comportarme como una mujer de mi posición».

Las horas se hicieron eternas al lado de Carmen, porque su nodriza se había pasado casi todo el viaje bebiendo un licor anisado que Xisca preparaba cada año. Ambas mujeres decían que prevenía contra los mareos, aunque Isabel tenía otra teoría al respecto. El licor anisado les gustaba por esa sensación de bienestar que les proporcionaba durante los primeros tragos.

Estaban llegando a la Porta Sant Antoni, cuando uno de los soportes de una rueda trasera se partió.

—*Vossa mercè* —dijo uno de los mozos que abrió la puerta y le tendió la mano para que bajara—, tenemos que parar para reponer la rueda. Os lo ruego, debéis esperar fuera.

Unos comerciantes que iban también a Ciutat se detuvieron al lado del

carruaje de Isabel. Tres de los cuatro hombres que viajaban llevaban largas barbas, salvo el más joven. Desde dentro del carruaje salió una mujer con un sayo y una falda de seda. Tenía las manos cubiertas de anillos de oro.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó la mujer—. Venimos desde Manacor detrás de *vossa mercè* —observó el blasón familiar que había en la puerta y agachó la cabeza en señal de respeto a Isabel—. Mis hermanos os ayudarán.

Carmen se giró con miedo hacia Isabel. Hacía muchos años que evitaba cruzarse con judíos por temor a que las palabras de aquella mujer que no quiso auxiliarla se cumplieran.

—¡Jesús, si son macabeos, *vossa mercè*! —dijo con la lengua pastosa por los efectos del licor anisado—. Miradla. No ha acatado la prohibición.

—¿Qué nos importa a nosotras cómo vaya vestida o cuántos anillos de oro lleve? —Isabel le murmuró a la nodriza para que solo la oyera ella y después se giró hacia uno de los tres hombres—. Si fueran tan amables de ayudar a mis mozos, estaríamos muy agradecidos.

—Enseguida cambiamos la rueda y podréis seguir con la marcha —respondió el mayor de los hombres.

—*Vossa mercè*...

Sin embargo, Isabel no oyó lo que dijo su nodriza, porque el menor de ellos, un hombre que debía rondar casi los treinta años, se le había quedado mirando. Sus ojos eran de un azul tan claro como el cielo en un día de verano. Isabel encontró que en la mirada de él había una calma que ya deseaba para sí misma. Quiso zambullirse en ellos y nadar como hacía en la balsa que tenía en Petra. Su mirada era idéntica a la del hombre que acudía a sus sueños desde hacía unos días. Se preguntó si sus labios serían tan dulces como los del joven de su sueño.

—Biel, ofrécele a la señora un poco de agua mientras ayudamos a cambiar la rueda. Saca unos dulces, por si desean reponer algo las fuerzas.

La nodriza recordó entonces cómo había llegado Isabel al mundo y sufrió un escalofrío cuando escuchó el nombre del hombre más joven. Como vaticinó en su día aquella criada negra, los caminos de Isabel y Biel se habían encontrado.

—Deja que la sirva yo, no te molestes —respondió Carmen—. Mi señora ya repondrá fuerzas cuando lleguemos a Ciutat. No necesitamos ningún dulce.

Isabel se giró hacia su nodriza y la reprendió con la mirada por ser tan

poco amable con los viajeros.

—Perdona a mi nodriza.

El hombre más joven se acercó con un odre y un vaso de barro para que Isabel bebiera. Ella alargó el brazo para tomar el vaso que él le ofrecía. Sus dedos se rozaron por un instante, pero fue el tiempo suficiente para que ambos siguieran mirándose. Había algo hipnótico en la mirada de él que la atraía. Biel regresó con los otros tres hombres y con los mozos de Isabel.

—*Vossa mercè* —dijo Carmen—, tomad una capa. Está empezando a refrescar.

Carmen la ayudó a colocársela y la apartó del carruaje.

De vez en cuando, Isabel pillaba a Biel observándola con un interés inusitado. Ella no deseaba ser tan descarada, pero no podía dejar de mirar todos sus movimientos. Notó cómo los latidos de su corazón se desbocaban de una manera tan desmesurada que se asustó, porque no podía controlar nada de lo que le pasaba.

Estaba a punto de anochecer cuando terminaron de cambiar la rueda. Carmen e Isabel permanecían sentadas sobre una piedra que había debajo de un almendro.

—*Vossa mercè*, quedaos un momento aquí, que voy a sacar una toca para mí. No os acerquéis a esos hombres.

—Tranquila, de aquí no pienso moverme.

Biel aprovechó que Carmen había dejado un momento sola a Isabel para acercarse a ella.

—¿Nos conocemos? —inquirió la muchacha con la garganta seca.

—Vuestros ojos me recuerdan a aquella mujer... son muy hermosos —dijo, aunque lo que en realidad quiso saber era cómo se llamaba, con qué nombre la habían bautizado.

Isabel bajó el mentón al suelo. No quiso comentarle a él qué le parecían los suyos por temor a que Carmen la riñera, pero pocas veces había visto un color como los de Biel. No sabía muy bien qué le pasaba, pero era algo diferente a cuanto estaba acostumbrada. Tenía las mejillas encendidas y el corazón le batía con tanta fuerza que temió que todos los presentes lo escucharan.

—*Vossa mercè*, ya podemos continuar el viaje —dijo Carmen pegando un pequeño sorbo del licor anisado que llevaba en un frasco.

—Te va a sentar mal.

—¡Jesús! Ya sabéis que tolero muy poco estos trotes en carruaje. Este licor hace maravillas.

Isabel asintió, aunque se giró un momento antes de regresar de nuevo al carruaje.

—Me llamo Isabel —murmuró cuando supo con certeza que nadie la miraba.

—Me gusta —respondió Biel alargando la curvatura de sus labios carnosos.

—¿El qué, mis ojos o mi nombre? —se atrevió a preguntar ofreciéndole una sonrisa.

—Ambos —respondió Biel chasqueando los labios.

Ella se limitó a asentir con la cabeza. Dejó que él la ayudara a subir al carruaje y permitió que sus manos estuvieran unidas un segundo más de lo que aconsejaba el decoro. Biel cerró la puerta y se quedó a un lado del camino contemplando cómo el carruaje se alejaba.

Isabel quiso mirar por la ventanilla y decirle adiós con la mano, pero se quedó con el recuerdo de una mirada que le había cautivado, de una sonrisa que había prendido una llama en su corazón.

[1] Casa rural grande.

[2] La catedral.

Capítulo 3

Como cada mañana, el despertador suena a las seis y cuarto. Desde hace unos días tengo una sensación extraña cuando abro los párpados. No recuerdo muy bien qué he soñado, solo que unos ojos azules me persiguen. Esa mirada me recuerda a Gabriel. No sé si esto es bueno o malo, solo sé lo mucho que me perturban estos sueños. Siento también que mis labios han besado una boca dulce que no me es del todo indiferente, aunque sé que no son los de Salva.

Antes de levantarme acaricio con la mano el otro lado de la cama, un gesto que hago inconscientemente, como si esperara que él aún estuviera, como si los últimos tres años no hubiesen pasado y todo formara parte de una terrible pesadilla. Sin embargo, un día más me encuentro sin su abrazo, sin sus besos de buenos días, sin sus bromas de los primeros años de casada, porque como cada mañana está helado. El invierno nunca se ha marchado de nuestro lecho; este vacío que me dejó cuando se fue es cada vez más grande.

No sé por qué motivo, pero siento la necesidad de acercarme al otro lado para oler su almohada, aunque hace bastante tiempo que ya no queda rastro de su olor. Este pequeño gesto, por mucho que yo lo haya anhelado, no me lo va a traer de vuelta.

Me levanto cuando Eros me quita la sábana que cubre mi cuerpo y la tira al suelo. Lanza un ladrido y sale corriendo al pasillo.

Ojalá tuviera la misma energía que él en estos instantes. A mí me cuesta algo más desperezarme que a mi perro. En eso Eros se parece a Salva.

—Sí, ya te he oído, y la vecina también. ¿Cuántas veces te tengo que decir que no ladres por las mañanas? ¡Ya me levanto, pesado!

Observo desde el colchón cómo agita la cola y cómo salta de alegría.

Aún no he retirado la mano del otro lado de la cama, pero Eros viene a rescatarme todas las mañanas del hueco que me dejó mi marido. Recuerdo, como si no hubieran pasado ni dos minutos, cuando recibí la llamada. Después de que ocurriera lo de Salva, me pasé los tres primeros meses yendo de un sitio a otro pidiendo explicaciones, pero en cuanto el tema dejó de

interesar en las altas esferas, la gente empezó a mirarme con pena y dejaron de prestarme atención. La noticia ya no interesaba políticamente y había que pasar a otra cuestión. Me pasé los siguientes seis meses en casa, deprimida por diversos motivos, sin apenas salir. Mi estado de salud llegó a ser tan preocupante que a mi hermana mayor se le ocurrió regalarme un cachorro porque esto me obligaría a salir de ese estado de catatonía en el que me hallaba inmersa.

Eros vuelve a ladrar y poco a poco voy retirando la mano de este vacío al que me enfrento cada día. Desde luego el nombre le queda como anillo al dedo, aunque yo no le hubiese puesto Eros, como el dios griego, a pesar de que me dé todo el amor que necesito. Cuando Romina me lo regaló por mi cumpleaños, quería ponerle el nombre que siempre soñé que le pondría cuando tuviera un perro: Lobezno. Sin embargo, mi hermana me comentó que ya tenía nombre cuando lo adoptó en la perrera. Siempre sospeché que fue ella quien se lo puso, porque es una enamorada de la mitología griega y porque tanto ella como Carmen están empeñadas en que este perro me ayudará a descubrir un nuevo amor. Ambas se creen en la obligación de encontrarme novio.

Me estiro, bostezo y después recojo la ropa sucia que hay encima de una silla. Eros sigue agitando la cola al tiempo que me acompaña a la terraza para dejar la ropa en el cuarto de la lavadora. Lleno su comedero y me marcho al lavabo. Sigue mis pasos, pero le cierro la puerta en el hocico. Aún no ha entendido, después de dos años, que necesito un poco de intimidad, como yo no me he acostumbrado a que un dálmeta me observe mientras hago pis.

Cuando termino, abro el grifo y me mojo las manos para lavarme la cara. Miro mi reflejo en el espejo y cómo ha cambiado mi aspecto desde aquel día. Ahora estoy mucho más delgada y un cerco de oscuras y violáceas ojeras remarca mi mirada. Hay días que me cuesta mucho más que otros ocultar el dolor. No sé cómo puedo pararlo, porque sigue estando aquí, anidando desde lo más profundo y no se quiere marchar. Dicen que el dolor es inevitable y que el sufrimiento es opcional, pero esto que se ha instalado en mi pecho es más parecido a lo primero que a lo segundo. Mis ojos no han vuelto a sonreír desde entonces, un fiel reflejo de lo rota que estoy por dentro.

Inspiro con calma para afrontar una nueva jornada y después me recojo el pelo en una coleta alta para terminar de hacerme un moño. Mi día a día se puede resumir en jornadas maratonianas, donde intento que todas mis horas

estén bien ocupadas. Es la única manera de no pensar, de caer exhausta en la cama y dormirme nada más apoyar la cabeza en la almohada. A veces me funciona, y en otras ocasiones deseo que los primeros rayos de la mañana se cuecen pronto por mi ventana. El insomnio es un fiel compañero de viaje que no quiere abandonarme.

Antes de volver otra vez a la habitación para vestirme, me giro hacia el armario. Hace más de tres meses que no lo he abierto, pero hoy necesito oler su perfume, saber que aún está conmigo. Veo su alianza, que se quitó el verano antes de marcharse, junto a su colonia. Me toco instintivamente el dedo anular con el pulgar, buscando el anillo de casada que perdí cuando estuve en Madrid. Sin él me siento como un poco desnuda. No sé cómo pudo pasar, pero cuando salí de la habitación de aquel hotel ya no lo tenía en el dedo.

Abro el frasco de su perfume y cierro los ojos. Un escalofrío me recorre por la espalda, porque los recuerdos me asaltan. Sonrío porque me viene a la memoria cuando nos conocimos y lo mal que me cayó entonces. Fue en el instituto, en segundo de bachiller. Yo venía de Boston, mis padres se habían separado por segunda vez y Romina y yo nos vinimos a vivir con mi madre a Valencia. Era la nueva de la clase, la que hablaba raro y él era el chico guapo que tenía locas a casi la mitad de las chicas. En la primera excursión que hicimos, tuvo la genial idea de tirarme al agua en la playa en mitad del invierno. Pensó que la broma haría gracia a todo el mundo, pero eso hizo que mi venganza fuera terrible e ideara algo para dejarle en ridículo. Durante unos meses le hice ver que yo también había caído en sus redes. Era la única manera de investigar y de que me dejara en paz. Le gustaba tener a un grupito de chavalas a su alrededor que le riera las gracias y que le escuchara cuando decía alguna de sus tonterías. Porque todo hay que decirlo, con diecisiete años Salva era muy idiota y solo decía cosas insustanciales. Incluso, para parecer una más del grupo, había ensayado delante del espejo una sonrisa escandalosa y una caída de pestañas cuando él hablaba de fútbol. Yo me aburría igual que si me hubiera estado hablando en finlandés o en marciano. Tengo que reconocer que el papel de tonta lo bordé mejor que ninguna; sin embargo, nunca llegué a entender por qué mis compañeras se empeñaban en ser idiotas cuando estaban a su lado, porque mientras yo tenía claro que lo mío era un papel, ellas no lo interpretaban. Dejé pasar mucho tiempo y que él se confiara. Estábamos casi a principios de verano cuando decidí devolverle

la broma. Sabía que después de los partidos de fútbol, él terminaba en las duchas, como también había averiguado que le gustaba usar la última que había en los vestuarios de los chicos. Así que me colé cuando el partido aún no había acabado. Era la gran final, la que posiblemente ganara su equipo, el partido del que llevaba hablando semanas y semanas. Salva ya había marcado dos goles, que había celebrado enviando un beso hacia nuestro lado de la grada, y el otro conjunto ninguno. Cogí una silla y me subí a ella para desenroscar la alcachofa de la ducha. Vertí el contenido de un frasco grande de colorante alimenticio y después volví a colocar la alcachofa en su lugar. Solo tenía que esperar a ver cómo terminaba aquello para reírme con ganas. Por suerte para mí, todo salió a pedir de boca, Salva acabó pringado de colorante amarillo y no pudo celebrar la victoria como todos los compañeros del equipo. Por más veces que se duchó aquel día, no consiguió quitarse el tinte de su piel. En cuanto cruzamos nuestras miradas, supo que era yo quien había organizado todo aquel entuerto. Entonces le saqué el dedo corazón y le dije:

—¡Búscate a otra que te ría las gracias!

Después llegó el verano y todo cambió entre nosotros. El olor a mar se me había colado en cada poro de la piel. Ambos habíamos suspendido Historia y coincidimos en la misma academia. Nos hicimos inseparables, olvidamos la antipatía que sentíamos el uno por el otro y yo le di paso a mi primer y único amor.

Me tengo que sujetar a la pila del lavabo porque me falta la respiración. No ha sido buena idea dejar que me invadan los recuerdos.

Vuelvo a colocar la colonia en el estante del armario, ese que no me atrevo a vaciar porque no sé si estoy preparada para cerrar esta puerta, y regreso a la habitación para seguir con mi rutina. A veces pienso que soy algo así como una zombi, porque todos los días, hasta que me marcho a trabajar, hago exactamente lo mismo. No quiero pensar, no deseo que me asalten los recuerdos como cuando estaba en el lavabo. Me hacen sentir más sola de lo que estoy. Me pongo unas mallas y la última camiseta que le dieron a Salva cuando corrió la media maratón de Valencia. Yo siempre bromeaba en la cama en que un día la correríamos juntos, así que desde hace más de un año y medio me preparo para cumplir con mi promesa. Aunque es tres o cuatro tallas más grande que la mía, ya me he acostumbrado a correr con parte de su ropa. Después me coloco las zapatillas de deporte y bajo la escalera con Eros

pisándome los talones. Entro en la cocina y meto una taza con agua para hacerme un té rojo en el microondas. Mientras la infusión se calienta, preparo un batido de kiwi y leche de soja. Me como tres galletas de avena que hace todas las semanas mi amiga Carmen para mí, porque dice que las cocina con mucho amor y que estoy muy necesitada. No tardo más de diez minutos en desayunar. Meto todo lo que he usado en el lavavajillas y me dispongo a salir a la calle. Eros me acerca la correa con la boca, jugamos unos segundos a que nos la quitamos y después me la paso por los hombros para que pueda correr a mi lado. Me coloco los cascos y selecciono la música en el iPod. Me gusta escuchar de fondo música relajante porque me ayuda a afrontar sin miedo un nuevo día.

Al salir a la calle me doy cuenta de que el cielo sigue encapotado y que las nubes están preñadas de melancolía. Es extraño que no salga el sol en Valencia durante más de cuatro días seguidos. Si al menos lloviera, no tendría esta sensación de ahogo que me embarga cuando el sol está escondido. Suelto un suspiro al pensar en que hace tiempo que no lloro, que todas mis lágrimas las vertí en una botella y la tiré al mar con un mensaje en su interior. Aún sigo esperando a que me llegue una respuesta, y puede que tal vez sea hoy el día.

Cuando llegamos al parque de la Valvanera, dejo que Eros haga sus necesidades mientras que yo caliento un poco los músculos y después lo recojo todo en una bolsita para tirarlo a una papelera. Bajamos hasta el bulevar sur y nos encaminamos hacia la rotonda de los anzuelos. Eros sigue mi ritmo durante los diez kilómetros que hacemos todas las mañanas. Por el camino me encuentro casi siempre con los mismos corredores. Nos saludamos aunque no nos conozcamos, como también suelo ver a la misma mujer que saca a su caniche a pasear, a las dos amigas que caminan sin dejar de hablar, al abuelo que da de comer a las palomas o a la pareja de ejecutivos que va junta al trabajo agarrada de la mano. Aunque los dos chicos van trajeados, caminan deprisa, llevan zapatillas de deporte y una mochila colgada a la espalda.

Como un día más, nada cambia en mi vida. Todo sigue igual.

Lo primero que hago al regresar a casa, además de unos estiramientos, es prepararme un zumo de vegetales mezclados con fruta. Saco del frigorífico una rama de apio, una manzana, dos zanahorias, jengibre, un puñado de espinacas y una remolacha y lo meto todo en la licuadora. Me tomo unos

minutos para saborearlo sentada en una silla de la cocina mientras le echo un vistazo a mis redes sociales desde la tablet. No hay ninguna noticia que atraiga mi atención. Eros está sentado a mis pies comiendo una de sus barritas y me mira desde abajo con cara de pena cuando se la ha terminado.

—Lo siento, chico. Hasta mañana no te toca otra. —Le acaricio la cabeza y dejo que me chupe la mano.

Le pego un abrazo fuerte y él gime en mi oído y me pasa la lengua por la cara. Él es el único que jamás me juzga, el único que me quiere incondicionalmente.

—Vale, para ya, Eros. Me has hecho un lavado completo de cara. Me has quitado hasta la última legaña.

Miro el reloj del horno, y aunque todavía no son las ocho de la mañana, tengo que darme prisa en ducharme y vestirme si quiero llegar con tiempo al instituto. Aún me quedan unos exámenes por corregir. Recojo la cocina en dos minutos y subo corriendo a ducharme. Una vez que me visto, me pongo una base de maquillaje, me cubro las ojeras, me pinto los labios, le doy color a mis pestañas con un rímel azul y un poco de colorete. Esta es la máscara que me pongo todos los días para ir a trabajar, la que me permite no mostrar este vacío que hay en mí, lo desmadejada que estoy en mi interior. Odio que la gente siga compadeciéndose de mí, que sienta pena, que cuchichee a mis espaldas sobre lo que ocurrió hace tres años. No quiero seguir compartiendo este sufrimiento con nadie. Por último, me recojo el pelo húmedo en una coleta alta porque no hay manera de dominar mis rizos. A Salva le gustaba cuando me dejaba el cabello suelto porque decía que le recordaba a Venus naciendo de una concha. Antes de salir de casa, cojo mi carpeta, mi bolso y me despido de Eros con un beso en el hocico. Ya me he resignado a que son los únicos labios que voy a seguir besando en mucho tiempo. Llego al Juan de Garay en menos de diez minutos. Enseguida me sale al encuentro el jefe de estudios, y por su cara de preocupación sé que ha ocurrido algo.

—A ti te andaba yo buscando. Nos acaba de llamar el marido de Carmen, que están en el hospital. Lleva ingresada desde anoche.

—¿Desde anoche? —Me pongo en tensión—. No puede ser, si anoche cenamos juntas.

Busco en el bolso mi móvil para ver por qué no me ha llamado o por qué no me ha enviado ningún *whatsapp*. Lo tengo apagado y con la batería a cero.

—Ya me parecía a mí extraño que tuviésemos un inicio de curso sin

ningún incidente —sigue hablando—. Y no ha pasado ni un mes y medio.

—Sí, llevas razón. ¿Sabes si es grave?

—Me temo que sí. Se ha caído y se ha roto la cadera y tiene un esguince en el brazo. Me ha dicho que tiene que estar ingresada un tiempo, así que entre esto y que después necesitará rehabilitación, va a estar unos meses de baja, puede que algo más.

—Unos meses de baja...

Pienso en todo lo que ello supone, y no solo por encontrar a un sustituto, sino también por todas las cosas que hacemos juntas. A saber cuánto tiempo pasará antes de que vuelva a las clases de yoga, o cuándo podrá quedar de nuevo para bailar claqué. Ir al cine no será lo mismo sin ella, como tampoco ir una vez al mes al club de lectura romántica que hay en la Casa del Libro. Por otra parte, estoy segura de que avanzará con su nueva novela y de que antes de un mes me la estará pasando para que la lea y le comente qué me ha parecido. Me la imagino sacando el látigo y dictándole a Roberto para que escriba. Le encanta escribir novelas románticas y tiene los dos primeros libros de una trilogía publicada con gran éxito de ventas en Amazon. Lo que no saben sus lectores es que todas las escenas eróticas que narra en sus novelas ella las ha probado antes para darle más realismo. Hace dos semanas una editora muy importante le dejó un mensaje privado en Facebook porque quería publicársela en papel y ella está como loca porque, si sale la jugada, entrará por la puerta grande. Está a un paso de alcanzar su sueño de ser una escritora superventas.

Suelto un suspiro porque esto no será lo mismo sin Carmen y porque es la única amiga que pinta de colores mis días grises.

—¿Me estás escuchando? —me pregunta.

Vuelvo en mí y agito la cabeza.

—Perdona, se me ha ido el santo al cielo.

—Te comentaba que como el año pasado te encargaste del taller de teatro, que si te vendría bien ocuparte de él.

—Claro. No hay problema.

Fernando me acompaña hasta la sala de profesores.

—¿Te ha comentado cómo ha sido?

—No, no me ha dado más detalles. —Hace un gesto con los brazos.

—No te preocupes. A la hora del recreo la llamaré, porque aún me quedan diez exámenes por corregir.

—Te dejo. —Me dice señalando el reloj de la pared y elevando los ojos al techo—. Tengo clase con los de tercero C.

Contengo un bufido porque es la peor clase de todo el instituto con diferencia. Como jefa del departamento de literatura tengo el privilegio de no tenerlos como alumnos.

—Sí, claro, ánimo con ellos. Ya me encargo yo. Mientras esperamos un sustituto, cuadro los horarios con los demás profesores y veo cómo podemos cubrir las clases de Carmen hasta que llegue. Antes de que se marchen a casa hablaré con ellos. A ver cuánto tardan esta vez para que envíen a alguien.

Antes de ponerme a corregir, tengo que cargar el móvil. Enseguida observo que tengo más de diez llamadas perdidas del marido de Carmen y no sé cuántos *whatsapps* de mi amiga. Nada más abrir sus mensajes, veo una foto de un columpio de los que se cuelgan en el techo con una frase que dice: «Roberto está como loco por probarlo. Luego te cuento cómo ha sido la experiencia». No sé si reírme o llorar, porque me temo que sé cómo se ha caído y se ha roto la cadera. Ya es mala pata caerse cuando estás con tu pareja practicando sexo aéreo, como dice ella.

Hay otra foto en la que me enseña el último conjunto de ropa interior que le compré en La Perla, junto con los últimos *stilettos* que le regalé para su cumpleaños. Tanto a ella como a mí nos encantan los zapatos y la lencería. La última fotografía que me ha enviado es desde la cama del hospital. No sé cómo ha encontrado el valor de hacerse una sin siquiera maquillarse. Bueno, como lleva extensiones de pestañas parece que se haya puesto rímel, sin embargo no se ha pintado los labios, como si esta foto fuera de lo más casual. Aunque de ella no me extraña, porque es una fanática de Instagram y vive obsesionada con los «me gusta» que recibe todos los días. Dice que eso le ayuda en su carrera como escritora. Estoy segura de que se la ha hecho Roberto, que vive por y para cumplir sus deseos. Después de más de diez años juntos, siguen siendo la pareja perfecta, a pesar de que nadie daba un duro por ellos cuando empezaron a salir en la universidad. Los Pin y Pon, les llamábamos Romina y yo.

Por desgracia, los exámenes de mis alumnos reclaman mi atención y no tengo tiempo para divagar, ni tampoco para hacerle una llamada rápida. Me conozco y podríamos alargarla más de una hora.

Cuando estoy a punto de acabar con el último examen, suena la campana de cambio de clase. Haciendo un repaso a las notas, me doy por satisfecha

por cómo han salido y porque solo han suspendido dos alumnos.

A la hora del recreo llamo a Carmen, pero su móvil está apagado, así que lo intento con Roberto, que me da todos los datos de dónde está ingresada y de cómo está de ánimo. Después de más de diez minutos de conversación, cuelgo y quedo en ir a verles por la tarde.

Por fortuna, la mañana se me pasa deprisa, he conseguido hablar con todos los profesores y he logrado cuadrar agendas. Ahora solo nos queda esperar a que el sustituto de Carmen no tarde en llegar.

Capítulo 4

Las campanas del Convento de Santa Clara tocaban Maitines. Carmen abrió la puerta de la habitación de Isabel sin poder evitar que parte de la infusión que llevaba en un vaso de loza se derramara en el suelo. Detrás de ella, llegó una criada con una jofaina de agua caliente.

—*¡Vossa mercè*, no me digáis que aún no os habéis levantado! —Carmen dejó el vaso sobre una mesita que había junto a la cama de Isabel y le retiró la colcha—. Se nos hace tarde, y aún os tenéis que asear. ¿Es que no habéis escuchado las campanas? Ya deberíais estar en pie. ¡Y qué manía tenéis de dormir con esa bestia en la cama! —Señaló al perro que estaba a los pies de Isabel.

—¡Eres una tragasantos! —exclamó Isabel por lo bajo volviéndose a tapar hasta las orejas.

¡No entendía por qué tenía que levantarse antes de que amaneciera, cuando aún quedaba más de una hora para acudir a misa!

La criada que había en la habitación sonrió por el comentario de Isabel.

—¿Que habéis dicho qué? —Quiso saber Carmen haciendo un gesto la mano—. Ya sabe *vossa mercè* que estoy sorda de un oído.

—Nada, que ya me levanto. —Soltó un suspiro—. Solo quería quedarme un rato más en la cama. —Quería seguir soñando con los únicos labios que conocía.

Carmen fue hasta la ventana con prisas. Tuvo que ayudarse de las dos manos para descorrer las pesadas cortinas.

Cupido levantó la cabeza y agitó las orejas cuando Isabel posó los pies en el suelo.

—Mirad que si llegamos tarde a misa, Margalida me va a reñir.

—No vamos a llegar tarde, así que tranquilízate.

—¿Cómo quiere que me tranquilice si todos los días os encuentro de esta guisa?

—Es que hoy... hoy no me encuentro bien. —Pensó en una excusa que fuera convincente y se volvió a recostar.

Cerró por un instante los párpados, saboreando el sueño que había tenido esa noche. Había soñado con los ojos azules, con la mirada de Biel, con su voz grave y con sus manos que se perdían por su cuerpo proporcionándole un placer que jamás hubiera imaginado. Junto a él se sentía dichosa, cosa que no ocurría con Bernat. Había sido un sueño raro, como todos los que tenía desde antes de que llegara a Ciutat, porque aunque ella era ella, la ropa que llevaba era ciertamente extraña, y la habitación donde se encontraba no se parecía en nada a ningún lugar que hubiera visto nunca. Si hasta había llevado unos calzones de tela rígida, como un hombre, aunque lo que más le había asombrado era que se había desnudado para él sin ningún pudor. ¡Cómo podía haberse mostrado con tan poco recato ante alguien que no conocía y que ni siquiera era su prometido! Al volver a recordar la escena se sonrojó hasta las raíces del cabello.

—¡Jesús! ¿Se puede saber en qué tonterías está pensando *vossa mercè*?

Isabel se incorporó de nuevo, y un escalofrío le subió por la espalda. Carmen se sentó en el borde de la cama para ayudarla a que se tomara la infusión de manzanilla. Posó una mano en la frente.

—No tenéis calentura —respondió quitándole hierro al asunto—. Eso no son más que los nervios típicos antes de las bodas.

Puede que Carmen tuviera parte de razón, porque desde que habían llegado, Isabel solo había podido ver en una ocasión a su futuro marido, y para colmo, Bernat no había estado muy comunicativo. Había estado más pendiente de los dulces que había preparado Roser, la nueva cocinera que la acompañaría en su vida de casada, que en hablar con ella. Él había hablado mucho más con el marido de Margalida. Cada vez que se acercaba a ella se sonrojaba como una mujer. Sin embargo, Isabel sabía que ese malestar que sentía todos los días al despertarse era porque no podía darle una explicación a sus sueños. Por mucho que le gustara estar al lado del hombre de ojos azules, deseaba que las fantasías que acudían todas las noches a perturbarla acabaran de una vez.

—Venga, *vossa mercè*, tomaos la manzanilla, que no tenemos toda la mañana —dijo Carmen sacando de un baúl una falda negra adamascada con flores bordadas y un sayo de algodón de color granate.

Las prendas de seda las dejaban para ocasiones especiales, como la fiesta a la que acudiría esa misma noche, o a cuando tenía que recibir en casa a su prometido.

Isabel se tomó la infusión de tres tragos sin poder saborearla, como le había pedido su nodriza. De buena mañana, Carmen tenía una energía que ella no era capaz de seguir. Había, además, otra razón de peso para que todos los días se levantara tan aturdida, porque además de tener los sueños extraños, se quedaba hasta las tantas leyendo las obras de Calderón de la Barca, Lope de Vega, Molière o Santa Teresa de Jesús, entre otros autores, buscando una explicación a sus fantasías nocturnas, aunque esto era un secreto que solo conocía su perro. Sin embargo, si había una autora que le gustaba por encima de todos los demás era María de Zayas, la primera novelista que les había descubierto a otras mujeres que no tenían por qué ser sumisas. Era un verdadero placer leer sus ideas renovadoras con respecto a la libertad sexual de las mujeres. Le gustaba ver cómo algunas se entregaban a sus impulsos sin sentirse culpables. ¡Cómo le gustaría poder dejar salir todos los sentimientos que albergaba en su interior y poder plasmarlos en papel! Siempre había envidiado a los novelistas. Al menos se sentía feliz de poder disfrutar de estas novelas, y también era una suerte que su criada, Joanna, le consiguiera libros cada semana, por los que pagaba sus buenas onzas mallorquinas.

—¡Jesús! No sé qué hace *vossa mercè*, que no os estáis aseando —dijo Carmen pegando varias palmadas al aire—. Hoy llegamos tarde. ¡Parece que estéis en la luna de Valencia!

Isabel agitó la cabeza varias veces, como saliendo de ese estado de ensueño que no quería abandonar.

Joanna ya le había preparado el agua. Entonces Isabel recordó otra vez el sueño y esa especie de jofaina donde ella misma se lavaba la cara y que estaba en la estancia de al lado donde se había encontrado con ese hombre que les ayudó a cambiar la rueda. Por no hablar de ese caño sorprendente del que salía agua fría o caliente con solo levantar la manivela con un dedo. Desde luego, aquellos sueños eran de lo más perturbadores. Si al menos supiera qué significado tenían podría estar mucho más tranquila. Tampoco podía comentar con nadie lo que cada noche soñaba porque la tacharían de bruja. Había algo muy grande que no acertaba a entender y que estaba afectando a su vida.

No quiso darle más vueltas a esas fantasías. Se mojó las manos y se enjabonó con la pastilla de aroma de rosas, que perfumaba su piel, y que su padre le había traído de uno de los viajes que había hecho al lejano Egipto.

Para suavizar la piel de todo su cuerpo se puso unos polvos de arroz, tal y como había aprendido de su *senyora avia*. Después de asearse, esperó a que Carmen le trajera una camisa limpia.

Carmen, buscando en el fondo del baúl, encontró tres libros.

—¿Se puede saber qué hacen estos tres libros ahí escondidos?

—Es evidente qué hago con ellos, Carmen, leer. —Isabel se los quitó de la mano y los colocó sobre la mesita. Ya no tenía por qué esconderlos—. Me paso el día bordando, estudiando música y Roser no me deja acercarme a la cocina. Algo tengo que hacer para ocupar mis horas.

—Mire que los libros son malos. ¡Jesús! ¡Absorben los sesos! —Le quitó los libros de nuevo—. ¿O es que no os acordáis de ese hombre que se volvió loco por leer libros de caballerías?

—Son míos. Ese hombre del que habla no existió en realidad. Era una burla a los libros de caballerías —refiriéndose a *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*—. Además, mi *senyora avia* no es de tu misma opinión. Ella dice que son puertas al conocimiento, y yo la creo. —Los agarró una vez más y le hizo un gesto con la cabeza para que no se los volviera a quitar—. Este libro es de una mujer muy piadosa. Hace poco la hicieron santa. —Señaló el de santa Teresa de Jesús—. Habla de Dios...

—¿Una mujer hablando del Altísimo? —la cortó—. ¡Adónde vamos a llegar! ¿Qué será lo próximo, que los hombres entren en las cocinas, que las mujeres oficien una misa o que las mujeres manejen un carruaje o, peor aún, que las mujeres se vistan como los hombres y lleven calzones? Dios no quiera que vea tamaño disparate.

Isabel elevó los ojos al techo y quiso responderle, aunque enseguida se lo pensó y se mordió la lengua. Cómo decirle que ella misma se había visto con unas calzas como un hombre en un sueño y que en otra fantasía el hombre había cocinado para ella. ¿Estaba perdiendo el seso como le había pasado a Alonso Quijano?

—Recordad que hoy vamos a llevarle a santa Clara dos docenas de huevos. —Carmen siguió hablando y eligiendo la ropa que Isabel se iba a poner ese día. Cambió de opinión con el color de la falda y eligió una de un azul pálido. El color negro no le gustaba para vestir a diario, y más cuando ese día era tan importante para Isabel. Era de la opinión de que ese color tenía que reservarse solo para el luto—. Ya sabe *vossa mercé* que es primordial pedirle a la santa que tengáis un matrimonio en paz y que no llueva en el día de vuestra boda.

Las tradiciones están para cumplirlas, y como todas las novias han hecho durante años, hoy os tocará a vos. Joanna —se giró hacia la criada—, cuando regresemos de misa, la señora quiere desayunar un poco de pan con miel y mantequilla y otra infusión de manzanilla. Ya te puedes marchar.

Joanna hizo un gesto con la cabeza y salió de la estancia.

Carmen le colocó la camisa que le llegaba hasta las rodillas y dos enaguas de algodón.

—Ya podríais poner un poco más de vuestra parte, *vossa mercè*, que tengo que terminar de vestirla y de peinarla.

Isabel asentía sin prestar demasiada atención a las palabras de Carmen. Le daba igual si llegaba tarde a misa. No sería la primera vez que llegaba tarde en las tres semanas que llevaban en Ciutat.

Por último, Carmen le abotonó el corpiño y el sayo, le ajustó los bajos de la faldilla, le arregló los tirabuzones y le dejó la melena suelta, que le llegaba hasta media espalda. Bajaron las escaleras hasta el primer piso con Cupido pegado a los pies de Isabel. Aunque sabía que a Carmen no le gustaban las muestras de afecto que le prodigaba a su perro, se despidió dándole un beso en los morros. Bajaron de nuevo una escalera que daba al patio interior de la casa. Conforme bajaba, Isabel inspiró el aroma de las flores que le llegaba desde abajo. A Joanna le gustaba cultivar toda clase de plantas. Un jazmín se enredaba desde una de las columnas hasta la ventana de su habitación. Había otro jazmín al lado del pozo que había en el centro del patio. Miró hacia arriba, hacia el cielo, buscando el arrullo de la tórtola que estaba posada sobre la barandilla del balcón de su alcoba. Echaba de menos el canto del gallo todas las mañanas, como cuando se despertaba en Petra. Al llegar al portón de madera, Joanna le entregó una cesta donde iban las dos docenas de huevos.

—*Vossa mercè*, dejad que os coloque la mantilla —dijo Carmen antes de salir.

Ya había roto el alba en Ciutat cuando salieron a la plaza donde estaba su casa. Aún refrescaba, por lo que Isabel se arrebujó en su capa de lana. Las calles empezaban a estar transitadas por aguadores, curas que acudían a celebrar las misas y criadas que iban al mercado. Ceramistas, alfareros, curtidores, carpinteros, barnizadores y cordeleros, que llevaban a la cintura manojos de cáñamo, comenzaban a abrir sus talleres. Uno tras otro se iban sentando en sillas a las puertas de sus negocios. El olor de los orines se mezcló con el aroma del pan recién hecho que salía de algunas casas.

Carmen enlazó su brazo al de Isabel al torcer la primera esquina, aunque por mucho que la nodriza la apremiara para que acelerara el paso, ella caminaba con calma, algo que exasperaba a la mujer mayor.

—*Vossa mercè*, mirad que llegamos tarde.

Isabel le dio unas palmaditas en la mano, como hacía su *senyora avia* para tranquilizarla.

—No llegamos tarde. Además, no estaría bien visto que una señora principal de Ciutat fuera corriendo por las calles. —Retiró su brazo del de su nodriza. Recordó que su abuela sabía mantener las formas en cualquier situación—. ¿No eras tú la que decía que había que guardar la compostura en cualquier situación?

—¡Dejaos de formalidades! Esto es por causa mayor. Un poco más de brío no nos vendría mal.

—Las campanas aún no han tocado Laudes —respondió Isabel zanjando el tema—. No hay por qué darse prisa.

Un niño pasó corriendo por su lado y le pegó un codazo. Detrás de él pasaron cuatro muchachos más, que se perdieron en la siguiente esquina.

—¡Enseñanos qué tienes entre las piernas! —exclamó el más alto de ellos—. No huyas. ¡Solo queremos ver tu colita!

Se encontraron con una de las mujeres que acudía todos los días con su criada a la misa de Laudes. Al igual que Isabel, la otra mujer caminaba sin prisas.

—Como puedes observar, ellas guardan la compostura. —Isabel la miró de reojo—. Ni que tengas prisa por sentarte en primera fila.

Carmen se mordió el labio inferior porque Isabel había adivinado cuál era su deseo. Para la nodriza, sentarse frente al cura era una cuestión de principios, algo que no entendía Isabel, porque la misa se celebraba de espaldas a los feligreses.

—Nadie podrá decir nunca de una Vallespir Despuig que no es una mujer piadosa —replicó Carmen.

—No tienen motivos para dudar de nosotras. Cumplimos con nuestras obligaciones. ¿Qué más da dónde nos sentemos?

—Pero *vossa mercè* no es cualquier feligresa. Tiene que dar ejemplo a todas las mujeres. Vais a ser la futura marquesa de Vivet.

—¡Guarda la compostura! No quiero ni pensar si te oyera mi *senyora avia*.

Carmen bajó la cabeza. No estaba bien visto recordarle qué título iba a

heredar. Era de muy mal gusto.

—Sea como fuere, démonos prisa.

A pesar de las súplicas de Carmen, Isabel siguió caminando con tranquilidad, oyendo el repicar de las pisadas sobre el empedrado. Le gustaba pasear por las callejuelas de Ciutat que le contaban viejas historias de otros hombres y mujeres que habían transitado por esas mismas calles antes que ella. Algo que también solía hacer cuando paseaba era imaginarse quién había vivido en esa o en aquella casa.

Como todos los días, el portón de acceso al Convento de Santa Clara permanecía abierto. Al traspasarlo, ambas mujeres hicieron la señal de la cruz. Entraron a un patio rodeado de varias viviendas, donde muchas mujeres se afanaban por entrar en una iglesia pequeña. En un lateral del patio, varios muchachos rodeaban a un niño que estaba contra la pared. Nadie quiso atender a las súplicas del chico, y parecía que a nadie le importaba por qué discutían.

Isabel se encaminó hacia ellos, aunque Carmen la detuvo cogiéndola del brazo. Isabel miró primero la mano de su nodriza y después alzó el mentón para mirarla a los ojos.

—*Vossa mercè*, no os metáis donde no os llaman.

—¿Tú serías capaz de dejar que cuatro muchachos apaleen a un niño que no ha alcanzado los diez años de edad?

—Que se apañen ellos solos. A nosotras no nos incumben sus cuitas.

Isabel negó con la cabeza y se encaminó hacia el grupo de hombres con la cabeza bien alta.

—Seguro que es uno de esos judíos conversos que no ha abrazado la fe verdadera. Dejadlo —insistió Carmen agarrándola de la mano y tirando de ella para que entraran en la iglesia.

—No es más que un niño.

—Algo habrá hecho —murmuró Carmen—. Esos siempre andan tramando maldades.

—¿Un niño?

Carmen asintió.

—¡Jesús! ¡Esos son los peores, porque nadie duda de ellos!

Isabel estaba asombrada por las palabras de su nodriza.

—¿Pero tú te estás escuchando?

—Vuestra *senyora avia* sabría qué hacer en estos momentos, y lo más

sensato es que entremos en la iglesia.

A la mente de Isabel acudieron las palabras de la mujer que la había criado y que la había educado. Antes de partir, ella le había dicho que ya era toda una señora y que se tenía que enfrentar a la vida sin miedo, que buscara la justicia en cualquier cosa que hiciera. No podía hacer oídos sordos a las súplicas de un chico.

—Por esto mismo no puedo hacer como si no ocurriera nada —dio media vuelta y caminó los metros que la separaban del grupo—; mi *senyora avia* no me educó para que escondiera la cabeza al menor problema.

—Te estamos preguntando qué llevas ahí —le increpó el más alto de los muchachos al niño.

Isabel volvió a mirar al chico. En sus ojos advirtió miedo. No, ella no podía abandonarlo a su suerte. Por primera vez iba a comportarse como una mujer adulta e iba a hacer uso de su rango.

—Solo unos dulces. Por favor, deja que me marche.

Uno de los muchachos tiró con fuerza de la cesta que llevaba el niño, que cayó al suelo, desparramándose los dulces que contenía por la tierra. Otro de los muchachos lo cogió de la pechera, levantándolo unos centímetros del suelo. Lo sacudió con fuerza y lo estampó contra la puerta de una casa.

—¿Y adónde llevas esos dulces? —preguntó soltándole un guantazo—. Seguro que ocultas algo.

—Te lo ruego, yo solo llevaba unos almendrados y unos mazapanes a casa de mi tía, que acaba de ser madre —dijo con lágrimas en los ojos.

Isabel apretó los dientes.

—Deja a ese niño en paz. ¿Se puede saber qué te ha hecho y por qué le estás pegando? Estamos en la casa del Señor. ¿Es que estar en un sitio sagrado no se merece al menos un respeto?

—*Vossa mercè*, esto no es cosa de mujeres —la recriminó la nodriza—. Pronto vendrá el alguacil a poner paz.

Si tenían que esperar a que llegara un alguacil que resolviera el conflicto, era muy posible que el niño saliera muy mal parado de aquel entuerto. Así pues, las palabras de Carmen cayeron en saco roto, porque Isabel se metió en medio del círculo, empujó a uno de los muchachos y protegió al niño con su cuerpo.

—¿Quién es el valiente que se atreve a levantar otro brazo? Pensadlo muy bien, porque el primero que ose a hacerlo es posible que sea lo último que

haga en su vida. —Miró uno a uno a los ojos.

—¿Se puede saber quién eres tú?

—Esto no es cosa de mujeres —dijo otro de los muchachos.

Isabel levantó el mentón y lo miró a los ojos.

—Soy doña Isabel Catalina de todos los Santos Vallespir i Despuig —dijo con todo el orgullo que pudo reunir. Por una cuestión de guardar las formas, calló que sería la futura marquesa de Vivet, pero eso era algo que muchos tenían que saber al escuchar su apellido. Ella era una mujer grande en Ciutat y en toda Mallorca—. Supongo que mi nombre te dirá algo.

El mayor de ellos palideció y bajó al brazo inmediatamente.

—*Vossa mercè*, perdonad. Solo estábamos charlando con él.

—No es eso lo que han visto mis ojos. —Agarró la mano del niño—. Cuatro muchachos grandes acorralando a un niño. ¡Qué poca hombría!

Por primera vez, Isabel se sintió poderosa por ser quien era, por poder utilizar su nombre. Iba siendo hora de dejar atrás a la niña que había sido, porque en unos días sería una mujer casada.

—Es un perro judío —replicó uno de ellos—. Ellos clavaron a nuestro señor Jesucristo en la cruz.

—No, señora. —El chico se sacó una cruz de madera que llevaba colgada del cuello y la besó—. Mi familia cumple todos los días acudiendo a misa.

—¡Que no os engañen esas lágrimas, *vossa mercè*! —replicó otro muchacho—. Sabemos que su familia practica artes que están prohibidas por la Santa Inquisición. Es hijo de ese hombre que asistió a su esposa en el parto.

—No sé de qué hombre me hablas, pero no puedes echarle la culpa a su hijo de lo que hizo en un pasado el padre.

—Es posible que *vossa mercè* no conozca toda la historia...

—Me da igual saber qué hizo el padre de este niño —lo cortó Isabel—. No puede ser tan grave como para que cuatro muchachos le peguen. Ya os podéis marchar. Y dad gracias al cielo de que no os denuncie al alguacil.

Isabel esperó a ver cómo se marchaban y después se arrodilló al lado del niño. Le limpió con un pañuelo de hilo que se había sacado de la manga las lágrimas.

—No llores. No te va a pasar nada. Dime, ¿quieres que te acompañemos a casa de tu tía?

El niño se limitó a negar con la cabeza. Isabel advirtió que la cesta llevaba

oculta una carta con un sello lacrado. Antes de que nadie más lo viera, se apresuró a recoger la cesta del suelo y se la entregó al niño.

—¿Estás bien?

El niño asintió.

—Yo respondo por ese niño —dijo una voz de un hombre detrás de ella—. Gabriel, deja de llorar.

Isabel sintió cómo el estómago se le encogía por momentos. No podía verle la cara, aunque reconocería al dueño de esa voz. Algunas mujeres que no habían entrado en misa dejaron pasar a un hombre mayor que Isabel. Era rubio, de hombros anchos y algo más alto que el grupo de muchachos que se habían marchado. Tenía la mandíbula apretada y el puño cerrado. Llevaba un sombrero que ocultaba sus ojos. Sin embargo, Isabel no podía apartar la mirada de él. En cuanto se quitó el sombrero, Isabel pudo ver que el azul de sus ojos le recordaba a un mar embravecido. Ahora ya no le cabía ninguna duda de que todas las noches él acudía a sus sueños.

—¿Decidme qué mal ha cometido Gabriel? —se dirigió a Isabel. Ella advirtió tanto dolor en sus ojos que no le hubiera importado consolarlo—. ¿Os ha importunado con alguna de sus travesuras? ¿Os ha hablado mal en algún momento? Si es así, os pido disculpas. Ya le reprenderé cuando lleguemos a casa.

—No se merecen tus disculpas. Gabriel no ha cometido ningún mal. Puedes estar tranquilo.

El niño aún mantenía la mano sujeta a la de Isabel.

—No entiendo pues qué ha sucedido para tanta algarabía. ¿Me lo podríais explicar?

—La señora me ha protegido. Cuatro chicos querían quitarme la cesta.

—¿Es eso cierto?

—Sí —respondió Carmen adelantándose a Isabel—. Si no llega a ser por mi señora, no sé qué habría sido del chico.

—Os lo agradezco. Os vuelvo a pedir disculpas por el tono de mis palabras. No era mi intención importunarla.

Isabel enmudeció cuando la mirada de él se transformó en un mar en calma. Notó que las piernas se le aflojaban. Agradeció que Gabriel le sujetara la mano porque dudaba de que pudiera sostenerse en pie.

—Mi señora no ha dudado ni un instante en protegerlo hasta con su propia vida. —Carmen se colocó al lado de Isabel y tiró del brazo para entrar en

misa.

—Me hago cargo —respondió Biel.

—Mi nodriza exagera —se apresuró a responder Isabel deshaciéndose del agarre de su nodriza.

Se miraron durante un segundo más.

—La señora ha sido muy valiente —repuso el niño.

—No, no he hecho más que lo que habría hecho cualquiera de nosotros ante las súplicas de un niño.

—Me gustaría poder recompensároslo de alguna manera.

—No hay mayor dicha que ver la sonrisa de Gabriel en estos momentos —respondió Isabel, aunque lo que en realidad quiso decirle era que se alegraba mucho más de volver a verlo—. Tú nos ayudaste en una ocasión.

—Os recuerdo. Vos sois la mujer que...

Isabel asintió, aunque quiso que él terminara la frase. ¿Era posible que él también tuviera aquellos extraños sueños en los que Biel acudía a ella todas las noches? Pudo advertir el deseo en su mirada, un sentimiento muy parecido a lo que sentía ella por él en esos momentos. A Isabel no le hubiera importado acercarse, acariciarle la mejilla y perderse en sus labios. Tuvo que parpadear dos veces para alejar esos pensamientos y para volver al presente.

—Os vuelvo a dar las gracias en mi nombre y en el de Gabriel. No son tiempos fáciles para nosotros. —Giró la cabeza hacia el chico—. Ya nos podemos marchar.

—Sí, padre —contestó el niño.

Isabel contuvo un suspiro, abrió los ojos con desmesura y sintió un vuelco en el corazón. Los vio alejarse con un nudo en la garganta. No podía creer que el hombre con el que soñaba todas las noches fuera un hombre casado. ¡Cómo no había pensado en esa posibilidad! Se recriminó por su torpeza y por pensar en él como lo hacía y no en Bernat, su futuro marido. De repente, sus sueños se tornaron en pesadillas. Tenía que hacer cualquier cosa para sacárselo de la cabeza. Aunque también tenía una duda. ¿Qué cosa tan terrible había hecho Biel para advertir ese dolor que había en su mirada?

Capítulo 5

Los lunes por la tarde suelo ir a clases de claqué con Carmen, aunque en esta ocasión será la primera vez que me la salte para ir a visitarla a la Clínica del Consuelo. La idea de aprender a bailar como Fred Astaire surgió de la mente inquieta de mi amiga, además de porque no quiere que me quede en casa esperando una llamada que tarda en llegar. Tanto ella como yo sabemos la verdadera razón y, aunque Carmen se empeña en negármelo, no deja de buscar actividades para que tenga ocupadas todas las tardes. Así que cuando alguien nos pregunta el porqué de esta afición por un baile que no está de moda, ella responde que ambas somos unas enamoradas del cine clásico y también de la serie *Friends*, y que nos morimos por imitar a Mónica, Rachel y Phoebe, como hicieron en el capítulo de la falsa Mónica. Así que después de probar la primera lección gratis, decidimos que queríamos seguir bailando. Desde entonces hemos avanzado mucho, además de que nos lo pasamos bien y de que las risas están más que aseguradas.

Me encantan las tardes de los lunes.

Al salir de casa, me doy cuenta de que el tiempo ha cambiado desde esta mañana, de que el cielo ya no está encapotado y de que tengo que ponerme las gafas de sol porque la claridad me deslumbra. A pesar de estar en octubre, hace un día de verano, el calor me golpea en la piel y siento un ligero rubor en las mejillas. Aspiro con calma, porque el sol me gusta mucho más que los cielos grises.

El verano siempre me ha dado buena suerte. Puede que hoy sea el día que cambie algo para mí. Con esta idea me encamino hacia el hospital, aunque antes de ir me paso por una pastelería para comprar unos bombones de chocolate negro con menta, los preferidos de Carmen, y unos cuantos rellenos de praliné para mí y para Roberto, porque a ninguno de los dos nos gusta el cacao tan amargo. Carmen es de las que no soporta que le regalen flores porque se pone triste y porque enseguida se marchitan. Hay que decir que tengo una amiga de lo más peculiar, quizá un poco excéntrica, porque tiene una visión particular del mundo. Es vegana convencida desde hace más de

siete años y sufre cuando pasa por el mostrador de la carne de cualquier supermercado. Le gusta llevar pendientes que para ella tienen un significado especial. Si un día quedamos para ir al cine, se pone unos que sean una claqueta o un rollo de película, o si un día vamos a un concierto, se pone unos con una clave de sol. Tampoco quiere que le regalen globos porque no le gustan ciertos ruidos y se pone nerviosa, así que si quiero acertar con ella cuando está un poco baja de moral le compro algo que lleve mucho chocolate, aunque la lencería y los zapatos funcionan también. Pero en este caso, ella me agradecerá mucho más unos bombones.

Cuando estoy llegando a Consuelo, recibo un mensaje de voz de Carmen. Me imagino que estará como loca porque no podrá *whatsappear* y le habrá pedido a alguien que le acerque el móvil para estar comunicada con el mundo exterior. Abro el mensaje de voz para saber qué quiere decirme:

Te echo de menos. ¿Por qué no vienes a verme? —Suelta un quejido largo antes de seguir hablando—. No me digas que has ido a clases de claqué sola. Lo que quieres es seguir avanzando sin mí y ser la protagonista del musical que va a montar Susana para el verano. Eres una mala amiga. Esta te la guardo.

Me gusta cuando Carmen se pone melodramática y decide sacar su vena de actriz. Sabe perfectamente que le he dicho a Roberto que iría después de comer, pero a ella le gusta ser la reina del drama. No le contesto y dejo que siga sufriendo un rato, en total unos cinco minutos, que es lo que tardo en llegar a su habitación. Cuando me ve aparecer, se echa a llorar y le pide a Roberto que le seque las lágrimas y los mocos. Si no la conociera como la conozco, pensaría que esas lágrimas son verdaderas, pero sé que está haciendo algo de teatro.

—¿Cómo está mi escritora favorita?

Le pego un repaso de arriba abajo, porque aunque intuyo que tiene que estar mal, mantiene el optimismo. Observo que está pálida, lleva un gotero y está sondada. Tiene un morado en la mejilla izquierda y su sonrisa no es natural. Lleva unos pendientes que son jeringuillas. Por esta actuación sí que se merece el Goya.

—Pensé que no ibas a venir.

La miro con escepticismo porque lo que acaba de decir no se lo cree ni

ella, así que yo le sigo el juego.

—He estado a punto de quedarme en casa viendo *Friends* —hago como que pienso—, en concreto el último capítulo de la quinta temporada, cuando Rachel y Ross están en Las Vegas...

Abre los ojos y la boca exageradamente en un gesto teatral. Estoy segura de que si pudiera agarrar algo con la mano que tiene libre me lo habría tirado a la cabeza. No sé si me va a gustar esto de que ella no pueda utilizar un brazo.

—No te atreverás a verla sin mí. Sabes que ese es uno de mis capítulos favoritos —me corta antes de que termine la frase. Se le vuelve a escapar una lágrima—. Ten amigas para esto.

Tengo que reprimir una carcajada.

—Y tú sabes que no voy a verla sin ti, que *Friends* es nuestra serie.

—Pues entonces no me digas esas cosas, que estoy muy sensible.

Dejo los bombones encima de una mesa y después le doy un achuchón fuerte procurando no hacerle daño.

—Te he traído los que más te gustan.

—Eso, lo que necesito ahora mismo son muchos bombones. Con esto me olvido del mal rato que me has hecho pasar.

Me acerco a Roberto y nos damos dos besos en las mejillas.

—Os dejo a solas para que habléis de vuestras cosas. Yo voy a tomarme un café. Necesito despejarme un rato. ¿Necesitas que te traiga alguna cosa? —Llega hasta Carmen y da un beso en los labios.

—Solo te necesito a ti —suelta con voz mimosa.

Les hago un gesto con la mano como si estuviera a punto de vomitar de lo empalagosos que se ponen a veces. Trata de hacerse la fuerte y le muestra una sonrisa forzada a su marido. Hace un gesto de dolor cuando Roberto roza los labios con los de ella.

—¿Te he hecho daño?

—No... —se le quiebra la voz—, bueno, un poco.

Roberto le coloca bien la almohada y le retira el flequillo de la frente. Vuelvo a observar a mi amiga y no puedo evitar acordarme de su última locura. Desde hace unos seis meses se tiñe el pelo de rosa pálido, al igual que el vello del pubis. En aquella ocasión logró convencernos a mi hermana y a mí para que nos lo tintásemos de verde, pero en vista del poco resultado que nos dio, Romina y yo decidimos no volver a pasar por esa experiencia. A

Carmen le sigue encantando la idea y todos meses tiene cita con la esteticista y con la peluquera.

—La próxima vez tendré más cuidado.

Cuando Roberto se marcha, Carmen me hace un gesto con la cabeza para que me siente a su lado. La noto cansada y entrecierra los párpados unos segundos.

—¿Quieres que te deje descansar? Me he traído un libro para leer.

Ella niega con la cabeza y enseguida me ofrece una sonrisa que refleja lo exhausta que está.

—No, quiero que te quedes y me hables. Llevo todo el día durmiendo. Me han metido un chute de los buenos.

Saco un bombón para ella y otro para mí y me acomodo como puedo a su lado, porque la cama es un poco estrecha.

—¿No me digas que anoche se os fastidió el sexo aéreo?

—No, si el sexo aéreo estuvo fenomenal. —Suelta un suspiro—. La caída fue después, cuando me subí a una escalera para quitar el columpio y perdí el equilibrio. A Roberto no le dio tiempo a agarrarme.

—¿Y qué necesidad tenías de quitar el columpio a la una de madrugada?

—En realidad fue a las dos, y menudo espectáculo. Llegó la ambulancia y todos mis vecinos del edificio se levantaron para ver qué había pasado. Me pillaron en bragas y con una camiseta. Menos mal que era muy mona.

—Lo del espectáculo ya me lo imagino, pero ¿qué hacías a las dos de la mañana subida a una escalera? Estás loca.

—Eso mismo me dijo Roberto. No quería que Merche viera el columpio en el techo. A las nueve de la mañana ya está en casa con el mocho en la mano. Como siempre, me levanto con el tiempo justo de lavarme la cara, arreglarme con lo primero que pillo, tomarme un café con leche y salir pitando para el instituto. Paso de darle otra vez explicaciones sobre los juguetes que tenemos en casa.

Suelto una carcajada porque aún recuerdo el día en el que Merche se encontró unas esposas en el comedor. La pobre mujer sigue creyendo que a Carmen y Roberto les gusta jugar a policías y ladrones. O el día en que descubrió que había consoladores de látex y que no eran precisamente para lo que ella pensaba: masajeadores para la espalda. Merche es de las que dicen que en sus tiempos no había estos aparatos. Que uno iba al lío y sanseacabó, que con tantas tonterías como hay una termina distrayéndose.

—Vale, pues la próxima vez dejas lo del sexo aéreo para el fin de semana.

—¡Ay! El médico me ha dicho que voy a estar un par de meses sin poder hacer nada de nada. El único sexo que voy a tener de aquí a que me recupere es con el ginecólogo. ¿Te lo imaginas?

Entrecierro los ojos porque esa pregunta está de más y se lo hago saber con una sonrisa forzada. Sé lo que es estar durante años sin sexo.

—Sí, me lo imagino —trago saliva y dejo vagar la mirada hacia la ventana.

Enseguida se da cuenta de la metedura de pata. La oigo cómo suspira.

—Tienes que pasar página de una vez por todas. ¿Acaso estás esperando a que aparezca un príncipe azul? Esto está acabando contigo, aunque pretendas aparentar que no sufres. A mí no me engañas.

Me tomo unos segundos para responder. Salva es esa espinita que se me clavó muy dentro, un asunto que aún no está resuelto. Todo apunta a que puede que nunca vaya a recibir esa llamada que me confirme lo que todo el mundo me dice sobre él. Pero es tan difícil cerrar esa puerta de mi pasado, que muchas veces solo deseo no volverme loca con este sentimiento de angustia que no me deja seguir con mi vida.

—No puedo —me muerdo el labio—, no puedo pasar página. Tú mejor que nadie deberías entenderlo. Además, ¿un príncipe, para qué? —intento bromear—. Sabes que soy republicana.

—Me da igual que seas monárquica o republicana —aparece de repente la Carmen enérgica y positiva que siempre ha sido—, la vida es como una caja de galletas surtidas. En primer lugar siempre me como las mejores y dejo para el final las que no me gustan, pero acudo a ellas cuando he acabado con todas las existencias de chocolate. Al final te vas a encontrar con que la caja está vacía.

—La vida es una cabrona.

Me encojo de hombros y aparto la mirada.

—*Deja en libertad a tus ojos: contempla otras bellezas* —murmura.

Reconozco la frase que le dice Benvolio a Romeo casi al inicio de la obra. Gracias a *Romero y Julieta*, ella y yo nos conocimos en la universidad, en el grupo de teatro. Ella hacía de Julieta y yo era la Nodriza.

—¡Ah! ¿Por qué el amor, con la venda en los ojos, puede, siendo ciego, imponer sus antojos? —le respondo con otra cita de Romeo—. No sé si estoy preparada.

—Han pasado ya tres años. Además, estabais pasando una mala racha. Ni

que les tuvieras alergia a los hombres.

—No es alergia. Ya sabes que es otra cosa que no sé cómo explicar.

Aprieto los dientes y la miro para que se calle. Si deajo que ella siga hablando sacará el tema de que soy una idiota porque él no se portó bien cuando más lo necesitaba, que me dejó tirada, que no luchó por lo nuestro, pero es que hay algo que me es difícil de explicar del por qué no puedo cerrar esa puerta. Sin embargo, como quien no quiere la cosa, cambia de conversación. Agradezco que no siga hablando de Salva.

—Dame otro bombón, anda. —Se lo meto en la boca.

—¿Qué tal te están tratando aquí? —Le retiro el flequillo de la frente.

—Mejor que en un hotel, de lujo —me responde con la boca llena—. Me ponen drogas para todo, me traen la comida y tengo hasta un rascador de espalda profesional.

—¿Y el personal qué tal es?

—Estoy encantada. Ya verás cuando veas al médico que me atiende. Está que cruje. Esta mañana, cuando ha pasado, pensé que los ojos se me iban a salir de las cuencas, y eso que no estoy para muchos trotes.

A su manera sigue insistiendo en encontrarme pareja. Niego con la cabeza y contengo un bufido.

—No me puedo creer lo que estoy escuchando, con lo enamorada que estás de Roberto.

—Y sigo estando enamorada de él, pero no soy ciega y mucho menos idiota. Sé cuando un tío está bueno y cuando es un cardo borriquero. Y luego dicen que los médicos que salen en las series no reflejan la realidad. Ya te digo yo que este hombre está para que te clave a la pared. Es muy de tu estilo.

—¿Y quién te ha dicho que voy buscando a alguien que me clave en la pared?

—Es castaño, con el pelo rizado y huele de maravilla. Me he tenido que contener y no echarle los brazos al cuello.

—No tienes remedio. —Agito la cabeza—. Estás que no te puedes mover y sigues pensando en el sexo.

—Pues sí, como si no me conocieras. Sabes que me levanto y me acuesto pensando en darle gusto a mi cuerpo serrano. ¿Qué hay de malo en ello? Creo que en otra vida fui Mata Hari. Y por lo que veo tú fuiste una monja de clausura.

Le ofrezco otro bombón y ella asiente con la cabeza. Es la única manera de

que se calle.

—Me ha dicho que pasaría sobre las cinco de la tarde. ¿Qué hora es? — pregunta algo nerviosa, como si le fuera la vida en ello.

Miro el móvil.

—Faltan diez minutos para las cinco.

—Espero que hayas traído algo de maquillaje. ¿Qué aspecto tengo?

—Has tenido días mejores.

—Lo sabía. No quiero perder todo mi sexapil, y más con un tío tan guapo. Necesito que me pintes los labios de rojo y me pongas un poco de colorete en las mejillas.

No me da tiempo a hacer nada de lo que me pide porque enseguida alguien toca a la puerta.

—¿Me permiten pasar? —Entra un médico de unos treinta y tantos años acompañado por una enfermera sin esperar a que le demos permiso.

Como me ha comentado Carmen, es castaño, alto y bastante mono, que es justo como me gustan a mí. Le sonrío a mi amiga y después hace lo mismo conmigo al tiempo que se acerca hasta la cama.

—¿Cómo ha pasado la mañana? Las pruebas han revelado que no hay otros daños más que los que le comentamos.

—Puedes tutearme.

El médico asiente con la cabeza. Saca una linterna, le explora los ojos mientras le hace una serie de preguntas rutinarias. Antes de que el médico se marche, Carmen le ofrece uno de los bombones que he traído. Él lo rechaza con un gesto, pero en el momento en el que abre la puerta, mi amiga le comenta:

—Doctor, espere un momento —dice con voz sugerente—. ¿Sabe lo que dice mi amiga? Que no existen los médicos guapos. También me dice que soy una fantasiosa y que creo que eso es una leyenda de las series de televisión. ¿Usted quién cree que lleva razón, mi amiga o yo?

El médico se gira con una sonrisa de medio lado al tiempo que yo contengo el aliento. Siento que tengo las mejillas coloradas.

—¿Y a ti qué te parece, que soy guapo o una leyenda? —me pregunta.

Carmen sonrío porque él ha entrado en el juego.

—No estás nada mal —le respondo sin mucho entusiasmo.

Me pega un repaso de arriba abajo.

—Tú tampoco.

Como ha dicho Carmen, está que cruje y tiene los ojos grandes, rasgados y azules. Me saca dos palmos, y aunque no está muy musculado, se nota que se cuida. También le gusta coquetear, sabe que es guapo y atrae muchas miradas.

—Si esto fuera una escena de película, os intercambiaríais los teléfonos — Carmen insiste en seguir con la conversación que ha quedado suspendida en el aire unos segundos.

Abro lo ojos como platos y trago saliva. Carmen tiene suerte de estar en una cama, porque no me importaría ahogarla en estos momentos.

—Por fortuna no estamos en una serie, por lo que no será necesario que nos intercambiamos los teléfonos —contesto yo.

—Es una pena, porque preparo unos tallarines a la carbonara que quitan el sentido.

—¿Unos tallarines a la carbonara? —le pregunto—. Te advierto que mi padre tiene sangre italiana y que eso lo hace hasta mi sobrina de cinco años. Tu nivel de cocina es muy básico.

—Mi nivel de cocina es superior. Solo tienes que decirme qué prefieres: carne, pescado, pasta, suflé, verduras, sopas. Yo me atrevo con cualquier plato.

—¿Con cualquier plato?

—Sí, siempre y cuando haya buen material. Cuando algo me entusiasma dejo el plato limpio. Te lo demuestro cuando quieras.

No puedo apartar mi mirada de la suya.

—¿Estáis hablando de cocina? —pregunta la enfermera.

—Por supuesto, ¿de qué íbamos a estar hablando si no? —Él se gira hacia ella y después clava otra vez su mirada en la mía—. ¿Entonces qué dices?

—¿Puedo elegir el menú? —Quiero saber—. Soy muy selectiva a la hora de comer.

—Claro, soy todo oídos.

—Me encantan el *risotto al funghi porcini*.

—Eso está hecho.

—Tenía entendido que los médicos no salían con sus pacientes —digo cuando me tiende una tarjeta con su teléfono que se ha sacado del bolsillo de su bata blanca.

—Tú no eres paciente mía. Para ti soy Pablo.

Oigo como Carmen se ríe por lo bajo y yo me vuelvo a sonrojar. En ningún

momento pensaba que esta conversación terminara con que él me daría su número de teléfono. No me imaginaba que Pablo estuviera ligando en su lugar de trabajo. Solo estábamos tonteando un poco, nada más.

—Pues supongo que nos veremos, Pablo.

—Es fácil encontrarme —después mira a Carmen y le comenta—: mañana me pasará a primera hora. Te he cambiado un poco la medicación. Cualquier molestia, se la comentas a Sara.

Cuando Pablo y la enfermera se marchan, Carmen y yo permanecemos unos segundos calladas. Me giro lentamente hacia ella.

—¿No podías mantener la boca cerrada?

—Pues no, para qué te voy a mentir. ¡Y no sé de qué te quejas! Tú le has gustado, él te ha gustado, ¿qué problema hay? Si quieres lo llamas y si no quieres, nadie te está obligando. La pelota está en tu tejado. Eres tú la que decide.

Me siento a su lado y pienso en lo que me ha dicho. Es cierto que yo tengo la última palabra y nada ni nadie me obliga a tener una cita. Miro la tarjeta y lo que puede significar. Ya di una vez el paso en Madrid y puede que algo esté cambiando en mí. Aun así no quiero darle muchas vueltas y la guardo en un bolsillo del pantalón. Cuando llegue a casa ya decidiré qué hacer con ella.

Capítulo 6

Todo cuanto ella deseaba lo tenía frente a sus ojos. Él colocó una mano detrás de la cabeza de Isabel, sujetando su melena tan fuerte que ella sintió un tirón doloroso. Sin embargo, ese dolor la hacía sentir más viva que nunca. Era todo lo que quería, sentirse amada y deseada por él. Porque estar en brazos de Biel y que él estuviera dentro de ella era en lo único que pensaba desde que sus caminos se encontraron. Ambos estaban en la misma alcoba que tantas veces habían compartido, sentados en una cama grande. Se miraban a los ojos, abrazados, él apoyado en el cabecero, y ella sobre Biel.

Biel susurró su nombre mientras la besaba y ella supo que estaba muy cerca de alcanzar el orgasmo. El cuerpo de él tembló cuando alcanzó el clímax y segundos después llegó ella. Gimió de placer, gritó mirándole a los ojos...

Isabel se despertó bañada en sudor y con la respiración agitada. Aquellas fantasías estaban perturbándola. Una noche más él había acudido a sus sueños, un día más, desde que lo había conocido, se había entregado al placer que él le proporcionaba. Aún podía sentir cómo palpitaba su sexo y tuvo que cerrar las piernas para acallar esa hambre que la estaba devorando por dentro. Recordó cómo olía su piel, cómo era su aroma, cómo le arrancaba gemidos con sus caricias. Se levantó de la cama de un salto y Cupido se pegó a ella. Abrió la ventana para dejar que el aire corriera por la alcoba. Necesitaba refrescar su piel. Tenía la necesidad de tranquilizarse porque los sueños cada vez eran más reales, sus sueños eran cada vez más intensos. La infusión de amapola y azahar que le había preparado Roser le había hecho efecto y había caído rendida una vez que se la tomó. Cuando calmó los latidos de su corazón, regresó a la cama. Sin embargo, fue apoyar la cabeza sobre la almohada y volver a pensar en él. Desde hacía días no podía dejar de pensar en por qué Biel había coqueteado con ella, cuando él era un hombre casado y con un hijo. Tampoco dejaba de darle vueltas a un detalle: en el primer encuentro él había hablado de una mujer, de que sus ojos le recordaban a ella. ¿De quién se trataba? Temía saber quién era aquella mujer de la que hablaba.

Se giró en la cama, buscando una nueva posición para volver a dormir. No obstante, a pesar de lo mucho que había deseado no volver a fantasear con un hombre al que solo había visto dos veces, en cuanto cerró los ojos, ahí estaba él, como todas las noches. Volvió a aparecer y ella no pudo evitar correr a su encuentro. Le dolía en el alma pensar en Biel y no en Bernat, pero más le atemorizaba la idea de que en cuanto se casara, su futuro marido se diera cuenta de que todas las noches el dueño de sus sueños no era él sino otro hombre. Lo único que podía hacer era sonreír y ocultar su dolor en lo más profundo.

Carmen no hacía más que recordarle lo afortunada que era por casarse con un hombre de la posición de Bernat, cuando nadie hablaba de la gran dote que aportaba ella al matrimonio. No tenía esa ambición de Margalida de aparentar y de ser la mujer más deseada de Ciutat. Lo único que quería ella era ser amada. Tenía esa idea romántica de que tenía que amar a su marido para cuando se casara. Sin embargo, ese amor no había aparecido, ella no amaba a Bernat. Todas las mujeres que conocía coincidían en que el amor llegaba con los años, que confiara en la capacidad de Bernat para darle aquello que ella tanto ansiaba. Puede que pidiera mucho, puede que fuera una ilusa por fantasear con la idea de ser profundamente amada por un hombre. Ahora ya sabía con total seguridad que ese hombre no era Bernat.

Sin embargo, en las horas que pasó despierta esperando a que Carmen apareciera para vestirla, se propuso que el dueño de sus días sería su futuro marido, porque no quería ser una mala esposa, pero nada podía hacer por controlar sus noches.

Tragó saliva cuando empezó a oír los primeros ruidos en la mañana. Desde hacía dos días, en la casa se trabajaba sin descanso para preparar el convite de su boda. Roser había cocinado toda clase de viandas y algunas recetas eran secretos de la cocinera que había heredado de su abuela italiana. La familia de Isabel quería agasajar a sus invitados con diferentes tipos de carnes y rellenos, comidas exóticas que habían llegado desde el imperio otomano y desde el lejano Egipto, así como se habían hecho toda clase de cocas dulces y saladas, postres de todo tipo y vinos traídos desde los mejores rincones de España.

De un momento a otro, Carmen abriría la puerta de su alcoba y la vestiría de novia. Este sería el día en que se suponía que era el más mágico, el que recordaría siempre. Todo el mundo lo decía, desde su hermana hasta Joanna,

la criada. Sin embargo, ¿por qué a ella no se lo parecía? Quería que pasara lo más rápido posible y cumplir con sus obligaciones como esposa.

Carmen entró con energía en la alcoba cantando una coplilla:

*Asómate a esa vergüenza,
cara de poca ventana,
y dame un jarro de sed,
que vengo muerto de agua...[3]*

—¡*Vossa mercè*, ya ha llegado el gran día! —Carmen descorrió las cortinas para que entraran los primeros rayos de sol—. Hoy seréis al fin una mujer casada. —Se sacó un pañuelo del escote para secarse unas lágrimas que corrían por sus mejillas—. ¡Ay, tengo un día de lo más tonto! No quería llorar, y ya me veis. —Se acercó a la cama de Isabel y esta se destapó con desgana—. Yo que os he visto crecer y miraos ahora, hoy os vais a vivir a otra casa. Si hasta nada erais una niña que corría detrás de las ovejas. ¡Y cuántas veces os dije que las mujeres no montaban a horcajadas! ¡Jesús! ¡Cuántas veces os dije que eso no era cosa de señoritas, pero *vossa mercè* se empeñaba en llevarme la contraria!

—Es mucho más cómodo —le respondió.

—No vais a convencerme de lo contrario. Una mujer nunca debe montar a caballo como un hombre. Podríais no tener nunca un hijo. ¿Cuántas veces os lo tendré que repetir? ¿Es eso lo que deseáis?

—Por supuesto que no. Pero deja de llorar ya —dijo cambiando de tema—. Tú también te vendrás conmigo —suspiró de alivio.

—Por eso mismo no puedo dejar de llorar. —Se sentó junto a ella en el borde de la cama—. Esta noche dormiremos en otra casa.

—Tengo tanto miedo. ¿Y si no soy lo que mi marido espera de mí?

—No me vengáis con esas, si vuestro prometido es un hombre enamorado. Vos no os habéis dado cuenta, pero Bernat os mira con adoración.

—¿De verdad? —En tres ocasiones que se habían encontrado, ella no había advertido cómo la miraba.

—Claro que sí, que lo he visto con estos mismos ojos. Cuando vos no estabais pendiente de él, vuestro futuro marido os regalaba miradas que son dignas de una reina. —Isabel tomó el pañuelo que llevaba Carmen en las manos y le limpió las lágrimas—. ¿Pero qué hace *vossa mercè* limpiándome

la cara? ¿Dónde se ha visto tamaño disparate? Dejad, dejad —volvió a quitarle el pañuelo.

—No, deja que hoy haga algo por ti. —Isabel insistió en secarle las lágrimas con la yema de sus dedos—. Eres mi único apoyo desde que llegamos a Ciutat. Margalida está demasiado ocupada en atender a sus nuevas amigas. Se supone que hasta que no sea una mujer casada no podré asistir a esas fiestas.

Carmen se incorporó y negó con la cabeza.

—Ya tendréis tiempo de aburriros de esas fiestas. —Carmen volvió a sentarse en la cama. Le hizo un gesto a Isabel para que se acomodara a su lado—. Si vos tenéis miedo, vuestro esposo también lo tiene.

—Pero él es un hombre de mundo. Ya sabes —soltó de nuevo un suspiro—, tiene que haber conocido a otras mujeres...

—Anda, callaos y no digáis más disparates —comenzó a arreglarle los tirabuzones que iba a llevar ese día—. Venga, no me pongáis esa cara y alegraos, porque hoy es un día grande. Todas las mujeres sueñan con sus bodas y en lo felices que son con una familia. Os voy a contar un secreto que es innegable de que os alegrará.

—¿Estás segura?

—Sí, claro que lo estoy. ¿Qué es lo que más deseáis hoy?

Isabel no tenía clara su respuesta, pero entonces recordó a la mujer que la había criado y el tiempo que hacía que no la veía.

—Me gustaría que mi *senyora avia* estuviera aquí conmigo. —Rompió a llorar, aunque no quería comportarse como una niña. No soportaba mostrarse tan débil y tan frágil, cuando ella siempre se había considerado una mujer valiente.

—Vuestro deseo se cumplirá —replicó Carmen con una gran sonrisa.

Isabel se la quedó mirando, parpadeó varias veces y se quedó muda.

—¿Tú lo sabías y me lo has estado ocultando? —tartamudeó. Se incorporó de un salto y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Reía y lloraba al mismo tiempo—. Eres malvada. —La agarró de las manos, la levantó y se pusieron a girar como una peonza—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—¡Jesús! Parad, que ya no soy una moza y enseguida mi cabeza empieza a dar vueltas. —Carmen se llevó unos dedos a la sien porque empezaba a marearse.

—¿Dónde está? —Corrió a la puerta.

—Tranquilizaos. Está en casa de vuestra hermana. Llegarán de un momento a otro.

—Has tardado mucho en venir a despertarme.

Isabel fue hasta un tocador donde estaba el espejo de mano para contemplar su aspecto. Se lo trajo su padre en la última travesía que había hecho a Venecia. El marco era de plata, tal y como le gustaba a ella, y contenía unas piedras preciosas en el mango. Se pellizcó las mejillas al encontrar que estaba muy pálida.

—Vas a ser una novia preciosa. —La voz de la *senyora avia* le llegó desde atrás—. ¡Te pareces tanto a tu madre, que me parece estar viéndola en estos momentos! Pero tú eres mucho más hermosa. —Isabel se giró emocionada y corrió a abrazarla—. Solo te deseo que seas la mitad de lo feliz que fue ella en su matrimonio, o que seas tan feliz como fuimos tu *senyor avi* y yo en el nuestro. No hubo mujeres más felices que nuestra hija y yo misma —acarició las mejillas de su nieta pequeña.

¡Cómo había echado de menos el olor de alfábega de la mujer que la había criado y perderse entre sus brazos!

—*Vossa mercè*, habéis venido. Estoy tan contenta. —Isabel cubrió su cara de besos.

La mujer se apoyaba en un bastón y había recobrado sorprendentemente el color que había perdido tiempo atrás. Incluso Isabel la encontró mucho más rejuvenecida y sus ojos verdes brillaban como cuando su *senyor avi* aún vivía. A su lado estaba Margalida, tan conmovida como lo estaba su hermana pequeña.

—Deja algo para tu marido. Te aseguro que sabrá recompensarte si te muestras así de cariñosa —respondió la mujer mayor.

—Pero ¿qué dice *vossa mercè*? —Isabel se sonrojó como si no supiera de lo que hablaba.

Todas las mujeres, salvo Isabel, comenzaron a reír. Por los sueños que tenía, sabía de lo que hablaban, y por eso mismo tenía miedo a estar a solas con Bernat y no mostrarse tan apasionada como cuando compartía lecho con Biel.

—Yo ya he recibido en esta vida mucho más de lo que esperaba —replicó la mujer mayor—. Así que resérvate para esta noche.

—¿Por qué nadie me lo había dicho? —Quiso saber Isabel buscando la mirada de su hermana—. Sabías lo importante que era para mí.

—Porque entonces no hubiera sido una sorpresa —contestó Margalida—. Teníamos la certeza de que te ibas a alegrar.

—Soy tan feliz ahora. —Soltó una carcajada—. Anoche llegó nuestro padre de Florencia. Trajo unas cuantas telas para Margalida. También me obsequió con un regalo que no esperaba. —Les enseñó unas arracadas en oro que había hecho el mejor orfebre de la ciudad—. Desea que me los ponga porque son iguales a los que llevó nuestra madre en el día de su boda.

—No me habría perdonado en la vida perderme vuestras bodas. Aún me queda mucho por vivir. Quiero tener en mis brazos a mis primeros nietos. —Miró a su nieta mayor y colocó su mano en el vientre de Margalida.

Isabel abrió la boca.

—¿No me digas que tú esperas nuevamente...? —inquirió.

Margalida asintió con una gran sonrisa y cubrió su vientre, que aún permanecía plano, con una mano la de su *senyora avia*. Por desgracia, desde que se había casado, había sufrido dos abortos.

—Sí, ya he tenido mi tercera falta y siento que esta vez va a ir todo muy bien. Joan está tan contento que me ha regalado un nuevo collar de perlas.

—¿Pero cómo no me lo habías dicho?

—Te lo pensaba decir hoy. A Joan y a mí nos gustaría que tu marido y tú fuerais los padrinos de nuestro primer hijo.

—Nada me haría más feliz que ser la madrina de tu primer hijo. —Pensó en un momento lo que suponía tal honor—. Lo seré siempre y cuando nuestra *senyora avia* no lo desee.

—¡Oh, deja de preocuparte por mí! —Hizo un gesto con la mano quitándole importancia—. Tu hermana ya me lo pidió, fue lo primero que hizo ayer cuando nos vimos.

—Gracias, *vossa mercè*, no sabéis el regalo que me habéis hecho —Isabel le besó las manos.

Ni Isabel, ni ninguna de las otras dos mujeres se habían dado cuenta de que Carmen las había dejado a solas para que pudieran disfrutar de la alegría del momento. Regresó al cabo de un rato con parte del vestido nupcial en una mano. Eran unas prendas de seda de color marfil ricamente bordadas en oro. La tela la había traído su padre de Constantinopla. Aunque la confección del traje resultaba exquisita, también era costumbre entre las mujeres de su posición volver a ponerse la prenda en ocasiones especiales. Carmen ya tenía ideas al respecto sobre qué hacer con ellas: había decidido tinter las prendas

en un color azul pálido.

—¡Jesús! ¡Este es el día más feliz de mi vida! —exclamó Carmen con un nudo en la garganta—. Sois como una hija para mí.

Dichas estas palabras, colocó el sayo, el corpiño y la basquiña sobre la cama. Enseguida llegó Joanna con el tontillo y varias enaguas. La alcoba de Isabel se convirtió en pocos minutos en un trajín de gente que entraba y salía. Roser llegó con una bandeja con rebanadas de pan, embutido, varios dulces, tres naranjas abiertas con azúcar, unas manzanas cortadas en rodajas, licor dulce y una jarra de leche de almendras, la bebida preferida de Isabel. Antes de empezar a vestirse, las mujeres dieron cuenta del desayuno.

Como Isabel ya había tomado un baño el día anterior y Carmen le había arreglado los tirabuzones, Joanna empezó a colocarle el tontillo. Sobre esta prenda que ahuecaba la falda, fue poniendo las enaguas. Ajustó la basquiña en varios pliegues en sus caderas. Por último, le colocó el sayo entallado al dorso, con un gran escote que dejaba sus hombros desnudos y se podía admirar su cuello terso y pálido.

—Estás muy hermosa. —La *senyora avia* soltó una lágrima—. Tu madre estaría muy feliz por ti, como lo hubiera estado de vuestra hermana el día en que se casó. Las dos sois mi mayor orgullo.

—Este vestido nupcial es digno de una señora grande de España —comentó Margalida con una gran sonrisa—. Ya verás, provocará más de un desmayo cuando entres en La Seu. Vas a ser la envidia de muchas mujeres.

—Deja de adularme. —Isabel se había sonrojado—. No hay nada meritorio en estar guapa hoy, en el día de las bodas de una. Lo dicen de todas las mujeres.

—Pero créenos, tú eres un ángel —señaló la *senyora avia*—. Tu futuro esposo se lleva una joya.

Los ojos de Isabel se humedecieron y parpadeó para no terminar llorando.

—No la hagáis llorar, *vossa mercè* —dijo Margalida secando las lágrimas de su hermana pequeña y las suyas propias con el mismo pañuelo—, que se supone que hoy es un día grande para esta ciudad y para ella.

Carmen le colocó unos chapines tapizados con la misma tela del vestido.

Una vez que estuvo vestida, las mujeres la acompañaron hasta el piso de abajo, donde se encontraba el padre de Margalida e Isabel. Por primera vez aquellas mujeres lo vieron soltar una lágrima, ese hombre que solo había llorado en la soledad de su alcoba cuando perdió a su esposa, ahora lo hacía

al ver a su hija pequeña cuando estaba a punto de pasar por el sagrado sacramento del matrimonio. A su lado, Xisca había salido un momento de la cocina para desearle suerte y lloraba tanto como Carmen.

—Nunca llegué a pensar que hubiera una mujer más hermosa que tu madre, pero ya veo que me equivoqué. —Pere le tendió una mano, que Isabel aceptó con una sonrisa. Dio una vuelta sobre sí misma—. Eres el fiel reflejo de ella.

Desde la puerta que había detrás de su padre salió una cabeza rubia. Isabel alzó el mentón para encontrarse con unos ojos azules que trataba de olvidar por todos los medios. Lo miró de arriba abajo. Intimidada por su altura, bajó la mirada hasta su torso. El jubón remarcaba los músculos de su pecho y de sus brazos. Sus largas y robustas piernas estaban separadas, y sus pies estaban enfundados en unas botas de piel. Apartó la mirada de él al sentir un pellizco en la zona baja del estómago. Contuvo el aliento y empezó a temblar. Sin previo aviso, comenzó a recordar el último sueño que había tenido junto a él.

—Isabel —comentó la mujer mayor—, tenemos que dar las gracias al señor Bonnín, porque es el mejor médico de Mallorca. Gracias a sus cuidados me encuentro aquí contigo y puedo estar celebrando este día. Me ha aconsejado que no me exceda con las carnes y que cuide de no estar mucho tiempo de pie.

A Isabel comenzó a nublársele la vista, sus rodillas flojearon y todo lo que había a su alrededor comenzó a dar vueltas. Antes de que cayera al suelo, Biel adelantó una pierna y la abrazó, acogiéndola en unos brazos que ella conocía muy bien. Lo último que pudo recordar antes de perder la conciencia fue su aroma.

—Mi niña, ¿qué os sucede? —quiso saber la mujer mayor—. No me pegues estos sustos. Señor Bonnín, no dejes que le pase nada malo.

—Hay que llevarla a una habitación y tumbarla un rato. —La sostuvo en brazos sin dejar de mirar el contorno de sus labios.

—Sígueme —contestó Carmen—. La atenderás en su alcoba.

Biel subió los escalones de dos en dos y dejó que Carmen lo llevara hasta la habitación de ella.

—Abre las ventanas para que le dé el aire —ordenó él—. Puede que la emoción del momento haya podido con ella. ¿Ha comido algo esta mañana? Algunas mujeres no quieren probar bocado en este día.

—Sí, esta mañana ha dado cuenta de varias rebanadas de pan con aceite y sal.

Biel la recostó sobre su lecho.

—Déjanos un momento a solas y prepara una infusión de valeriana y lavanda con un poco de miel. Trae un paño seco con un cuenco de agua caliente. Le mojaré la nuca y las muñecas.

—¿Se recuperará? —inquirió Carmen.

—Sí, no debes preocuparte. —Biel le quitó importancia—. He atendido a otras muchas novias que han sufrido desvanecimientos en el día de sus bodas.

Sin embargo, antes de salir, Carmen se giró hacia Biel.

—¿Eres tú, verdad?

—Sí —dijo mirando a Isabel. Notó un pellizco en el corazón y después un escalofrío lo sacudió de arriba abajo.

—¡Jesús! Ella es todo cuanto tengo. Cuídala.

Él asintió.

—Hace años hice un juramento —dijo mientras la veía cerrar la puerta.

Isabel debía estar soñando otra vez, porque lo oía hasta en sus sueños. Poco a poco abrió los párpados. Se sentía como si estuviera flotando en el agua. Se preguntó por qué se sentía atraída por sus labios carnosos, por qué deseaba perderse en el azul de sus ojos y por qué deseaba ser abrazada por él. Había algo en la manera que él tenía de mirarla que hacía aquella fantasía más real que ninguna.

—¿Por qué me persigues en sueños? —Aunque quiso cerrar los párpados, los ojos azules de Biel la obligaban a no apartar la vista de él.

—*Vossa mercè*, no habléis y descansad un momento, os lo ruego.

Biel había desabotonado los dos últimos botones del sayo de Isabel para que pudiera respirar con más comodidad.

—Te lo ruego, deja de acudir todas las noches a mis sueños —dijo con un hilo de voz.

—Creedme, nada me gustaría más que cumplir vuestros deseos, pero me temo que yo también estoy atrapado en vuestros sueños —respondió con voz grave.

Ella parpadeó, contuvo el aliento y fue consciente de que aquello no era parte de una fantasía, como había pensado en un principio.

—Esto no es un sueño, ¿verdad?

—No —respondió Biel retirándole un mechón de la cara—. Os habéis

desmayado y os hemos traído a vuestra alcoba. Guardad fuerzas. Hoy va a ser un día con muchas emociones. En unas horas os casaréis.

Isabel negó con la cabeza. Ahora que lo tenía delante tenía que saber por qué tenía esos extraños sueños.

—¿Qué nos está pasando? ¿Esto es brujería? —preguntó con temor. ¿Cómo era posible que se hubiera enamorado de un hombre por medio de los sueños? Aunque ella conociera cada rincón de su piel, aquello no tenía ninguna explicación, era inconcebible.

—No, no es brujería. —Tampoco podía decirle cuál era la verdad.

—¿Entonces tú también tienes tales fantasías?

—Sí, todas las noches vos aparecéis en mis sueños.

Isabel tembló de la cabeza a los pies y apartó unos instantes la mirada de él. Ahora que lo tenía tan cerca se sintió abochornada por lo que era capaz de hacer cuando estaba junto a él.

—No lo entiendo —aún no se atrevía a buscar su mirada—, en esos sueños que estoy teniendo yo misma soy yo, pero no reconozco el lugar.

—Yo tampoco lo entiendo, pero sea lo que sea le doy gracias al cielo por teneros, aunque sea en sueños.

—¿Por qué? Yo no he pedido tal cosa —quiso saber ella—. Eres el mejor médico de Mallorca, deberías conocer una cura.

—Hay muchas cuestiones que se escapan a mi control. Ni siquiera puedo hacer nada por arrancaros de mis sueños.

Isabel se mojó los labios. Él observó su gesto y tragó saliva.

—Pero no podemos seguir con este trastorno. Tú eres un hombre casado y yo lo seré en unas horas.

Biel tomó unos segundos para responder.

—No, no lo soy, Isabel. —Cerró los ojos y bajó la cabeza—. Mi esposa... mi esposa murió en el parto de nuestro hijo. No pude salvarla, era muy joven y tenía las caderas estrechas. Ella quiso que lo salvásemos a él.

Isabel cerró los ojos de nuevo. Aquellas palabras y todo lo suponían eran todo un regalo para ella.

—Aquel día hablaste de una mujer y de que mis ojos te recordaban a ella. Dime si era tu esposa, dime si yo te recuerdo a ella.

—No, Isabel, no era ella. —Isabel sufrió un escalofrío. Era la segunda vez que le escuchaba llamarla por su nombre—. No sé cómo lo habéis hecho, porque aunque haya habido otras, siempre os he estado esperando. —Isabel

soltó una exclamación—. La mujer de la que hablaba era vuestra madre. — Apartó la mirada—. La conocí hace muchos años. Aquel día, vuestra madre estaba de parto...

—No sigas —aunque nadie le había contado lo que había ocurrido realmente ese día, sabía que su madre prefirió salvarla a ella, tal y como había hecho la mujer de Biel con su hijo.

Biel asintió con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Isabel cuando el silencio entre ellos se hizo incómodo.

Biel se encogió de hombros. No supo qué contestarle. Isabel le acarició con la yema de los dedos las mejillas. Había tanto dolor en su mirada que sólo se le ocurrió ese gesto para aliviar su angustia.

—Vos os casaréis y cada uno olvidará que esos sueños tienen lugar.

—¿Es eso lo que deseas? —se atrevió a preguntar.

Biel negó con la cabeza.

—No, creedme, no lo deseo, pero es lo justo. ¿Qué podemos hacer si no? En unas horas seréis una mujer casada.

—Sí, llevas razón —musitó cerrando los ojos.

Biel acercó su boca a la de ella. Isabel aspiró su aliento y se dejó envolver por él. Estaban tan cerca que ambos se respiraban. Era mucho mejor de lo que había imaginado cuando se levantaba cada mañana. Entreabrió los labios, esperando a que él hiciera lo que ella no se atrevía a hacer.

—Ojalá esto fuera un sueño... —murmuró Biel.

—Ojalá lo fuera... —lo cortó Isabel.

—Para besaros...

Ella asintió con la cabeza, con todo el cuerpo, porque era lo que más deseaba.

—Hazlo, te lo ruego. —Posó las manos sobre el torso masculino y Biel se inclinó sobre ella.

Biel atendió a su ruego y sus labios atraparon los de Isabel. Sus lenguas se encontraron y jugaron con calma. Se saborearon y no hubo ningún rincón que no exploraran. Aquel beso la hizo arder de pies a cabeza. Aunque no era lo que deseaban, se separaron cuando ya no les quedó más aliento.

—Te esperaré en sueños —musitó Isabel.

—Y yo acudiré como cada noche a ellos.

—¿Me lo prometes?

—Soy un hombre de palabra. —Sus ojos eran como un mar en el que llameaba un fuego intenso—. Contaré las horas todos los días para acudir a vuestro encuentro.

Biel se levantó. Isabel agarró la mano.

—¿Biel?

—No lo hagáis más difícil, Isabel.

—Yo también contaré las horas.

Antes de salir de la habitación, Biel se giró hacia ella.

—Os espero esta noche.

—Sí, esta noche, como todas. Deseo que las horas pasen deprisa.

[3] Esta copla se canta en el entremés de *Los tejedores* (siglo XVI) de Ambrosio de Cuenca.

Capítulo 6

El viernes a mediodía aún no tenemos ninguna noticia del sustituto de Carmen, y como yo me encargo del taller de teatro, no salgo del instituto hasta casi las cuatro de la tarde. Cuando llego a casa, abro la puerta del patio de atrás y Eros se me tira encima y recibo un beso de él. Aunque no sea el beso que espero porque me llena toda la cara de babas, da gusto que Eros me espere nada más abrir la puerta. Me abrazo a él por unos segundos y dejo que apoye la cabeza en mi hombro. Él nunca me defrauda y siempre está ahí cuando lo necesito.

Me sigue por la casa cuando nos separamos. No deja de agitar la cola y de gemir contento. Dejo el bolso y las carpetas del instituto en el despacho con el firme propósito de tomarme este fin de semana de relax. No quiero saber nada de alumnos ni de notas hasta el lunes. Estos últimos cinco días han sido de locura. Necesitamos un profesor de Lengua y Literatura con urgencia.

Me desvisto antes de ir a la cocina y me quedo en ropa interior porque hace mucho calor y porque me encanta estar de esta guisa en casa. Saco de la nevera la fiambra que me dio mi hermana la semana pasada con un pedazo de lasaña. A ella le sale mejor que a mamá, pero esto es algo que no podemos decirle porque la lasaña es el mejor plato del restaurante que regenta junto a mi padre. Después de haberse separado tres veces de él, dicen que ahora está mejor que nunca. Espero que esta vez sea la definitiva, porque cada vez que se separan mi hermana y yo tenemos que intervenir para que no terminen matándose.

Antes de sentarme a comer, recibo una llamada de Romina.

—¡Isabella! *Ciao, ciao, bella.*

Sonrío, porque cuando Romina me saluda en italiano, sé que desea algo de mí. Lo hace desde que éramos pequeñas y siempre le funciona. Es una gran manipuladora. Algo urgente se le habrá ocurrido para el sábado por la noche o el domingo a mediodía, ahora que Carmen está fuera de juego.

—¿Qué idea disparatada se te ha ocurrido para este fin de semana? —le pregunto sin rodeos.

—Gracias por preguntar cómo estoy. Para tu información te diré que muy bien, aunque un poco liada. —Saco del microondas el plato con la lasaña, me siento en la silla y dejo que siga hablando—. ¿Te acuerdas de que tienes que venir mañana por la noche a cenar a casa?

—No, no me habías dicho nada.

—¡Ay, Isabella! ¿No me digas que se te ha olvidado? No sé para qué te regalo agendas todos los años.

—No se me ha olvidado porque te vuelvo a repetir que no me habías dicho nada.

—Bueno, no pasa nada, te lo digo ahora. Estás invitada a la cena de mañana.

Mi hermana y Carmen parecen cortadas por el mismo patrón. Ambas irradian alegría por los cuatro costados. Hubo un tiempo en el que yo era así. Me muerdo una uña y siento que la respiración se me queda atascada en el pecho porque como me temía, esta cena ha sido una idea de última hora para que tenga una cita con alguien.

—¿Y si ya he hecho planes para mañana? —Miro la tarjeta de Pablo, que sigue encima de la mesa porque aún no he decidido qué voy a hacer al respecto.

Mi hermana se echa a reír.

—Sabes perfectamente que tu vida social es igual de activa que la de un caracol. —Paso de contestarle y sigo comiendo—. Resulta que Alberto va a preparar una barbacoa para despedir el verano.

—Pero si eso ya lo hizo hace dos semanas...

—Sí, pero esta vez es la definitiva —me corta—. Y deja que siga hablando, que tengo muchas cosas que hacer y no puedo pasarme la tarde de charlando contigo. Además, tengo que ir a recoger a Violeta al colegio. Lo que te iba diciendo, que vamos a hacer una fiesta mañana por la noche. Hemos invitado a Voro y a Sandra y a Juanca y a Marisa, y no sabemos si vendrá Lucía con su nuevo novio. Llevan poco tiempo, pero me ha dicho que está muy pillada por él. También va a venir un amigo de Alberto que se fue un tiempo a Madrid, y que lo han llamado para hacer una sustitución en un instituto. Luis es un friki como tú, ya verás como conectáis enseguida.

Lo sabía, esta es una cita encubierta, aunque esto es algo que mi hermana nunca reconocerá.

—¿Esto no será otra de tus encerronas para emparejarme con alguien? —

Aun sabiendo lo que es, se lo pregunto.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—Porque no es la primera vez que lo haces.

Oigo cómo Romina chasquea la lengua. Sabe que la he pillado.

—No seas susceptible. Esta es una cena informal entre amigos, un poco de cerveza, música para bailar y ganas de pasarlo bien. Es un plan perfecto. No me digas que no. Te espero a las ocho, aunque si quieres puedes venir antes y así juegas un rato con tu sobrina, que hace unos días que no sabemos de ti.

—Aún no te he dicho que sí.

—Trae también ese bizcocho de calabaza que haces tan bueno.

—Por lo que veo no tengo otra opción.

—Ah, se me olvidaba, ponte mona.

—¿No habías dicho que era una cena informal?

—Y lo es, pero nunca se sabe. —Suelta una carcajada—. Bueno, te dejo, que tengo muchas cosas que hacer. Besos, *bella*. Nos vemos mañana.

Cuelga antes de que le replique. Romina y Carmen se han autoproclamado las salvadoras de mi vida sexual, y hasta que no consigan el novio perfecto para mí no pararán de proponerme citas con hombres que no me interesan.

No sé cómo hacérselo entender: no quiero salir con nadie.

Me quedo mirando a Eros, que a su vez no le quita ojo a mi plato. Este perro se pasaría el día comiendo porque parece no tener fondo, y si me descuido, ya se habría tragado la lasaña.

—¿Qué hago? ¿Llamo a Pablo o paso? —le digo.

Por respuesta me ofrece un gemido sin dejar de babear frente a mi plato.

—Tú tampoco lo tienes claro. Esta noche decido.

Después de comer, recojo la cocina, me pongo ropa cómoda y saco a pasear un rato a Eros por el parque de la Valvanera. Sobre las cinco y media de la tarde voy a ver a Carmen. Oigo que está hablando con Roberto y que ambos están muy acaramelados.

Tiene algo más de color que el primer día que la ingresaron, pero en su mirada sigo advirtiendo que está cansada y dolorida.

Me acerco hasta ella y le doy dos besos en las mejillas.

—Llevo todo el día aburrida —se queja.

—Ya será menos. No me lo creo.

No me responde.

—¿Para mí no hay nada? —me recrimina Roberto.

Le pego un empujón de broma y después le agarro de una mano para atraerlo hacia mí.

—Claro, ven que te dé un achuchón ahora que Carmen y tú no podéis jugar a los médicos.

A Carmen se le escapa una risa ahogada, luego se muerde el labio inferior y mira a su marido con una sonrisa maliciosa.

—¡No...! —niego con la cabeza—. Pero si me acabas de decir que has estado todo el día aburrida.

—Bueno, pero solo han sido diez minutos de nada... —asiente a su vez—, es que no te puedes hacer una idea de lo mucho que nos aburrimos aquí. Nos han dicho que la rehabilitación va para largo.

Pongo los ojos en blanco.

—Sois mi modelo a seguir.

—Esta mañana hemos escrito otro capítulo. Te va a encantar —me señala el ordenador portátil que está encima de la mesilla—, estoy deseando que lo leas.

Alguien golpea la puerta con los nudillos y entra. Ha dejado el carrito de la comida en el pasillo y lleva la bandeja de la merienda. Cuando se gira, me quedo de piedra y un escalofrío me recorre la espina dorsal.

¡Gabriel! No puede ser él. Tiene que ser una broma de muy mal gusto. La vida disfruta siendo una cabrona conmigo.

Incluso me doy cuenta de que mis mejillas han perdido todo el color. Sin saber por qué, me toco el dedo anular, donde tendría que estar mi anillo de casada. Me rasco varias veces, como si con ello pudiera hacer que volviera a aparecer por arte de magia el último vínculo que me unía a Salva. Contengo un suspiro porque el suelo comienza a temblar bajo mis pies y dejo de escuchar las palabras que dice.

No puede ser que él, la única persona que no esperaba encontrarme en Valencia, trabaje en este hospital y que sea un auxiliar de enfermería. Mis mejillas enrojecen de repente después de tomar aire. En estos instantes quiero desaparecer. Me mira, me muestra una sonrisa amigable y se gira hacia mi amiga.

—¿Qué tal estás de ánimo, Carmen? Te veo muy guapa.

—Muy bien.

—¿Estás preparada para bailar este fin de semana? La paciente de la doscientos cinco y el de la doscientos veinte están dispuestos a montar jaleo

esta noche.

No sé si me molesta más que no me haya reconocido o que esté pasando de mí con esa desfachatez. Los recuerdos de lo que pasó en Madrid vuelven otra vez a mi mente: los mensajes que nos dejamos en Badoo, la cita que vino días después, la cena romántica y, por último, las caricias que se sucedieron tras tomar una copa en un bar de Malasaña.

Carmen se ríe y vuelvo otra vez en mí.

—¿Qué me dices? —le pregunta posando la bandeja en una mesilla después de que Roberto haya quitado el ordenador. Se marca unos pasos de baile. He de reconocer que no lo hace nada mal—. Deja al aburrido de tu marido y vente conmigo. Te prometo que no te aburrirás. Soy experto en samba y chachachá.

Carmen suelta una carcajada. No soporto las confianzas que se está tomando con ella. Desde luego, se tomó muy en serio lo de dejar lo nuestro en Madrid, en aquella habitación de hotel.

—Claro que sí, Biel.

—¿Te llamas Biel? —pregunto. Nunca lo habría pensado.

Él se gira con una sonrisa. En su mirada advierto un brillo de asombro, aunque también parece no entender mi pregunta. Desliza la lengua por el labio inferior, un gesto de lo más casual, pero que yo juraría que le he visto hacer durante muchos años, algo que por otra parte es imposible. Lo encuentro algo cambiado, tiene el pelo más largo y su expresión es un poco más chulesca. Puede que el hecho de estar en su lugar de trabajo le dé esa seguridad que aparenta. Lo recordaba un poco más tímido. Su mirada es idéntica a la que perturba mis sueños.

—Sí, Biel.

—¿Biel? —repito la pregunta—. Así que te llamas Biel.

Esto último lo digo más para mí que para él.

—Sí, eso pone en mi partida de nacimiento. ¿Hay algún problema? No es tan raro. Quiero pensar que tengo el poder de uno de los cuatro arcángeles. Supongo que sabes qué misión tenía.

—¿Había un arcángel llamado Biel? No lo sabía. Mucho ha cambiado la historia.

Antes de responder, se toma un segundo. Parece desconcertado.

—Creo saber cuál es tu problema: juzgas a la gente antes de conocerla.

—No es cierto, a los hechos me remito. No hay ningún arcángel con ese

nombre.

—Deberías leer algo más. Como alguien me dijo hace años: los libros son puertas al conocimiento. Quizás te sorprenda descubrir algo que no sabías — responde girándose de nuevo hacia Carmen—. En un rato me paso a recoger la bandeja.

—De aquí no me voy a mover.

—Un placer —se vuelve hacia mí, me sonrío y me guiña el ojo—, encantado de conocerte. Si vienes por aquí, supongo que nos veremos más de una vez.

En sus palabras advierto un tono de burla que me molesta.

—¿Sabes? Estás más mono con la boca cerrada —le respondo con los dientes apretados.

Él se gira con los ojos abiertos como platos. Parece no entender la pulla que le he lanzado, cuando ha sido él quien me ha lanzado una a mí. ¡Como si no me conociera! Me parece una desfachatez por su parte. Me fijo en sus ojos azules, cálidos y demasiado brillantes. Se posan sobre mí de tal manera que me estremezco. Aprieta la mandíbula en un gesto duro, borrando la sonrisa irónica de su rostro.

—¿No me digas que eres estomatóloga?

—No, filóloga hispánica y experta en lenguas muertas.

—¡Vaya! Así que eres experta en lenguas muertas. Nunca lo habría dicho. Aún te faltan muchos libros por leer. No me habrías dicho lo de mantener la boca cerrada si supieras algo más de la misión de mi arcángel. Pareces una niña... —piensa dos segundos la respuesta antes de contestar— perdida.

Sale al pasillo y yo le sigo para que le quede claro que sigue en pie lo de no airear lo nuestro. Antes de que siga avanzando, lo retengo por el brazo.

—Biel, espera un momento, por favor. —Él mira mi mano sin entender por qué lo retengo y después arquea una ceja—. Me gustaría pedirte, bueno, ya sabes... que lo nuestro siguiera siendo un secreto. No quiero que nadie sepa lo que pasó entre nosotros en Madrid.

Advierto sorpresa en su mirada, como si estas palabras no fueran con él. Sigue dando muestras de estar asombrado por mi actitud.

—¿Lo nuestro?

—Sí, ya sabes... —Me muerdo una uña.

Sigo observando desconcierto en su gesto, y no lo entiendo, porque no ha pasado tanto tiempo como para que olvide nuestro encuentro.

—No sé de qué me estás hablando, pero te lo voy a poner más fácil, ¿quieres mi tarjeta? Te advierto que no se la doy a cualquiera. Hoy estás de suerte.

Su respuesta me hace enrojecer. Hay algo extraño en él, no sé muy bien de qué se trata, aunque bien podrían ser su voz o sus ojos. Podría jurar que este rostro es más familiar de lo que hubiera pensado en un primer instante.

Sigue manteniendo esa actitud de confianza en sí mismo, que roza lo chulesco. Me molesta que me hable con esta arrogancia.

—No te hagas ahora el digno conmigo. Me da igual si te acuerdas o no de lo que pasó entre nosotros, pero no quiero que esto salga de aquí —se lo vuelvo a repetir.

—¿Te lo digo otra vez? Puede que así te quede algo más claro. Siendo como eres una experta en filología no tendrás muchos problemas para entenderlo. Entre tú y yo no pasó nada en Madrid. Créeme, si hubiera pasado, me habrías pedido el teléfono.

La seguridad que tiene en sí mismo es verdaderamente insultante.

—Biel, me parece estupendo que no te acuerdes, eso es lo que quería que entendieras. En estos momentos no estoy buscando nada. —Me giro para marcharme, pero antes de dar un paso me vuelvo de nuevo. No soporto que me hable como si me estuviera perdonando la vida. Estoy tan cerca de él que puedo oler su perfume. Recordaba que olía a mar y a limón, aunque en esta ocasión noto otros matices más dulces, como a especias—. Por cierto, fuiste tú el que quiso quedar otra vez. No te las des ahora de que no te acuerdas. Eras tú el que quería que nos viésemos otra vez.

—A ver si te aclaras, guapa —se acerca un paso más a mí, tanto que casi puede sentir la piel de la mano contra la mía—; ¿quieres o no quieres una cita? Solo tienes que decírmelo y yo trato de cuadrar mi agenda.

—Tú eres imbécil —le respondo al tiempo que adelanta una pierna con la que roza mi rodilla.

—De verdad, chica, no sé de qué va todo esto. No sé si es así como tratas a la gente que acabas de conocer o estás haciendo un experimento conmigo. Es la primera vez que me pasa esto —dice sorprendido.

—Bueno, que te quede claro. Tú y yo no nos conocemos y no hemos tenido nada.

Sonríe, y ese gesto me irrita porque tiene una sonrisa bonita.

—Sinceramente, yo de ti me lo haría mirar. Y no te preocupes, conmigo tu

secreto está a salvo. Tú y yo no nos conocemos, así que si no te importa, te dejo. Tengo aún muchas bandejas que entregar. La próxima vez que nos veamos nos ignoraremos.

Se marcha tirando de un carro lleno de bandejas. Me quedo clavada al suelo, confusa por todo lo que ha pasado. Observo cómo entra en una habitación y se pone a hablar con alguien. Parecía sincero cuando decía que no me conocía de nada, pero no puede haber olvidado nuestra cita en Madrid, ¿o sí? Frunzo los labios porque me maravilla la facilidad con que lo olvidan algunos. Aprieto los dientes porque guardo un buen recuerdo de aquella noche. No me creo que se haya olvidado de los cinco polvos. Vamos, ni que los echara todos los días. Regreso a la habitación de Carmen intentando pasar página, pero aún estoy sorprendida de habérmelo encontrado donde menos me lo esperaba.

Cuando cruzo la puerta, Roberto la está ayudando a comerse un yogur. Carmen me pregunta:

—¿A qué ha venido eso? ¿Conocías a Biel?

—No, pero es que me ha parecido un idiota y un engreído. Decir que me quedan muchos libros por leer, cuando todas las semanas leo dos.

—¿Idiota? A mí me ha parecido que entre vosotros había otra cosa. —
Sonríe.

—Guárdate tus opiniones, que sé por dónde vas.

—Ha sido una casualidad encontrárnoslo aquí. Llevaba años fuera de Valencia. Resulta que ha empezado esta mañana una sustitución. ¿Sabes que fue compañero de clase de Mario, el hermano de Roberto, en la facultad de medicina, y allí se hicieron amigos? Menuda alegría nos hemos llevado.

Me siento a su lado y permanezco callada.

—Fue el padrino de la niña de Mario.

Giro la cabeza hacia mi amiga. Ha terminado de merendar y Roberto le está limpiando los labios con una servilleta.

—No me interesa su vida, de verdad.

—Olivia lo adora.

—¿Quién?

—La sobrina de Roberto, la hija de Mario —me explica.

Contengo un suspiro. Me temo que Carmen va a seguir hablando de Biel si no la callo.

—Carmen, no te esfuerces. Me da igual quién es y lo que haga en su vida

privada.

—Pues Roberto y yo hemos visto que aquí había mandanga, de la que a ti te gusta...

—Carmen —le dirijo una mirada asesina para que no termine la frase. Mis palabras suenan más secas de lo que habría deseado—, me da igual lo que hayáis visto Roberto y tú. Deja ya de buscarme novios. Estoy muy bien así.

—No te enfades —replica ella. Me pone ojitos de cordero degollado—. No sé de qué te sorprendes. Me dedico a escribir historias románticas y a contar finales felices. Esta es la primera regla de este género. ¿Qué esperas? Creo en el amor.

Respiro profundamente antes de contestarle.

—Vale, perdona, Carmen. Solo quiero cambiar de tema.

—No, perdona tú —hace un mohín con los labios y deja escapar un suspiro—: te prometo que será la última vez que te diga algo sobre chicos.

—¿Seguro?

Por la sonrisa que me ofrece me está dejando entrever que no es cierto y que va a seguir insistiendo. Estos son los detalles por los que la quiero, pero este no es el momento de decírselo. Esperaré a algún día en el que nos pongamos ñoñas para decirnos estas tonterías.

—Solo te pido que me dejéis que vaya a mi ritmo. Te prometo que si un día aparece alguien interesante, serás la primera en saberlo.

Permanecemos en silencio durante unos segundos.

—Sé que te mueres por leer mi nuevo capítulo. —Me giro hacia ella para ofrecerle una sonrisa. Es mi forma de agradecerle que haya cambiado de tema—. Roberto me está aportando algunas ideas.

La miro porque no quiero saber de qué ideas me está hablando. Ya me imagino qué puede ser. Así que prefiero leerlas.

—Claro. Ya sabes que soy tu fan número uno.

—Te he hecho caso y en esta ocasión los personajes van a sufrir mucho. Nada de historias felices desde el principio. ¿Sabes cómo se llaman los protagonistas?

—Sorpréndeme.

—He decidido que en esta historia ella lleve el nombre de mi cuñada, de Begoña.

Suelto una carcajada porque Begoña lleva un tiempo queriendo ser la protagonista de una de sus novelas. No puedo estar mucho rato enfadada con

mi amiga.

—Pues a él le había puesto Pablo, pero no sé si me convence. Begoña y Pablo no pegan nada, ¿verdad que no?

—Bueno, siempre le puedes cambiar el nombre.

—¿Estás segura? ¿No te gusta Pablo como protagonista?

Es su manera de preguntarme si lo he llamado, pero ya he decidido que no lo haré.

—Estoy segura y te dejo a ti que le pongas el nombre que quieras a tu protagonista. Tú eres la autora —respondo.

Aun así, mantiene una sonrisa enigmática antes de responderme.

—Bueno, ya pensaré cómo se llama. No tengo por qué decidirlo ahora.

El resto de la tarde la pasamos comentando los primeros capítulos de esta nueva novela. Me sorprende reconocer a su cuñada en la protagonista, pero no le digo nada. Como tampoco digo nada cuando Biel vuelve a aparecer en la habitación. Como me había dicho, me ignora deliberadamente, aunque antes de cruzar de nuevo la puerta para marcharse se vuelve unos segundos hacia Carmen buscando mi mirada, que al final encuentra. Se sonríe y después desaparece.

Ahora que vuelvo a verlo me parece que tiene algo diferente a Gabriel. Se trata de su mirada. La de Biel no es tan dulce, es más bien misteriosa. En cualquier caso, si se empeña en decir que no nos conocemos, no seré yo quien lo saque de su error.

Capítulo 7

Antes de que Biel se marchara, Isabel le pidió que le dijera a su nodriza que necesitaba estar unos segundos a solas y que deseaba algo de tranquilidad. Permaneció un rato tumbada en su lecho pensando en lo que había ocurrido minutos antes. Biel le había colocado un paño húmedo en la frente y le había mojado la nuca y las muñecas para que recuperara el color de las mejillas. Iba notando que volvía a respirar con calma y que ya no estaba mareada. Se llevó el dedo índice a los labios para recordar el único beso real que recibiría de él. Inspiró y espiró varias veces, y cuando se sintió con fuerzas se levantó de la cama. Sopló la infusión que Biel había dejado sobre la mesilla antes de bebérsela, porque aún estaba muy caliente. Aunque relamió los restos de miel en la cuchara de madera, nada podía compararse a los labios de Biel. Salió de su alcoba con una sonrisa buscando a su nodriza, que la esperaba apoyada en la pared.

—¡Menudo susto nos habéis pegado, y justo el día en el que os casáis! — Carmen corrió hacia ella. Posó sus manos en las mejillas de Isabel para mirarla a los ojos—. El señor Bonnín me ha dicho que no debemos preocuparnos, que estabais un poco nerviosa y la infusión os sentaría muy bien.

—Sí, ha sido una suerte que estuviera aquí. Sus consejos me han sentado de maravilla.

—¿Os habéis tomado toda la infusión?

—Sí, dile a Roser que prepare otra. No me gustaría volver a pegarte otro susto.

—Venga, no hagáis esperar más a vuestros invitados. —Carmen le ofreció su brazo por si Isabel quería apoyarse en ella—. Vuestra *senyora avia* estará muy inquieta. No está bien que la hagamos sufrir más.

—No, no quiero que sufra más por mi culpa. Conociéndola como la conozco es posible que esté bebiendo de ese licor anisado que hace Xisca.

—¡Jesús! ¿Qué tenéis contra ese licor?

—Nada, salvo que cuando bebes un poco más de la cuenta dices muchas

bobadas.

—¿Bobadas? ¡Qué sabrá *vossa mercè* de lo que puede hacer este licor si nunca lo habéis probado!

Ambas mujeres acudieron al gran salón principal. Desde la escalera oyeron unos murmullos. Nadie se atrevía a levantar la voz. Cuando Carmen abrió la puerta, todos se giraron hacia la novia. Ya había llegado uno de sus tíos por parte de padre. En una esquina Pere hablaba con su hermano pequeño, *mossèn*[4] Andreu. La tarde del día anterior había confesado a Isabel en una misa privada que se celebró en la capilla familiar. En otro rincón se encontraban su tía abuela favorita, Catalina, que hablaba con su *senyora avia*.

Margalida corrió hacia su hermana con lágrimas en los ojos y la abrazó.

—¿Cómo te encuentras?

—No ha sido nada, solo un mareo. El señor Bonnín ha sido muy atento conmigo y me ha comentado que esto es algo común porque ha atendido a muchas novias. Recuerdo que también le pasó a nuestra prima Catalina.

Margalida soltó una carcajada.

—Es cierto, pero ella encontró mejoría al cabo de cinco meses —se llevó la mano a su vientre. Murmuró cerca de su oído—. Aunque la tía Anna se la llevó a la casa de *possessió* de Valldemossa para acallar todos los rumores, en Ciutat aún se comenta la barriga que tenía el día de sus bodas.

—¿No pensarás que yo...? —preguntó Isabel, alarmada.

—¿Tú? ¡Cristo Santo, no! ¿Has pensado que lo decía por ti? —Le arregló un tirabuzón—. Puedo estar segura de que tú no sabes a ciencia cierta lo que tiene un hombre entre las piernas. —Isabel bajó el mentón por el comentario de su hermana—. Si no hay más que ver cómo tus mejillas han enrojecido —soltó un suspiro—; todavía eres tan inocente.

Isabel contuvo un suspiro. Si su hermana supiera los sueños que tenía y cómo se comportaba en ellos, no hablaría así de ella.

Margalida se acercó a su oído.

—Si te soy sincera, te deseo que te guste compartir el lecho con tu marido. —Sonrió sin pudor—. Te aseguro que es muy placentero.

—No sigas, te lo ruego...

—¿Y aún piensas que puedo estar dudando de ti? Anda, ven a nuestro lado. —Margalida la agarró de la mano.

Isabel, visiblemente más recuperada y con un brillo extraño en la mirada que solo advirtió su *senyora avia*, se sentó entre su hermana y la mujer

mayor. Margalida se acomodó al lado de su tía Catalina.

—Me has pegado un buen susto —la *senyora avia* le dio dos besos en las mejillas.

—Ha sido la impresión de veros a todos en este día —mintió Isabel—. Hacía tanto tiempo que no nos reuníamos, que me ha podido la emoción. La última vez fue en las bodas de Margalida.

Isabel dejó vagar la mirada por la estancia y recordó unos instantes aquel día. Aún vivía su *senyor avi*, y junto a él permaneció escondida durante parte del convite en la alacena comiendo los dulces que preparó Xisca. Ambos eran muy golosos y no perdían la ocasión de llevarse uno de los almendrados que hacía la cocinera a la boca.

—Has recuperado el color de las mejillas —repuso la mujer mayor—. Te habías quedado muy pálida y tus labios estaban azulados.

—Me ha sentado tan bien la infusión que me ha recomendado el señor Bonnín, que le ha pedido a Carmen que Roser me prepare otra.

Ambas se miraron.

—Tus ojos me dicen que estáis enamorada. —La agarró de las manos y le dio unos golpecitos para tranquilizarla.

—Así es. Voy a La Seu completamente enamorada —dijo con una sonrisa.

Siendo sincera, no estaba mintiéndole. Si nadie tenía en cuenta cuáles eran sus sentimientos a la hora de casarse tampoco se sentía en la obligación de decirle de quién estaba enamorada.

—Deja de preocuparte ya —volvió a darle un golpecito en la mano—. Vas a tener un matrimonio feliz.

Isabel asintió con la cabeza. Se preguntó cuánto tiempo tenía que pasar para dejar de tener miedo cada vez que pensaba en Bernat.

—Mi esposo no podrá tener queja de mí —se forzó a decir.

—Me alegro de que así sea. Me harías muy dichosa si en unos meses anunciaras que te encuentras en estado de buena esperanza.

Isabel y la *senyora avia* siguieron hablando. Antes de acudir a La Seu, estuvieron bebiendo el licor anisado que había traído Xisca de Petra. La mujer mayor coincidía con Carmen en que este licor era un remedio infalible para calmar los nervios. La única que no les acompañó en brindar fue Isabel, que siguió las indicaciones de Biel de tomarse una infusión de valeriana y lavanda con una cucharada bien colmada de miel. Ella permaneció absorta en sus recuerdos, callada, oyendo de vez en cuando las conversaciones y las

risas de toda su familia.

Las nueve campanas de La Seu tocaron sexta, y desde la calle se escuchaban las voces de la gente que estaba apostada en su puerta, esperando a ver salir a la hija menor de Pere Vallespir. Había llegado la hora de acudir al encuentro de Bernat. Cuando se levantó, Isabel contempló su imagen en el gran espejo veneciano que había en el salón. Se dijo a sí misma que el día pasaría rápido y quiso convencerse de que apenas iba a tener tiempo de pensar en Biel.

Dos carruajes estaban preparados en el patio interior de la casa, desde donde partirían hasta La Seu. Había salido un buen día y el sol lucía con placidez para ser finales de enero. El primer carruaje, donde iban Margalida, su esposo, la tía Catalina, *mossèn* Andreu y la *senyora avia* salió a la plaza. Los vítores se oyeron en *Ciutat* entera. El segundo carruaje, donde iban Isabel, su padre y Carmen, partió unos minutos después. La plaza se llenó de gritos y aplausos. Conforme iban avanzando, las mujeres le iban deseando que fuera dichosa en su matrimonio y que muy pronto su casa fuera bendecida por un hijo que les colmara de dicha.

Isabel asentía a los buenos deseos de la gente. Sonreía, aunque por dentro contaba las horas que le faltaban para encontrarse con Biel.

La marcha hasta la La Seu fue más corta de lo que había imaginado. A medida que se iban acercando, Isabel pudo perderse en el reflejo de los rayos del sol sobre el mar azul. Respiró con calma. De alguna manera sabía que Biel la estaba acompañando, que estaba pensando en ella. Los últimos pasos que dieron antes de traspasar la puerta, los hicieron a pie. Carmen le arregló la mantilla porque la tenía ligeramente torcida y le metió el bajo de la basquiña para que no asomaran las enaguas. Isabel admiró los dos rosetones de La Seu antes de entrar. La oscuridad del recinto la sobrecogió. El sol no entraba a través de las vidrieras, que estaban cegadas. Aspiró el olor del sándalo que humeaba en los incensarios.

Dentro, junto al altar mayor, la esperaba Bernat, que no apartaba la vista de ella. Aunque Bernat era alto, no llegaba a la altura de Biel. Era algo desgarrado, de ojos oscuros, labios gruesos y sonrisa fácil. El tono de su piel era olivácea, y tenía el pelo tan oscuro como sus ojos. Isabel tuvo la sensación de que la miraba como si fuera una pieza delicada para que todo el mundo la admirara. Muy pronto su padre dejaría de ser su tutor para que lo fuera su esposo. Elevó la vista hacia el rosetón. No podía apartar la mirada de

las decenas de destellos que se perdían entre las primeras filas de bancos. Mientras caminaba a paso lento hacia el altar mayor, Isabel percibió los murmullos que iba arrancando a las mujeres.

—Qué traje tan hermoso —dijo una mujer mayor—. Hubiera sido una pena que el vestido no fuera bonito habiendo traído la tela de tan lejos.

—De Constantinopla, me dijeron.

—Mucho más hermosa es ella —respondió la que se encontraba a su lado—. Tiene los ojos de la madre.

Aunque oyó elogios de su vestido de novia, también advirtió murmullos envidiosos sobre ella.

—Con esa tela cualquier novia lucía hermosa —murmuró la primera mujer—. No es mérito de ella, es del vestido.

Su padre la agarró más fuerte del brazo y le susurró en el oído.

—No hagas caso, Isabel. A esas dos urracas no las salvaría ni un vestido de la mejor seda que hubiera en el mundo.

Ella ocultó una sonrisa bajando el mentón. Tenía que darle la razón a su padre.

Margalida ya le había prevenido y sobre todo la había aconsejado que no hiciera caso ni a los muy aduladores ni a los más recelosos. A partir de ahora conocería a quienes iban con segundas intenciones y a quienes no.

Al llegar, Bernat le ofreció treces monedas de oro a Isabel. Era el momento de que la ceremonia comenzara. Miquel Riera, el canónigo de La Seu, hablaba despacio, mascando cada palabra. Isabel no supo en qué momento dejó de escucharlo, pero no pudo evitar perderse en los recuerdos de las últimas noches. Volvió en sí cuando Bernat le puso la alianza de oro en el dedo anular. Ella hizo lo propio a continuación. Por último, Bernat rozó con sus labios la comisura de los de Isabel. Fue un beso casto y nada apasionado. Isabel casi prefirió que fuera así, que los labios de Bernat no le recordaran en nada a Biel.

Bernat le ofreció su brazo para salir como mujer casada.

—Estás muy hermosa —dijo con voz ronca.

—Te lo agradezco.

—No sabes lo feliz que me has hecho hoy. Espero ser un buen esposo para ti.

—Yo solo deseo ser una buena esposa para ti.

—Lo serás.

Isabel giró la cabeza y observó su semblante. En los ojos de Bernat no advirtió el mismo brillo que tenía ella cuando recordaba a Biel.

—Deseo que no olvides nunca este día.

—Nunca podría olvidarlo.

Cuando salieron de La Seu, los invitados les esperaban fuera. Cientos de granos de trigo cayeron sobre sus cabezas. Bernat la cubrió con su cuerpo para protegerla.

Los carruajes empezaron a recoger a los invitados para llevarlos al jardín de la casa de los Despuig. El último en partir fue el que llevaba a los novios. Bernat agarró la mano de Isabel. Cuando se marchaban, decenas de manos recogieron esos granos de trigo que habían caído al suelo.

—No debes temerme.

—No te temo. —Ella lo miró a los ojos—. Lo que quiero que entiendas es que no nos conocemos, que apenas hemos cruzado una palabra y que no sé apenas cosas sobre ti. Las veces que has venido a casa has estado más pendiente de los dulces de mi cocinera que de mí. Tampoco sabes nada sobre mí.

Él asintió con la cabeza.

—Me gusta tu sinceridad. Llevas razón, pero debes saber que tu nodriza me miraba mal cuando quería empezar una conversación contigo. ¿Qué deseas saber sobre mí?

Isabel sonrió.

—Espero que te gusten los perros —Isabel no esperó a que él le respondiera—. Cupido vendrá esta noche a vivir con nosotros.

—Daba por supuesto que tu perro vendría con nosotros. ¿Qué más deseas saber?

—Me gusta leer antes de dormir.

Bernat soltó una carcajada.

—No hubiera dicho de ti que eras una mujer de letras.

—¿Pensabas que me gustaba más bordar? No, prefiero leer.

—¿Has leído a William Shakespeare? Es el dramaturgo más grande que ha dado Inglaterra.

—No, aún no he tenido el placer. ¿Es más grande que Lope de Vega?

—Temo decirte que sí. Sus obras se representan en Venecia, en París o en Roma. ¿Te gustaría ver alguna de sus obras?

—Sí, claro que sí —respondió emocionada.

—Pues si lo deseas, después de la primavera mis barcos partirán hacia Inglaterra. Tengo unos negocios que atender.

—¿Vamos a viajar por Europa? —La idea le entusiasmaba.

—Sí, después iremos a París y también viajaremos a Madrid. Y por último llegaremos a Valencia, desde donde volveremos a Ciutat.

—Uno de mis sueños era conocer otros lugares. Mi padre no hace más que hablar de sus viajes, de lo maravillosas que son las ciudades de Constantinopla y Atenas. Me gustaría poder ver una obra de María de Zayas en algún corral madrileño. He perdido la cuenta de las veces que he leído *La traición en la amistad*.

—Las conocerás, siempre y cuando no te canses de viajar a mi lado. Las mujeres no suelen aguantar las travesías en barco.

—No me conoces lo suficiente para opinar esto sobre mí. Ese comentario ha estado fuera de lugar.

—Ya veo que eres una mujer de carácter. Perdona si te ha molestado mi comentario. Ya me lo dirás cuando lleves tres días sin pisar tierra. He visto a hombres más grandes que yo perder el color cuando levábamos anclas.

—Soy más fuerte de lo que aparento. No me asusta navegar.

—Me gusta oírte lo decir. Vuestro *senyor avi* siempre me dijo que de las dos nietas que tenía, tú eras la más fuerte y la que más carácter tenía.

—¿Qué más te dijo mi *senyor avi* de mí?

—Que eras la única mujer a la que le gustaba montar a horcajadas. ¿Es eso cierto?

—Sí, me gusta mucho, pero desde que llegué a Ciutat no he podido montar a caballo. Las bodas me han tenido muy ocupada.

—Todo ha salido a la perfección y tú has causado muy buena impresión entre las mujeres. —Se frotó las manos con las calzas—. Si me permites un consejo, no dejes que se entremetan en tus decisiones.

—Eso mismo me ha dicho mi hermana. Y ya que estamos siendo sinceros el uno con el otro, ¿hay algo importante que deba saber de ti?

Bernat se quedó unos instantes pensando.

—No, no hay nada. —Miró hacia la ventana.

Había algo en esas palabras que a Isabel le hicieron dudar.

—¿Sabes? —dijo por cambiar de tema—. A Carmen no le va a gustar la idea de viajar.

—Por suerte no me he casado con ella y no tengo que rendir cuentas con tu

nodriza. —Le ofreció una sonrisa.

El camino de vuelta a casa se le hizo más corto de lo que había imaginado cuando se subió al carruaje. Bernat era un gran conversador, un detalle que ella agradeció. Como lo fue también que durante parte del convite estuviera pendiente de ella, de hacer que se sintiera a gusto en su nueva condición de mujer casada. Las horas pasaron volando hablando con unos y con otros. Las mujeres alababan la cocina de Xisca y los hombres hablaban de negocios.

—Tienes cara de cansada —dijo Bernat después de que el cuarteto de cuerda dejara de tocar.

—No te preocupes por mí. Estoy bien.

—¿Tienes miedo?

—¿De ti? No. Ya me has dicho que no tenía que temer nada de ti y yo lo he creído.

—Vuestra *senyora avia* no te ha quitado ojo de encima en toda la noche. No se irá a la cama hasta que nosotros no nos retiremos.

Isabel la miró de reojo. Estaba sentada en un sillón y hacía un rato que cabeceaba.

—No me había dado cuenta de lo tarde que es.

—Es hora de dar que hablar a nuestros invitados. ¿Estás preparada?

Isabel quiso decirle que sí, pero aún no sabía cómo iba a amar a otro hombre que no fuera Biel. Se dejó arrastrar por Bernat y juntos salieron hacia la casa que sería su nuevo hogar.

[4] Sacerdote.

Capítulo 8

Lo primero que hago al llegar a casa, una vez que Eros me besa toda la cara, es ir al despacho y abrir mi portátil. Me meto en Google y busco en Badoo a Gabriel. Para mi sorpresa no lo encuentro, es como si la tierra se lo hubiera tragado porque ni siquiera están los mensajes que nos intercambiamos. Es imposible que no haya rastro de él, sin embargo, sí que están los mensajes que compartí con mis dos anteriores citas. Cierro la página y la vuelvo a abrir por si hubiera un error al cargarla. Pienso en él y en el chico que conocí en Madrid, y este Biel no es como recordaba. En Madrid me pareció más tímido que el Biel con el que he hablado. Su aspecto también ha cambiado un poco. Ahora es más rubio, de cabello algo más lacio y largo, y le cae el flequillo hacia un lado. Sin embargo, el color de sus ojos es tal y como lo recuerdo, de un intenso azul cielo. Me estremezco al pensar en su boca, que me parece de lo más tentadora. Frunzo los labios y después cierro de un golpe el ordenador. Aunque no esté su perfil en Badoo, tiene que ser él, son idénticos, pero por otra parte sonaba sincero cuando me ha dicho que entre nosotros no ha habido nada y que no me conocía. Tampoco parecía que hubiera perdido la memoria, ¿o sí? Ya no estoy segura de nada y me siento más confundida que antes.

Me fui un fin de semana a Madrid en la última semana de agosto con la excusa de comprarme algo de ropa y desconectar, cuando en realidad buscaba una cita de una sola noche. Está claro que el mundo es un pañuelo y que mi escapada no resultó ser como yo esperaba. Al final lo de dejar en manos del destino un segundo encuentro se ha cumplido.

Decido no darle vueltas al hecho de que él hubiera desaparecido de la Red y salgo un rato a pasear con Eros. Necesito no pensar en él, despejarme del día tan ajetreado que he tenido y respirar al aire libre porque en casa me estoy ahogando. Cojo la correa del perro, me pongo una mochila de tela donde suelo llevar una novela, algunas chucherías, un monedero con un poco de dinero y una botella de agua y salgo pegando un portazo. Me paro un segundo en el escalón y recuerdo cómo sonó la puerta cuando él se fue. No se

parece en nada a lo que acabo de hacer yo. Puede parecer una tontería, pero echo de menos el sonido de sus llaves al abrir la puerta, o cuando me saludaba desde el recibidor diciéndome: «Ya estoy en casa». Estos pequeños detalles eran los que hacían de nuestra casa un hogar. Después solía pasar a su despacho a dejar su cámara y su bandolera. Allí es donde tiene todas sus fotografías, salvo las primeras que hizo, que vendió a un americano y de las que no conservó el negativo. Este es el único sitio de la casa que no he vuelto a pisar desde que se marchó, el único lugar en el que aún siento que Salva sigue estando conmigo.

No me había dado cuenta de todo lo que dejan atrás las personas que se marchan de nuestro lado, pero sobre todo no me acabo de acostumbrar a los silencios. Ya no es solo su presencia, son las fotos, los libros que compartimos mientras él estudiaba Periodismo y yo Filología, o los mensajes que aún no he podido borrar de *whatsapp*. Por no decir todos los regalos que nos hicimos, no solo los que él me hizo a mí, también están los que yo le hice a él. El primero de ellos fueron dos móviles, dos terminales de tarjeta prepago que nos regalamos para comunicarnos por las noches, cuando estábamos en la cama y vivíamos cada uno en casa de nuestros padres. Lo segundo que hizo Salva al venirnos a vivir a esta casa fue un cuadro con ellos y lo colgó en su despacho. Eran dos modelos Alcatel en color verde manzana que nos enamoraron. En aquel momento nadie sabía que teníamos móviles y los únicos mensajes que hay en ellos son los nuestros. También recuerdo, como si fuera ayer, lo primero que compramos para la casa, después de que Salva la recibiera como herencia por parte de su abuela paterna, que no fue otra cosa que el colchón de matrimonio. Aún no teníamos ningún electrodoméstico, ni tampoco ningún mueble, pero poco nos importaba, porque el colchón nos pareció lo más importante. Ese fin de semana prácticamente no salimos de la habitación y nos alimentamos a base de caricias, besos y mucha comida a domicilio.

Bajo el escalón y suelto un bufido de impotencia. No sé por qué estoy enfadada, pero en cuanto veo uno de los gnomos de cerámica que hay en la parte de delante de la casa le pego una patada y la cabeza sale volando. Nunca me gustaron estas figuritas, pero a Salva le hacían gracia y compramos cuatro gnomos para decorar un jardín que se quedó en proyecto porque ni a él ni a mí se nos daba bien el tema de las flores. Recojo la cabeza que ha quedado al lado de la verja y aprieto la mandíbula con rabia. No suelo tener

accesos de rabia, aunque estoy en uno de esos momentos en los que me gustaría gritarle a la vida por qué es tan canalla y por qué todo no puede ser más fácil.

—¿Por qué tuviste que hacerme caso? ¿Por qué?

No voy a recibir la respuesta que espero, porque ese gnomo decapitado no es Salva. Dejo la cabeza al lado del cuerpo sin tener muy claro si al final lo arreglaré o terminaré tirando estas figuras al contenedor. Hace tiempo que tenía que haber decidido qué hacer con ellas cuando decidí cubrir el jardín con baldosas.

Cuando salgo a la calle, me doy cuenta de que no me he hecho daño y de que puedo caminar bien. Hago mi ruta de todos los días hacia el bulevar sur. Mientras camino inspiro y espiro con calma, hasta que mi respiración se va acompasando con el ritmo de mis pasos. Al menos, en este caso, el yoga me ayuda a encontrar algo de paz. Aun así, Eros tira de mí y va olisqueando todos los contenedores de vidrio que nos encontramos. Por un día decido variar mi ruta y cruzo la avenida hacia el barrio de San Marcelino. Paseo por sus calles y llego hasta la puerta del cementerio. Me quedo parada frente a la puerta, recordando que las primeras fotografías que logró vender las hizo justo aquí y que yo hice de modelo. Nos gustaba buscar ángeles para después hacer nuestras propias composiciones. La primera exposición que hizo sobre estas fotografías nos permitió irnos a Islandia. Después llegaron muchos más viajes, muchas más fotografías y muchos recuerdos que no se pueden borrar.

Vuelvo a cruzar la avenida y me siento un rato en un banco que hay debajo de un árbol. Observo que la luna ha salido ya y está casi llena. Me alegro de haber salido de casa, porque pasear siempre me relaja. A pesar de la poca luz que hay, saco un libro y me pongo a leer. Aún hace una temperatura agradable para estar en la calle. Busco en la mochila alguna chocolatina. Por suerte, aún me quedan una bolsa de Conguitos y un Kinder Bueno.

No llevo ni diez minutos leyendo cuando Eros me advierte de que hay algo que le inquieta. Se pone en alerta, levanta las orejas y sale corriendo hacia una parte del paseo ladrando. Casi ni me da tiempo a guardar la novela en la mochila porque tengo que salir corriendo detrás de él.

—¡Eros, quieto!

Sin embargo, mi perro sigue corriendo y no se detiene.

—¡Eros, te he dicho que te quedes quieto!

Acabo de hacer los doscientos metros lisos en menos de treinta segundos.

Llego hasta un lado del paseo, donde hay unas máquinas de ejercicios, con la lengua fuera. Eros está al lado de una perra que parece ser un podenco andaluz, oliéndole por detrás. La perra se deja hacer y gime con las caricias que le prodiga mi dalmata. Cojo a Eros del collar para retirarlo. Noto que hay alguien más alto que yo que está detrás de mí y me está observando. Me pongo tensa y trago saliva cuando siento su aliento rozar mi cuello.

—¡Afrodita! —exclama—. ¿Qué te tengo dicho de no salir corriendo? Ven aquí, perra traviesa.

Cierro los ojos porque no me puedo creer que en un solo día me lo haya vuelto a encontrar de nuevo. Aprieto la mandíbula y suelto un bufido.

—No me gusta que me griten en el oído. —Me giro con tranquilidad y mi mirada se tropieza con sus ojos cálidos y tan azules como el color del mar en un día de verano. Durante unos segundos me quedo paralizada. Ni él ni yo podemos apartar la vista. Todos los recuerdos de lo que pasó en Madrid acuden de forma repentina. Me obligo a respirar al mismo tiempo que parpadeo. Por último me separo unos pasos de él y levanto el mentón—. ¿Tu perra está en celo? —No espero a que me responda—. Podrías dejarla unos días en tu casa si no quieres convertirla tan pronto en mamá de seis o siete cachorrillos.

—Eso ha sonado a una orden, ¿lo es? —dice Biel.

—¿Y qué si lo es? Tómatelo como quieras. En cualquier caso, si tu perra está en celo no deberías dejarla que fuera sola por el paseo. O podrías ponerle una inyección.

—Afrodita no está en celo, si es lo que te preocupa. —Agarra a la perra por el collar y la pega a él para que se quede quieta—. Lo mismo podría decir de tu perro y me abstengo de comentarte qué podrías hacer con él.

—A mi perro no le pasa nada, y si estás insinuando que ha salido corriendo detrás de tu perra sin motivo aparente estás muy equivocado.

—No, no he insinuado nada. Las conclusiones las has sacado tú solita. Solo quiero dejarte claro que Afrodita no está en celo. No sé si es que tienes problemas de oído o tal vez ya no sabes qué hacer para pedirme el teléfono.

Me clavo las uñas en la palma de la mano para no ponerme a gritarle en mitad del paseo. A medida que lo voy conociendo me parece más imbécil.

—Contéstame a una pregunta, ¿siempre te das tanta importancia?

Biel suelta una carcajada y arquea una ceja.

—Empiezo a pensar que esto es parte de una broma de mal gusto. Puede

que también tengas una especie de fijación conmigo.

—Tu ego no deja de sorprenderme —le espeto.

Me mira un instante infinito.

—Me siento abrumado. Primero me llamas imbécil y ahora sales con lo de mi ego. Estoy impaciente por saber qué será lo siguiente. —Observo sus labios mientras las palabras se deslizan despacio por su boca—. No sé si podré esperar al próximo encuentro. Igual nos hacemos amigos y todo.

—Quiero que te quede una cosa clara: tú y yo no seremos amigos.

—Por ahora.

—Ni ahora ni nunca.

—Eso lo dirá el tiempo. Acepto el desafío —comenta con una sonrisa arrogante.

—Parece que ahora el que tiene problemas de oído eres tú. No sé qué te hace creer que entre nosotros va a haber algo parecido a una amistad.

—Es una pena que me hayas juzgado antes de conocerme, como has hecho con mi perra. Podrías llegar a sorprenderte. Igual no soy quien te imaginas.

No tendría por qué secárseme la boca ni tampoco tendría que estar temblando, sin embargo, es así como me siento al comprobar que mi rodilla está rozando la suya.

—Estás demasiado cerca —murmuro.

Biel me da un repaso de arriba abajo y después vuelve a clavar su mirada en la mía.

—No me he movido del sitio. Será que nos atraemos como imanes.

—Si tú lo dices.

—No, no lo digo yo. A la vista está que hay algo en mí que te atrae —lo suelta con una sonrisa en los labios que deja entrever que esta situación le parece graciosa.

—Mi opinión sobre ti no ha variado.

Chasquea la lengua en un gesto de fastidio. Me atrevería a jurar a que de un momento a otro va a soltar una carcajada.

—Ahora contéstame tú a una pregunta, ¿en ese encuentro que supuestamente hemos tenido nos lo pasamos bien? No sé si soportaría saber no haber cumplido tus expectativas. Quiero pensar que sí, porque si no, no tendría sentido este acoso hacia mí.

Abro la boca para responderle, pero me doy cuenta de que se me ha olvidado respirar por unos instantes y noto cómo la garganta se me cierra. Me

callo la respuesta que tengo en la punta de la lengua, pero está claro que este Biel, o como se llame ahora, no tiene nada que ver con el que conocí en Madrid.

Advierto que se acerca a mí. No sé si tiene intenciones de besarme, pero esa sería la peor idea que se le podría ocurrir después de haber dejado claro que no quiero nada con él. Sin embargo, a pesar de su cercanía, siento que no me puedo mover del sitio. Su mejilla roza la mía, cierro los ojos y me mojo los labios. Puedo oler su perfume otra vez.

—Respira —me susurra al oído—. Hace un rato que se te olvidó hacerlo.

El vello de la nuca se me eriza y un escalofrío me recorre la parte baja del abdomen. Hago caso a sus palabras y suelto un suspiro liberalizador.

Cuando abro los párpados de nuevo, observo que ya no está a mi lado y que camina hacia el lado opuesto que lleva a mi casa, con su perra pegada a él. Afrodita no deja de gemir, al tiempo que Eros se pone a ladrar. No puedo dejar de mirar cómo se aleja. Tengo el presentimiento de que sabe que aún no me he podido mover del sitio, y eso me molesta mucho, me molesta esa seguridad que tiene.

Doy media vuelta y me marchó a casa furiosa. Aprieto los dientes. Me duelen tanto las encías y la mandíbula que las siento entumecidas. Paso la lengua por la boca y puedo sentir el sabor de la sangre. Ahora soy yo quien tira de Eros, que no deja de girar la cabeza buscando a Afrodita.

Estoy cabreada por encontrármelo en el hospital donde está ingresada Carmen, como también estoy enfadada por saber que tiene que vivir en este mismo barrio, quizá a cinco minutos de mi casa, pero sobre todo estoy enojada por no poder pasar página y por comportarme como una estúpida, o peor, como si fuera una adolescente con las hormonas revolucionadas cuando estoy con él. Saca lo peor de mí. Aun así, no puedo evitar pensar en lo mucho que me gustó el sexo con él.

No sé si me gusta más este Biel tan mordaz. Desde luego me desconcierta, que ya es mucho decir.

Llego a casa en cinco minutos, cuando normalmente este camino lo hago en más tiempo, y subo los escalones de dos en dos hasta mi habitación. Me quito la ropa a golpes, con la sensación de que me quema la piel. La tiro al suelo y le pego una patada a la camiseta. Eros me mira desde la puerta y suelta un gemido lastimero. Ojalá pudiera llorar, ojalá mi vida fuera tan fácil como la de Eros, pero solo siento que mi garganta se ha cerrado y que todas

las lágrimas que derramé no han borrado aún todo este dolor. Se acerca a mí agitando la cola y con un entusiasmo que me conmueve; como otras veces que me ha visto así, viene a rescatarme de esta rabia que me consume por dentro, así que dejo que me pase la lengua por la cara. Nos tumbamos en la cama y en algún momento me quedo dormida abrazada a él, aunque los recuerdos me asaltan en mitad de la noche.

Esos ojos azules con los que llevo unos días soñando acuden a mí, y cuando me despierto noto lo desamparada que estoy sin él.

Capítulo 9

Habían pasado algunas semanas desde que Isabel y Bernat se casaran. La primera noche que pasó con él, Bernat se había mostrado delicado y tierno, y una vez que se acabaron las caricias, él se marchó a su alcoba. No hubo pasión en sus besos, ni tampoco encontró amor en los ojos de él cuando llegó al clímax. Después de esa primera vez hubo algunos encuentros más, pocos, los podía contar con los dedos de sus dos manos, pero Isabel jamás le reprochó nada, no quería exigirle ninguna cosa que ella tampoco fuera capaz de darle. Ella cerraba los ojos y pensaba que quien estaba encima de ella no era Bernat, sino Biel. Esperaba a que él terminara rápido y se marchara para abandonarse a las caricias de Biel, para amar con pasión al hombre que quería.

Sin embargo, el poco interés que tenía su esposo en ella tenía una explicación. Una noche en la que no podía dormir, presencié algo que la dejó muda. Aquel día, un poco antes de celebrar el viernes santo con la familia, ella bajó al huerto a pasear. Se sentó en uno de los bancos a contemplar el cielo cuajado de estrellas, como hacía cuando vivía en Petra. En mitad del silencio de la noche escuchó unos ruidos que llegaban desde los establos y se acercó para ver de qué se trataba. La puerta estaba entreabierta y encaminó sus pasos hasta el fondo, tratando de ser silenciosa. Bernat tenía el torso desnudo y estaba besando a otro hombre. Se amaban con la pasión con la que ella y Biel lo hacían en sueños. Tragó saliva, porque a pesar de que su esposo la estaba engañando con un hombre, no era capaz de juzgarlo. No pudo verle la cara, porque acercarse más habría sido una temeridad. Regresó sobre sus pasos y decidió no revelar el secreto de Bernat a nadie. Al igual que ella, Bernat también tenía el suyo. Ahora que conocía la verdad de su esposo, no se sentía tan culpable cuando Biel la visitaba en sueños.

La primera semana de marzo, y antes de hacer un viaje corto a Valencia que duraría un mes, Bernat había decidido que era hora de celebrar una fiesta en su casa y presentar a su esposa como tocaba en sociedad. Durante todo el día, los criados estuvieron preparando el salón principal para recibir a los

invitados. Se sacó brillo a la plata de los candelabros y a la de la cubertería. También se lucirían las mejores mantelerías de hilo, se limpiarían las copas de cristal soplado y se mostraría la vajilla con el escudo de la casa de Vivet. Así mismo se retiró la tela de los muebles del salón y se frotó con cuidado el espejo que había junto a un cuadro de la *senyora avia* de Bernat, que pintó un alumno aventajado de Juan de Juanes.

Carmen había estado muy atareada cosiendo el vestido que llevaría Isabel en su primera fiesta como mujer casada. La nodriza tenía muy claro que era el momento idóneo de usar una tela de seda en color púrpura. La había guardado con celo desde que el padre de Isabel la trajera de Holanda, donde la compró a un comerciante textil. Quería que Isabel causara la mejor de las impresiones entre todas las mujeres, y para ello su señora tenía que estar perfecta. Aun así, todavía no había encontrado una joya que estuviera a la altura de las circunstancias.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Isabel cuando Carmen entró de buena mañana en su alcoba—. Tienes los ojos brillantes.

—Sí, solo un poco cansada. Esta noche no he dormido bien. —Se retiró unas gotas de sudor de la frente y se sorbió la nariz.

Isabel la volvió a mirar porque Carmen tenía las mejillas coloradas.

—Siempre le puedo decir a Maribel que venga a arreglarme.

Carmen se giró hacia ella, dolida por este último comentario. Sus ojos se humedecieron y sacó un pañuelo de la manga de su camisa.

—¿Tan pronto queréis deshaceros de mí?

Isabel negó con la cabeza.

—No, no me he explicado bien. —Corrió a su lado y le tomó las manos a Carmen—. Solo quiero que descanses un poco. Llevas más de una semana cosiendo este vestido. Solo falta arreglar los bajos, que los puede hacer Maribel.

—¡Jesús! ¿Dejar que otra mujer os atienda? Ni se os ocurra pensar en tamaño disparate. Nunca me he quejado por atenderos y no será ahora cuando lo haga. Ya descansaré después, en la otra vida.

—Ni se te ocurra pensar en esa posibilidad ahora. De todas maneras, le pediré a Maribel que nos prepare alguna infusión con miel, tal y como te gusta a ti.

Durante toda la mañana, Bernat e Isabel no habían cruzado ni una palabra, un detalle que no se le escapó a Carmen. Cada uno había estado recluido en

su alcoba e incluso habían comido por separado.

Después de comer, Carmen le hizo la pregunta que le rondaba por la cabeza desde hacía unos días.

—*Vossa mercè* tenéis un día un poco extraño —se rascó el cuello—; no habéis salido en todo el día de vuestra alcoba. ¿Hay algo que deba saber?

—¿Ahora eres tú la que me preguntas a mí? ¿Algo sobre qué?

—Si a vos os ocurriera algo me lo diríais, ¿no es cierto? —Se tapó la boca para toser.

—No entiendo tu pregunta.

—Algo como una gran noticia.

—¿Por qué no eres más clara?

Carmen soltó un bufido de impaciencia.

—No me hagáis sufrir y decidme si habéis tenido este mes la primera falta.

Isabel parpadeó y después soltó una carcajada.

—¿Qué te hace pensar que estoy encinta?

—A ver, no me entendáis mal. Hoy lleváis un día un poco extraño, apenas habéis comido y os habéis pasado casi toda la mañana en la cama.

—Pero si solo llevamos un mes casados.

—Tiempo más que suficiente para estar encinta. Cosas más difíciles se han visto. —Volvió a rascarse el cuello.

—No, aún no estoy encinta. Justo he sangrado esta mañana. Me he tumbado un rato porque no me encontraba bien. Bernat me ha aconsejado que descansara porque hoy íbamos a bailar toda la noche.

—No sabéis el disgusto que me habéis dado. —Se limpió unas lágrimas con un pañuelo que se había sacado de la manga—. Ya me veía con un niño en brazos. —Hizo un gesto con ambos brazos, como si lo sostuviera.

Isabel la observó detenidamente. Carmen tenía unas manchas en la cara, estaba sensible y lloraba por cualquier motivo.

—Carmen, estamos en ello. Bernat y yo así lo deseamos, pero no será en este mes.

—Espero que no se demore mucho en llegar.

—Eso nunca se sabe.

A media tarde, alguien llamó a la puerta de Isabel. Carmen corrió a abrir y dejó que Bernat pasara. Isabel permanecía sentada en una banqueta junto al tocador. Carmen le estaba arreglando el cabello.

—Si quieres, puedo volver en otro momento —señaló desde el umbral—.

Veo que estás ocupada.

—No, tranquilo. Pasa, Bernat —le señaló Isabel—. Carmen ya está terminando de peinarme.

Bernat llevaba una mano en la espalda.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó cuando llegó a su lado y le dio un beso delicado en la mejilla.

—Mucho mejor. Roser me ha preparado una infusión que me ha aliviado un poco.

—Me alegro de que estés mejor. Hubiera sido un fastidio tener que anular la fiesta por un contratiempo de última hora.

—Te dije que soy más fuerte de lo que aparento. No tenías motivos para preocuparte.

Bernat se acomodó en la banqueta y le mostró una caja alargada tapizada en terciopelo azul.

—¿Qué es esto?

—¿Desde cuándo un marido tiene que dar cuentas de los regalos que le hace a su esposa?

—La semana pasada ya me hiciste un regalo.

—Ábrelo. Es el elemento que te faltaba para que luzcas más hermosa si cabe.

Isabel destapó la caja y sacó un collar de oro con unos rubíes engarzados. Abrió la boca porque no sabía qué decir.

—Ha pertenecido a mi familia desde hace muchos años. Fue un regalo que le hizo el padre de mi *senyor avi* al padre de mi *senyora avia*.

—¡No sé qué decir! —Le acarició un brazo.

—No tienes que decir nada. Date la vuelta para que te lo ponga. —Isabel se giró y después contempló su imagen en el espejo de mano—. Mi madre quiere que lo lleves esta noche. Carmen llevaba preocupada varios días porque no encontraba ningún collar para el vestido que vas a llevar esta noche.

—¡Ay, esta joya es justo lo que necesitaba mi señora! —exclamó Carmen. Isabel dejó de contar las veces que se había sacado el pañuelo de la manga para limpiarse las lágrimas—. ¡Sois tan atento!

—Es un collar precioso. —Miró en primer lugar a su marido y después a su nodriza—. Esta noche la luciré con una gran sonrisa.

—No hay ninguna joya que pueda compararse a tu sonrisa. Esta noche

todos los ojos van a estar puestos en ti.

Carmen soltó un suspiro.

—*¡Vossa mercè*, vais a ser la envidia de todas las mujeres! —exclamó admirando el collar y sorbiéndose los mocos.

Isabel bajó el mentón y notó cómo se sonrojaba.

—Te agradezco el cumplido.

—No tienes que agradecerme nada. Eres mi esposa —se levantó—. Los primeros invitados empezarán a llegar sobre las siete. ¿Nerviosa?

—Un poco.

—Tú diviértete, lo vas a hacer muy bien.

—¿Y si...? —dudó unos segundos de sí misma.

—Vas a salir airosa. No te preocupes por nada. Eres una mujer prudente y resolutiva.

—Bernat —dijo Isabel cuando su marido llegó a la puerta—. ¿Y tú, estás preparado?

—¿Para la fiesta o para el viaje?

—Para ambas cosas.

—Ya te he dicho que no debes preocuparte por mi partida. Solo voy a estar un mes fuera. No me he olvidado de tu regalo. —Le guiñó un ojo.

Isabel entendió que se trataba de un ejemplar de *Romeo y Julieta*, la primera obra de William Shakespeare que leería.

Antes de marcharse, Bernat se acercó de nuevo a ella para darle un beso en la mejilla.

—No podéis tener queja de vuestro esposo —dijo Carmen cuando Bernat traspasó la puerta. Corrió de nuevo hasta el tocador de Isabel—. Os consiente todo y os hace regalos maravillosos.

Isabel asintió.

—Sí, a su lado me siento feliz.

—¿Y vos que teníais miedo de vuestro marido! —Tosió varias veces—. Si ya os decía yo que vuestro esposo estaba enamorado de *vossa mercè*.

Isabel pensó en las palabras de su nodriza. Era cierto que Bernat se mostraba atento y muy correcto con ella, pero eso no quería decir que él la amara, no después de saber lo que era sentirse deseada por un hombre. Todas las noches Biel acudía a sus sueños para demostrarle su amor por ella.

—Venga, no os demoréis, que no tenemos tiempo que perder —dijo después de terminar de repasar los tirabuzones. Carmen fue hasta la cama,

donde había dejado el sayo y la basquiña extendida para que no se arrugara —. Aún os tengo que vestir. Estoy deseando ver la cara de esa mujer que os dijo en el día de vuestra boda que estabais guapa por el vestido de novia. Cuando vuestro padre lo comentó, no me lo podía creer. ¡Pero qué desvergüenza!

Isabel se levantó de la banqueta cuando Carmen agarró el tontillo.

—No te ofusques. No tiene importancia. Padre las llamó urracas.

—Claro que la tiene. Esta noche tenéis que estar perfecta. Esas mujeres van a saber quién es mi señora.

—Te prometo que esta noche sabré estar a la altura. Y después te contaré los últimos chismes que corren de boca en boca.

—Si no fuera por estos momentos, mi vida sería muy aburrida.

Ambas mujeres soltaron una carcajada.

Carmen acabó de vestir a Isabel e hizo que se mirara en el espejo de mano. Aquella noche estaba muy hermosa.

—Os sienta muy bien ser una mujer casada, y mejor os sentará tener un hijo.

—Carmen, todo se andará.

La nodriza la acompañó hasta el primer piso, donde Bernat estaba sentado junto a una chimenea encendida. Isabel encontró a su marido sumido en sus propios pensamientos.

—¿Hay algo que te preocupa? —quiso saber Isabel.

Bernat sacudió la cabeza y parpadeó dos veces.

—No, no, son cosas mías. —Se levantó de un salto y acudió al encuentro de Isabel, dándole un beso en la mejilla—. Ven, esperaremos a nuestros invitados en el salón principal.

El primer matrimonio llegó un poco antes de que dieran las siete. Ella, Anna, le dio dos besos en las mejillas y echó un vistazo de arriba abajo a su vestido.

—La tela es simplemente un sueño. ¡Qué maravilla! Gracias a vuestra palidez, os sienta de maravilla.

Isabel abrió los ojos de par en par y se quedó sin palabras.

—Isabel os lo agradece, ¿no es cierto? —replicó Bernat mirando a su esposa con un brillo especial en la mirada.

—Sí, sois muy amable —convino Isabel.

—Vos también estáis divina esta noche con vuestro vestido, aunque es

posible que el color amarillo fuera perfecto para esta tela.

—Vos también sois muy amable conmigo. —Anna contuvo el aliento y después le mostró una sonrisa cordial.

Cuando Nicolau, su marido, besó la mano de Isabel, no le quitó ojo a su escote. Ella sintió cómo la desnudaba con la mirada y quiso cubrirse con el otro brazo. Le retiró la mano y después se limpió el dorso con la tela de su basquiña.

—Has sido poco considerado con Anna —le comentó Isabel cuando estuvieron nuevamente a solas.

—¿Tú crees? La desconsiderada ha sido ella contigo. No le has dado motivos para que hiciera ese comentario. Si dejas que traspasen la primera línea, te despedazarán. Ese vestido que lleva tiene más años que tú.

Isabel se rio por la ocurrencia de su marido.

—¿De verdad?

—Totalmente, su criada lo ha teñido tantas veces que estoy seguro de que Anna no recuerda de qué color era.

—Ya se lo has recordado tú.

—Créeme, cuando juré ante Dios que te protegería, lo decía por estas fiestas.

—¿Acaso no te gustan?

—No, las detesto, aunque con el tiempo he aprendido a convivir con ellas. —El gesto de su boca dejaba claro lo incómodo que estaba.

—No entiendo por qué tenemos que hacer una fiesta con gente que detestas.

—Porque es lo que se espera de nosotros. —La miró a los ojos—. Hace años mi padre me dio este consejo: mantén cerca a los amigos, pero mucho más a los enemigos. Tenlos cerca y los controlarás. No hay nadie que vaya a venir esta noche a la que considere amigo. Todos desean que mis barcos se hundan o que perdamos todo nuestro oro por una mala venta. Así que no me digas si soy considerado con esa arpía. Aún hay cuestiones que no sabes.

Isabel se quedó pensando en las palabras de Bernat. Siempre pensó que para los hombres era todo más fácil que para ellas, pero ahora se daba cuenta de cuán equivocaba estaba. Todo lo que hacía en su vida era lo que se esperaba de ella, ni más ni menos. Pero lo que no podía entender era que todos deseaban ocupar el lugar de su esposo. Bernat le estaba dejando caer que envidiaban su posición.

—¿Qué cuestiones?

—No es el momento ni el lugar para hablar de ello.

—¿Si te lo pregunto en otro momento, me hablarás de ello? ¿O consideras que no estoy preparada para asimilar lo que puedas decirme?

Bernat soltó una carcajada.

—Cuando te conocí pensé que eras demasiado inocente. Ya veo que me equivoqué.

—Por esto mismo, la próxima vez deja que sea yo quien responda.

Bernat la miró de reajo.

—¿Preparada? Aquí viene la segunda pareja. Si me permites un consejo, no le cuentes ningún secreto a Catiana. Es la mayor chismosa de Ciutat. Se dice que ha tenido que vender todas sus joyas porque su marido ha perdido casi todos sus barcos en Argel. También dicen las malas lenguas, esas son mis favoritas, que las piedras de esas arracadas son falsas.

Una mujer de no más de treinta años, de pecho muy generoso y con una pluma en la cabeza, abrió los brazos para acoger a Isabel en ellos.

—¡Querida, estáis divina! Dejad que os contemple. —Miró con disimulo el vientre de Isabel, para segundos después palparlo con descaro—. Os encuentro algo cambiada y no sé a qué es debido. ¿No me digáis que ya estáis encinta?

—No, Dios aún no nos ha concedido esa dicha. —Dejó caer la cabeza en el hombro de Bernat y él le correspondió con un beso en su cabello—. Puede que se deba a que soy una mujer enamorada —respondió con una voz melosa—. Me complace saber que os habéis dado cuenta de nuestra felicidad. Somos muy dichosos. Es un esposo muy atento. —Se llevó una mano al collar que le había regalado Bernat.

—¡Cuánto me complace oíroslo decir!

—¿Sabéis? Vuestras arracadas sí que son divinas.

Catiana frunció en el entrecejo y se obligó a mostrarle una sonrisa al tiempo que sus mejillas enrojecían.

—Isabel, aprovecha estos primeros meses de casada, porque después los hombres se vuelven muy despistados. —Miró de reajo a su marido, un hombre que parecía aburrido antes de que empezara la fiesta.

—Seguiré vuestro consejo.

Catiana se giró con brusquedad buscando la complicidad de Anna.

—¿Has visto la cara que ha puesto cuando le has mostrado el collar y

cuando le has hablado de las arracadas? —repuso Bernat—. Aprendes rápido.

Aunque asintió, eso no hizo que se sintiera mejor por la respuesta que le había dado a Catiana. Pronto comprobó que, como a Bernat, no le gustaban las sonrisas falsas, pero ¡qué podía hacer si quería sobrevivir en aquel ambiente! Ahora entendía que su *senyora avia* prefiriera vivir en la casa de *possessió* de Petra. Suspiró de alivio cuando llegó su hermana acompañada de Joan. El embarazo de Margalida era ya muy evidente y las mujeres que habían llegado fueron a alabar su estado de buena esperanza.

—¡Pero se puede saber qué hacéis aquí! —exclamó Anna—. Tendríais que estar en cama, reposando. Sois muy atrevida.

—Me encuentro bien, no os preocupéis por nuestro hijo. Entenderéis que no podía perderme la primera fiesta de mi hermana. Joan me ha hecho prometerle que no bailarían con nadie, así que no hay motivos para alarmarse.

—Es una lástima, con lo que os gusta bailar a vos.

—Lo que sería una verdadera lástima es que vos nos privaseis de vuestros bailes.

Margalida dio media vuelta y guiñó un ojo a su hermana. Isabel no había entendido a qué había venido aquella contestación, pero muy pronto la sacaría de dudas.

—¿Me está hablando de bailar cuando ni siquiera sabe seguir el compás de la música? —le susurró Margalida en el oído cuando estuvieron solas—. Necesita medio salón para moverse con comodidad. No hay nadie que no haya recibido un pisotón de los suyos.

—Desde luego no os aburrís en estas fiestas.

—No, te aseguro que si no fuera de esta manera no podríamos ni aguantarlo.

Poco a poco los demás invitados fueron llegando. La última pareja en presentarse fue un matrimonio que, según le había dicho Bernat, se había casado después que ellos. Catiana se acercó a la pareja con una sonrisa en los labios. Parecía que ya había olvidado las palabras de Isabel. Tomó de una mano a la invitada que acababa de llegar e hizo que diera una vuelta completa.

—Estáis radiante —soltó. Frunció un poco el ceño y posó una mano en la cintura de ella para tocar—. ¿No estáis un poquito apretada...?

La mujer contuvo el aliento bajó el mentón.

—No sé qué estáis insinuando.

—Nada en absoluto, querida. Solo estaba haciendo una observación.

Mientras la mujer se marchaba al lado de su marido, Catiana aprovechó para acercarse a Isabel.

—A mí no me engaña, pero Blanca ya ha probado varón. Ya veréis como se pasa unos meses fuera de Ciutat y regresa en unos meses con un bebé.

Catiana la dejó pensando. A esta mujer no se le escapaba nada.

—¿Y vos, ya habéis probado? —Isabel se sobresaltó al sentir el aliento caliente de un hombre en su oído.

Se giró para ver de quién se trataba. Ya había dado cuenta de varias copas de licor porque su aliento olía a alcohol. El marido de Anna miraba con deseo su escote. Se preguntó si Nicolau sabría el secreto de Bernat, pero ella no podía darle pie a que se fuera de la lengua. Si él la protegía, ella también haría lo mismo con él. Aunque había entendido perfectamente qué había querido decir con el comentario, se apresuró a preguntar con gesto de asombro:

—¿Cómo decís?

—Que si vuestro esposo os tiene bien atendida.

—Nicolau, es este vuestro nombre, ¿verdad? —Dio dos pasos hacia atrás para marcar las distancias.

—Veo que aún lo recordáis.

—Imposible de olvidar; me habéis dejado vuestras babas en la mano. — Isabel reprimió un gesto de asco—. ¿Y vos os hacéis llamar amigo de mi esposo? Vuestro comentario está fuera de lugar. Y sí, para que os quede bien claro, Bernat me atiende bien. No tengo ninguna queja.

—¿Estáis segura de ello?

—Por supuesto que lo estoy. Y aunque fuerais el último hombre del mundo, no querría tener nada con vos.

Ella no le dio motivos para que siguiera insistiendo, y lo dejó plantado en mitad del salón. Aún no había empezado la fiesta e Isabel ya tenía ganas de que acabara. La cena todavía no estaba preparada, por lo que Bernat le propuso a Isabel que tocara alguna pieza musical para los invitados. Un criado colocó una silla en mitad del salón al tiempo que otro le acercaba una *viola da gamba*. [5] Isabel sujetó el instrumento entre las piernas, lo sostuvo verticalmente y lo inclinó por el mango ligeramente hacia la izquierda. Se dejó llevar por la música. Cada vez que terminaba una pieza, los invitados aplaudían. Aunque su técnica era muy buena, lo que destacaba cuando tocaba

la viola era la pasión que ponía en cada nota.

—Has estado fabulosa —dijo Bernat cuando terminó de tocar—. Has tenido a todos nuestros invitados con la boca abierta.

La cena estaba a punto de ser servida cuando Maribel, la criada, se acercó a Isabel para comentarle un problema.

—*Vossa mercè*, no os importaría si no fuera importante.

—¿Qué ocurre?

—Es Carmen, señora.

—¿Qué le ha pasado a Carmen? ¿Está bien?

—No lo sé. Cuando empezaron a llegar los primeros invitados, se metió en la cocina, se sentó en una butaca y desde hace un rato no hace más que de decir cosas sin sentido. Roser le ha tocado la frente y dice que tiene la fiebre muy alta y manchas rojas por toda la cara. Ella no quería que os avisásemos, pero el color de su piel...

Isabel cerró los ojos y soltó un impropio por lo bajo.

—¿Ocurre algo? —preguntó Bernat—. Estás pálida.

—Es Carmen. Esta mañana le he comentado que no tenía buen aspecto y que descansara, pero no ha querido hacerme caso. Ahora está en la cocina con calentura. Necesito ir a verla.

—En estos momentos nos faltan manos. No podemos avisar a nadie para que la atiendan —Bernat se encogió de hombros y después se giró hacia la criada—. Que la lleven a su alcoba. Cuando acabemos la fiesta ya nos ocuparemos de ella.

Isabel asintió de mala gana, pero su esposo tenía razón. No podían enviar a todos los invitados a casa porque su nodriza tuviera fiebre, así que le tocó ser una perfecta anfitriona. Bailó con Bernat, rio con las ocurrencias de su hermana y se enteró hasta de los chismes de aquellos que no habían podido venir a la fiesta. Ahora entendía a su esposo cuando decía lo de tener a los enemigos bien cerca.

Después de los bailes, Bernat le tenía reservada una sorpresa a Isabel. Un criado entró en el salón principal y susurró unas palabras en el oído de su marido.

—La noche aún no ha acabado. Queda todavía una sorpresa para mi esposa.

Isabel se giró hacia Bernat. No entendía de qué podría tratarse. Ella solo deseaba que todo terminara para saber cómo se encontraba la nodriza.

—Si tienen el gusto de seguir a Antoni, mi criado les llevará hasta otra estancia.

El criado les llevó hasta un salón casi tan grande como el principal. Los criados habían improvisado un escenario y dos telones rojos. Los invitados se fueron acomodando en las sillas. Cuando todo el mundo estuvo sentado, salió un actor de entre bastidores y se presentó. Para sorpresa de Isabel, iban a representar *La traición en la amistad*, una historia de amor, engaño y disputas entre hombres y mujeres que tantas veces había leído. Con la primera escena de la obra entre Marcia y Fenisa, a ella se le saltaron las lágrimas. Tampoco pudo reprimir el llanto cuando apareció Liseo. A ella, observando las reacciones de muchos hombres, le quedó muy claro que esta obra fue pensada para un público femenino. Algunas mujeres se sonrojaban, pero sonreían por lo bajo.

Aunque la velada había sido maravillosa y jamás podría olvidar la primera vez que había visto una obra de teatro, Isabel no dejaba de pensar en Carmen. Su nodriza siempre había tenido una salud de hierro y nunca había enfermado. Era la primera en levantarse y la última en acostarse. En cuanto los últimos invitados se marcharon, Isabel corrió a la alcoba de Carmen.

—Se pondrá bien —la calmó Bernat yendo tras sus pasos.

La puerta estaba abierta. Al lado de la cama estaba la criada limpiando el sudor de su frente.

—¿No ha mejorado? —preguntó Isabel.

—No.

—Hay que llamar al médico —señaló Bernat saliendo de la alcoba de Carmen—. Y solo conozco a uno que sabría qué hacer en estos casos.

Isabel tragó saliva y sus rodillas comenzaron a temblar. Lo siguió y lo acompañó hasta la cocina. Se preguntó si su esposo se estaba refiriendo a Biel, ya que era el único médico aconsejable que conocía en Ciutat. A su *senyora avia* la habían visitado más de cinco, y a cuál peor. Desde que se había casado no se habían visto más que en sueños.

—Tienes que ir a La Calle[6].

El criado negó con la cabeza.

—*Vossa mercè*, ¿a La Calle? ¿Que la atienda un judío? Está prohibido, son gentuza.

—Me da igual lo que pienses. En la calle Segell vive el mejor médico que conozco. Pregunta por Biel Bonnín. Hasta donde yo sé, cumple como un

buen cristiano.

—*Vossa mercè*...

—Ándate con ojo y esquiva a la ronda —comentó Bernat—. No te demores.

El criado asintió y después salió por la puerta envuelto en una capa.

—Si prefieres descansar en tu alcoba, ya me ocupo yo —repuso Bernat.

—No, prefiero esperar aquí abajo. Es mi nodriza.

—Entonces será mejor que vayamos al lado de la chimenea. Hoy está haciendo mucho frío y la noche puede ser muy larga.

[5] Viola de pierna. Instrumento similar al violonchelo muy popular en la época.

[6] Calles adyacentes a la calle Argentería, lo que sería el gueto judío.

Capítulo 10

Una mañana más el despertador suena a las seis y cuarto, pero por un día, y sin que sirva de precedente, me atrevo a cambiar la rutina y decido que no voy a salir a correr a esta hora, sino que me voy a quedar en la cama leyendo. No puedo quitarme de la cabeza haber soñado con unos ojos azules que perturban mis sueños. Me niego a pensar que este hombre tenga algo que ver con Biel.

Me levanto un momento a abrirle la puerta de la terraza a Eros, y ya que estoy en pie bajo a la cocina a prepararme un té rojo y coger un paquete de galletas Oreo con cobertura de chocolate blanco. Puede que el chocolate sea un buen sustituto del sexo, pero ojalá pudiera elegir, porque hoy es de esas mañanas que sacaría a la Isabella más atrevida y no saldría de la cama hasta haber alcanzado al menos tres orgasmos.

Regreso a la cama con una bandeja y vuelvo a retomar mi libro de cabecera: *Orgullo y prejuicio*, esa novela que me leía Salva todas las noches al teléfono. Cuántas conversaciones salieron de aquellos dos terminales Alcatel. Siempre le comentaba a Salva que *mister Darcy* fue mi primer amor de juventud, junto con Aragorn, pero después llegó él y ya no hubo cabida para otros hombres en mi vida. Lo que siempre me gustó de esta novela era que ambos aprendieron de sus errores para poder tener un futuro juntos. Darcy dejó de lado su orgullo y Elisabeth superó sus prejuicios con respecto a él.

Me alegra tener más de diez ediciones de esta novela que marcó mi adolescencia, todas ellas regalos que me fue haciendo Salva por cada año que pasamos juntos.

Puede parecer una paradoja que la novela que nos unió, y que parecía que estaba hecha para nosotros, nos separara, porque yo no pude superar mis prejuicios con respecto a que él necesitara espacio. Así que perdí a Salva antes de que se marchara, porque su maldito orgullo no le dejaba ver más allá de la vida que habíamos planificado, y porque no entendía que a veces las cosas se tuercen por más planes que hagas, pero yo no pude seguir adelante

con su idea de deshacerme del problema, como él lo llamaba. Lo perdí cuando se marchó, como también lo perdí definitivamente un mes después de que se cerrara la puerta de nuestra casa. Sé que en algún momento de estos últimos tres años yo también me he perdido y ya no sé quién soy. Me cuesta reconocermé en el espejo. Aún sigo esperando que algo cambie en mi vida.

A las nueve de la mañana, después de haber releído otra vez la novela, de haberme comido el paquete de galletas entero, más dos chocolatinas y un zumo de naranja, decido que es buena hora para levantarme y correr un rato. Eros se mueve contento por mi lado porque para él también ha habido chucherías esta mañana.

Termino de arreglarme en menos de diez minutos y enseguida estoy preparada para salir a la calle, aunque antes de abrir la puerta, Eros se ha chocado conmigo mientras bebía de mi botella de agua y me he mojado toda la camiseta. Él me mira con gesto de súplica, agacha la cabeza y se arrastra hasta mis pies, pero con él no me puedo enfadar. Su amor incondicional hacia mí desarma todas mis defensas.

—No pasa nada, Eros —le acaricio la cabeza y le doy un beso—; y no me mires con esa cara de pena.

Él suelta un ladrido y se pone a dar vueltas a mi alrededor. Su estado de ánimo cambia en menos de un segundo y su eterna felicidad siempre logra sacarme una sonrisa.

—Eros, tendrás que esperar cinco minutos. Ahora salimos a la calle. Ya sé que estás impaciente.

Subo de nuevo a la habitación para buscar una camiseta limpia, pero todas las de Salva están en el cesto de la ropa sucia. Cojo una de las mías y vuelvo a bajar las escaleras. *Eros* me espera impaciente con la correa en la boca.

Hago unos estiramientos en el parque mientras dejo que Eros haga sus necesidades. Una niña rubia de unos cinco años se acerca a él y me pregunta si puede tocarlo.

—Sí, claro.

—¿Cómo se llama?

—*Eros*. Yo soy Isabella, ¿y tú, cómo te llamas?

—Olivia. Qué nombre más raro es ese.

—Eros es el nombre de un dios griego, el dios del amor.

—Yo quiero tener un perro, pero mi mamá no quiere.

—Vaya, eso sí que es un problema. Si te sirve de consuelo, mi madre

tampoco me dejaba tener uno cuando tenía tu edad, así que este es mi primer perro.

—Le pondría Polilla.

—¿Como el amigo de Pinocho?

—No, como mi amigo el payaso. Cuenta muchos cuentos y a mí me gusta. Me río mucho con él.

La niña se abraza a él y Eros se deja hacer. Ambos se gustan.

—Yo lo cuidaría mucho. A mi papá también le gustan, pero la que manda es mamá.

Una mujer igual de rubia que la niña se acerca a nosotros.

—Perdona, ¿te está molestando mi hija? Es muy pesada. Perro que ve por la calle, perro que quiere acariciar.

—No, no te preocupes. Ambos parecen llevarse genial.

—Este año le voy a pedir a Papá Noel un perrito —dice Olivia.

—Bueno, ya veremos —suelta la madre algo incómoda.

—Pero si es el único regalo que le voy a pedir.

—Olivia, te he dicho que ya veremos. A veces Papá Noel se equivoca con los regalos.

La entiendo perfectamente, porque mi madre no nos dejaba tener perro a Romina ni a mí. Me agacho para mirarla a los ojos.

—¿Sabes? Si este año no puede ser, ya verás como algún día tendrás uno.

—Bueno, ya, es que eso es mucho tiempo...

Hace un gesto de desilusión y se cruza de brazos.

Suelto un suspiro. Aunque sé que a esta madre le tocará convencerla de que no es posible tener un perro en estos momentos por las circunstancias que sean, no me importaría cambiarme por un momento por ella. Lo más parecido a ser madre es lo que tengo con mi sobrina Violeta.

Cierro los párpados por unos instantes. No quiero pararme a pensar cuánto tiempo tendría y cómo sería en estos momentos, si se parecería a él o a mí.

Me despido con una sonrisa de Olivia y de su madre y con la promesa de que si volvemos a encontrarnos en el parque podrá acariciar a Eros todo lo que quiera.

Cuando llego al bulevar sur, me paso la correa por un hombro, a modo de bandolera, para que Eros pueda correr a mi lado. La música me relaja a medida que avanzo por la avenida. Hoy me he dejado llevar por las canciones de Belize. Me gusta ese buenrollismo que tienen sus letras, sobre todo Egos.

Después de casi dos años corriendo a la misma hora, me encuentro con caras nuevas que no me suenan de verlas por el barrio. Todo parece diferente, ya no es solo porque sean casi las diez de la mañana y por la luz, es porque no hay saludos y a esta hora hay mucho más tráfico y más corredores. Cuando llego a los semáforos del puente que cruza las vías del tren, Eros suelta un ladrido, levanta las orejas y agita la cola con energía. Entonces lo veo por el otro lado de la avenida bajando, pero Biel corre en sentido contrario al mío. Al igual que yo, hace ejercicio junto a su perra y se pasa la correa como lo hago yo. Atravieso el paso de peatones cuando los semáforos se ponen en verde. Sé que me ha visto porque Afrodita también tira de él, pero Biel sigue corriendo sin mirar hacia donde me encuentro. Cuando nos cruzamos, él en su lado y yo en el mío, *Eros* hace un último intento de acercarse a su perra y me tira al suelo de culo y me arrastra unos metros.

—¡Eros, quieto! —exclamo tres veces más, hasta que hace caso a mi orden —. ¡Joder, Eros! ¿Se puede saber qué demonios te pasa con esa perra?

Me doy cuenta de que me duele el tobillo derecho. Quiero levantarme, pero siento un ligero mareo. *Eros* sigue tirando de la correa hasta que le ordeno que se siente a mi lado.

—¡Siéntate! Te he dicho que te estés quieto —el tono enérgico de mi voz no deja lugar a dudas.

Agacha las orejas y me lame la mano.

Dos chicas que corrían detrás de mí se paran para ayudarme y una de ellas me ofrece la mano.

—¿Te has hecho daño?

Quiero sonreírle, pero siendo sincera, me duele mucho más mi orgullo, que es realmente lo que ha salido tocado en la caída. Espero que lo del tobillo sea una tontería. Esta sería de las típicas culadas que, si alguien la hubiera grabado, la colgaría en YouTube, ya tendría miles de visitas, y yo sería el hazmerreír de todos mis alumnos.

—Pues creo que sí. —Me toco el tobillo, que sigue doliéndome un poco—. Espero que no sea un esguince.

—¿Quieres que llamemos a alguien? —pregunta la otra sacando un móvil de una bandolera que lleva en la cintura—. ¿Puedes caminar?

Me encojo de hombros.

—Deja que te ayude.

—No, es igual. Creo que puedo apañármelas yo sola.

Muevo los tobillos y sigo sintiendo dolor en el derecho.

—Si quieres te podemos acompañar a la Nueva Fe y que te echen un vistazo.

Niego con la cabeza. No quiero que interrumpen su marcha por mí.

—No os preocupéis, ya me encargo yo. Somos amigos —dice una voz a mis espaldas, que reconozco al instante.

Cierro los ojos. ¡Otra vez él! Ahora sí que me duele realmente el orgullo.

Quiero contestarle que no somos amigos, pero prefiero estar a solas con él para volver a recordárselo.

Le cuesta hablar y trata de acompasar su respiración. Se coloca frente a mí y se arrodilla. Para llegar hasta donde estoy ha tenido que correr bastante y puede que se haya saltado hasta algún semáforo. Me percató de que no han pasado ni dos minutos desde que Eros me derribó.

No sé por qué, pero esta escena me recuerda a una película, a *101 dálmatas*, una historia que a mi sobrina le encanta, después de *Frozen*, y que habremos visto más de cincuenta veces. También era nuestra película favorita cuando Romina y yo éramos pequeñas. La vimos varias veces en una sala de barrio, cuando vivíamos en Boston. Todos los domingos el *nonno* nos llevaba a ver cine de reestreno porque era un enamorado de las películas clásicas. Gracias a él descubrimos el cine mudo. Aún recuerdo cuando vimos las primeras cintas de Charles Chaplin, Buster Keaton o Harold Lloyd.

Observo que no me mira a la cara, sino que dirige por un instante sus ojos hacia mis pechos. Normalmente, en el día a día suelo usar ropa más suelta que disimula mis formas para pasar desapercibida, pero esta camiseta deja entrever que tengo unas buenas tetas. De hecho, me consta que en el instituto hay una apuesta entre los profesores más jóvenes por saber si son naturales o si estoy operada. La apuesta también es por llevarme a la cama y comprobar de primera mano que no estoy retocada. Evidentemente mis tetas son una maravilla de la naturaleza, producto de una genética maravillosa de todas las mujeres de mi familia.

No sé si está mal que yo lo diga, pero esta es la parte que más me gusta de mi cuerpo, junto a mis labios carnosos.

Al igual que él se queda mirando mi pecho, yo me fijo en los músculos de sus brazos y me imagino todo lo que hay debajo de esa camiseta. Está sudando, pero no me resulta desagradable. Sigue oliendo a mar y a especias dulces. Encuentro también matices a albahaca, el aroma de mi abuela. Con la

bata de auxiliar no supe apreciar lo bien definidos que tiene los brazos y las piernas. No puedo dejar de recordar otra vez lo que pasó en Madrid y tengo que contener un suspiro para no dejar volar mi imaginación.

—Deja que le eche un vistazo a tu tobillo.

No me da opción a replicarle, porque antes de que me haya dado cuenta, me está quitando la zapatilla y me ha retirado el calcetín para comprobar si lo tengo inflamado.

—Nosotras nos vamos —me dice una de las chicas.

—Muchas gracias por vuestra ayuda —les respondo.

—Mujer, es que has tenido una caída de lo más aparatosa. Esperamos que no sea nada.

—Gracias de nuevo.

Veo cómo las dos amigas se alejan hacia el puente que cruza las vías.

—Pensé que nos íbamos a ignorar cuando nos encontrásemos —le suelto cuando las chicas están lo suficientemente lejos como para no oírnos.

—Eso lo dijiste tú, yo no tengo ningún problema contigo, pero no me has dejado otra opción. Tenía que venir a comprobar que puedes caminar bien.

Creo que Biel me saca tanto de quicio que no me importaría ahogarlo con mis propias manos, aunque eso supusiera que me detuvieran ahora mismo por cometer una locura. Suelto un suspiro de pura exasperación.

—Esto se está convirtiendo en algo habitual —le digo.

—En eso llevas razón —observo que alarga la comisura de los labios en algo parecido a una sonrisa—. Si estos encuentros se van a convertir en algo habitual no estaría nada mal saber cómo te llamas.

Mi mirada se encuentra con la suya.

—Isabella —respondo bajando la cabeza para observar cómo manipula mi tobillo.

Me fijo que lleva un anillo de plata en el dedo meñique de la mano derecha y otro en el pulgar de la izquierda.

—Me gusta —responde.

—¿El qué? ¿Mi nombre o mi tobillo?

—Ambos —Sin embargo, su mirada se dirige de nuevo a mis tetas.

Sabe que me he dado cuenta de este detalle y se lo hago saber.

—Preferiría que te centraras en mi tobillo.

Deja pasar dos segundos antes de contestarme. Me toca con delicadeza y siento que no me desagrade del todo cómo lo hace.

—Eso estoy haciendo —suelta con un carraspeo.

—Para eso tendrías que estar mirando unos centímetros más abajo.

Baja el mentón con una sonrisa burlona. Dejo que siga tocándome. Al menos parece saber lo que hace.

Observo que Eros apenas se ha movido de mi lado y que es Afrodita la que se ha colocado junto a él. Ambos parecen estar a gusto y se prodigan mimos. Al menos ellos se llevan bien.

—¿Cómo lo ves? —pregunto para romper este silencio incómodo que se ha instalado entre nosotros.

—No sabría decirte. Igual hay que llamar a una ambulancia y después amputarte parte del pie. —Me coloca una mano en la rodilla—. Puede que a esta altura consigamos salvar la pierna y después tengas que llevar una pata de palo. Creo que puede quedarte bien.

Le pego un empujón y él también cae al suelo de culo. Ambos estamos en la misma situación. Espero que todo esto no haya sido un paripé para tocarme el tobillo.

—Eso no ha tenido gracia.

—¿No? Yo diría que sí. Te he visto reír.

Bajo la mirada al suelo porque lleva razón. Por primera vez me ha hecho sonreír, pero no le voy a dar la satisfacción de decírselo. Me molesta ese gesto engreído que tiene en estos momentos.

—Ahora en serio, ¿cómo lo ves?

—Muy bien. —En esta ocasión me mira a los ojos.

—¿Piensas que tengo un esguince?

—No, solo una leve contusión. Un poco de hielo cuando llegues a casa y procura no hacer movimientos bruscos. No te pongas zapatos de tacón y por hoy no corras más. Tu tobillo te lo agradecerá.

—Eso ha sonado a una orden, ¿lo es?

En esta ocasión es él quien se sonríe, porque es la misma pregunta que me hizo ayer por la noche.

—Es solo una sugerencia, pero puedes tomártelo como quieras.

Me coloca de nuevo el calcetín con una delicadeza que me sorprende, porque no le pega a ese gesto de burla que tiene en los labios.

—¿Quieres que te acompañe a casa? Puede que te duela un poco al caminar.

—Seguro que tienes muchas cosas que hacer.

—No me has contestado a la pregunta. Lo que tenga que hacer puede esperar, y ahora eso no tiene ninguna importancia. Me siento algo responsable de esta caída.

Hay algo dentro de mí que se agita al oír estas palabras, porque de alguna manera me está diciendo que sí se había percatado de que yo corría por la otra parte de la avenida. Nos miramos. Por primera vez me doy cuenta de que su mirada es la misma que la que me persigue en sueños, pero no puede ser él.

—¿Qué dices? Me parece que no he oído ninguna respuesta. No es tan difícil, sí o no.

Pestañeo dos veces antes de responder.

—No es necesario, pero muchas gracias. Volveré dando un paseo con calma.

Cojo la zapatilla para colocármela. Biel se pone de pie y se dispone a marcharse. Por el gesto que ha puesto advierto que está algo decepcionado porque no era la respuesta que esperaba oír. Pongo una rodilla en el suelo para atarme el cordón antes de levantarme.

—¡Vaya, esto parece una pedida de matrimonio en toda regla! Voy a tener que empezar a tomarme lo nuestro más en serio.

—Ni lo sueñes. —Cierro los párpados por no mandarlo a tomar vientos—. Ya te dije que tú y yo no íbamos a ser amigos.

Chasquea con los labios y sonrío de medio lado.

—Imagina que te digo que sí.

—¿Cómo?

No entiendo a qué se refiere.

—A la pedida de mano.

Pero antes de responderle, se da media vuelta, se coloca la correa de Afrodita por los hombros y me deja con la palabra en la boca.

Abro los ojos como platos y no puedo evitar soltar una carcajada, porque después de todo, sus palabras me han hecho gracia.

Aún estoy digiriendo lo último que me ha dicho cuando se gira de nuevo y me dice:

—Por cierto, es la segunda vez que sonrías. Estás mucho más guapa. Y otra cosa, te aseguro que la próxima que nos encontremos volveremos a ignorarnos como hasta ahora.

Observo cómo se aleja corriendo junto a su perra. Yo me levanto y me

sacudo las mallas. Busco un banco para sentarme. No quiero seguir sus pasos, así que dejo pasar unos minutos antes de volver.

Como me ha aconsejado, voy caminando, escuchando música y dejando que Eros trote a mi lado.

Una vez que regreso a casa, me pongo una bolsa de guisantes congelados en el tobillo durante unos diez minutos y después me tomo un zumo de frutas y verduras. Dedico parte de la mañana del sábado a preparar el bizcocho de calabaza que tanto les gusta a mi hermana y a mi sobrina. Mientras dejo que se hornee, decido que ya es hora de tomarme un baño en condiciones, uno con el agua tan caliente que me relaje todos los músculos y no me deje pensar. Adoro las bombas de Lush. Como por suerte la tienda está frente a la Casa del Libro, cuando voy siempre suele caer algo, un jabón, una crema, una mascarilla, un exfoliante corporal; en realidad me da igual porque adoro todos los productos. Es de los pocos caprichos que me permito. También me pongo una mascarilla facial y me arreglo las uñas de las manos y de los pies. Me las pinto de rojo, un color que adoro. Hace mucho tiempo que no me tomaba una mañana para mí y cuando me quito los restos de la mascarilla de la cara me doy cuenta de la falta que me hacía una sesión completa de belleza. Entonces me percató de que la última vez fue el fin de semana antes de que se marchara Salva, cuando pensé que lo nuestro se podía arreglar.

Capítulo 11

Las horas habían avanzado despacio en el reloj, cuando Isabel escuchó cómo se abría la verja del patio. Se levantó de un salto y pasó al lado de Bernat, que dormía en el sofá apoyado sobre un brazo. Cupido se pegó a los pies de Isabel y le lamió la mano. Miró por la ventana por si su criado no había podido encontrar a Biel. Enseguida advirtió que sus dudas eran infundadas porque dos sombras avanzaban hacia la escalera. Estrujó la tela de la basquiña. Estaba hecha un manojo de nervios, además de cansada. En todo el tiempo que había tardado su criado en ir y volver no había podido descabezar en el sillón. Salió de la estancia y esperó a que la puerta de la casa se abriera. Contó los segundos hasta que el criado apareció. Detrás de él, sacándole una cabeza, estaba Biel. Ella buscó su mirada y soltó un suspiro de alivio al verlo. Quiso bucear en ese mar azul que eran sus ojos, aunque observó que no había en ellos la calma que ella buscaba, sino que sus aguas estaban embravecidas. Notó cómo el estómago se le iba encogiendo a medida que Biel se iba acercando. Sin embargo, él evitó todo contacto con Isabel.

—Maribel, dile al médico dónde están los aposentos de mi nodriza —dijo Isabel desde la otra parte del pasillo.

—Acompáñeme —soltó la criada a Biel con altivez—. La alcoba de Carmen está al lado de la cocina.

Cuando Biel pasó por el lado de Isabel, ella adelantó una mano para poder tocar un instante sus dedos. Fue una breve caricia, sin embargo, fue suficiente para ambos.

Bernat se colocó al lado de Isabel y le posó una mano en el hombro.

—Lamento las horas —dijo Bernat—. No te habríamos llamado si no fuera urgente.

—No tiene importancia. Entiendo cómo son estas cosas. ¿Desde cuándo está así? —quiso saber antes de pasar a la alcoba de la enferma.

—Esta mañana tenía los ojos brillantes y las mejillas encarnadas. Hace unos días visitamos al hijo de una prima de mi madre que tenía unas manchas rojas en la cara.

—¿Algo más?

—Sí, además no dejaba de rascarse el cuello y de vez en cuando lloraba sin motivo aparente. También tosía mucho.

Biel fue el primero en entrar, seguido de Bernat e Isabel. La criada se quedó esperando en la puerta, con el miedo pintado en la cara.

—¡Os lo suplico, atended a mi señora... va a tener un bebé...! —Carmen murmuró unas palabras que solo Biel entendió—. Sois la mejor partera... Eres un niño... La maldición se ha cumplido...

—¿Qué ha dicho? —preguntó Isabel.

—No sé. No la he entendido —contestó Biel.

Por miedo a enfrentarse a su mirada, Biel aún permanecía de espaldas a ella. Se acercó a la cama y observó las manchas rojas que tenía en la cara. Le subió la manga y advirtió las ronchas. Retiró la colcha que le cubría el cuerpo para verle las piernas. Chasqueó los labios y se giró buscando a Bernat con la mirada.

—Me temo que tiene fiebre escarlata.

Isabel se cubrió la boca con una mano y se dejó caer en la cama de su nodriza.

—¿Fiebre escarlata? ¿Qué se puede hacer?

—No podemos hacer más que esperar a ver cómo evoluciona —Biel respondió a la pregunta de Isabel mirando a Bernat—. Poco más. Hay que bajarle la fiebre con paños húmedos. Que la criada también prepare una infusión de saúco. Con esto esperemos que le baje algo. Si tienen avena, dígale a la criada que la prepare con agua.

—Ya has oído al médico, Maribel —ordenó Bernat—. Calienta agua, trae paños limpios y prepara esa infusión.

—No les aconsejo que permanezcan en esta alcoba por si su esposa pudiera estar encinta —señaló Biel—. Yo me quedo con ella.

Isabel negó con la cabeza. Carmen había cuidado de ella desde pequeña, había curado sus heridas cuando se caía y había velado sus sueños cuando había estado enferma. No habría dormido aunque hubiera podido. Carmen y su *senyora avia* eran lo más parecido a una madre que tenía. No quería pensar en qué pasaría si ella no despertara nunca más. Aunque Carmen no sabía del secreto de Bernat, era un apoyo cuando algunas noches se despertaba y no podía dormir. A veces acudía a su alcoba para tumbarse junto a ella. Las noches eran menos frías a su lado.

Carmen tuvo un ataque de tos, se incorporó un momento y volvió a recostarse en la cama.

—No quiero dejarla sola. Siempre hemos estado juntas.

—No, Isabel. Yo me puedo quedar con ella —soltó Bernat—. Tú estás cansada.

—No, no podría dormirme aunque quisiera. —Isabel tomó las manos de su marido—. Me quedaré a su lado. Además, el que tiene que descansar eres tú. Mañana partes a Valencia.

—Decidle a vuestra esposa que la fiebre escarlata es peligrosa.

—Ya has escuchado al médico, Isabel.

—Os he oído a los dos perfectamente. Habláis como si fuera sorda o no estuviera aquí. Ya sé que estas fiebres son peligrosas. Mi hermana y yo las tuvimos cuando éramos pequeñas, pero aquí estamos. Yo no me acuerdo, pero Margalida decía que mi cuerpo se llenó de escamas.

—Si se complica con humor en los pulmones, hay probabilidades de que no lo supere —insistió Biel.

Isabel se negaba a contemplar esa posibilidad.

—Ella siempre ha sido muy fuerte —comentó Isabel cruzándose de brazos.

—Entonces recemos para que sea fuerte y para que se recupere.

—¿Podría tener más secuelas? —inquirió Bernat.

Isabel negó con la cabeza.

—Es pronto para saberlo. Deberíais marcharos.

—Nadie me va a hacer cambiar de opinión.

—Como deseáis. Solo os pido que no os acerquéis demasiado.

Isabel salió un momento de la alcoba de Carmen para hablar con Bernat.

—No es necesario que te quedes conmigo. ¿Cuántas veces te tengo que decir que soy más fuerte de lo que crees?

—¿De verdad que no me necesitas?

—No, no es necesario que estemos los dos.

—Está bien. Necesito reponer fuerzas para mañana. A veces se me olvida lo cansadas que son estas fiestas.

Bernat se despidió de ella con un beso en la mejilla. Como Isabel aún no se había cambiado de ropa, Maribel la acompañó hasta sus aposentos. Con el tontillo no podía moverse bien y necesitaba la ayuda de alguna criada para desvestirse. Cupido iba detrás de ella, y cuando la criada abrió la puerta, se subió a la cama.

—Dios quiera que Carmen se recupere. —La criada se mordió el labio.

—Dios lo quiera.

Maribel hizo un gesto con la mano para que el perro bajara de la cama.

—Déjalo. Está acostumbrado a dormir a mis pies.

La criada hizo un mohín, pero calló lo que pensaba del perro. Si por ella hubiera sido, le habría dado una patada y lo habría echado a la calle.

—Cuando era pequeña, en mi familia perdimos a dos tíos, a un hermano y a un sobrino por culpa de las viruelas.

—Mi *senyora avia* también perdió a un hermano y a un hijo, pero gracias a Dios lo que tiene Carmen no son viruelas.

—¿Estáis segura?

—Es lo que ha dicho el médico.

—Gracias a Dios, porque una hermana mía se quedó con la cara marcada. Se metió de monja en el Convento de Santa Clara porque nadie quería casarse con ella.

Maribel terminó de quitarle el tontillo, la basquiña y el sayo de seda y le colocó una falda y un corpiño de lana. Al tiempo que Maribel iba a la cocina a por todo lo que le había pedido Biel, Isabel fue hasta la alcoba que había al lado de la suya para mirar por la ventana. Esperó unos minutos hasta que observó salir a Bernat al huerto con un candil en una mano. Calculó que tenía un buen rato para estar tranquila en los aposentos de su nodriza. Acudió de nuevo a su alcoba para ponerse un poco de agua de azahar en las muñecas, se miró en el espejo de mano y cuando supo que estaba bien fue hasta el lecho de Carmen. Enseguida llegó la criada con una jofaina y unos paños limpios y esperó al lado de la puerta con temor a contagiarse de fiebre escarlata. Biel fue colocando paños húmedos con el agua de avena sobre el cuerpo de Carmen y después hizo que bebiera la infusión.

—Te puedes marchar, Maribel —ordenó Isabel—. Ya nos quedamos el médico y yo.

Cupido había acudido también a la alcoba de la nodriza. Olió a Biel, le chupó la mano y se tumbó a su lado, un detalle que no le pasó por alto a Isabel. Con él se encontraba a gusto, cosa que no pasaba con Bernat.

—No podré dormir sabiendo que *vossa mercè* está despierta —repuso Maribel—. ¿Y si me necesitáis?

—Puedes descansar. —El tono de su voz sonó más brusco de lo que hubiera deseado, pero no veía el momento de estar a solas con él.

—Si *vossa mercè* no me quiere aquí puedo descansar en la cocina.

—Sí, puedes descansar en la cocina. Si te necesito, ya te llamaré.

—Como gustéis. —Se marchó con una reverencia.

Isabel se relajó después de que Maribel se marchara. Se dejó caer en la butaca que había al lado de la cama, aunque se levantó al cabo de un rato porque no soportaba no hacer nada y volvió a sentarse después de dar vueltas. Permaneció callada, observando cualquier cosa que hiciera Biel. Cuando el silencio se hizo insoportable, Isabel se atrevió a preguntar.

—¿Me estás castigando por algún motivo que desconozco?

Biel negó con la cabeza.

—¿Entonces qué? —quiso saber Isabel—. ¿Qué te ocurre? ¿He hecho algo que te haya molestado? Te lo ruego, no me castigues así.

—No sé por qué pensáis que os estoy castigando —musitó Biel después de unos segundos.

Isabel agitó la los brazos. Estaba empezando a perder la paciencia.

—No vas a mirarme, ¿verdad? —aunque quiso gritar, se contuvo para no alarmar a los criados que estaban durmiendo.

Biel bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

—Isabel, lo lamento, soy un cobarde.

Ella se estremeció. Le gustaba cómo él decía su nombre porque era como si la besara despacio.

—¿Por qué? ¿Por qué me dices que eres un cobarde?

Biel soltó despacio el aire que estaba conteniendo.

—Porque no tengo el valor de deciros que os marchéis.

—Es fácil.

—¿Fácil, decís? —respondió Biel con voz grave—. Creedme, no lo es.

—Sí, sí que lo es. Es tan fácil como que tú me digas que me vaya y yo me iré. Si es lo que deseas, me iré.

—¿Aún no entendéis que no puedo, verdad? —preguntó con rabia.

—Te juro que si me lo pides me iré.

Biel tragó saliva. Cómo decirle que el amarla como lo hacía no se trataba de una casualidad. Cómo decirle que no podía olvidarla, que aunque lo había intentado, no lo había conseguido. Que adoraba mirarla, porque sin que ella lo supiera, la veía pasar todas las mañanas para ir a misa al Convento de Santa Clara. Que le gustaba hacerla suya en la distancia. Cuántas veces imaginó que no estaban en un sueño y en aquella realidad se murmuraban sus

nombres cuando ambos caían exhaustos después de amarse.

—Estáis en vuestra casa —replicó entre dientes—. Podéis hacer lo que deseéis.

—¿Me estás diciendo que sea yo la que decida qué hacer ahora? —Isabel se levantó de la butaca y se colocó delante de él.

—Isabel —bajó los hombros en actitud de derrota—, no puedo traicionar la confianza que ha depositado vuestro esposo en mí. Sois una mujer casada.

Isabel quiso respirar, soltar toda la angustia que estaba alojada en su estómago desde que lo había visto aparecer por la puerta. Era cierto que era una mujer casada, pero ni ella amaba a Bernat, ni su esposo a ella. No se sentía culpable por desear que Biel la abrazara y la besara.

—Sí, soy una mujer casada, pero él no me ama.

Él se encogió de hombros y se limitó a mirar a Carmen.

¿Cómo podía ignorarla de esa manera, cuando todas las noches se amaban con locura? ¿Cómo podía estar delante de ella y aguantar el deseo que advertía en su mirada? No quería cometer una locura y decirle algo de lo que más tarde se arrepintiera, como que no acudiría nunca más a su encuentro en sueños. Se giró sobre sus talones para regresar a la butaca, pero antes de dar un paso, él se levantó, alargó una mano y la detuvo para rodearla con sus brazos.

—Os he dicho que soy un cobarde. Os amo demasiado para dejaros marchar.

Ella alzó el mentón y se encontró con lo que había estado buscando desde que Biel había llegado. Él mantenía los dientes apretados y en su mirada perdida se adivinaba frustración. Apoyó su frente en la de ella y cerró los ojos para aspirar su aroma. Isabel notó cómo el aliento de él abrasaba su piel.

—No digas eso. Soy yo la que te he incitado a que estemos así —murmuró Isabel alzando la cabeza. Soltó el aire que había estado reteniendo—. Sigues sin mirarme.

—No puedo hacerlo.

—¿Y si te lo ruego?

Biel accedió al deseo de ella y poco a poco fue abriendo los párpados.

—Esta noche no sois parte de un sueño. —Le acarició los labios con la yema de un dedo.

—No, esta noche estoy contigo. Aquí y ahora.

Biel se apartó de ella. Negó con la cabeza. Qué difícil era estar a su lado y

no poder perderse en ella.

—¡Maldita sea! —exclamó conteniendo un grito. Se moría por besar sus labios. El mundo entero desaparecía cuando estaba junto a ella. Solo estaban ellos dos—. No sé cómo voy a poder resistirme a vos.

Isabel se mantuvo en su sitio.

—No lo hagas. Yo no te lo he pedido. No estarías haciendo nada que yo no desee.

—No quiero echaros de menos cuando me levanto. Me tengo que conformar con teneros en sueños.

—¿Y qué es real? ¿Lo que tengo con él? Te aseguro que no, ya te he dicho que no me ama. Ahora tú y yo nos tenemos. Solo te estoy pidiendo que nos abracemos.

—Esto no puede pasar —repuso él dejando caer el mentón—. Lo lamento.

—¿No? Yo no me arrepiento de estar aquí a tu lado. Sé que tú también lo deseas. Ahora eres tú el que no lo entiende.

Biel se encontró con la mirada de Isabel. Lo había intentado, pero le habían fallado las fuerzas.

—Soy un cobarde, no un necio.

Avanzó los dos pasos que la separaban de ella, posó sus manos en las mejillas y se abalanzó sobre su boca. Sus lenguas se encontraron con violencia y se saborearon con hambre. ¡Cómo había anhelado esos labios! Sintió un pellizco en el corazón, porque ahora sabía por qué latía. Era cierto que había estado con otras mujeres, pero nunca había amado a nadie hasta que Isabel llegó a su vida. Después del primer beso se sucedieron otros muchos más.

Biel se separó y dejó vagar la mirada por la alcoba. Observó la respiración agitada de la nodriza de Isabel y a su mente acudieron los recuerdos de aquella noche.

—No es cuestión de lo que deseo, pero si vos supierais... —Isabel acalló sus palabras posando un dedo sobre sus labios.

—Lo único que sé es que os amo. No quiero saber más.

Él quiso tragar saliva, pero tenía un nudo en la garganta. La agarró por la cintura y volvió a perderse en su boca.

—Cuento las horas para encontrarme con vos cuando me despierto, y maldigo mi suerte porque mis noches no sean eternas —musitó Biel con voz ronca cuando sus labios se separaron—. No encuentro alivio a mis días. Trato

de soñaros hasta cuando estoy despierto para no pasar un segundo separado de vos.

—¿Qué quieres que te diga? Para mí tampoco es fácil. No pienso en él. Soy tuya. De día, de noche, ahora y siempre.

Biel relajó la tensión de sus hombros y, por primera vez desde que había llegado, Isabel observó cómo una tímida sonrisa aparecía en sus labios.

—He cancelado mi matrimonio con mi prima. Es la hermana pequeña de mi difunta esposa —dijo—. No podía casarme con ella.

Isabel notó un escalofrío subiéndole desde la espalda hasta los labios. Tuvo que parpadear varias veces para no terminar llorando.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Y aún me preguntáis por qué?

—Yo no os he pedido que lo hagáis.

—No lo he hecho por vos, lo he hecho por mi prima. No puedo cargar con la culpa de amaros a vos mientras estoy con ella. No se lo merece.

Isabel contuvo el aliento.

—¿Cómo se llama ella?

—Da igual cómo se llame ella porque siempre seréis vos. Ahora sois vos la que no entendéis. No sé qué habéis hecho conmigo.

—¿Y tú no te das cuenta de que lo mismo que te pasa a ti me pasa a mí?

—Estamos atrapados. —Biel abrió los brazos e Isabel se abalanzó sobre él.

—Ahora mismo no desearía estar en otro sitio más que aquí, aunque esta fuera nuestra última noche. —Pegó la oreja en su pecho para escuchar los latidos de su corazón.

—¿Lo oís?

—Sí.

—Es por vos.

Isabel estiró un brazo para acariciar sus mejillas. Se separó para volver a mirarlo a los ojos. Aún temía que todo fuera un sueño. Se observaron durante unos segundos en silencio.

—Me gusta el mar en tus ojos. ¿Me dejarás que me pierda en ellos?

Él asintió.

—Isabel, solos tú y yo esta noche.

—Solo esta noche, abrazados hasta que el alba traiga un nuevo día.

—Ya pensaremos qué pasará mañana.

—¿Qué más da el mañana! —exclamó ella.

Capítulo 12

Antes de ir a casa de mi hermana, me paso por el hospital para ver a Carmen. La pillo durmiendo, mientras que Roberto está leyendo en una silla la última parte de la trilogía de una novela negra española que nos gustó mucho tanto a su mujer como a mí. Ha sido tanto el éxito de Dolores Redondo, que están preparando una serie de películas, que por supuesto Carmen y yo veremos en el cine.

—¿Cómo está? —susurro.

—Hoy no ha pasado buena noche. —Nos damos dos besos en las mejillas—. Hace más de una hora que se quedó dormida. Le han cambiado la medicación para ver si descansa algo más.

—Tiene que dolerle mucho.

—Sí, aunque trata de hacerse la valiente. Ya sabes cómo es, no le gusta depender de nadie.

—¿Quieres salir un rato y yo me quedo con ella? Tú también pareces cansado. Si quieres mañana por la noche me quedo con ella y así duermes en casa. Ese colchón de ahí no parece muy cómodo.

Le señalo un sofá que se convierte en cama.

—Tranquila. Mañana vendrá su madre a sustituirme. —Toma el libro que ha dejado en la silla—. Me tomo un café y regreso en veinte minutos, que no quiero que llegues tarde a la cena de tu hermana.

Levanto los ojos al techo. Parece que todo el mundo está muy interesado en que acuda a esta cena. Quizá tienen la esperanza en que este amigo de Alberto que ha venido de Madrid se convierta también en el mío, pero con derecho a roce.

—Roberto, son las cuatro de la tarde, aún queda tiempo, así que tómatelo tranquilo.

—Por cierto, hemos escrito otro capítulo. Tu amiga está de lo más creativa. Anoche estuvimos escribiendo hasta las tres de la madrugada.

—Parece que la cosa avanza bien.

—Sí, a veces habla tan deprisa que a mí no me da tiempo a escribir. —Se

toma un segundo antes de continuar hablando—. ¿Sabes? Pienso que esto nos está uniendo mucho más.

—¿Más? Pero si estáis hechos el uno para el otro. No podéis ser más perfectos.

—A lo que me refiero es que estamos viendo nuestra relación desde otra perspectiva.

Echa un vistazo a Carmen y yo sigo su mirada. Con todo lo que Salva y yo nos amamos, creo que él nunca me miró de esta manera. No hay día en que no me pregunte en qué momento dejamos de querernos. Me alegra ver en ellos que el amor es más poderoso que todas las adversidades que puedan pasar. Me hace tener esperanzas de que tal vez un día alguien me dedique una mirada como la suya, aunque solo sea por un segundo.

—Anda, vete ya. —Le empujo hacia la puerta.

Cuando se va, abro el ordenador, introduzco la contraseña y busco el archivo de la novela. Lleva más de cien páginas desde que comenzara a escribirla junto a su marido. Va a una velocidad pasmosa. Está ambientada en los años mil novecientos sesenta, una época que conoce bien y que le fascina porque le gusta investigar cómo vivieron nuestros padres y nuestros abuelos. Pero sobre todo le gusta escarbar en las vidas de las personas anónimas para saber cómo vivían la pasión, el amor, el deseo en un momento histórico en el que la iglesia controlaba las alcobas de aquellas gentes. La protagonista, Begoña, pertenece a una familia de la alta burguesía de Madrid y pillá in fraganti al que va a ser su marido con otra mujer en la cama, tres días antes de la boda. Ella decide romper el compromiso con la oposición de su familia, sobre todo la de su madre, que no entiende por qué no lo perdona y mira hacia otra parte como hace ella con su padre. La protagonista es una mujer adelantada a ese tiempo tan recatado, mojigato y moralista, y no está dispuesta a ser el florero de un hombre que la quiere solo para tener hijos. En el punto en el que dejé la novela, ella se ha marchado a casa de su abuela, que es la única persona que parece entender su decisión. En el nuevo capítulo aparece el jardinero, Jaime, el hijo de la cocinera y del chófer, que trabaja y estudia Derecho al mismo tiempo, aunque su sueño es ser juez y poder llevar otro tipo de vida. Él es un hombre reservado, de pocas palabras, pero tiene mucha cultura porque devora los libros de la biblioteca de la abuela de Begoña. Se palpa la tensión sexual desde que aparece por primera vez en escena.

Estoy tan concentrada en la lectura que no me doy cuenta de que Roberto ha regresado.

—¡Ya has vuelto! No has tardado ni veinte minutos.

—Prefiero estar aquí. —Se lleva las manos a los bolsillos—. ¿Qué te está pareciendo?

—¡Qué bien está perfilado Ramón! Con tres escenas que ha tenido hasta ahora no lo puedo soportar. Mucho tiene que cambiar para que ella le dé una segunda oportunidad.

—Opino lo mismo que tú.

—Ay, me encanta este nuevo personaje que ha aparecido al final del capítulo anterior. Menudo hombre, este Jaime. —Suelto un suspiro—. ¿Por qué no existirán estos especímenes en la vida real? Vamos a ver, no me entiendas mal, tú eres perfecto, pero ya estás pillado.

Se echa a reír.

—Porque entonces nadie escribiría historias de amor —responde Roberto—. Y créeme, esto es pura fachada.

Lo miro como si no terminara de creerme esas palabras que dice con tanta convicción.

—Al menos las historias de amor como las concebimos hoy en día tienen finales felices. Y es más, la literatura no tiene por qué reflejar la realidad. A veces se trata de que lo cotidiano se narre de manera extraordinaria. Ahí está la grandeza de los buenos autores, y Carmen lo es.

—¿Soy qué? —pregunta Carmen con la voz pastosa, y después suelta un bostezo.

—Eres una gran autora. Creo que con esta novela te estás superando a ti misma, y eso que aún no la has terminado. Se lo estaba diciendo a tu marido, me está gustando mucho. Esta novela va a ser la bomba. Tiene magia y enamora al lector.

Sigo advirtiendo dos marcas oscuras que cercan su mirada, mucho más intensas desde que me despidiera de ella ayer por la tarde. Me ofrece una sonrisa, aunque ambas sabemos que no es más que una máscara, como la que me pongo yo todos los días.

Busco la mano que no tiene vendada para darle un apretón.

—¿De verdad te está gustando? Ay, no me digas eso, que me emociono. — Los ojos le brillan, pero veo que es de felicidad.

—Sí, te lo digo en serio. Por lo poco que conozco al personaje, Jaime me

está recordando a Darcy.

—Esa era la idea, que se pareciera a nuestro adorado Darcy.

Pasamos parte de la tarde hablando de la novela. A pesar de que Carmen está un poco aturdida por la medicación que está tomando, parece tenerla muy clara. Después de que le traigan la merienda, dejo que ella me dicte unas palabras de su siguiente capítulo. Como me comentaba Roberto, a veces no me da tiempo a seguirla. Está tan entusiasmada que nos pasamos más de dos horas escribiendo.

De repente me doy cuenta de la hora que es. Son las siete y media y le dije a Romina que estaría en su casa sobre las siete. Llegaré con más de una hora de retraso. Mi hermana me va a cortar el cuello. Me despido con dos besos de Carmen y de Roberto y salgo corriendo de la clínica. Llego a casa en menos de siete minutos, cojo el bizcocho de calabaza de la cocina y saco el coche del garaje para ir a Rocafort. Ella y Alberto decidieron comprarse un adosado fuera de Valencia, aunque a un tiro de piedra de la ciudad, y que también estuviera bien comunicado para criar a su hija en la tranquilidad de un pueblo. Por fortuna, a estas horas de un sábado por la tarde no hay mucho tráfico y estoy en su casa en menos de veinte minutos. Creo que soy la primera en llegar, porque no veo los coches de los amigos de mi hermana.

Es Alberto el que me abre la puerta después de llamar tres veces al timbre.

Mi cuñado siempre tiene una sonrisa puesta en los labios. Desde que lo conozco, nunca lo he visto discutir con nadie. No sé si es una suerte o una desgracia, pero en eso no se parece mi sobrina a él, ya que ha sacado más nuestro carácter mediterráneo. Es rubio, de piel blanca y muy alto. Su padre es noruego, de ahí ese aspecto de vikingo que tiene, aunque él no tiene ningún tatuaje tribal en su cuerpo, como sus antepasados.

—Dime, ¿qué te ha prometido mi hermana si hacías esta barbacoa para despedir otra vez el verano? —le suelto antes de darle dos besos en las mejillas.

—¿De verdad quieres saberlo? —Se sonroja. Mira a ambos lados para comprobar que Violeta no nos está oyendo—. Me ha hecho proposiciones deshonestas que no he podido rechazar.

Le doy el bizcocho de calabaza al tiempo que suelta una exclamación.

—Si está tan bueno como huele creo que no va a llegar al poste.

Levanta el paño con el que está cubierto para olerlo.

—En todo caso serán honestas, porque que yo recuerde, estáis casados —

respondo al comentario anterior.

—Pues eso mismo —sonríe con timidez—, me ha prometido una noche para nosotros dos solos en un hotel rural. Lleva un tiempo demasiado estresada en su trabajo y quiere un fin de semana de relax total.

—¿Eso significa que tengo que quedarme con Violeta?

—Sí, eso significa que Violeta se quedará con su tía favorita.

Atravesamos un pequeño jardín y llegamos hasta la puerta corredera que da al comedor.

—Eso también se lo dirás a tu hermana. —Le doy un golpe de broma en el hombro.

—La verdad es que no. Ya sabes que Ángela no posee ese instinto maternal que tienes tú. Se aburre con Violeta y me la imagino que a las tres horas ya nos estaría llamando para que viniésemos a rescatarla.

La verdad es que me entusiasma la idea, para qué negarlo. No solo porque soy la tía favorita, sino porque Violeta y yo compartimos secretos. Y qué leches, nos lo pasamos genial juntas.

—Noche de chicas, con muchas palomitas, dos hamburguesas para cada una y una peli con chicos buenorros. —Me lo voy imaginando a medida que lo digo—. Creo que nos tocaba ver *Aladín*. No es mala idea. Casi lo prefiero a esta encerrona. A saber quién es ese amigo tuyo que quieres presentarme.

—Te aseguro que es un buen tipo.

—Ya, me lo imagino. El último que me presentasteis no levantaba la vista de mi escote —le recuerdo para hacer que se sienta mal—. Y me pareció muy sospechoso que le gustara todo lo que a mí me apasiona.

Violeta llega corriendo y se tira sobre mí.

—¡Tita! —exclama dándome un gran abrazo—. ¿Sabes qué? Mamá me deja acostarme muy tarde.

—¿Sí? ¿Hasta qué hora?

—Hasta las once. Mamá me ha dicho que si quería aguantar hasta tan tarde tenía que dormir una siesta —conforme me lo dice me parece estar oyendo a mi hermana—. Ellos también han dormido mucho rato, porque estaban cansados.

—Seguro que estaban agotados. —Busco la mirada de mi cuñado, que me ofrece otra sonrisa tímida y evita mi comentario—. ¿Y mi hermana, dónde está?

—Está arriba, pegándose una ducha. Ahora bajará. Aún tiene que

arreglarse.

—¿Pero a qué hora os habéis levantado? —le suelto una pulla—. Por lo que veo ha sido una siesta muuuy larga.

Mi cuñado hace como que no me oye y se da media vuelta en dirección a la cocina.

—¿Quieres que juguemos un rato? —pregunta Violeta.

Asiento con la cabeza.

—Te he traído una cosa.

—Ya sé lo que es. —Se pone a dar saltos—. ¿Verdad que es un vestido para Celia?

—¿Un vestido? —le pregunto—. ¿Tú crees?

—Sí, tita, yo sé que es un vestido, porque tú me quieres mucho. Quiero ver qué me has traído. —Me hace un mohín con los labios que me desarma.

Saco de mi bolso un vestido que le he hecho para su Nancy. Me gusta compartir mi afición por las muñecas con ella. Coserle trapitos me relaja mucho.

—¡Hala! ¡Es como el de la peli de Alicia! —exclama.

—Sí, hasta le he hecho unas medias blancas. Venga, vamos a probárselo.

Violeta me da un abrazo.

—Tita, te quiero mucho.

Suelto un suspiro de felicidad y noto que los ojos se me empañan. Es tan fácil quererla.

—¿A ti te gustaría tener uno como el de Celia?

—Sí, tita, hazme uno así de bonito. ¿Me harás uno?

—Claro que sí.

El teléfono de casa empieza a sonar, y Alberto lo descuelga. Violeta y yo dejamos que atienda la llamada y nos vamos a su habitación. Está bastante desordenada porque tiene varias muñecas encima de la alfombra, la caja donde guarda los vestidos que le he ido haciendo abierta y varios cacharritos, de una cocina de madera que me pidió para su cumpleaños, desparramados por todos lados.

Lo primero que hago es descalzarme y sentarme en la alfombra. Violeta me pasa a su segunda muñeca preferida, Raquel, mientras que ella sostiene a Celia. Enseguida le pone el vestido que le he traído.

—¿Sabes que tengo otro novio?

Me dice como si fuera lo más normal para ella. Me temo que cuando sea

mayor va a ser una rompecorazones, algo que Alberto no va a llevar nada bien. Todas las semanas tiene un novio nuevo.

—¿Y qué ha pasado con Joan? Si era muy guapo y te gustaba mucho.

—Que es un tonto. El otro día no quería darme una piruleta. Yo sí que le di de mi bocadillo de Nutella.

—Igual es que solo tenía una. No puedes obligarle a que te dé algo si solo tiene una.

—No, tenía dos y la otra se la dio a Sergio —me dice mientras peina a su muñeca—. Es muy tonto. No le voy a hablar nunca más.

Alberto interrumpe nuestra charla privada.

—La primera lección que debes de aprender de cualquier hombre que no sea tu padre es que no te puedes fiar de ellos.

—Papá, tienes que llamar a la puerta —Violeta se levanta y lo agarra de la mano—; la tita y yo estamos hablando.

—Es verdad, Alberto, tu hija y yo estamos hablando de cosas serias, cosas de chicas, que tú no puedes escuchar —le recrimino.

—No había caído, perdona. —Sale de la habitación, cierra la puerta y llama—. ¿Puedo pasar?

Violeta se levanta para abrirle.

—Sí, papá, puedes pasar. ¿Qué quieres?

—Tengo una mala noticia que darle a la tita. Mi amigo, el que tu hermana quería presentarte, no va a venir a la cena. Al parecer su madre ha pasado mala noche y no quiere dejarla sola. La pobre tiene artrosis, la tensión alta y no sé cuántas cosas más.

—¡No sabes la pena que me da! —exclamo llevándome una mano al pecho—. No por la madre, no me entiendas mal, sino porque tu amigo se pierda esta cena informal. Al final no voy a poder conocerlo. Parece una joyita.

—Me hago una idea de lo mal que tienes que estar.

—Seguro que su madre es una vieja que se quedó viuda muy pronto.

Mi cuñado asiente con la cabeza.

—Pues sí, así es.

—¡No me puedo creer que este hombre siga soltero!

—No te creas, estuvo a punto de casarse, pero su madre se empeñó en que tenían que vivir en su casa. Luis no veía inconveniente, pero su novia no soportaba a la madre. Total, que a un mes de que se celebrara el enlace, ella decidió romper el compromiso. Irene se ha casado hace muy poco.

Ambos soltamos una carcajada.

—¿Cuántos años tiene tu amigo?

—Treinta y ocho.

Me siento algo decepcionada, porque si esto es lo mejor a lo que puedo aspirar, según mi hermana y mi cuñado, es que no tienen muy buen concepto de mí. O puede ser que el mercado esté tan mal que solo quedan este tipo de hombres. ¿Cuándo se darán cuenta de que no voy buscando nada ni a nadie?

—Parecía que había cambiado —sigue hablando—. De hecho se fue a Madrid cuando su novia rompió el compromiso. Su madre y él tuvieron una gran bronca.

—¿Sabes? Me alegro. Lo mejor de todo es que no voy a tener que soportar a un amigo coñazo —le suelto—. ¿A qué hora has dicho que cenábamos?

—A las nueve les ha dicho Romina que fueran llegando para empezar sobre las nueve y media.

—Genial. Aún tenemos un buen rato para seguir hablando de nuestras cosas, ¿verdad, Violeta? Y si me aburro, tengo una excusa más que perfecta para meterme en el comedor con Violeta y ver una película.

Cuando se marcha Alberto de la habitación, me quedo pensando en su amigo, porque no esperaba de ninguna de las maneras que Romina, mi propia hermana, sangre de mi sangre, invitara a un hombre que no se ha despagado aún de las faldas de su madre y quisiera endosármelo a mí. Como si yo no tuviera mis propios problemas. Esto puede significar dos cosas: o la lista de amigos de Alberto se ha terminado y ha echado mano del tipo al que nunca nadie invita a sus fiestas porque siempre se queda descolgado, o es que todos los hombres que quedan solteros y que conoce mi cuñado son estúpidos. En este caso creo que Luis se ajusta a ambos.

No quiero darle más vueltas al asunto. Me giro hacia mi sobrina para preguntarle:

—¿Y cómo se llama tu nuevo novio?

—Carlos. Y no es tan tonto como Joan. Me ha traído unos gusanitos y yo le he dado de mi bocadillo. ¿Y sabes qué? Esta mañana Joan quería ser mi novio otra vez y yo le he dicho que no.

—Vaya, menudo carácter —la felicito.

—También quería darme un beso, pero yo no le he dejado y le he dado un empujón.

Me quedo mirándola y con ganas de hacerle una ola. Violeta tiene las

cosas muy claras porque no se deja avasallar por nadie. Me la imagino cuando tenga unos años más y empiece a salir con chicos de verdad. Estoy segura de que no va a haber nadie que le tosa. Ojalá fuera todo tan fácil para mí como lo es para mi sobrina. Me veo pidiéndole consejos a ella sobre mi vida amorosa. Ella parece no tener problemas en cerrar según qué puertas del pasado.

Capítulo 13

La mañana amaneció fría y desapacible. Con las primeras luces del alba, en Ciutat se había desatado una tormenta como hacía tiempo que no se recordaba. El viento azotaba con violencia las ventanas y las calles de la ciudad se habían convertido en ríos de agua. Fuera de la casa apenas se escuchaba el grito de los aguadores, ni los murmullos de las mujeres que acudían a misa, como todos los domingos.

Bernat llegó a la habitación de la nodriza después de que las campanas del Convento de Santo Domingo tocaran Maitines. Encontró a Isabel descabezando en la butaca y a Biel mirando por la ventana con las manos en la espalda.

—¿Cómo ha pasado la noche?

Biel se giró y evitó mirarlo a los ojos.

—Agitada. Parece que le ha bajado un poco la fiebre, pero es demasiado pronto para saber si saldrá de esta. Acabo de cambiarle los paños y se ha tomado otra vez la infusión de saúco. Lleva un rato sin temblores, un síntoma que me parece bueno.

Isabel parpadeó y bostezó, cubriéndose la boca con una mano al oír la voz de su esposo. Primero miró a Bernat y después buscó a Biel. En su rostro se adivinaba el cansancio de no haber dormido en toda la noche. Le había crecido un poco de barba e Isabel pensó en que era la primera vez que despertaba junto a él. Tuvo el impulso de levantarse y correr a cobijarse entre sus brazos, acariciarle el pecho y pasar las yemas de sus dedos por la barba. Sin embargo, no podía escapar de la realidad que le había tocado vivir.

—No sé en qué momento me he quedado dormida —dijo girándose hacia su esposo—, me senté un momento para descansar, pero me venció el cansancio. —Puso atención al viento que golpeaba las contraventanas—. ¿Está lloviendo?

Bernat asintió con la cabeza. Isabel se acercó a la ventana, desde donde se veía la calle. El viento y la lluvia azotaban sin piedad sobre la calzada. Un granado que había en el patio de la casa de enfrente se había derrumbado

sobre la puerta de hierro. Observó también ramas caídas, así como alguna contraventana arrancada de cuajo.

—Sí, desde hace un buen rato. Me temo que no podremos partir esta mañana. —Bernat se acercó hasta donde estaba ella y le acarició la mejilla—. Tendremos que esperar a que el viento amaine. Solo nos queda confiar en que la tormenta pase pronto y que mis jabeques no hayan sufrido desperfectos.

—Es una tormenta de las buenas —dijo Isabel—. Yo también espero que los daños sean mínimos.

—Eso nunca se sabe. La última vez que sorteamos una tormenta, uno de mis jabeques perdió la vela del palo mayor y la del trinquete se rajó. Permanecimos en el puerto de Marsella más de dos semanas.

Maribel llegó con una jarra de agua caliente y con unos paños limpios y se llevó los paños sucios y la jofaina que Biel había estado utilizando toda la noche. Regresó al cabo de unos segundos con la misma jofaina limpia. La criada no dejaba de observar a Biel con un gesto desabrido.

—Prepara la mesa para tres —le dijo Bernat a la criada—. Biel, ¿te sentarás a desayunar con nosotros, verdad? No sé si has tomado algo desde anoche. Lamento si no te hemos tratado con el debido respeto.

Isabel se giró hacia su marido. ¿Qué pretendía Bernat invitando a Biel a desayunar? No quería compartir con nadie lo que tenía con Biel. No estaba muy segura de poder disimular todo lo que sentía cuando lo miraba a los ojos.

—Sí, pero no os preocupéis por mí. Estoy acostumbrado a pasar las noches en vela. Necesito ir a casa para asearme. Me están esperando.

—Te vendría bien desayunar algo caliente antes de marcharte. Fuera hace un día horrible —insistió Bernat—. Nuestra cocinera prepara unas tortas de manteca con tocino como nadie en la ciudad. Roser es una magnífica cocinera y se enfada mucho si alguien se va de esta casa sin haber probado sus tortas. Me darás la razón cuando cates una.

Biel hizo un mohín de desagrado, del que solo se dio cuenta Isabel.

—Mis desayunos son mucho más frugales. Sigo la dieta de los estoicos griegos. Como algo de fruta y un poco de pan con aceite. No necesito más, os lo aseguro.

—Te ruego que compartas nuestra mesa con mi esposa y conmigo. Yo te garantizo que no nos demoraremos mucho. Cuando termines, mi carruaje te llevará hasta tu casa. Ahora le digo a mi criado que lo prepare.

Llamó a Antoni para que se acercara y le dio instrucciones al oído.

—Sois muy amable y os lo agradezco de corazón. —Empezó a recoger sus instrumentos médicos—. No quiero abusar de vuestra hospitalidad. Con una fruta me doy por satisfecho.

—No es ninguna molestia, al contrario, tanto mi esposa como yo te estamos muy agradecidos por cuidar de Carmen. Es muy importante para Isabel. Desde que nos casamos, la nodriza de mi esposa se ha convertido en su principal apoyo cuando no estoy yo. No se han separado desde que nació Isabel.

Biel asintió. Observó el semblante cansado de la nodriza. Desde que años atrás la conociera, unas arrugas muy finas le cubrían la frente y la zona del labio superior. Unas hebras plateadas dispersas sombreaban su cabello oscuro.

—Os agradezco vuestra hospitalidad —se giró hacia Bernat—; no quiero ser un incordio.

Isabel entendió qué le pasaba a Biel. Su dieta poco tenía que ver con los estoicos. Se giró a la criada y se apresuró a decirle:

—Que Roser le prepare algo de fruta, unas almendras y un poco de pan con aceite.

Maribel asintió con la cabeza, pero antes de marcharse, murmuró entre dientes.

—Maldito chueta[7].

Isabel hizo como que no había oído el comentario de su criada y trató de ponerle a Biel su mejor sonrisa.

—Les acompañaré un rato, pero no querría quitarles más tiempo. A media tarde me pasaré para ver cómo está Carmen.

—No trates de disculparte —repuso Bernat—. Tanto Isabel como yo entendemos que tienes muchas obligaciones.

—Sí, mi hijo y yo tenemos que atender a un enfermo que tiene humores en el pulmón. Al igual que hizo mi abuelo conmigo, le estoy enseñando a ser un buen médico. Aun así, me temo que no saldrá de esta. El párroco ya le ha dado la extremaunción, pero se resiste a abandonar este mundo.

—Si me disculpáis, enseguida vuelvo —comentó Isabel saliendo por la puerta.

Mientras una criada preparaba la mesa, Isabel le pidió a Maribel que la atendiera en su alcoba. Necesitaba cambiarse.

—Maribel, te pido que guardes las formas cuando hables con el señor

Bonnín. Es el mejor médico de toda Mallorca. Curó a mi *senyora avia*, y si ella no tiene ningún problema en que la atienda, yo tampoco lo tengo.

—A mí no me engaña este chueta, y *vossa mercè* tendría que tener cuidado con ellos. No son de fiar. Lo que pasa es que no quiere comer ni tocino ni manteca. Si no hay más que pasar por La Calle para oler cómo apesta a fritanga. Aunque compren tocino, todos sabemos que se lo tiran a los perros. Estos clavaron a Cristo en la cruz.

Isabel contuvo el aliento, pero se obligó a no reprenderla porque eso sería como darle la razón.

—Maribel, esta mañana prefiero estar callada. No me encuentro bien. Esta noche he dormido muy poco.

—A ver si *vossa mercè* está también enferma. —Llevó su mano a la frente de su señora—. Permitidme que mire si tenéis calentura.

—No, solo estoy cansada. —Se giró para que Maribel le quitara la falda y después se llevó una mano a la cabeza y se masajeó las sienes—. Date prisa. No me gustaría llegar tarde a la mesa y entretener al médico más de la cuenta. Tiene obligaciones que atender.

—Ya me imagino esas obligaciones.

—Eso no es de nuestra incumbencia —replicó con el mismo tono que había utilizado la criada.

—¿Pero vais a sentar en vuestra mesa a un chueta? Mañana todo el mundo hablará de a quién habéis invitado. Malditos sean...

—Te lo vuelvo a repetir, no hables así del señor Bonnín —la reprendió con la mirada—. Termina de vestirme.

—Como ordene *vossa mercè*.

Durante el tiempo en que estuvieron en la alcoba, ambas mujeres permanecieron calladas e Isabel la despidió cuando terminó de vestirla. Esperó unos segundos, y cuando tuvo la certeza de que nadie la veía, sacó un pañuelo que le había entregado Biel esa misma noche como prenda de su amor por ella. Aún podía sentir su aroma y enseguida sintió cómo se le aceleraba el pulso. Temía estar al lado de Biel y no poder controlar los latidos de su corazón, aunque más temía perderse en el mar de sus ojos y que Bernat se diera cuenta. Estaba hecha un manojo de nervios. Como tantas veces le había dicho Carmen, para calmar los nervios que sentía, tenía que ponerse un poco de agua de azahar en las muñecas y en el cuello. Soltó un suspiro antes de salir de su alcoba. Bajó los primeros escalones con prisa, con Cupido

pegado a sus talones, aunque antes de llegar al piso inferior, trató de relajar su respiración.

—La mesa ya está preparada —dijo Maribel cuando pasó por delante de la cocina—. Os esperan en el saloncito. El señor me ha dicho que ahí estarán tranquilos.

Isabel asintió con la cabeza. Entró en la estancia, donde Biel y Bernat hablaban al lado de una ventana. Los dos hombres se giraron hacia ella, que esperaban a que llegara para poder sentarse a desayunar en la mesa. La cocinera había preparado varios platos de embutido y queso y unas rebanadas de pan con sobrasada. En otro plato había cortado unas rebanadas de pan con aceite, como le había pedido Isabel. En un cuenco de barro había unas naranjas y unos granos de granada con azúcar por encima, y fruta confitada. Había tres tazones con leche de vaca, una jarra con vino y otra con licor. A Bernat le gustaba tomar vino de su propia cosecha con unas rebanadas de pan y embutido. También había preparado unos cuartos[8] y unos almendrados para tomar después del embutido.

—¿Me permites? —Bernat le retiró la silla a Isabel para que se sentara. A continuación le hizo un gesto a Biel con la mano para que también tomara asiento junto a él—. Mi esposa y yo estaríamos muy agradecidos de que...

—Esposo, deja que sea yo quien bendiga la mesa —dijo Isabel antes de que Bernat terminara la frase y se lo pidiera a Biel, como era costumbre cuando había un invitado en su mesa. Posó una mano sobre el brazo de su esposo.

—No, Isabel, el señor Bonnín hará los honores, como siempre han hecho nuestros invitados. —Por el gesto que puso, Isabel supo que no admitía réplica.

Ella calló, pero el que Bernat la contradijera delante de Biel, no le sentó nada bien. Biel bendijo la mesa, como le había pedido Bernat. Isabel agarró la servilleta y se la puso sobre el regazo. Bernat no le dio importancia a los aspavientos de ella, se giró hacia su invitado y, con la mejor de sus sonrisas, le sirvió un poco de fruta a Biel y después le ofreció una torta de manteca.

—Solo tienes que probarla. Me darás la razón enseguida, la cocina en esta casa es casi una fiesta diaria —comentó Bernat cuando Biel tuvo la torta de manteca sobre su plato.

Isabel se odió en esos momentos por no contradecir a Bernat como había hecho él con ella. Estaba obligando a Biel a comer algo que no deseaba.

Apretó los puños porque notó cómo la ira se apoderaba de ella. Se mordió el labio inferior hasta que notó un sabor metálico en la boca.

Biel partió una esquina de la torta que no llevaba tocino y se la metió en la boca. Tragó sin mastigarla y sin expresar cómo se sentía en esos momentos.

—¿Cómo está?

—Llevabais razón. Es la mejor torta que he probado en mi vida. Alabo el buen hacer de vuestra cocinera.

—Te lo dije. Es fabulosa. —Bernat se giró hacia la criada—. ¿Lo has oído, Maribel? Ya le puedes decir a Roser que el señor Bonnín también está encantado con su comida.

—¿Desean *vossas mercedes* que prepare alguna más? —La criada hizo un gesto con la cabeza y sonrió—. Roser estaría encantada de hacer alguna más para que el señor Bonnín se la lleve a casa.

—No, tenemos suficiente. El señor Bonnín tiene que marcharse enseguida y me temo que ya lo hemos entretenido bastante. —Le hizo un gesto con la mano para despedirla—. Puedes dejarnos a solas. Queremos tratar algunos asuntos privados.

La criada agachó la cabeza y después recogió un plato vacío. Isabel suspiró cuando Maribel se marchó del saloncito. Bernat había despachado también a los demás criados.

Biel apartó la torta de manteca del plato.

—Me comentaba el señor Bonnín que tiene que ausentarse un tiempo de Ciutat por unos temas que tiene en Sóller —comentó Bernat.

—Sí, partiré en dos semanas, después de celebrar el Viernes Santo. Hace tiempo que tenía que haberme marchado, pero un tema me ha mantenido ocupado. Aun así, no me marcharé hasta que vuestra nodriza se haya recuperado.

Isabel no quería mirar a Biel, pero fantaseó con la idea de que ese tema del que hablaba fuera ella. Sabía que era una estúpida por pensar así, que no tenía ningún derecho a pedirle nada, porque entre ellos no podía haber nada más que lo que tenían en sueños.

—Entonces podemos sentirnos afortunados por tenerte como médico. He conocido a verdaderos carniceros que se hacen llamar cirujanos, que se dedican a sangrar a sus pacientes.

Biel elevó los ojos al techo y negó con la cabeza.

—No tengo por costumbre hablar mal de otros médicos, aunque en esta

ocasión no comparto los métodos de sangrar a los pacientes.

—Gracias a Dios que al final se cruzó en el camino de la *senyora avia* de mi esposa. Si no llega a ser por tus métodos, hoy tendríamos que lamentar su pérdida —comentó Bernat después de dar cuenta de la primera rebanada de pan con queso—. No queremos entretenerte mucho más. Llamaré a mi cochero para que te lleve hasta tu casa.

—Os lo agradezco, aunque no será necesario. No quiero causarles más molestias. Es mi deber atender a mis pacientes.

Isabel no entendía qué le pasaba a Bernat y por qué estaba olvidando sus modales; tan pronto lo invitaba a compartir el desayuno con ellos como lo despachaba de la mesa.

—Te ruego que aceptes mi ofrecimiento.

Biel asintió con la cabeza. Tras haber comido unos gajos de naranja y unos granos de granada, se levantó.

—Me gustaría poder quedarme un poco más, pero me tengo que marchar. Os vuelvo a agradecer vuestra hospitalidad —dijo sin mirar a Isabel, como había hecho desde que se habían sentado a la mesa.

Isabel bajó el mentón y apretó los dientes. Deseó que quien se marchara de la mesa no fuera Biel sino Bernat.

—Esta tarde, antes de que se ponga el sol, volveré para ver cómo se encuentra. Que una criada le cambie los paños con agua de avena y que se tome toda la infusión de saúco. En casa prepararé un jarabe para la tos y lo traeré esta tarde.

Biel salió con prisas, sin mirar atrás y sin despedirse de Isabel como le habría gustado. Ella esperó a que Biel cerrara la puerta para enfrentarse a Bernat.

—¿Por qué no confías en mí? —Bernat se adelantó a las palabras que tenía Isabel en la punta de la lengua.

—Has sido muy desconsiderado con Biel.

—¿Tú crees? —preguntó recostándose sobre la silla y llevándose un trozo de pan con sobrasada a la boca—. Te equivocas conmigo.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿A qué ha venido tu pregunta?

Bernat dejó la rebanada de pan sobre el plato y se limpió la boca con una servilleta con una calma que a Isabel le pareció insultante. Cogió la torta que no se había acabado Biel y se la tiró a Cupido. El perro se la tragó de un bocado.

—Tú y yo sabemos que es el mejor médico de Ciutat.

—¿Y? ¿Qué me quieres decir con ello? De eso no me cabe ninguna duda.

—¿Aún no te has dado cuenta de lo que pretendía invitándolo a desayunar?

—No, no sé por dónde quieres ir. —Isabel estaba perdiendo la poca paciencia que tenía en esos momentos.

—Claro que lo sabes, pero prefieres enfadarte conmigo. ¿No es cierto? Yo nunca te he fallado.

—Sigo sin entenderte.

—Está bien —Bernat tomó sus manos y la miró a los ojos—, te lo voy a explicar para que no vuelvas a dudar nunca más de mí. No es un secreto para nadie de esta casa que Biel es judío, aunque él diga lo contrario y quiera hacer ver que es converso. Si lo he invitado a desayunar ha sido para despejar todos los recelos que hay con respecto a él desde que llegó anoche. ¿Te crees que las criadas y la cocinera no murmuran sobre si sería capaz de comer un trozo de tocino o estas tortas de manteca? Lo he obligado a comer cerdo para que a nadie le quede ninguna sospecha de que es un buen cristiano, de que cumple y de que bendice la mesa como cualquier invitado.

A medida que Bernat le revelaba los motivos, Isabel fue abriendo los ojos como platos.

—¿Qué te importa a ti este judío?

—No lo he hecho por él, lo he hecho por nosotros. Porque deseo que tu nodriza se recupere, porque sé que es importante para ti. —Bajó un segundo la cabeza al plato—. Nadie en esta isla sentaría a un judío en su mesa, pero si yo lo invito no habrá nadie que se atreva a decirle que es un chueta.

—¿Tú no tienes nada contra ellos?

—No, ¿por qué piensas que tengo algo contra ellos?

—Todo el mundo lo tiene.

Bernat asintió con la cabeza.

—Es cierto, pero ni tú ni yo somos como los demás, y lo sabes. Desde que en el setenta y nueve comenzaron los autos contra gente de La Calle acusándolos de judaizar, las cosas andan muy revueltas en Ciutat. Ha llegado a mis oídos que el Tribunal de la Inquisición necesita dinero y que muy pronto habrá más encausamientos. El calificador del Santo Oficio está esperando que haya muy pronto otras denuncias. Y además, le da igual de donde vengan.

—¿Francisco Garau? Si es un hombre muy piadoso ¡No me lo puedo creer!

—exclamó Isabel—. ¿Me estás queriendo decir que también tiene contactos con la gente de La Calle?

—Sí. Nunca se sabe de dónde pueden venir las denuncias. Solo tiene ansias de dinero y de cristianizar a los judíos, aunque lo quiera enmascarar de verdadera fe.

—Lo que no termino de entender es por qué has querido protegerlo —dijo probando uno de los cuartos—. La gente de nuestra clase no quiere saber nada de ellos. Aún me sigue asombrando que mi *senyora avia* se dejara atender por uno de ellos.

Bernat soltó un suspiro. Antes de responder bebió lo que le quedaba del vaso de vino.

—Te dije que había cosas que aún no entendías.

—Ya es hora de que me las expliques, ¿no crees?

—¿Aún no sabes en qué transacciones andamos metidos tu familia y la mía?

Isabel negó con la cabeza.

—Además de comerciar con aceites, con seda y con lana, practicamos el contrabando de otras materias.

Isabel sintió un vuelco en el estómago. Aquella revelación no era cualquier cosa.

—¿Y qué tiene que ver la gente de La Calle? —Al terminar de hacer la pregunta, se dio cuenta de lo que quería decir su esposo—. O sea, ¿me estás diciendo que colaboráis con ellos?

—Solo con algunos, con los hermanos del señor Bonnín. Ellos se dedican a la orfebrería. —Se puso otra copa de vino—. Estos procesos no tienen nada que ver con la religión, son más una cuestión económica. ¿Nadie se ha parado a pensar qué sería de esta ciudad si ellos desaparecieran? El Tribunal de la Santa Inquisición se aprovecha de los criados y gente con pocos recursos para propiciar estas denuncias. Tendríamos un problema muy grande y tendríamos que hacer una llamada entre muchos maestros de Europa para que vinieran a cubrir estos oficios. Somos una ciudad próspera. No seré yo quien muerda la mano que nos da de comer. Los necesitamos, y sin embargo, muy pocos piensan como yo.

Isabel reflexionó sobre las palabras que había dicho Bernat.

—A esto te referías con lo de que muchos de los nuestros querrían ver nuestra ruina.

—Sí, sabes que muchos de los nuestros detestan que la gente de La Calle tengan comercios prósperos. Ahora nadie podrá decir que el señor Bonnín no es un buen cristiano. En esta casa se le ha visto bendecir la mesa y se le ha visto comer cerdo. Es importante que no haya dudas de a quién dejamos entrar aquí. Tenemos que dar ejemplo y nosotros no nos mezclamos con judíos. Por mi parte, fuera de este salón, siempre diré que son escoria.

Isabel se quedó pensando en los verdaderos motivos por los que Bernat había invitado a Biel a comer, sin embargo aún había algo que no entendía.

—¿Cómo lo hacen? ¿Cómo hacen para saltarse la prohibición de viajar en barco y abandonar la isla?

—Porque quien viaja soy yo, no ellos. Yo soy quien comercializa sus productos.

—¿No haces nada sin ningún motivo?

—No, ¿de qué viviríamos si no?

Bernat se levantó sin arrastrar la silla. Se acercó a la puerta con paso tranquilo.

—Hay un último motivo —dijo sin mirarla a la cara.

—¿Sí?

—Sí. —Respiró con calma para que no le fallara la voz—. También lo he hecho por ti.

Isabel tragó saliva antes de contestar.

—¿Por mí? No entiendo qué quieres decir.

Empezó a tiritar de arriba abajo y no precisamente de frío. Se retorció la tela de la falda para que Bernat no se diera cuenta de cómo temblaban sus manos. Por unos segundos se le olvidó hasta respirar. Isabel se quedó quieta en la silla. ¿Acaso sabía él cuáles eran los sentimientos de ella con respecto a Biel? Era imposible. Nunca había dejado de atender sus obligaciones, e incluso cuando compartía lecho con Bernat, había tenido que morderse la lengua para no decir el nombre de Biel.

—No me subestimes nunca, Isabel. Es importante que esta conversación nunca salga de aquí.

—Ahora eres tú el que no confía en mí, Bernat. Nunca haría nada que te pusiera en peligro.

—Lo sé. Y por esto mismo sé que entiendes lo que quiero decir. Tú y él... No me pidas que lo diga en voz alta. —Bernat se encogió de hombros.

—Yo te soy leal —respondió mirándole a los ojos.

—Sí, lo sé, es tu mayor virtud, y también tu mayor defecto, pero eso no es amor.

—No, no es amor, pero ¿es lo que quieres, verdad?

—Ojalá todo fuera más fácil —dijo Bernat antes de marcharse del saloncito—. Solo hacemos lo que se espera de nosotros.

—Ojalá lo fuera para los dos —musitó cuando se quedó sola, soltando un suspiro de tristeza.

[7] judíos conversos en Mallorca.

[8] Dulce típico mallorquín, parecido al bizcocho, aunque más esponjoso.

Capítulo 14

Antes de que llegue la primera pareja, Romina entra en la habitación de mi sobrina con una energía arrolladora. Le pego un vistazo de arriba abajo, porque todo hay que decirlo, está radiante. La tarde de sexo le ha sentado de maravilla. ¡Quién pudiera! Lleva un vestido negro ceñido, que le queda muy bien. Mi hermana no es una mujer delgada, pero sabe sacar mucho partido a sus curvas. Se ha dejado el pelo suelto, y con el maquillaje ha resaltado sus labios con un color berenjena que le favorece mucho. También le gusta ponerse rímel para destacar sus ojos grandes y azules.

—Ya me ha dicho Alberto que Luis no puede venir.

—Sí, no sabes el disgusto que tengo —le respondo.

Ambas nos miramos y soltamos una carcajada.

—Si es que ya no quedan hombres interesantes...

—Romina, no sigas por ahí —la corto antes de que quiera presentarme a otro amigo—. No me interesa ni ese ni ningún otro hombre. Estoy bien como estoy. Y ni se te ocurra volver a presentarme a más tipos.

Ella niega con la cabeza y en su mirada advierto que no cree mis palabras. Parece que no quiere darse por vencida. Se acerca a mí y me da un abrazo fuerte. Me hace apoyar la cabeza sobre su hombro, como cuando era una niña y lloraba cuando tenía un problema. En ciertos momentos me gustaría volver a tener seis años y que ella tuviera nueve. Los problemas no eran tales cuando éramos pequeñas.

—Al menos admite que...

—¿Qué? —la interrumpo.

—Que la soledad no es buena compañera. Hace más de tres años —murmura en mi oído.

—Lo sé —no se lo comento, pero he contado todos los días.

—¿Qué esperas?

—Si te soy sincera, no lo sé, pero tampoco estoy preparada para algo nuevo.

Mi hermana se separa con tranquilidad, se me queda mirando y borra la

sonrisa de sus labios. Estoy segura de que se muere por responderme, pero se abstiene de decirme qué piensa en realidad. Espero que haya entendido de una maldita vez que hay ciertas cosas que no se pueden forzar, y una de ellas es emparejarme en contra de mi voluntad.

Por fortuna, el timbre suena y Romina se dirige a la puerta.

—Ya siento que esta noche te quedas un poco colgada. —Vuelve a ser la hermana bromista que necesito en estos instantes y no la Romina protectora que ha sido toda su vida.

—¿Has dicho colgada? Por lo que me ha contado Alberto, Luis no se separa de las faldas de su madre. Estoy por llamarlo y darle las gracias por no venir. Tiene que ser un pelma. Además, Violeta y yo aún tenemos muchas cosas de las que hablar.

—¿Ya te ha contado que tiene un nuevo novio?

—Sí, se llama Carlos —respondo.

—Esta niña aprende rápido. Prefiere estar con los chicos que la tratan bien. Observo a mi sobrina, que está haciéndole una trenza a su muñeca.

—Mañana van a tener su primera cita. Han quedado aquí, en casa, para ver una película y comer muchas palomitas. Resulta que vive en la calle de atrás.

—Menudo plan. —Le doy un codazo a Violeta.

—También va a traer a su conejito y vamos a jugar con él. Se llama Peluche. Y también vamos a comer las magdalenas de chocolate que hace su madre. Están muy ricas —replica mi sobrina.

—Ya me contarás mañana por la noche qué tal os lo habéis pasado —le contesto.

Cuando Romina está a punto de salir de la habitación, se gira.

—Antes de cenar tienes que recoger tus juguetes —le pide a Violeta—. Y dile a tu tía que te peine un poco, que tienes todos los pelos en la cara. Un día de estos te los vas a comer.

—No sé si te lo he dicho alguna vez, pero me parece estar escuchando a la *nonna* —comento con una sonrisa en los labios. Ha llegado mi momento de la venganza.

Romina pone los ojos en blanco. En según qué momentos no le gusta que la comparen con ella, como es el caso, porque nuestra abuela tiene mucho carácter, pero en otros está encantada de haber sacado su melena pelirroja, herencia de su origen irlandés. Con casi noventa y un años vive sola y le molesta depender de otras personas.

—Isabella, péinala antes de salir —me ordena sacándome la lengua.

Romina sale a atender a los primeros invitados.

Mi sobrina tiene el mismo pelo rizado e indomable que mi hermana y yo, aunque yo soy rubia y Violeta es pelirroja. En lo único en lo que nos parecemos las tres es en el color de los ojos, que los tenemos del mismo tono. Hay otro detalle que nos diferencia a mi hermana y a mí. A Romina le gusta llevar el pelo suelto, mientras que yo lo suelo llevar recogido en una coleta o en un moño. Violeta prefiere llevarlo con dos horquillas o con una diadema.

—Te he comprado unas horquillas nuevas. Son de Frozen, como tú querías.

A Violeta se le ilumina la cara y se acerca a mí para rodearme con sus bracitos.

—Eres la mejor tita del mundo mundial. Te quiero mucho, pero después de a mamá y a papá —aclara.

Me encanta abrazar a mi sobrina, oler su colonia infantil y dejar que me cubra la cara de besos. Pero si hay algo que me gusta por encima de todo es que me diga que me quiere. Me hace sentir afortunada.

Al tiempo que van llegando los invitados, yo ayudo a mi sobrina a recoger la habitación al ritmo de las canciones de *La Bella y la Bestia*. Nos pegamos unos bailes y cantamos a voz en grito. Cuando todos los juguetes están en su sitio y la he peinado como me ha pedido Romina, salimos al comedor. Mi sobrina enciende la tele y se pone a ver una serie de la que ya se sabe todos los diálogos. No sé si solo me lo parece a mí, pero creo que las series infantiles que emiten ahora son todas iguales.

Los primeros en llegar son Juanca y Marisa, los mejores amigos de Alberto. Juanca lleva una tortilla de patatas con cebolla y una botella de vino. Hace poco se casaron por el juzgado porque ella está muy embarazada, aunque llevan algo más de cuatro años viviendo juntos. Marisa parece un poco inquieta y se masajea con las manos la zona de los riñones cada poco tiempo.

Enseguida aparecen Voro y Sandra. Ambos son actores de teatro y tienen una pequeña sala por la zona de Ruzafa. Son algo más mayores que Romina y mi cuñado y tienen un hijo de casi veinte años que sigue sus pasos teatrales. Sandra le entrega a mi hermana sus famosos huevos rellenos de salmón, queso fresco y mahonesa. A todos nos encanta su receta.

—¿Hay ganas de conocer al nuevo novio de Lucía? —pregunta Romina—.

El miércoles hablé con ella y me ha dicho que es muy guapo. ¿Alguien lo conoce?

La seguimos hasta la cocina. Deja la bandeja en la encimera, junto a la tortilla que ha traído Marisa. Ayudo a mi hermana a sacar unos platos y unas copas de la despensa.

—Yo no —responde Sandra.

—Ni yo tampoco —dice Marisa, llevándose una mano a la barriga y la otra a los riñones.

—¿Qué queréis tomar? —Romina abre la nevera y empieza a sacar cervezas con y sin alcohol, que va repartiendo entre nosotras.

—Sácame una Fanta de naranja —comenta Marisa—. Ojalá que con este nuevo chico tenga algo más de suerte.

—Ella dice que fue amor a primera vista —contesta mi hermana.

—¿Y tú te lo has creído? —quiere saber Sandra.

—¿Y por qué no? —pregunto yo.

—Porque no existen los amores a primera vista —dice Marisa—. Que Lucía es muy fantasiosa.

Mi hermana mira el reloj de la cocina. Son más de las nueve y media.

—Como siempre, llega tarde. Le gusta hacer entradas triunfales —comenta Sandra soltando una carcajada.

—Lo que le gusta es presumir de novio —responde Marisa—. ¡Como si no la conociéramos!

—Después de cómo la dejó tirada Víctor, me parece estupendo que pueda presumir de novio —suelta mi hermana mirándome a mí—. Me encanta que salga y que se divierta como le dé la gana.

Quiero responderle que ese no es mi caso, pero prefiero echarle una mirada asesina. Sin embargo, Romina me evita y hace como si su último comentario no tuviera un doble sentido.

—A ver, que a mí me parece bien que tenga novio cada dos meses, pero la veo descentrada, como si quisiera demostrarle a Víctor que ella también puede pasar página —contesta Sandra.

—¿Cuántos novios ha tenido desde que se separaron? —Marisa se lleva la lata de Fanta de naranja a los labios y le pega un trago.

La observo durante un rato. Está algo pálida y no deja de acariciarse la barriga desde que ha llegado.

—Que sepamos, cuatro, aunque sabemos que ha tenido algunos amantes de

una noche —replica mi hermana.

—Esos vienen bien un tiempo, pero levantarse todos los sábados o los domingos en una cama desconocida llega a cansar —replica Marisa. Se toca la frente y se retira el pelo de la cara—. Al final agota no compartir tus penas o tus alegrías con alguien. Las relaciones de una noche no llenan nada.

—Bueno, lo que sí sé es que es muy bueno en la cama —dice Sandra—. Lucía no deja de hablar de que está follando como nunca.

—Ya solo por esto me cae bien este nuevo novio —opina Romina.

Sandra y mi hermana sueltan una carcajada. Creo advertir que Marisa finge una sonrisa, porque su gesto me parece una mueca dolorosa. Se toca las mejillas y se pasa la lengua por los labios, que los tiene resecos.

Salimos de nuevo al comedor.

—Si no os importa, me voy a sentar, que hoy este no ha dejado de darme patadas. —Marisa suelta un suspiro largo. La noto cansada—. Menudo día llevo. Siento presión aquí abajo. —Se toca el bajo vientre.

—¿Cuánto te queda? —quiero saber.

—Salgo de cuentas en diez días, aunque mi ginecólogo dice que puede que se retrase un poco porque soy primeriza.

—¡Esto ya está ahí! —comenta su marido posando su mano en la cintura de su mujer.

—¡Qué ganas tengo de que llegue ya! Estos dos últimos meses se me están haciendo muy pesados. —Suelta otro suspiro.

—Pero estás bien, ¿no? —le pregunto.

—Desde esta tarde me encuentro un poco rara.

La carcajada de Lucía se oye desde el jardín e interrumpe a Marisa.

—Bueno, al fin vamos a conocerlo —comenta Sandra corriendo a la ventana para echar un vistazo—. ¡Joder! No sé cómo lo hace, pero siempre se liga a los tíos más buenos.

—Cualquiera diría que estás casada con un adefesio —dice Voro—. Yo también tengo mi aquel. —La agarra de la cintura para pegarla a su cadera.

—Claro que eres guapo, pero a ti ya te tengo muy visto. —Sandra le pega una palmada en el trasero—. Sabes que este culito me tiene loca.

Una de las cosas que más me gusta de los amigos de mi hermana es que no se cortan a la hora de hablar de sexo, salvo cuando Violeta está delante, pero en estos momentos está tan absorta con la serie que ni pestañea.

—Hello! —exclama Lucía cuando traspasa la puerta del comedor. En una

mano lleva una bandeja con una empanada de atún, tomate y huevo duro, su especialidad—. ¡Ya estamos aquí! ¡Que empiece la fiesta! —Comienza a repartir besos a todo el mundo—. Os presento a Pablo.

Levanto la cabeza y tropiezo con la mirada de su acompañante. Abro los ojos como platos. Trago saliva. «¡No puede ser verdad! ¡Esto no me puede estar pasando a mí!», pienso. Lucía llega acompañada del médico que atiende a Carmen. Hace cuatro días estaba tonteando conmigo. En estos momentos quiero que el suelo se abra a mis pies y desaparecer. Él se queda parado cuando advierte mi presencia.

Pablo nos saluda a todas nosotras con dos besos en las mejillas y a ellos con un apretón de manos. Cuando llega a mí me susurra en el oído:

—Te aseguro que no me habría importado venir contigo. He esperado tu llamada estos días.

Lo miro a los ojos y niego con la cabeza.

—¿Te gusta jugar a dos bandas? A mí no. Lucía no se merece esto.

Me doy la vuelta y me marcho a la cocina, aunque lo que de verdad me apetecería es marcharme a mi casa. Pienso en Lucía y en lo ilusionada que se le ve con este hombre que al parecer le ha salido rana.

Desde la ventana observo que mi cuñado tiene la barbacoa preparada. A su lado está Juanca tomando una cerveza. Saco un mantel de un cajón y salgo al jardín para preparar la mesa.

—¿Necesitas ayuda? —me pregunta Pablo.

No me doy la vuelta para evitar su mirada.

—No, pero gracias —le corto antes de que piense que estoy desesperada por caer rendida en sus brazos—. Creo que Lucía te necesita más que yo ahora mismo.

—Puede que te hayas hecho una idea equivocada sobre mí. Lucía solo es una amiga.

—Pues ella cree que sois algo más que amigos. Además, me da igual lo que Lucía y tú os llevéis entre manos. No te he pedido explicaciones.

—Pero siento que debo dártelas. Con Lucía no hay nada, te lo aseguro.

Me tomo unos segundos antes de contestarle.

—De verdad, me da igual si te acuestas con Lucía o si sois simplemente amigos.

—Lucía y yo no nos hemos acostado.

Me giro con tranquilidad.

—¿Que Lucía y tú no os habéis acostado?

—No.

No puedo evitar sonreír.

—La versión que nos ha llegado es muy diferente a lo que me estás contado ahora mismo.

—¿Y qué va contando ella?

—Que eres un buen amante.

Su gesto expresa sorpresa.

—¿Que ha dicho qué? No puede haber dicho eso porque no es cierto. Somos amigos porque es vecina de mis padres, pero ella nunca me ha interesado como mujer. Estas dos últimas semanas hemos quedado porque se sentía sola. Nos lo pasamos bien juntos, pero nada más.

Lucía sale al jardín y llega hasta nosotros pegando pequeños botes.

—¡Pablo, te estaba buscando! —Ella se agarra del brazo de él y deja caer la cabeza.

Él sigue mirándome a los ojos.

—Me voy a por los platos —le digo.

Mientras me alejo, oigo cómo Lucía le pregunta:

—¿La conocías?

—Sí, su amiga es paciente mía.

—¡Así que Carmen es paciente tuya!

—Sí.

—¿Les has dicho a tus amigos que estamos juntos?

Pablo insiste en preguntarle.

—¿Sí o no?

—Pablo, yo...

Me doy media vuelta para observarlos. Lucía se está mordiendo el labio inferior y ha bajado la cabeza. Parece incómoda. Los dejo que sigan hablando y entro por la puerta del comedor. Mi sobrina me sorprende al entrar en la cocina. Yo hago que me asusto y ella suelta una carcajada.

—¿Me ayudas a poner los cubiertos?

—Sí, tita.

Marisa llega hasta la nevera para sacar una botella de agua. Está un poco más pálida que antes y creo que está a punto de echarse a llorar.

—¿Te encuentras bien?

—No lo sé. No sé qué me pasa, pero llevo toda la tarde un poco rara.

Fíjate, hasta esta mañana se me escapaba el pis. —Se lleva una mano a la barriga y se encoge de dolor—. Cada media hora me tenía que cambiar de compresas.

Se pone a llorar de repente.

—¿Cómo que se te escapaba el pis? —pregunta mi hermana, que acaba de entrar con unas velas para ponerlas en la mesa del jardín.

—Sí, esta tarde ha parado, pero me siento pesada y desde hace un rato me duele la barriga.

—¿Son contracciones? —quiere saber mi hermana abriendo mucho los ojos.

—No lo sé, pero vienen y van cada vez más deprisa.

—Ay, Marisa, que me parece que tú estás de parto. Tranquilízate —le dice Romina agarrándola de la mano.

Vuelve a encogerse de dolor.

—No, no, no, no... —dice nerviosa—. Si me quedan diez días.

—Siéntate un momento —le pide mi hermana.

—No, no estoy preparada todavía. —Comienza a dar vueltas por la cocina.

—¡Claro que lo estás! —exclama Romina mirándola a los ojos—. Te has estado preparando durante cuatro meses en las clases de parto. Lo vas a hacer muy bien.

—¿Estás segura? —Se sienta al fin.

—Sí, claro que sí. Eres una mujer fuerte.

Marisa asiente con la cabeza.

Enseguida llega su marido, seguido de todos los demás. Marisa se limpia las lágrimas y se pone de pie. Se lleva una mano a su abultada barriga.

—Creo que no vamos a llegar a un hospital —dice con una entereza que me asombra, porque hasta hace un momento estaba llorando.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Juanca.

—Porque acabo de sentir dos contracciones seguidas muy fuertes y noto un peso aquí abajo.

—¿Pero cómo no te has dado cuenta antes de que estabas de parto? —pregunta Juanca.

—No lo sé, pensaba que las contracciones iban a doler mucho. Estoy molesta, pero casi no me dolía. Ahora es cuando las siento de verdad. Y no sé si he roto aguas.

—Sí, creo que sí, cuando pensabas que te estabas meando, es que estabas

rompiendo aguas. A mí también me pasó con Violeta —le indica mi hermana—. Pero ahora da igual. El bebé está en camino.

Marisa se lleva las manos a la barriga y suelta un gemido prolongado al tiempo que espira.

—Pero no puedes parir aquí, hay que llevarte a un hospital —comenta Lucía bastante alterada.

Mi hermana se gira hacia ella.

—Lucía, por favor, ahora no necesitamos que tú te pongas nerviosa. Eso no ayuda a Marisa. Así que o colaboras o te quedas al margen.

Marisa se encoge de nuevo por una contracción más dolorosa que la anterior.

—Os digo que no voy a llegar a un hospital. Y mejor tenerlo aquí que no de camino, en un coche.

—Pablo, tienes que hacer algo —le espeta Lucía girándose hacia él.

Él no está pendiente de la conversación y parece no entender lo que le ha pedido Lucía. Mantiene el ceño fruncido y las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Pablo, me estás escuchando? Marisa va a tener un bebé. La tienes que ayudar. —Lucía señala a Marisa.

—¿Yo? Yo no soy ginecólogo, soy traumatólogo. No entiendo de niños. Ni siquiera sé qué hacer con ellos.

—Pero eres médico. Algo sabrás, digo yo —dice Juanca.

—No sé qué debo hacer. Romina tiene que saber más que yo, porque al menos ha parido.

—¿Queréis dejar de discutir? —grita Marisa—. Os digo que este viene ya.

—Vale, Alberto, trae unas toallas limpias —mi hermana parece entender cómo está la situación y toma las riendas—, ¿dónde quieres que te llevemos? ¿A mi habitación? ¿Quieres que llenemos la bañera con agua caliente? Dime, ¿qué quieres que hagamos?

—Llebadme a la bañera.

—Ya la has oído —dice Romina a Alberto, que tiene unas toallas en la mano.

Mi cuñado sale corriendo hacia la escalera.

—¡Oh, dios mío, vamos a ser padres! —grita Juanca.

—Sí, cariño, esto ya está aquí —Marisa suelta un quejido al notar una nueva contracción.

Juanca la toma en brazos y la lleva hasta el cuarto de baño de arriba.

—Y tú, Pablo, ya puedes llamar por teléfono a algún compañero tuyo para que te guíe —le ordena mi hermana—. Hoy vamos a asistir nuestro primer parto.

Pablo está alucinando con la situación, pero saca su *smartphone* del bolsillo del pantalón, busca en su agenda y sigue los pasos de Juanca y Marisa. Enseguida localiza a un compañero y le explica lo que pasa.

—Tita, ¿qué pasa? —Violeta me tira de la camisa cuando estamos subiendo.

—Pasa que Marisa va a tener un bebé.

—¿Un bebé? ¿Como los gatitos?

Pienso en explicarle cómo, pero hay ciertas cosas que es mejor vivirlas en primera fila.

—Ven. Vamos.

Violeta y yo somos las últimas en llegar al cuarto de baño.

Juanca está ayudando a Marisa a desvestirse, al tiempo que la bañera se llena de agua caliente. Sandra le está masajeando los riñones, como le ha pedido Juanca.

—¿Cada cuánto tiempo son las contracciones? —quiere saber Pablo al tiempo que se lava las manos en el lavabo. Tiene el móvil apoyado en un hombro.

—Menos de un minuto —responde Marisa con la cara contraída de dolor.

Juanca sustituye a Sandra y comienza a masajear la espalda de su mujer. Al menos parece que le alivian algo el dolor.

—Cuando sientas que te va a venir la contracción tienes que inspirar y expirar muy lentamente cuando te llegue —le dice Pablo, que se ha colocado a su lado y le ha pedido a Sandra que le sostenga el teléfono. Ha puesto el altavoz para hablar con su amigo.

Marisa siente una nueva contracción y hace todo lo que le pide Pablo.

—Cariño —le pide Juanca—, lo estás haciendo muy bien. Nuestro bebé está ya aquí.

—David, esto va muy deprisa. Veo la cabeza —dice Pablo.

—Marisa —dice la voz que está al otro lado del móvil—, en la próxima contracción tienes que empujar lo más fuerte que puedas mientras expulsas el aire. Pablo, como te he explicado, comprueba que el cordón no lleva vueltas al cuello. De ti depende que esto sea rápido.

Pablo espera a que llegue la siguiente contracción.

—Aprieta fuerte —dice Pablo.

Marisa suelta un grito al tiempo que empuja. Ya ha salido la cabeza. Pablo observa que todo está correcto.

—El niño viene sin vueltas —dice Pablo.

—En la siguiente contracción tienes que volver a empujar un poco más fuerte —le pide la voz del teléfono—. En unos veinte segundos la notarás. Marisa, esto es pan comido, ya lo tienes aquí.

—Sí, Marisa, lo estás haciendo genial —suelta Pablo—. Venga, un último empujón y podrás abrazar a tu hijo.

Marisa suelta otro grito de dolor y, como ha dicho el amigo de Pablo, el niño sale por completo. Juanca le está sujetando la mano a su mujer y se pone a llorar cuando Pablo coge al pequeño entre sus brazos para ponerlo en el pecho de Marisa.

—¡Mi hijo! —grita Marisa tan emocionada como su marido—. ¡Mi hijo!

Ella llora y ríe al mismo tiempo.

—Es nuestro hijo —Juanca no deja de darle besos a Marisa y de acariciar a su hijo.

—Dios, lo has hecho, Marisa —dice Pablo—. Y lo has hecho muy bien.

David, la voz que hay al otro lado del teléfono, sigue hablando con Pablo e indicándole que aún no ha terminado. Tiene que cortar el cordón y dejar que salga entera la placenta.

Después de que el niño suelte su primer llanto, nos miramos unos a otros emocionados.

Marisa lo acuna con delicadeza y le suelta al oído:

—No pasa nada, mi vida, ya estás con mamá.

Después de un rato, nos vamos pasando el bebé de brazo en brazo. No es mío, pero me puedo imaginar cómo es de grande el amor que siente Marisa hacia él. De mi regazo pasa de nuevo al de su madre. Marisa lo mira con adoración, con esa clase de amor incondicional que yo aún no he podido sentir. Noto un nudo en la garganta y me giro cuando noto que unas lágrimas corren por mis mejillas. Entonces los recuerdos me asaltan por lo que pudo ser y no fue.

Capítulo 15

Durante más de una semana, la lluvia cayó sin dar un respiro a la ciudad. Pasados los dos primeros días de encierro involuntario, Bernat se paseaba nervioso por toda la casa porque aquel retraso podría significar pérdidas importantes. Se sentía como un gato encerrado y había dado muestras de estar irascible con los criados. Isabel lo encontró una tarde discutiendo con el cochero porque uno de los caballos se había escapado de las cuadras. Desde que lo conocía, Isabel nunca lo había visto tan inquieto. Sin embargo, a pesar del nerviosismo que se respiraba en la casa, nunca había tenido una mala palabra para Isabel. A ella siempre la trataba con el mismo cariño que cuando le dio el sí quiero. Lo único bueno de todos aquellos días encerrados en casa era que Carmen se había recuperado, y aunque aún estaba un poco débil, empezó a atender a Isabel transcurrida la primera semana, como siempre había hecho desde que había nacido.

En aquel tiempo ni Isabel ni Bernat comentaron la conversación que habían tenido en el saloncito donde desayunaron con Biel. Bernat dio por hecho que ella había entendido qué había querido decirle. Ambos eran esclavos de sus secretos y cada uno guardaba los del otro.

Aunque se había mostrado un poco esquivo durante los primeros días de matrimonio con ella, tras mantener la charla en aquel saloncito, Bernat había acudido casi todas las noches al lecho de Isabel, después de respetar la carne en los días de cuaresma. Como había sucedido desde el inicio de su relación, no había pasión entre ellos, no se miraban a los ojos, ni había habido caricias y tampoco se murmuraban palabras que les hiciera perder la cabeza. Cuando él derramaba los humores de la vida en ella, se marchaba, dejando el otro lado del lecho tan frío como los besos que se prodigaban. Bernat jamás le pidió que fuera más solícita ni que le diera el placer que él no era capaz de proporcionarle a ella. Aquellos encuentros fugaces estaban faltos de amor. Cuando él se marchaba, le pesaba como una losa la frase que le dijo Bernat: «Ojalá fuera todo más fácil».

En todas aquellas noches, Isabel agradecía que Bernat acabara pronto

porque Biel nunca había dejado de acudir a sus encuentros en sueños. Seguía sin reconocer el lugar y le costaba admitir que ella era la misma Isabel que veía todas las noches cuando se abandonaba en los brazos de Biel. Aquella era mucho más descarada y se atrevía a hacer cosas con él que solo debían hacer las meretrices. Aun así, no le importaba que los sueños le mostraran una mujer que no tenía miedo a decir lo que pensaba ni a comportarse como lo hacía con Biel.

Por fortuna, los planes de Bernat no habían salido tan mal como se temió en un principio, porque pudo enviar dos jabeques a Valencia con el marido de Margalida. Otros tres que formaban parte de su flota, estuvieron listos para partir en el primer día de mayo, un mes y pico después de la primera tormenta. En vez de salir hacia Valencia irían hacia el norte, hacia Marsella y desde allí comerciarían con vinos, telas llegadas de Holanda, los primeros espejos que llegaban de Venecia y jabones de la Provenza, muy apreciados entre las mujeres españolas. Isabel quiso acompañarlo hasta el puerto en su carruaje.

—No es necesario que me acompañes —dijo cuando Isabel llegó hasta la puerta—. Esta mañana estás pálida.

—Solo tengo el estómago un poco revuelto.

—Todas las mañanas te levantas vomitando.

—No son todas las mañanas. Solo ha sido ayer y hoy. A media mañana se me pasa.

Carmen oía la conversación con una sonrisa en los labios. Si sus cuentas no le fallaban, lo que tanto había pedido estaba a punto de cumplirse. Para cuando regresara Bernat, Isabel tendría la segunda falta.

—Insisto, deberías descansar.

—No —Isabel negó varias veces.

No atendió a la petición de Bernat y fue la primera en subirse al carruaje.

—De nada me serviría una esposa enferma. Te quiero bien dispuesta para mi regreso. Tenemos que planear nuestro viaje a Inglaterra.

—¡Jesús! ¿A Inglaterra? ¿Qué se os ha perdido allí? —quiso saber la nodriza.

Isabel hizo oídos sordos a la réplica de la nodriza. Esos asuntos no le incumbían a ella. Si por Carmen fuera, estaría todo el día bordando en casa. Como si eso fuera interesante.

—No voy a quedarme encerrada en casa, y más por un simple dolor de

estómago. No soy una buena paciente.

—Lo que eres es una mujer muy testaruda —la reprendió Bernat con una sonrisa en los labios, y siguió a Isabel hasta el carruaje.

—¿Cuándo me llevarás a Inglaterra?

—Muy pronto, querida, muy pronto. La mejor época para ir es en verano. Te aseguro que en la campiña inglesa encontrarás la paz para cumplir uno de tus sueños.

Isabel se cubrió la boca con la palma porque él no había olvidado una conversación que mantuvieron al principio de su matrimonio, en la que ella le comentaba lo mucho que le gustaría ser novelista. Bernat le habló del lugar idóneo para hacerlo.

—¿Te has acordado?

Bernat asintió con la cabeza. Cruzó las piernas y apoyó una mano sobre una rodilla.

—Somos dueños de una casa de campo. Esta misma semana he firmado las escrituras.

—¿Por qué le llenáis la cabeza de pájaros a mi señora? ¿No me digáis que os la lleváis a vivir a otro país? ¡Jesús! —Se santiguó—. ¡Pero qué insensatez más grande!

—Bernat me prometió en su día que visitaríamos los teatros de la ciudad. —Calló deliberadamente el por qué Bernat había comprado aquella casa inglesa.

—Tenéis cosas mucho más importantes que hacer en Ciutat.

—¿Cosas como qué? ¿Bordar, tocar mi *viola da gamba*, acudir a misa todos los días? Eso también lo puedo hacer allí. —La nodriza se santiguó—. Yo quiero viajar, quiero conocer mundo.

—Muy pronto tendréis otras obligaciones. Solo es cuestión de tiempo. ¿Por qué no os vais a Valldemosa o a Sóller? No saldríais de la isla ni correríais ningún peligro.

Isabel bajó la cabeza al recordar dónde estaba Biel. Se preguntó si ya habría regresado.

—Porque no es lo mismo —replicó Isabel.

Bernat se mantenía en un segundo plano y de vez en cuando giraba la cabeza hacia el otro lado para no terminar soltando una carcajada. Le gustaba ver cómo Isabel sacaba a relucir su genio.

—Podéis decir lo que queráis, pero a mí no me vais a llevar a otra isla

donde no se me ha perdido nada —repuso Carmen cruzándose de brazos—. Vuestro deber es quedaros aquí, atendiendo a vuestras obligaciones.

—¿Me estás queriendo decir algo?

Bernat soltó una carcajada cuando Carmen se encogió de hombros, entonces le guiñó un ojo.

—Estás de lo más misteriosa. Ya tendré tiempo de hacer esas cosas que dices. —Isabel se giró hacia la ventanilla.

—¿No crees que te estás tomando muchas libertades con mi esposa?

—*Vossa mercè*, lo lamento —Carmen soltó un gemido y bajó la cabeza—, solo era una opinión, aunque ya sabéis que soy una ignorante y mis palabras no tienen valor.

A medida que se acercaban a Porto Pi, el olor a salitre, mezclado con la pestilencia de los obradores de los cordeleros, iba inundando sus fosas nasales. De súbito, Isabel empezó a notar cómo un fluido subía por su garganta. Se tapó la boca con un pañuelo e hizo un gesto porque necesitaba salir. Bernat dio orden al cochero para que parara el carruaje.

—Te dije que estabas pálida —dijo Bernat colocándose a su lado y sosteniéndole el cabello para que no se lo manchara—. Tendrías que haberte quedado en casa, como te sugerí.

—No es nada. Ya se me ha pasado —respondió tomando de una jarra un sorbo de agua con limón que Carmen había preparado. Era lo único que le aliviaba ese ardor que sentía en el estómago desde hacía dos días.

—¿Estás segura? Podemos regresar. Hoy hace buena mar y nada retrasará nuestra salida.

Isabel negó con la cabeza.

—No, ya te he dicho que quiero acompañarte.

Isabel montó de nuevo en el carruaje y sacó la cabeza por la ventanilla. Un grupo de mujeres lavaba la ropa en el arrabal de Santa Catalina, al tiempo que otras remendaban velas y cosían artes de pesca. Cantaban canciones subidas de tono, y ella sintió cómo sus mejillas enrojecían. Carmen se apresuró a tirar de su brazo.

—¡Jesús! ¿Pero se puede saber qué están cantando esas mujeres? Meted el cuerpo dentro antes de que alguien os vea escuchando estos desatinos.

—Soy una mujer casada.

—Sí, pero también sois una mujer respetable.

Cuando llegaron a Porto Pi, dos carros tirados por mulas estaban

mercancías en uno de los jabeques de Bernat. Unas gaviotas sobrevolaban las naves que había fondeadas en el puerto y otras picoteaban sobre un montón de pescado podrido.

—Es la primera vez que veo el puerto de Ciutat —comentó Isabel al llegar, aguantando la emoción.

El carruaje se había detenido delante del jabeque más grande, de los tres que partirían hacia Marsella.

—Te prometo que cuando regrese cumpliré mi promesa. —Bernat le dio un beso casto en la mejilla—. Te llevaré a Inglaterra y a Madrid para que veas una obra de teatro.

Carmen negó con la cabeza, pero no sería ella quien rompiera el momento romántico de la pareja. Ya tendría tiempo para decirle a Isabel que estaba encinta.

—Prométeme que te cuidarás. —Bernat le dio un último beso en la mano.

—Claro que se va a cuidar, *vossa mercè*. Ya me encargaré de que coma bien y de que esté en perfecto estado para cuando regreséis.

—No te olvides de traerme un ejemplar de *El mercader de Venecia* —dijo Isabel.

Bernat asintió.

—Muy pronto comprobaréis que Portia es un personaje fascinante.

—Venga, esposo, no te quiero entretener mucho más —echó un vistazo al sol, que ya estaba muy alto en el cielo—. Ya es la hora de partir.

Bernat subió por una pasarela de madera y desde arriba le hizo un guiño a Isabel para que se marchara.

—Quiero ver cómo parten vuestros jabeques —le gritó desde abajo.

—Aún podemos tardar una hora —respondió con un gesto de la mano al saludo de su esposa—. Necesitas descansar. Aún estás pálida.

—No me importa esperar.

Como había dicho Bernat, las maniobras para salir del puerto se demoraron más de una hora. Los marineros soltaban unos cabos y amarraban otros. Hasta que la proa de los jabeques enfiló mar adentro, Isabel y Carmen se mantuvieron de pie. Ya desde el carruaje, vieron cómo, poco a poco, las tres naves se fueron perdiendo en el horizonte. Las gaviotas acompañaron a los barcos durante un buen rato. Isabel sintió que en un día no muy lejano ella también se subiría a un jabeque y cumpliría al fin su sueño de viajar.

Como había pasado en la marcha de ida, en la de vuelta, Isabel tuvo que

detener el carruaje para vomitar. Aspiró el pañuelo de hilo perfumado con agua de azahar para que se le pasaran los mareos. Ni siquiera tomando un vaso de agua con limón logró calmar los espasmos de su estómago.

—Será mejor que descanséis un poco antes de que la comida esté preparada.

—¿Qué ha pensado hacer de comer, Roser?

—Frito, como le gusta a *vossa mercè*.

Isabel sintió una arcada cuando recordó el sabor del hígado.

—¿Ya no os gusta? ¿Acaso no os apetece?

—No sé qué me pasa, pero es pensar en el hígado y tener ganas de vomitar.

—No os preocupéis. Ahora mismo le digo a Roser que os prepare otra cosa.

Carmen la acompañó hasta su alcoba para que se tumbara en la cama. Isabel tenía que reconocer que tenía mucho sueño y solo encontraba algo de alivio cuando estaba acostada a oscuras y con las ventanas abiertas. A su lado, se acomodó Cupido, que chupó las manos de su ama con la ternura que necesitaba ella en esos momentos. En cuanto su cabeza tocó la almohada, el sueño acudió a ella. Como tantas veces que había caído en los brazos de Morfeo, deseó que él acudiera a su encuentro. Esperó con paciencia en aquel lecho que compartía con Biel, mas él no apareció como ella había deseado. Recorrió la alcoba, miró debajo de la cama, salió al balcón, fue hasta la otra habitación, donde había una bañera extraña, y lo llamó a gritos. Sin embargo, era la primera vez que él faltaba a su cita. Un grito desgarrador surgió de su garganta cuando abrió los ojos. Se levantó bañada en sudor y con el corazón a punto de salirse por la boca. Se sintió triste por encontrarse tan desamparada, por no encontrar consuelo en unos brazos que quería más que a su vida. Fue hasta la ventana para que el aire refrescara un poco la piel de sus mejillas empapadas en lágrimas.

Carmen entró en la alcoba.

—¡Jesús! ¿Qué os sucede, *vossa mercè*? Os he escuchado gritar.

Isabel se limpió las lágrimas con el dorso de una mano.

—¿Estáis llorando? —Carmen la acunó con cariño, como si fuera la hija que nunca tendría—. ¡Ay, ángel mío! ¿Lo echáis de menos?

Isabel asintió con la cabeza. Sin embargo, ¿cómo decirle que no era por su esposo sino por Biel por quien lloraba? Por Bernat sentía mucho cariño, pero como ya le había dicho, aquello no se podía llamar amor.

—No he visto mujer más enamorada que *vossa mercè*. Y vuestro esposo, no hay más que ver cómo os adora. Tenéis suerte de estar casada con él.

En algo tenía que darle la razón a Carmen, mejor estar casada con Bernat que con alguien que no la tratara como él. Aunque no había pasión entre ellos, había encontrado en Bernat una complicidad muy parecida a la que podría tener cualquier matrimonio.

—¿Y si no regresa? —se preguntó más para sí misma que para su nodriza—. ¿Y si ya nunca quiere volver a mi lado?

Carmen la llevó de nuevo hasta el lecho.

—No debéis temer por vuestro esposo —hizo que se acostara y le colocó una almohada debajo de los pies, como había hecho Biel cuando Isabel se desmayó en el día de sus bodas—; en cuanto os queráis dar cuenta Bernat estará de nuevo en casa.

Encima de la mesilla que había al lado del lecho había una jarra con agua y limón, que Carmen había dejado cuando Isabel se había quedado dormida. Sirvió un vaso y se lo ofreció.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —quiso saber después de mojarse los labios.

—Porque os ama. —Se sentó junto a ella en el borde del lecho—. Lo veo en su mirada y en la de *vossa mercè*. Tiene un motivo para regresar a vuestros brazos.

—Tienes que pensar que soy muy tonta por llorar sin motivo.

No le gustaba mostrarse tan vulnerable.

—No, no sois tonta, sois una mujer enamorada y entiendo que echéis de menos a vuestro esposo. —Se levantó de la cama—. Le diré a Maribel que os traiga la comida aquí.

Isabel negó con la cabeza.

—No, comeré abajo. Solo ha sido un mal sueño.

No quiso darle más vueltas al hecho de que él no apareciera. Se convenció de que tal vez se debiera a que nunca se habían encontrado a una hora tan temprana.

—Si coméis abajo tenéis que prometerme que después descansaréis un rato.

Isabel soltó un bufido de impaciencia.

—Ya veremos qué hago después. No quiero pasarme el día en la cama por tener el estómago revuelto.

Isabel no quiso descansar después de comer. Durante horas ocupó su tiempo en bordar, tocar la *viola da gamba* y rezar un rosario junto a Carmen. Quería llegar a la cama demasiado cansada para no demorarse en su encuentro con Biel. Cuando las campanas de Santo Domingo tocaron Vísperas se tumbó en el lecho. No obstante, a pesar de lo cansada que estaba, no pudo dormirse. Empezó a impacientarse cuando el sueño no acudía a ella. Después de dar vueltas por el lecho, se incorporó y se sumergió en una de las novelas de María de Zayas. No supo en qué momento se quedó dormida con el libro en las manos. Volvió a encontrarse en aquella alcoba que tan bien conocía. Esperó a que Biel acudiera a su encuentro.

A aquella primera noche en que Biel no acudió, le sucedieron muchas más. Isabel estaba perpleja y no entendía nada de lo que le estaba pasando. Se negaba a pensar que él se hubiera olvidado de ella, como también se negaba a imaginar que a Biel le hubiera pasado algo. Durante esos días, Isabel iba como un alma en pena por la casa y lloraba por cualquier motivo. Sentía una opresión en el pecho, apenas respiraba más que lo que necesitaba para vivir y un vacío se iba agrandando cada vez que Carmen acudía a despertarla todas las mañanas.

Una mañana, después de acudir a misa, sintió la necesidad de despejar su mente. Salió del Convento de Santa Clara con la intención de pensar un rato mirando hacia el mar. Bajó por la calle que daba a la *Portella*, donde había un pequeño muelle y se descargaba la piedra para construir los edificios de la ciudad. A medida que iba bajando por la calle, se quedó mirando unas gaviotas que sobrevolaban el cielo. Pasó el arco hasta llegar a la muralla que cercaba la ciudad y que la separaba del mar.

—Lleváis unos días triste, desde que se fue vuestro esposo.

Ella se limitó a asentir con la cabeza.

—Vuestro esposo volverá.

—¿Por qué noto esta opresión en el pecho? —se preguntó mirando hacia el mar, aunque no era ese en el que deseaba perderse.

—Si no supiera que estáis tan enamorada de vuestro esposo, diría que sufrís mal de amores.

Isabel tragó saliva. Elevó la vista y admiró en el arco la cubierta de crucería y la clave de bóveda con las barras de la Corona de Aragón.

—Solo quiero que regrese. Me siento tan sola.

Carmen hizo que Isabel apoyara la cabeza sobre su hombro.

—Creedme, ahora ya no estáis sola. Tenéis un motivo para estar alegre.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque estáis encinta. Ahora tenéis una razón por la que abandonar esa tristeza que os consume.

Isabel parpadeó intentando no derramar unas lágrimas que amenazaban con empapar sus mejillas.

—¿Encinta?

—Sí, desde que vuestro esposo se marchó, habéis dado muestra de que estáis esperando a vuestro primer hijo.

Isabel se giró hacia su nodriza.

—¿Estoy encinta? —se preguntó sin terminar de creerse lo que le decía su nodriza—. Si aún soy muy joven.

—Sois una mujer casada y esto es lo que se espera de *vossa mercè*.

Isabel negó con la cabeza. Sí, era cierto que se esperaba que tuviera un hijo. Para eso se había emparentado con la familia de Bernat, pero ella deseaba conocer algo de mundo antes de tener descendencia. No es que no lo deseara, no era eso, es que acababa de cumplir dieciséis años y aún le quedaba muchas cosas por conocer. El labio empezó a temblarle y de repente le falló la respiración. Se sentó en la muralla para no caer redonda al suelo.

—Os habéis quedado pálida.

—Quiero regresar a casa —musitó Isabel.

A medio camino de la calle por la que subían, Isabel se detuvo unos instantes y cayó de rodillas al suelo. Se llevó una mano al estómago y sufrió un espasmo que la dobló por la mitad.

—¿Qué os pasa?

—No lo sé. No quiero perder a este bebé —recordó cómo Margalida había perdido dos niños y que a su madre también le había costado tener hijos.

Carmen la agarró de las axilas, le colocó una mano en la cadera para repartir el peso y cargó con ella hasta llegar al patio de la casa. Desde la puerta, llamó a alguien para que atendiera a la señora. Un criado la tomó entre sus brazos y la subió hasta su alcoba.

—He enviado a Antoni para que vaya a buscar al médico —dijo Carmen cerrando las ventanas para que descansara.

Isabel no se atrevió a preguntarle si habían avisado a Biel. Rezó para que así fuera. Cerró los párpados cuando el cansancio la venció. Volvía a encontrarse en aquella alcoba, pero la sintió más vacía que nunca. No quiso

llorar, no antes de saber por qué Biel no se presentaba en sus sueños.

Una mano rozó su frente. Isabel notó que se le erizaba el vello de la nuca. Ni siquiera tuvo que abrir los párpados para saber de quién era la caricia, para saber que él estaba junto a ella. Abrió los ojos y se encontró con ese mar por el que deseaba navegar hasta que los días se acabaran. Biel esbozó una sonrisa lenta e Isabel pensó que nunca lo había visto tan guapo como hasta ese momento. En su mirada se adivinaba un tormento que ella quiso aliviar con una caricia.

—Estamos a solas. Vuestra nodriza ha salido un momento a por una infusión de manzanilla que le he pedido.

—Te has hecho de rogar —dijo con hilo de voz—. Te lo aseguro, no quería que fuera en estas condiciones.

—No habléis ahora. Habéis tenido un susto.

—¿He perdido el bebé?

—No, sigue latiendo en vuestro vientre.

Isabel soltó un suspiro.

—Os he esperado estas noches.

Biel giró la cabeza. Isabel buscó su mano y entrelazó sus dedos a los de él.

—¿Por qué, por qué no has acudido? ¿Ya no me amas?

—¿Por qué me hacéis esa pregunta cuando vos sabéis cuál es la respuesta?

—Tomó aire a bocanadas, como si le costara respirar—. ¿Qué puedo daros yo, Isabel? No, no me respondáis. No puedo ofreceros nada. Estáis esperando un hijo de vuestro esposo. Yo solo tengo las migajas.

—¿Eso es lo que te parece nuestro amor, migajas?

—¿Lo que tenemos, dices? Lo que tenemos no es real.

—No lo entiendo, ¿me estás diciendo que entre tú y yo no hay nada?

—No hay un nosotros. —Se levantó del lecho—. ¿Aún no lo entendéis? No hay un futuro entre nosotros.

—El futuro es que el tú y yo queremos. No sé si estás confuso, porque te aseguro que yo no lo estoy.

—No, os aseguro que no estoy confuso. Lo nuestro no es real. Yo no puedo estar con vos cuando os sentís triste, ni os puedo coger de las manos cuando me necesitáis, y no puedo hacerlo porque lo que tenemos no es real. —A medida que Biel iba diciendo estas palabras, Isabel advirtió cómo sus ojos se inundaban de dolor. El azul de su mirada pasó a ser un gris plomizo.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que no puedo olvidar esto que siento en mi

pecho? Yo no he elegido amarte, Biel. Ha sucedido. Un día te colaste en mi vida y ya no he podido dejar que te marches. Si tuviera opción, tampoco lo cambiaría por nada.

Biel se dio media vuelta.

—No quiero sentirlos como lo hago, Isabel, y sin embargo, solo puedo respirar por vos. —Aunque Isabel no podía verle la cara, observó que sus palabras estaban teñidas de ira. Aun así, era como si no acabara de creerse lo que estaba diciendo—. Porque lo peor no es no poder amaros todas las noches como lo hacemos, lo peor es no poder estar a vuestro lado cuando nos alcanza el alba. No os imagináis cómo es esta sensación que me desgarrá por dentro, saber que esto que siento por vos es una condena, lo vacío que me encuentro cada noche cuando me separo de vuestros brazos.

—No, lo peor no es saber que nos amamos, lo peor es saberlo y no poder hacerlo. Si piensas que yo lo llevo mejor, estás muy equivocado.

—Os debéis a vuestro esposo.

—¿Bernat? Ni yo puedo darle lo que él desea ni él puede complacerme.

A pesar de la revelación de Isabel, él se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Esto tiene que terminar —musitó Biel, tragando saliva y apartando la mirada de ella.

—Dímelo a la cara.

Él no respondió.

Isabel sintió que el corazón se le paraba y que la sangre se le helaba en las venas. No podía estar hablando en serio, y más cuando contaban los segundos para amarse, y cuando se respiraban el uno en el otro.

—Maldita condena, la nuestra —soltó Isabel con rabia cuando sintió que él hablaba en serio—. Si es lo que deseas, márchate, márchate y convéncete de que no nos amamos.

Él negó con la cabeza.

—No, jamás podré decir que no os amo, porque no es cierto.

Ella se mojó los labios porque encontró que los tenía muy secos. Se miraron una última vez. En los ojos de Biel vio un mar embravecido, pero por una vez no quiso sumergirse en ellos.

—Está bien, vete y no regreses nunca, si no deseas estar conmigo. Cuando salgas dile a mi nodriza que deseo estar sola. No quiero que nadie me moleste. —Tragó saliva—. Adiós, Biel —dijo dándose media vuelta para no

ver cómo se cerraba la puerta.

Capítulo 16

Aún estoy impresionada, y a la vez agradecida, por todo lo que hemos vivido en casa de mi hermana. Es un momento que jamás podré olvidar en toda mi vida. Ha sido un parto muy rápido, ya que desde que Marisa se ha metido en la bañera hasta que ha nacido su hijo no han pasado ni diez minutos. Tengo los sentimientos a flor de piel y apenas he podido probar bocado una vez que la ambulancia se la ha llevado al hospital. Se la veía tan radiante que su felicidad ha borrado todo el cansancio que llevaba acumulado. El final feliz de este nacimiento es que mañana podrá estar en casa.

Aunque Pablo ha querido acompañarme a casa, he preferido que se marchara con Lucía. Está claro que tienen muchas cosas que aclarar y yo no quiero tener nada que ver con él. Del grupo de amigas de mi hermana, Lucía siempre ha sido la más ilusa, pero no me imaginaba que se inventara una relación con alguien y lo presentara como si fuera su novio. Aun así, la puedo entender, porque momentos de debilidad los tenemos todos. La soledad pesa mucho, y más cuando todos tus amigos tienen parejas y tú te has quedado colgada y no quieres ser la rara o cuando lo único que quieres es que alguien te quiera.

Una vez que llego a casa, y después de que Eros me reciba tirándose sobre mí y de que me deje abrazarme a él, voy directa al armario donde guardo la Nutella y la caja de las galletas María dorada. Calculo que he comido más de un paquete. Al menos esto calma en algo la desazón que me consume por dentro.

Saco a Eros a pasear un rato y cuando regreso me tumbo un rato en el sofá y veo un capítulo de Daredevil, una serie que me gusta mucho. Puede que tenga mucho que ver el actor que lo interpreta, Charlie Cox, que me vuelva loca. Me gustan las series y las películas de superhéroes, una afición que compartía con mi hermana cuando éramos pequeñas y nos vestíamos en Halloween. Como yo odiaba vestirme de chica y adoraba a Batman, mi abuela me hizo un traje de mi superhéroe favorito. A mi hermana se lo hizo de

Wonder Woman. A esta pasión se nos unió después Carmen, que era muy fan de Superman.

Aunque no tengo sueño, me acuesto y no puedo evitar dar vueltas en la cama. Paso más de media noche recordando todo lo que dejé atrás, todos los sueños que no se cumplieron cuando me vine a vivir con Salva. Me duele darme cuenta de que, aunque ya no pueda hacer nada para cambiar el pasado, sigo aferrada a él. No sé si echo de menos esa sensación del uno en el otro cuando hacíamos el amor o tal vez sea que esta noche, más que nunca, echo de menos estar con alguien. En un pasado lloré por todos los besos que quise dar, por esos labios que me moría por saborear, por esos abrazos perdidos que no llegaban al caer el día, por esos «te quiero» que se llevó el aire en los últimos meses que pasamos juntos, pero hace ya un tiempo que las lágrimas me dejaron vacía.

Todo empezó a desmoronarse porque yo me moría por tener ese hijo que siempre soñamos cuando éramos novios. De hecho este fue uno de los motivos por el que nos casamos, pero cuando ya fue un hecho y me quedé embarazada, Salva cambió de idea con la excusa de que aún éramos jóvenes, de que todavía había muchas cosas pendientes, pero sobre todo porque tenía mucho por vivir y porque quería espacio. En sus planes no entraba un mocoso que le cortara el rollo y todos los viajes que teníamos programados.

No sé por qué, pero me dejé convencer por él de que era buena idea que yo abortara. Un día llamó por teléfono y pidió una cita en una clínica para la intervención. Solo tenía que alegar que no estaba preparada y que mi salud mental corría peligro.

—Es fácil —me dijo.

Sin embargo, yo sentía que no lo iba a ser.

—Eso lo sabes porque lo has hecho muchas veces, ¿verdad? —le pregunté con sarcasmo.

Salva se limitó a girar la cabeza y cambiar de tema.

Entré en el quirófano con un sabor amargo en la boca, me tumbé en el potro, me pusieron un gotero y cerré los ojos. La música era suave, pero yo solo escuchaba el sonido de los latidos de mi corazón batiendo a mil por hora. Estaba muy nerviosa, porque algo dentro de mí me decía que no era aquello lo que deseaba, que me estaba traicionando a mí misma.

—Natalia, no le está haciendo efecto el tranquilizante —dijo la médico que me atendía a la enfermera—. No está dilatando. Igual va a tener que venir

otro día...

—¿Qué? —pregunté abriendo de nuevo los ojos.

Estaba muerta de miedo.

—No estás dilatando.

—¿Y eso qué significa?

—Que si no dilatas no podemos intervenir.

Negué con la cabeza, y entonces no me lo pensé de nuevo. Me levanté como impulsada por un resorte. Puede que fuera una señal el que no dilatara, pero tenía claro que no me iba a quedar. Yo quería tener ese bebé y quería ser madre por encima de los deseos de Salva. Estaba preparada para asumir esta nueva etapa en mi vida con o sin su ayuda.

—No, Isabella, te tienes que recostar. Vamos a ponerte una dosis más fuerte. Ya verás cómo enseguida te olvidas de dónde estás. No puedes levantarte.

—Claro que puedo. Yo no quería hacer esto. Era una idea de mi marido. ¿Y sabe lo que te digo? Que se joda él, no voy a hacerlo.

No les di opción a que replicaran. Me quité el gotero, y aunque me encontraba algo aturdida por la medicación que me habían puesto, me marché de aquella sala. Cuando Salva me vio aparecer solo me preguntó:

—¿Ya está? —Estaba asombrado—. Ha sido muy rápido. Te dije que era muy fácil.

Negué con la cabeza y repliqué:

—No he podido hacerlo.

En cuanto llegamos a casa, las paredes se vistieron de resentimientos, de miedo y de odio. Día a día nuestros silencios, más los de Salva que los míos, nos hacían mucho más daño que todos los reproches que nos pudiésemos decir. Las miradas se hicieron insufribles. Nos convertimos en dos extraños viviendo bajo el mismo techo. Nos evitábamos a la hora de comer y estuvimos más de dos meses sin acostarnos juntos. Yo le suplicaba con la mirada, cuando las palabras ya no salían de mi boca, que no me dejara sola en nuestra habitación. Nuestro hogar ya no se podía considerar como tal. Era como si él estuviera habitando un cuerpo que no fuera el suyo. No reconocía al Salva del que un día me enamoré.

Podríamos haber vivido así mucho más tiempo en ese punto muerto que había caído nuestra relación, incluso estuve a punto de pedirle que nos separásemos y que yo me haría cargo de nuestro hijo sola. Pero un viernes

llegó a casa diferente. Fue al inicio de mi tercer mes de embarazo, cuando nos dimos un respiro durante un fin de semana y pasamos uno de los mejores momentos que recuerdo. Yo pensé que habíamos solucionado nuestras diferencias. Sin embargo, aquello fue una tregua porque Salva me dijo el domingo por la noche que se marchaba por un mes y que ya hablaríamos a la vuelta. Fue una aventura que surgió de pronto, era una necesidad vital para su carrera como periodista y fotógrafo que no quiso rechazar. No discutí conmigo los pros y los contras de los peligros que implicaba ir a un país como Sudán. De un día para otro ya tenía hecha la maleta, convencido de que al fin había llegado esa oportunidad que siempre había deseado. Por mi parte, estaba tan cabreada con él que ni siquiera fui a despedirle al aeropuerto.

Ya no lo volví a ver nunca más. Jamás podré olvidar sus ojos vacíos cuando cerró la puerta de casa. Esa mirada marcada por el cansancio por una relación que ya no daba más de sí se me ha clavado muy adentro. Dos días después sufrí un aborto. Tuve la mala fortuna de tener un embarazo ectópico que me reventó una trompa de Falopio. Una mañana empecé a sangrar mucho y el dolor fue tan intenso que perdí el conocimiento. Fue una suerte que estuviera en casa de mi hermana, porque enseguida me llevaron al hospital y eso fue lo que me salvó la vida. Me tuvieron que hacer una transfusión por la pérdida de sangre. Ahora mis posibilidades de quedarme embarazada son menores que antes. No quise saber el sexo de mi bebé para no tener que ponerle un nombre.

Cuando regresé de nuevo a casa cuatro días después y abrí la puerta, lo odié tanto como cuando se fue, por dejarme sola, por mentirme horas antes de marcharse haciéndome sentir la mujer más feliz del mundo.

Suelto un bufido, hastiada, por dejar que esta noche me visiten los fantasmas. Mi abuela dice que si somos esclavos de nuestros recuerdos es porque hay algo en el pasado que tenemos que solucionar. Las puertas hay que cerrarlas bien y después tirar la llave al fondo del mar para que se pierda. Además de ser una abuela con mucho carácter, también es una mujer que le ha tocado vivir momentos muy duros. De vez en cuando suelta este tipo de frases, y yo solo puedo darle la razón. Es sabia por todo lo que ha tenido que lidiar. Va siendo hora de hacerle una visita y de comer con ella.

Mi habitación está en penumbras y observo las formas en la pared que hace la luz de las farolas. Me giro en la cama, hacia la ventana. Sé que aún no son las seis de la mañana porque la última vez que miré la hora en el móvil eran

las cuatro. Eros duerme a pierna suelta, nunca mejor dicho, y ronca a mi lado. Algunas noches dejo que se tumbe junto a mí en la cama, me lo suplica con la mirada y yo soy incapaz de negárselo. Aunque creo que lo más justo sería decir que él sabe cuándo lo necesito. Él tiene un sexto sentido más desarrollado que yo.

Me levanto cuando los recuerdos se hacen insoportables. Necesito correr y quitarme esta sensación de ahogo que siento desde que nació Joel, el hijo de Marisa y Juanca.

Eros suelta un ladrido porque parece haber escuchado mis pasos al salir de la habitación. Enseguida lo tengo pegado a mí, agitando la cola. Me gustaría poder contagiarme de su energía. Hoy es de esos días en los que pido un milagro, que algo sea diferente en mi vida.

Después de tomar unas galletas, un plátano y un té rojo, estoy lista para salir a la calle en menos de quince minutos. Empiezo a correr sin pensar en kilómetros, dejándome llevar y escuchando a Bely Basarte, acompañada por mi fiel Eros. Mi intención es llegar hasta el final de la avenida Pérez Galdós y desde ahí bajar hasta el cauce del río. Tomo uno de los puentes y me dirijo hacia el Palau de la Música. A medida que voy avanzando por el río, me siento una privilegiada por poder ver un nuevo amanecer.

A estas horas de la mañana me encuentro con algún ciclista y unos pocos corredores. Decido seguir corriendo hasta llegar a la Ciudad de las Artes y las Ciencias para subir hacia el centro comercial El Saler y llegar al bulevar sur. Cuando me estoy aproximando al puente que cruza las vías del tren no puedo evitar sonreír. Giro la cabeza hacia el otro lado por si Biel está corriendo. Sin embargo, el camino que me lleva a casa lo hago prácticamente sola. Apenas me he encontrado a gente por la calle.

Al llegar al parque de la Valvanera, dejo que Eros corree un rato libre mientras que yo hago unos estiramientos. Regreso con calma a casa y me tomo unos minutos para jugar con mi perro. Después subo a ducharme y decido tomarme el domingo con calma.

Como sé que mi abuela se levanta muy temprano, la llamo. Son las ocho y media. Después de tres tonos, una voz ronca y con personalidad me contesta.

—¡*Pronto!*—su acento es una mezcla de italiano e inglés.

—¡*Nonna!*—exclamo—. ¿Te he despertado?

—No, estoy chateando con Mario en la cama. ¿Qué es de tu vida, *bella*?

Mario es el último novio que tiene, con el que viaja cada dos meses junto

con otros jubilados y con el que sale a bailar todos los sábados.

—No ha cambiado en nada desde la última vez que nos vimos.

—¿Y si no ha cambiado nada para qué querías hablar conmigo?

Me encanta cuando no se anda con tonterías y va directa al grano.

—Está bien, *nonna*, quiero que nos veamos hoy e ir a comer a tu casa. ¿Puedo? Dime que sí. Necesito hablar contigo.

—*Figurati*, Isabella. —Me tranquiliza mi abuela. Su voz se vuelve más suave—. ¿Qué quieres que te haga de comer? Ayer me traje tu madre un poco de pasta fresca y pesto o prefieres que haga una *frittata di melanzane*. También tengo un plato de *melanzane alla parmigiana* en la nevera, que sé que te gusta mucho.

Si no la corto ya, presiento que se va a pasar toda la mañana cocinando. Como si la viera. Dice que últimamente estoy muy delgada. Sabe cómo me gustan las berenjenas que prepara ella.

—*Nonna*, cualquier cosa, si es solo una excusa para vernos. Yo como todo lo que me pongas en la mesa, pero no te molestes. Había pensado en que puedo comprar algo de comida y llevarla a tu casa.

—*Ma quello che dici*, Isabella! No vas a comprar comida teniendo a la *nonna* en casa. Tú *vieni* a casa y yo cocino *per tú*. La *nonna* sabe que *hai bisogno*.

Quiero decirle que es cierto, que ella sabe siempre lo que necesito.

—Está bien, *nonna*. No te enfades. Al menos deja que lleve algo de postre.

—*Porca miseria, bella!* ¿Qué te acabo de decir?

—Está bien, *nonna*, pero llevaré unos bombones.

—Que sean *da liquore*.

Dice colgándome y sin darme derecho a réplica. Suelto una carcajada. Me encanta mi abuela. Todo el mundo coincide en que físicamente soy igual que ella, salvo en el color del pelo. Por otra parte, ya me gustaría tener ese carácter que tiene. A veces parece más una italiana que una irlandesa. Puede que se deba a que haya vivido parte de su vida entre Nueva York y Boston rodeada de italianos y solo dos años en Irlanda. Cuando se murió el abuelo, hace más de quince años, se trasladó a Valencia para vivir cerca de mi padre, el último hijo que le queda vivo. Nosotros somos casi la única familia que tiene, además de dos nietos que viven en Nueva York.

Salgo sobre las doce la mañana de casa. Como hace tan buen día voy dando un paseo hasta la casa de mi abuela. Vive por la zona del Mestalla, casi

al lado de donde viven mis padres. De camino, paso por una pastelería para comprarle los bombones que tanto le gustan.

Los domingos por la mañana suelen poner un rastro por detrás del campo de fútbol del Valencia. A Salva y a mí nos gustaba dejarnos caer por aquí de vez en cuando buscando rarezas que la gente tira a la basura. También compramos algunas antigüedades, como una alacena que convertimos en una librería. A última hora de la mañana, algunos vendedores dejan tiradas muchas cosas de las que llevan, y en alguna ocasión hemos encontrado verdaderos objetos de museo.

Me doy un paseo por los puestos. Encuentro otra Nancy para añadir a mi colección de muñecas. No está en muy mal estado y tiene el pelo bastante bien para ser de los años setenta. En otro puesto encuentro una edición muy antigua de *Orgullo y prejuicio* que aún no tengo. Le falta la primera página, donde van los datos de la novela, pero no me importa, porque esto no afecta a la historia. Regateo con el vendedor y se la saco por tres euros en vez de por seis. Sigo caminando por el rastro. Desde donde estoy, algo llama mi atención y el corazón se me detiene por unos instantes. Alguien sostiene un cuadro con la primera fotografía que me hizo Salva en el cementerio de Valencia, junto a un ángel de piedra. Ya las daba por perdidas porque también vendió los negativos a aquel americano tan excéntrico. Me acerco con paso decidido.

—¡No me lo puedo creer! —murmuro sin dejar de mirar la fotografía.

Es una vuelta al pasado. Siento los ojos húmedos.

—Yo tampoco —responde el hombre que sostiene el marco en sus manos. Se da media vuelta, pero no puedo apartar la mirada de la foto—. ¿Debo empezar a dudar de que estos encuentros son puramente casuales?

—¿Qué? —Parpadeo, porque cuando me doy cuenta de quién es, levanto el mentón y mi mirada se cruza con la de Biel. Intento dominar el escozor que se ha instalado en mis ojos.

—Está claro que alguien quiere que nos veamos —me señala.

—¿Estás hablando de mí? Te equivocas si piensas eso.

—Si te soy sincero, no sé qué pensar. En dos días te he visto más veces que a los pacientes del hospital.

—Será mejor que lo dejemos.

—Cuando quieras. Deja de seguirme ya.

Contengo un suspiro. Hoy lo encuentro más guapo que nunca. Lleva una

camisa blanca, remangada hasta el codo, y unos pantalones vaqueros que le sientan de maravilla. Trago saliva y maldigo entre dientes porque parece que haya hecho algún tipo de pacto con el diablo para tener un cuerpo de infarto. Hasta este momento no me había percatado de lo mucho que me gustan su mandíbula cuadrada, sus ojos azules y su media melena. Aunque su aspecto es angelical, la barba de varios días le confiere una apariencia de niño malo. Tiene que estar acostumbrado a que las mujeres se giren cuando lo ven pasar.

—Quiero comprar esta foto —giro la cabeza hacia el vendedor y paso de contestarle al Biel—; ¿cuánto me pide por ella?

—Lo siento, señora, pero acabo de vendérsela al caballero.

No sé si me fastidia más que me haya llamado señora con solo treinta y tres años o que le haya vendido la fotografía a Biel. Él me ofrece una sonrisa divertida.

No dejo de mirar la fotografía, de cómo era mi aspecto cuando tenía diecinueve años. Es en blanco y negro, porque a Salva le gustaba jugar con las luces y las sombras. Esta imagen tiene mucho significado para mí. Acabábamos de hacer el amor por primera vez en casa de sus abuelos, que es justo donde estoy viviendo ahora. La expresión de mi cara era de pura felicidad y los ojos los tenía un poco húmedos porque habíamos dado un paso más en nuestra relación. No sé por qué, pero esta fotografía tiene algo de magia, algo que hace que no puedas dejar de mirarla. Salva tenía buen ojo para captar los momentos más especiales en las personas. Aquel día me había dejado el pelo suelto, lo tenía bastante largo, ya que me llegaba hasta casi la cintura. Llevaba un tutú de color rosa y Salva me pilló haciendo un arabesque. Coincidió también que un rayo de sol me iluminaba la cara. En aquella época aún hacía ballet clásico, aunque mi cuerpo no era el de una bailarina propiamente dicha porque no estaba tan delgada como ahora. Con diecinueve años usaba una talla cuarenta y dos.

—Eres tú, ¿verdad?

—Sí, soy yo.

—Es una fotografía extraordinaria.

—Sí lo es, sí. —No se lo comento, pero gracias a ella Salva ganó un concurso. A partir de ese momento Salva empezó a ganar dinero.

—¿Cuántos años tenías aquí?

—¿Cuánto me pides por ella?

—No has respondido a mi pregunta.

—Puede que no quiera contestarte.

Biel se da media vuelta con la intención de marcharse.

—Diecinueve —le respondo al fin agarrándole del brazo.

El gesto que hace al retirarse el pelo de la cara me parece muy sexy y, aunque me moleste reconocerlo, me vuelve loca.

—¿Ves? No era tan difícil.

Trago saliva y asiento con la cabeza.

—Dime cuánto te ha costado y te la compro.

—Lo siento, no está en venta.

Noto la sangre en mis mejillas y aprieto los dientes. Nos quedamos callados. Su mirada se vuelve más intensa y siento cómo me besa con los ojos. Se me encoge el estómago porque aún recuerdo cómo sabían sus labios y lo mucho que me gustaron. Aunque me cueste reconocerlo, he soñado estas últimas noches con él.

—Es importante para mí —musito con un nudo en la garganta.

—¿Cuánto de importante?

—Mucho, y ahora que la he encontrado no quiero perderla.

Biel medita una respuesta.

—Te la regalo si me dejas que te invite a cenar.

—¿Estás de coña?

Biel se mantiene impassible, ni siquiera pestañea. Se moja los labios con calma. Este es un gesto que me resulta familiar y que podría estar haciendo durante todo el día. No me cansaría de verlo.

—No, yo nunca bromeo cuando algo me interesa.

—¿Por qué? —quiero saber.

—¿Y por qué no?

—Ni siquiera soy simpática contigo.

—Eso mismo me pregunto yo, pero solo tengo curiosidad por saber qué se esconde detrás de esa fachada de chica dura.

Su mirada es como un mar en calma, un azul en el que podría zambullirme sin pensármelo. Soy consciente del miedo que me da no poder controlar lo que siento cuando estoy junto a él, porque creo advertir que lo mismo que me pasa a mí le ocurre a él. No me importaría que me besara en estos momentos. También me doy cuenta de que lo que acaba de proponerme lo dice totalmente en serio.

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Yo diría que ha quedado bastante claro.

—¿Sabes? Tienes mucho morro.

—Sí a ambas cosas. —Esboza una sonrisa burlona—. Habrá que poner remedio a esa cita que no he tenido contigo y que tú te empeñas en asegurar que hemos hecho algo más que manitas. Tengo ganas de saber si soy tan bueno como tú me has hecho creer.

Contengo un bufido exasperado. No sé cómo lo hace, pero Biel siempre logra sacarme de mis casillas. Me da igual que sea guapo, incluso es simpático, pero no soporto esa sonrisa que mantiene ahora mismo.

Me sorprende ofreciéndome el cuadro mientras desliza la lengua por el labio inferior. No dejo de preguntarme por qué me resulta tan familiar ese gesto.

—No he dicho que sí.

—Tampoco has dicho que no.

—Está bien, seré más concreta. No voy a ir a cenar contigo.

—Pasaré por tu casa a las nueve, ¿te parece buena hora?

Frunzo los labios y le ofrezco una sonrisa falsa.

—No sé si es que no lo has entendido, pero tengo el presentimiento de que te va el sado. Acabo de decirte que no.

No sé por qué le he dicho que no en dos ocasiones, cuando en realidad me apetece salir de nuevo con él.

—¿A ti no te va?

Sus ojos me observan con un gesto pícaro, al tiempo que parece que se está divirtiendo con esta conversación.

—No.

—Eso es porque no lo has probado conmigo.

Su respuesta me deja parada, aunque debo de reconocer que me lo merecía por ser una bocazas.

—Ni ganas.

—¿A qué? ¿A cenar conmigo o a practicar el sado? —me dice acercándose a mí.

Su respuesta me hace sonreír y él chasquea los labios al tiempo que se mete las manos en los bolsillos. Siento su aroma tan cerca que me tengo que contener para no dejarme llevar por mis impulsos más primarios. Me vuelve loca su perfume, pero sobre todo me gusta su mirada limpia.

—¿Tienes alguna preferencia? —En vista de que yo no le respondo, sigue

hablando—. ¿Italiano, chino, hindú, japonés...? Bueno, es igual, ya decidiremos esta noche.

Niego con la cabeza y doy media vuelta. Esta vez soy yo la que me alejo de él. De repente me paro. No quiero seguir boicoteándome, quiero que ocurra algo en mi vida que me haga salir de la monotonía. Fue Salva el que me dejó, el que no quería apostar por lo nuestro. No lo estoy traicionando.

—A las nueve estaré en tu casa. —Oigo que dice.

Me giro buscando su mirada y le ofrezco una sonrisa. Lo contemplo durante un segundo que se me hace eterno y me siento perturbada por el deseo sordo que se ha instalado en mi estómago. Me encantaría acercarme a él, deslizar mis dedos por sus perfectos labios y después saborearlos con la lengua.

—¿Sabes? Eres...

—Estupendo —me responde antes de que acabe la frase—. Lo sé, es parte de mi encanto. Pero eso es algo que irás descubriendo poco a poco por ti misma.

—¿Estupendo? Si te digo la verdad, no estaba pensando en esa palabra.

—¿Quizás estabas pensando en que soy maravilloso? Eso también lo soy.

Niego con la cabeza. Paso de decirle que me parece un capullo con encanto, pero lo dejaré para una mejor ocasión.

—Por cierto, prefiero un japonés. —Vuelvo a darme media vuelta.

Suelto un suspiro de alivio. Y sigo caminando, con el cuadro pegado a mi pecho, como si fuera un tesoro.

Entonces me doy cuenta de que no le he dicho dónde vivo ni él tampoco me lo ha preguntado, pero por una extraña razón dejo que siga sin saberlo mientras salgo del rastro. Tengo el presentimiento de que sabrá cómo encontrarme.

Capítulo 17

Todas las mañanas, al despertarse, Isabel sentía que el vacío crecía más y más por dentro. Por más que deseaba que sus sueños cambiaran para poder olvidarse de Biel, ella volvía a encontrarse cada día en aquella alcoba que había llegado a odiar con toda su alma. No tenía muy claro si también acudía Biel, aunque aún podía sentir su aroma en las sábanas del lecho. No importaba la hora en la que se quedaba durmiendo, él ya no aparecía. Se preguntó muchas veces si era una egoísta por querer que Biel se presentara en sus sueños, porque era el único sitio en el que se permitían traspasar la línea, era el único lugar donde se habían amado. No le pedía más.

Día tras día, después de ir a misa con Carmen, acudía a la Portella y se quedaba un buen rato mirando el mar. Dejaba vagar la vista por el horizonte, soñando despierta que un día ella navegaría por esas aguas. Después callejeaba con su nodriza pisándole los talones hasta que llegaba a La Seu. Aunque se moría por ir hasta La Calle y hacerse la encontradiza con Biel, resistía la tentación de pedirle que regresara a sus sueños. Su *senyora avia* la había educado para que no suplicara nunca. Eso no era propio de las mujeres de su familia y ella no iba a ser la primera en romper esa regla.

Un día que caminaban sin rumbo fijo, una mujer negra muy mayor se detuvo ante ellas. Sin embargo, no era el color de su piel lo que llamaba la atención, pues sus ojos eran de un azul tan profundo como dos zafiros. Primero miró a la nodriza, que tragó saliva al reconocer a la vieja criada de la familia de Biel, y después posó su mirada en los ojos de Isabel. La observó detenidamente, de arriba abajo. Isabel no supo descifrar si su expresión era de miedo, odio o angustia. Era una mezcla de todas.

—Es ella. Lleva escrito la muerte en su mirada —dijo la mujer mirando a Carmen y señalando con su dedo índice a Isabel—. Yo sé que algo pasa con mi amo. Lleva meses que no es él.

—¿Quién eres? —Isabel no salía de su asombro. Aunque las palabras de esta mujer resultaban perturbadoras, había algo en su mirada que le inducía a pensar que creía realmente lo que estaba diciendo.

—*Vossa mercè*, se nos hace tarde para comer —dijo tirando de Isabel y girándose sobre sus talones.

—¿Conoces a esta mujer?

—No, nunca la había visto.

La criada se colocó delante de Isabel.

—Tú eres la mujer que perturba el sueño de mi señor —replicó la criada agarrándole de una mano, oliendo la palma y dejando un rastro de babas—. Yo se lo advertí hace años. Tú tienes el sabor de la sangre en la piel. Cuando la tierra reclame lo que es suyo, mi amo descansará en paz.

—¿Quién eres tú y qué quieres de mí? —Isabel retiró la mano y se la limpió con la tela de su falda.

—¡Mujer, estás blasfemando! —exclamó Carmen—. No sigas hablando si no quieres que llamemos al alguacil. Déjanos seguir nuestro camino en paz.

—Yo te advertí contra ella. —Volvió a mirar a Carmen sin dejar de señalar a Isabel—. Dime, ahora tú no puedes soñar más que con él, y mi señor contigo. Un mar perturba todas las noches vuestros sueños.

Isabel ahogó un gemido. ¿Cómo sabía aquella mujer que todas las noches soñaba con Biel? Como le había pedido la nodriza, comenzaron a caminar para regresar a casa. Sus rodillas empezaron a flaquearle.

—*Vossa mercè*, ¿no veis que está trastornada? No la hagáis caso —murmuró cuando se alejaron unos pasos de la mujer mayor—. Ni siquiera os muestra respeto.

Sin embargo, la criada no quiso darse por vencida y se colocó de nuevo frente a Isabel.

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando yo. Veo el miedo en tus ojos —insistió en señalar a Isabel sin dejar de mirar a la nodriza—. Yo te advertí. —Se calló un segundo para mirar a Isabel—. Tú no tendrías que haber nacido en la luna de sangre. Es un mal presagio. Tú tienes que morir...

—¿De qué está hablando? —Isabel iba notando cómo se iba quedando sin aire por momentos—. ¿Por qué me habla así?

—No lo sé. La pobre no sabe lo que dice. Si os sigue perturbando, llamaré al alguacil —gritó para que las dejara en paz de una vez por todas—. ¡Alguacil!

—No, ella sabe algo de mí y quiero saber qué es.

—Os aseguro que es la primera vez que la veo.

—No, no es la primera vez y lo sabes. La primera vez fue cuando naciste.

Ella llegó a la casa de mi ama con una súplica.

—No, no la creáis, *vossa mercè*. Está mintiendo.

Una mujer joven llegó desde la otra parte de calle y se colocó al lado de la criada. Miró con desprecio a Isabel. Un escalofrío le subió por la espalda al advertir que parecía contener las ganas de escupirle a la cara. Isabel desvió la mirada para no enfrentarse a ella.

—¿Es ella, verdad? —quiso saber la mujer que acababa de llegar—. Tiene que ser ella.

—Sí —respondió la criada—. La mujer que nació en la luna de sangre, la que perturba el sueño de mi señor.

—¿Vais a dar crédito a las palabras de una chueta? —replicó Carmen.

—Sé que él os ama. —La joven se colocó frente a Isabel y acercó la nariz para olerla.

—Claro que su esposo la ama. —Se adelantó Carmen y se interpuso entre Isabel y ella.

—No sé de qué están hablando estas mujeres. —Isabel alternaba la mirada de las dos mujeres que se habían cruzado en su camino.

La más joven volvió a olerla. Apretujaba la tela de su falda, y por cómo lo hacía, Isabel entendió que lo que en realidad deseaba era estrangularle el cuello. Supo enseguida que esa joven que acababa de llegar tenía que ser la hermana de la esposa fallecida de Biel, aquella con quien había roto su compromiso. Ahora sabía cómo era la mujer con la que se podía haber casado.

—Será mejor que nos marchemos a casa —gritó Carmen—. ¡Aguacil! ¡Estas mujeres están alterando el orden! ¡Blasfeman!

—¿Qué habéis hecho con un buen hombre? —espetó la joven—. Lo habéis embrujado.

Isabel negó con la cabeza.

—María Antonia, apártate de la señora. —La voz de Biel rugió desde el otro lado de la calle.

María Antonia se quedó parada. Apretó la mandíbula y miró con odio a Isabel, quien se giró hacia él conteniendo la respiración. Buscó su mirada, pero Biel solo tenía ojos para María Antonia. Por un instante se alegró de que esa mirada cargaba de rabia no fuera dirigida hacia ella.

—*Vossa mercè*, deberíamos regresar a casa. Nos están mirando y pronto llegará el alguacil.

—No quiero regresar. Quiero saber qué está pasando aquí.

María Antonia tiró del brazo de Isabel para hablarle a la cara, ignorando la orden de Biel.

—Os lo voy a explicar yo. Vos no teníais que haber nacido aquel día. Él está unido a vos hasta que os llegue la...

—Cállate y no digas nada de lo que más tarde puedas arrepentirte —dijo entre dientes Biel.

—Él atendió a vuestra madre...

Biel llegó hasta donde se encontraban las cuatro mujeres.

—Pero, eso no puede ser —contestó Isabel—. Él no sería más que un niño. ¿Tú sabías algo? —Como Carmen seguía sin responder a su pregunta, volvió a insistir—. ¿Es cierto que él atendió a mi madre?

—No lo recuerdo. —Tiró de nuevo Isabel para marcharse.

—¿Es cierto lo que dice esta mujer? ¿Es cierto que el señor Bonnín asistió al parto de mi madre?

Por respuesta solo obtuvo silencio. Isabel se giró hacia Biel para encontrar la respuesta que no le daba Carmen.

—¿Atendiste a mi madre?

Antes de responder asintió con la cabeza.

—Sí, fui yo quien atendió a vuestra madre. Habríais muerto las dos de no haber llegado a tiempo.

Isabel tomó aire con calma para no terminar gritando. Ya había mucha gente alrededor de ellos y no quería seguir dando que hablar.

—Si me dejáis que os explique. Podemos hablarlo... —Le señaló una verja de metal con la mirada.

—¡Jesús! ¿Entrar en casa de un chueta? —murmuró Carmen, santiguándose alarmada, para que solo la escuchara Isabel.

—No sabes si es un chueta o no —susurró Isabel.

—Me lo imagino.

—No tuviste ningún reparo cuando él te sanó.

—No podemos entrar en casa de alguien que no conocemos. Vuestro marido no lo consentiría.

Isabel se mordió el labio inferior con rabia porque estaba segura de que si abría la boca terminaría por decir alguna estupidez. ¡Qué diferente era su vida cuando no tenía que guardar tanto las formas, como cuando vivía en Petra! Lo peor era que, en parte, Carmen llevaba razón porque la gente murmuraría.

No lo hacía porque Bernat desaprobaba que ella entrara en una casa de alguien que no conocía, lo hacía por temor a las habladurías, que no tardarían en ir de boca en boca. Aunque no estaban en La Calle, la gente hablaría también. Tampoco podía marcharse sin saber qué le tenía que decir Biel. Pensó con rapidez una manera de hablar con él con calma. Solo se le ocurrió fingir un desmayo. Nadie dudaría de ella estando como estaba encinta.

—Me falta el aire —se llevó una mano a la frente y dijo con voz entrecortada—: me estoy mareando.

—¡Mi señora! ¿Qué os pasa? —gritó, alarmada—. Habéis perdido el color.

Isabel no tenía intención de preocupar a su nodriza, pero fue la única solución a la que había llegado dadas las circunstancias. Hasta que no estuvo segura de que Biel la cogería en brazos, no se tiró al suelo. Él se adelantó dos pasos para acogerla.

—Atended a mi señora —Carmen se apresuró a decir bien alto el estado de Isabel—: está encinta. Te lo ruego, eres un buen médico. No dejes que sufra ese niño que está por nacer. Mi señor te lo agradecerá.

—Acompáñame a casa de mi hermana. Es una buena cristiana.

—Biel —lo llamó María Antonia—, dime si es por ella...

Él tardó en responder. Isabel podía escuchar los latidos del corazón de Biel en el silencio que se produjo entre ambos.

—No es una pregunta tan complicada —insistió ella.

—No, María Antonia. Si no me hubiera casado con tu hermana, entonces me habría casado contigo. Respeto su memoria. Ella está felizmente casada. Nunca pongas en duda la honra de esta mujer. No es propio de ti.

Isabel escuchaba la conversación con el corazón en un puño. Supo que él le había mentado cuando oyó cómo tragaba saliva.

La casa que le señalaba Biel no era muy grande, aunque sí que tenía un patio con variedad de plantas de flores y un pozo en medio. Carmen abrió la verja de metal y subieron por unas escaleras. Nada más traspasar la puerta, Carmen observó que en la entrada había un crucifijo. Salió a recibirles una muchacha de la edad de Isabel.

—Esther, ¿dónde está mi hermana?

—Mi señor, ha salido a misa. No tardará en regresar.

—¿Dónde puedo atender a la señora? Se ha desmayado en la calle y está encinta.

—Pasad a esta alcoba. —Le abrió la puerta de una pequeña estancia sin

ventanas y con un lecho pequeño.

Biel posó a Isabel en un colchón y se sentó en el borde.

—No puedo examinarla sin mis instrumentos de médico —dijo tomándole el pulso y de espaldas a Carmen.

—¿Qué queréis decir con ello?

—Que puede que esté en peligro este hijo que espera. No me perdonaría no haber podido hacer nada por él.

—Pues manda a la criada de tu hermana.

—La criada de mi hermana no es bienvenida en nuestra casa, ni siquiera lo es mi hermana. Ella rechazó al marido que mi padre le había concertado el día en que nació y se casó con otro hombre.

—Yo nunca he pisado La Calle. —Carmen se santiguó.

Biel apretó los dientes. Pensó en una respuesta rápida.

—Está bien, si no os fiais de mí, llama a otro médico que la atienda. —Se levantó con calma y se dirigió a la puerta—. Yo no puedo hacer nada por ella. Rezad para que no sea uno de vuestros carniceros. Me niego a llamarlos médicos.

—Espera, está bien, iré a La Calle. —Posó sus manos en el torso de él para detenerlo—. Lo hago por ella, porque sé que eres el mejor médico.

—Te ruego que no te demores. No tiene color en la cara y temo que pueda ser más grave que un desmayo. Es de vital importancia saber qué le pasa. Tienes que ir a la calle Segell número cuatro. Pregunta por mi hijo Gabriel, él te dará mis instrumentos.

—Te lo ruego, sálvala.

—Yo aún no he olvidado la promesa que le hice a su madre. Soy un hombre de palabra.

Carmen se apresuró a salir de la alcoba.

—Ya podéis abrir los ojos —soltó Biel cuando tuvo la seguridad de que nadie los escuchaba.

—A ti no he conseguido engañarte ¿verdad? —Isabel abrió los ojos poco a poco.

—No, aunque reconozco que nunca he visto a nadie desmayarse con tanto estilo.

Isabel soltó una carcajada. Sin embargo, Biel permaneció más serio de lo que ella habría deseado. Unas profundas ojeras cercaban su mirada. Se notaba que hacía días que no descansaba y que la falta de sueño le estaba matando

poco a poco. No necesitaba decírselo para saberlo.

—Lo he intentado, de verdad que he intentado no ir a esa alcoba, pero no lo puedo evitar. Mis sueños me arrastran hasta aquel lugar —dijo ella—. Todas las noches me encuentro allí. —Buscó su mirada—. Tú que eres médico, cura esta pena que me desgarrar el corazón, este fuego que me consume por dentro. Yo no quiero ir si tú no estás.

Biel cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Como te dije en su día, no existe una cura para esta maldición. —Calló, porque él sabía cuál era la solución. Sin embargo, se negaba a perderla. Desvió la mirada para que ella no adivinara sus pensamientos. Ella no podía saber cuáles eran los verdaderos motivos—. Como os dije, no puedo pisar esa alcoba.

Ella observó cómo tragaba saliva y los cercos oscuros que enmarcaban su mirada.

—Dime, ¿eso implica que no duermas? —preguntó al recordar las palabras de la criada.

Antes de contestar, pensó en si debía mentirle.

—No.

—Me estás mintiendo.

—Sois libre de pensar lo que queráis.

—¿Por qué? Si no descansas puedes caer enfermo, incluso puedes morir.

—¿Creéis que me importa? —soltó con rabia—. ¿Creéis que me importa ser yo quien muera? ¿Aún no entendéis que no lo hago por mí...?

No pudo terminar la frase.

—Mírame —le ordenó—. Puedo soportar que no quieras presentarte en mis sueños, pero no podría soportar que te pasara algo por mi culpa.

—Aún no encuentro la manera de no acudir a esos sueños que no sea no durmiendo. —Se retiró el pelo de la cara.

A Isabel le gustaba ver cómo lo hacía.

—No has encontrado la manera porque no la hay. —Isabel se incorporó en la cama—. ¿Qué pasó el día en que nací? ¿De qué hablaba esa mujer?

Biel tomó aire con calma antes de responder.

—Soy un hombre de ciencia y nunca he dado crédito a las supercherías de mi criada. El día en que naciste había luna nueva. De donde viene Salike no es un buen augurio nacer en el equinoccio de primavera justo en esa luna. —Biel pensó un momento las palabras que le dijo su criada aquella noche.

Hasta que Isabel y él no cruzaron sus caminos no había creído sus palabras, pero ahora dudaba—. Dice que la tierra tiene que reclamar lo que es suyo.

Isabel se mojó los labios.

—Eso significa que... ella me ha dicho que tengo que morir para que recobres la paz...

Entonces Isabel entendió con claridad qué era lo que atormentaba a Biel realmente.

—No lo haces por ti, lo haces por mí. —Biel permaneció en silencio cuando ella fue consciente del verdadero motivo de él—. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Soy yo quien tiene que...

Biel acalló sus últimas palabras con un beso avasallador. No podía soportar la idea de perderla por una estúpida maldición.

—Callad, no digáis nada.

Isabel ahogó un gemido cuando sus labios se separaron. En sus ojos vio el mismo fuego que la consumía a ella.

—No soportaría que os pasara nada —dijo Biel.

—Si Salike lleva razón, ¿no entiendes que no podemos escapar de esta maldición? No podemos hacer nada.

—Sí, claro que yo puedo hacer algo.

—No, ni yo puedo dejar de acudir a esos sueños, ni tú tampoco. —Se sentó de rodillas en el lecho para mirarlo a los ojos, posó las manos en su cara y pensó en las palabras que había dicho su criada en la calle antes de seguir hablando—. A eso se refería tu criada cuando decía que yo perturbaba tus noches y tú las mías.

Biel miró el vientre liso de Isabel y posó una mano sobre él.

—Estáis esperando el hijo de otro hombre.

—Sí, porque es lo que se espera de mí, pero nadie me preguntó si quería casarme con Bernat. Él no me ama.

Él abrió los ojos de par en par y su puño se tensó como si fuera una roca.

—¿Os ha faltado alguna vez al respeto?

—No, Bernat no me ama, pero es leal conmigo como yo lo soy con él. Siempre se ha portado bien. Él tiene su propia historia que no me corresponde contarla a mí.

—¿Cómo no puede amaros? Lo que daría por estar en su lugar.

—Ya te lo he dicho. No somos libres. Así que no me vuelvas a pedir que te olvide, porque sabes que eso no es posible. Te siento en mi piel y mis labios

saben a ti. —Observó con alegría que el muro que se había creado entre ellos desde la última vez que se vieron se iba derribando—. Dime, ¿cómo lo hago? ¿Cómo puedes sobrellevarlo? ¿Por dónde empiezo a olvidar? ¿Por tus besos? No podría, porque eres el único hombre que me ha besado. ¿Olvido tus caricias, tu aroma, ese que ya ha traspasado mi piel? —Poco a poco sus labios fueron al encuentro de la boca de él—. ¿Dime, qué quieres que olvide primero? Yo no sé por dónde empezar.

—Que el cielo me perdone, pero yo tampoco sé por dónde empezar —dijo con la voz ronca y mirándola con anhelo.

Ella abrió los labios al ver el deseo en su mirada. Dejó que Biel recorriera con calma su boca, jugando a reconocerse, hasta que ambos perdieron el control y el beso se tornó exigente por la urgencia del momento. Se respiraron durante unos segundos, el tiempo que necesitaron para recobrar el aliento. Cuando sus labios volvieron a encontrarse de nuevo, Isabel lo hizo con una súplica. Pasase lo que pasase entre ellos, jamás podría olvidar esa boca que tanto amaba.

Se separaron cuando se oyó una voz que llegaba desde la puerta de la calle. Isabel tenía las mejillas encendidas y un brillo nuevo en la mirada.

—Os soñaba despierto.

—¿Por qué negar lo que hay entre nosotros?

—Porque no quiero que os pase nada.

—Le hiciste una promesa a mi madre, ¿no es cierto?

Él asintió.

—Cúmplela.

Isabel suspiró de alivio cuando advirtió que el color de sus ojos volvía a ser ese mar en calma que tanto había echado de menos.

—Os deberíais tumbar.

Ella asintió.

—Dime que vendrás esta noche.

—Allí me tendréis.

Para cuando la nodriza entró en la alcoba, Isabel ya había cerrado los ojos y permanecía en la misma postura que cuando ella se había marchado.

—¿Cómo está? —Le entregó a Biel un maletín con sus instrumentos.

—Aún no sé qué le pasa. No se ha movido ni ha dicho nada desde que te has ido. —Sacó la misma trompetilla que utilizó el día en que atendió a su madre—. No escucho nada fuera de lo normal. Puede que se deba a un susto

por la emoción de las palabras de mi criada. No creo que tarde mucho en despertar.

Le hizo varias pruebas más, hasta que Isabel abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado? —Llevándose una mano a la frente.

—Habéis perdido el conocimiento. Ahora estáis un poco confundida, pero enseguida os repondréis. Os recomiendo que toméis infusiones de manzanilla con miel. Os aconsejo también que llevéis siempre un poco de agua con limón cuando salgáis a pasear. Tomad una manzana en ayunas, os ayudará a vencer los mareos y los vómitos.

Isabel asintió con la cabeza.

—¿Algo más?

—Sí, descansad. Esta noche no os demoréis en ir a vuestro lecho.

—Seguiré tus indicaciones. Tienes mi palabra.

Capítulo 18

Mi abuela es de las que opinan que a veces hay que detenerse, contemplar el camino y decidir qué vas a hacer a continuación. Al final he aceptado la cita con Biel sin pensar demasiado, porque una vez más, después de lo que pasó en Madrid, me he dejado llevar por mi instinto. Solo me ha pasado con Biel desde que desapareció Salva, y me alegro de que me haya trastocado como lo ha hecho. Hay algo en él que me resulta familiar y no sé decir qué es, y aunque yo trate de negar lo evidente, todo en él me perturba hasta el punto de perder la cabeza. También es cierto que en estos momentos tengo muchas dudas de qué es lo que estoy buscando exactamente, de si voy a poder hablar y de si mis temas de conversación le van a interesar. La verdad es que no quiero pensar en por qué le he dicho que sí. Lo único cierto es que ahora que ya me he ido no hay vuelta atrás. Voy a dejarme llevar y que sea lo que tenga que ser.

Cuando estoy llegando al portal de mi abuela, la veo asomada al balcón. Me hace un gesto con la mano y yo correspondo a su saludo. Su terraza es la más bonita de todo el edificio. Siempre está llena de flores, sobre todo de rosas, margaritas y geranios. Esta es una pasión que la llevó a tener el mejor jardín de la calle donde vivió los últimos años junto a mi abuelo. Observo que lleva una rebeca de color amarilla y unos pantalones verdes de lino. Jamás se ha puesto de luto, ni siquiera cuando murieron sus dos hijos mayores, ni mi abuelo. Él le hizo prometer que nunca se pondría el color negro porque no le sentaba bien, y a él le gustaba verla todos los días guapa y feliz.

Toco el timbre del portal de mi abuela y enseguida me abre la puerta. En vez de ir por el ascensor, subo por la escalera. Hace años que no subo a uno, desde que Salva y yo nos quedamos encerrados más de tres horas en el del piso de la academia a la que acudimos el verano que empezamos a salir. Y en aquella ocasión fue la última vez. Ambos íbamos al mismo piso, que estaba en un quinto, para estudiar historia. Estaban haciendo obras en el portal y la única opción que había aquel día para subir a la academia era el ascensor. Fue una casualidad que se fuera la luz y que se parara entre el portal y el primero.

Salva no sabía de mi fobia a los espacios cerrados y el miedo que me daban los ascensores. Él consiguió que las tres horas no fueran tan angustiosas y que al final terminara riéndome con las tonterías que decía. Esto fue lo que terminó por enamorarme de él, porque a partir de aquel día mi visión de Salva cambió y me pidió que saliéramos juntos. Yo acepté sin dudarlo.

Llego al piso de mi abuela subiendo los escalones de dos en dos. Ella me está esperando en la puerta con una sonrisa. Lo primero que percibo al pasar al recibidor es un olor intenso a albahaca, un aroma que me recuerda a ella, que me da la vida, y que a la vez me tranquiliza. Este es el perfume que me ha acompañado desde que era pequeña, cuando vivíamos en Boston, y que nos recuerda nuestras raíces italianas.

—¿Como stai, principesa?

Aunque hablo a la perfección el italiano y el inglés, los dos idiomas que ella maneja, quiere que conversemos en español, porque aún no lo domina del todo.

—Si te soy sincera no lo sé, *nonna*. —Le entrego la caja de bombones.

Dejo el cuadro apoyado en un sillón de estilo americano Akon, tapizado en color verde botella y en crudo que hay en la entrada, de manera que se ve mi imagen. Mi abuela lo observa con detenimiento y no pregunta por la fotografía. Sabe el momento en el que fue hecha. Le he contado tantas veces cómo fue aquella tarde que no necesita que le explique nada.

Me sorprende con un abrazo de esos que me dejan sin respiración. A veces me parece mentira que, con lo pequeña que es y con los años que tiene, posea esa fuerza. Me cubre las mejillas de besos.

—¿Cosa successo? —me pregunta cuando se separa.

Me acaricia la cara. Ella desprende siempre energía positiva. Dice que se mantiene así de bien porque lleva haciendo yoga desde que tenía cincuenta años, una disciplina que se puso muy de moda en los años setenta en Estados Unidos. Además de ser una mujer muy moderna, todos los días se viste con ropa de colores vivos y también le gusta llevar colgado del cuello algún collar. Hoy se ha puesto uno que le regalé el año pasado con una enorme piedra turquesa, como el color de sus ojos. Tiene el pelo completamente blanco, que se ha recogido en un moño, como suelo hacer yo. Aún le gusta llevar zapatos con un poco de tacón, aunque esté en casa. Sin embargo, lo que más me gusta de ella es que todavía se permite el lujo de pintarse los labios de color burdeos. Nadie le echaría los casi noventa y un años que tiene.

—Ay, *nonna*, ahora estoy bien. Eres como un bálsamo para mí.

Ella suelta una carcajada profunda.

—Antonio me lo decía todos los días.

Me agarra del brazo y me hace pasar a un comedor de estilo colonial, recargado de recuerdos, de plantas, flores y fotos, donde la mesa ya está preparada.

—¡Pero, *nonna*, te has pasado toda la mañana cocinando! —Abro los ojos, asombrada por la cantidad de platos que ha preparado. No sé de qué me sorprende, ella no puede hacer un solo plato. Hasta hay un *crumble* de manzana, un postre que me encanta.

—La *nonna* sabe qué *hai bisogno*.

Le doy la razón y asiento con la cabeza.

—Por eso me gusta estar contigo, porque tú siempre sabes lo que necesito.

Me da unos golpecitos cariñoso en la mano.

—¿Has comprado una *bambola*?

—Sí, he comprado otra Nancy.

Se la entrego para que la examine y para que me dé alguna de sus ideas para hacerle un vestido. En Nueva York y en Boston se ganaba la vida como modista para las familias más acomodadas de la ciudad. En alguna ocasión me ha comentado que tuvieron como clienta en el taller donde trabajaba a Rose Elizabeth Kennedy, la madre del presidente John F. Kennedy. Tuve la suerte de que mi vestido de novia me lo hiciera ella, un modelo muy parecido al que lució Kate Middleton en el día de su boda. Mi abuela sabe de mi pasión por las muñecas y de coserle trapitos monos, una afición que surgió cuando perdí el bebé. Es cierto que siempre me gustaron y que aún conservo las de mi niñez, pero coleccionarlas me hace sentir bien.

—*Bella* como Escarlata O'Hara. Aún recuerdo cuando Antonio y yo nos conocimos en el *cinema*. Ay, al *nonno* le gustaba ir todos los meses cuando éramos novios a ver *films*.

Cuando habla del abuelo Antonio se le iluminan los ojos. Aunque tenga un nuevo novio, aún sigue enamorada del amor de su vida, que es como siempre recuerda a mi abuelo. Aun así no pierde la oportunidad de divertirse con otros hombres. Con Mario lleva tres años, aunque cada uno vive en su casa. Mario tiene quince años menos que mi abuela, pero ambos llevan bien que ella sea mayor. Mi abuela bromea con él con que es una mujer de mundo y muy experimentada.

Vuelvo a mirar la muñeca más detenidamente y tengo que darle la razón.

—Sí, es cierto, se parece a ella. —Eso me da una idea—. ¿Me ayudarías a hacerle el vestido que llevó en la fiesta de los doce robles? Siempre me han gustado todos los trajes que salían en esta película. Aunque también me gusta el que le hizo la *mammy* con las cortinas verdes.

Mi abuela se emociona por todo el significado que tiene la historia de Escarlata O'Hara y Rhett Butler.

—Ay, cómo le gustaba a Antonio esa película. ¿Sabes cuál era su frase favorita?

Como sé que es su película favorita, todos los años, desde que cumplí los dieciocho, quedamos para verla. Es nuestra noche de chicas, a la que también se unen mi hermana y Carmen. Dejamos que nos cuente cómo se conocieron en la fila del cine, porque, aunque sepamos la historia, todos los años le añade una nueva anécdota. Me gusta escuchar cuando mi abuelo se las apañó para darle una nota a pesar de estar presente la madre de mi abuela, porque ese día empezó su historia de amor. El abuelo consiguió sentarse a su lado, aun siendo italiano y ella de origen irlandés, y compartieron una chocolatina. En aquel momento ella tenía quince años y él casi veinte. Estados Unidos aún no había declarado la guerra a Alemania y a Japón y al abuelo aún no le habían llamado para ir a filas, por lo que pudieron verse a escondidas durante un año y medio.

—No, nunca me lo has dicho.

—*Frankly, my dear, i don't give a damn* —dice en un perfecto inglés.

—¿«Francamente, querida, me importa un bledo»? —le pregunto, sorprendida—. No dejáis de sorprenderme, porque no lo habría dicho. Yo pensaba que igual era la de —intento poner una voz dramática—: «A Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre», como le gusta a todo el mundo.

—Antonio era el *ragazzo più bello* de nuestro barrio. Había una *ragazza* que iba detrás de él porque el *nonno* de Antonio y el de Marcela habían acordado un matrimonio en Italia, pero el abuelo no quería saber nada. Un día *questa ragazza* montó un *scandalo* en la calle. Marcela le dijo que qué iba a ser de ella si no se casaban y el abuelo le respondió a lo Rhett Butler.

Abro la boca, asombrada, y después suelto una carcajada.

—¿De verdad?

—*Sì, è assolutamente vero*. Antonio ya estaba cansado de Marcela.

Además, no era tan guapa como yo. —Se lleva una mano al pelo para arreglárselo.

Nos sentamos en el sofá, toma una botella de vino que hay sobre la mesita de centro, se sirve una copa y a mí me ofrece otra. No suelo tomar alcohol, salvo cuando vengo a su casa, porque enseguida se me sube a la cabeza y empiezo a decir tonterías. Mi abuela dice que otro de los secretos de conservarse tan bien se debe a que toma todos los días dos dedos de vino a la hora de la comida y un dedo de *limoncello* en la sobremesa.

—¿Por qué brindamos? —pregunto.

—*Per te, per me*, y porque nunca nos falte *el amore* en la *vita*.

—Me parece perfecto.

Choca su copa con la mía y toma un pequeño sorbito. Cierra los ojos saboreándolo.

—¡Qué ganas tenía de venir a verte! —Le pego un sorbo a la copa.

—Yo no me he movido de casa —replica con ese acento entre americano e italiano—. Eres tú la que siempre está ocupada.

—*Nonna*, pero si tu vida social es más activa que la mía. Cuando no quedas con Mario, estás de viaje con tus amigas, o si no te has ido...

—*Cazzate*, Isabella. —Hace un gesto con la mano al tiempo que niega con la cabeza. Después le da otro pequeño trago a la copa de vino—. *Cazzate* no, lo voy a decir como decís vosotros, gilipollecce —enfatisa esta última palabra—, *per me* tú eres lo *più* importante.

Tengo que reprimir un suspiro. Siempre me ha dicho que soy su nieta favorita. De hecho, de segundo nombre llevo el suyo, un nombre que me enorgullece: Catalina.

Me recuesto en el sillón y echo un vistazo a los cuadros que hay colgados en las paredes del comedor. Ahí está, en unas cuantas fotos de mi familia, toda una vida resumida. Observo la fotografía de cuando mis abuelos se casaron en Nueva York, y otra de cuando tuvieron los tres hijos. Al lado está la de la boda mi hermana y otra de cuando yo hice la comunión, y años después observo una de cuando me gradué. Incluso hay varias de cuando nació mi sobrina y de cuando se casaron mis primos que viven en Nueva York. Sin embargo, aún hay un hueco que no ha sustituido. Cuando Salva se marchó y yo sufrí el aborto decidió quitar la foto de mi boda. Ella nunca le va a poder perdonar todo el daño que me hizo. Nunca me lo ha dicho, pero sé que no miraba con buenos ojos a Salva e hizo todo lo que estuvo en su mano

para que no me casara con él. Siempre tuvo claro que no era el amor de mi vida y que estaba segura de que un día yo encontraría a otro hombre que me amara como yo me merecía. Me chantajea con que no quiere morirse sin ver a ese hombre maravilloso que tiene que llegar a mi vida. Hasta se ha aliado con Carmen y Romina para buscarme a algún novio con el que salir.

—No mires atrás, Isabella, no vas *nella direzione* justa.

Me sorprende que haya adivinado mis pensamientos al pensar en el cuadro que falta.

Es el momento de contarle que he quedado con alguien. Sé lo mucho que se va a alegrar.

—Esta noche he quedado con un chico para cenar —le suelto con una sonrisa y pegando un trago a la copa de vino.

—¡Sono contenta per te, Isabella!

—Es un chico que conocí en Madrid a través de Badoo. —Bebo de la copa.

—*Davvero*, Isabella, estás cambiando.

—Claro que es cierto.

—¿Os habéis telefoneado?

—No te lo vas a creer, pero trabaja en el mismo hospital en el que está ingresada Carmen. Pensaba que vivía en Madrid. Lo que no entiendo es por qué ha desaparecido su perfil de Badoo. Pero no se llama Gabriel como me dijo en Madrid, se llama Biel y vive cerca de mi casa.

—Una pena que no pueda hacerme una idea de cómo es.

Saco el móvil del bolso para abrir la aplicación de Badoo y lo busco por si hubiera activado de nuevo su perfil.

—¿Es guapo? —comenta jugando con el collar que lleva.

—Sí, mucho. Es rubio como yo.

—*Mi piaccio* los hombres rubios como Paul Newman.

—No se parece en nada a Paul. Biel tiene las facciones más afiladas. A mí me parece muy mono. Esa noche lo hicimos cinco veces.

—Cinco, ¡quién los pillara! —Me acaricia la mano.

Suelto una carcajada. Me encanta hablar con mi abuela de estas cosas. A su edad no tiene tantos prejuicios como los tengo yo. Le gusta practicar con Mario sexo telefónico.

—¿Sabes que dice que no me conoce?

—¿Cómo dice? Biel es un listo y se ha hecho el interesante. *Per questo* te

ha *invitato* a cenar, para conocerte mejor. —Se quita el medallón del cuello y me lo entrega—. *Questa notte* llévalo. Te va a dar *fortuna*.

Termino la copa de vino antes de seguir hablando.

—*Nonna*, estoy muerta de miedo.

—Tú disfruta. Total, ya lo conoces en la cama.

—¡*Nonna!* —exclamo—. Eres de lo que no hay.

—¿No me negarás que *non è vero* lo que he dicho? Es lo único que nos vamos a llevar a la tumba, lo que disfrutemos *qui*. Somos de prestado, Isabella. Aprovecha cada día y no desperdicies tu vida más.

—No sé por qué no puedo tener la misma visión que tienes tú de la vida.

Se sirve otra copa de vino y le pega otro trago.

—Eso mismo me pregunto yo. Además, no sé qué veías en Salva. Era un *stupido* que quería separarse de ti.

Me giro hacia mi abuela con los ojos abiertos como platos. El vino que he tomado se me sube a la cabeza al tiempo que noto que todo se abre a mis pies.

—¿Qué? ¿Cómo sabes tú eso? ¿Quién te lo ha dicho?

Mi abuela sabe que ha metido la pata porque se cubre la boca con una mano. Se levanta para ir a la mesa.

—*Non mi ricordo. È ora di mangiare.*

—No, no es hora de comer. ¿Te lo dijo Romina?

—*La fritatta di melanzane* está muy buena.

—¡Abuela, no cambies de tema! —exclamo—. Te he preguntado si te lo dijo Romina.

—*Non mi ricordo.*

—¿Fue Alberto? ¿Fue mi hermana?

Baja la cabeza para evitar mi mirada y entonces sé que ha tenido que ser Romina, porque se lo dijo Alberto. Noto cómo me voy encendiendo por dentro, porque ni mi hermana ni mejor amiga me lo han dicho. Roberto y Alberto tienen un despacho de abogados en el que se ocupan, entre otras cosas, de separaciones, de divorcios y de acuerdos matrimoniales. El bufete de los Bertos, como se les conoce, es de los mejores de Valencia.

Cojo el móvil y marco el número de mi hermana.

—¿Cosa farai, Isabella?

—Voy a llamar a Romina.

Me contesta al tercer tono.

—¡Ciao, Isabella!

—¿Tú sabías que Salva quería separarse de mí?

Ella no me responde.

—Quiero que me respondas y no me vengas con gilipolleces como que no sabes de lo que estoy hablando.

—Verás, yo...

—¿Sí o no, Romina? Es muy fácil.

Oigo a mi hermana tomar aire a través de la línea.

—Sí. Salva llamó a Alberto después de marcharse.

Cierro los párpados porque siento que el corazón se me para de repente. Tengo un nudo en la garganta que no me deja respirar. Me llevo una mano al pecho y tengo que sentarme porque mis rodillas no me sostienen. No me lo puedo creer. Después de que se marchara, estuve esperando una llamada por su parte, una llamada que nunca llegó. No se preocupó por mí, ni siquiera le importaba el bebé. Aunque se fue sin mirar atrás, me prometió que me llamaría. Siempre pensé que no lo hizo porque le fue imposible.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? ¿Por qué me habéis hecho creer estos tres años que lo nuestro podría salvarse? Joder, siempre pensé que si no se ponía en contacto conmigo es porque no podía. Ya veo lo equivocada que estaba.

—A ver, tanto Carmen como yo quisimos decírtelo muchas veces, pero tú no querías escuchar. Estás cegada por ese hombre que nunca te quiso.

—Claro, era mejor presentarme a todos los amigos imbéciles de Alberto, ¿no? Era mucho mejor hablar entre vosotras y concertarme citas con todos los hombres solteros que conocéis en vez de decirme lo que sabíais.

—No te pongas cínica conmigo.

—¡Ah, sí, perdona! Se me había olvidado que soy la hermana buena, la pequeña de la casa. ¡Vete a la mierda! Me merecía saber la verdad. Si tú estuvieras en mi lugar yo te lo habría dicho.

—No me des lecciones de lo que habrías hecho tú ni tampoco me hagas parecer la mala de la película, porque no lo soy.

Odio que Romina tenga este poder sobre mí, que se crea que está por encima de mí y al final trate de darle la vuelta a la situación.

—No me esperaba esto de ti.

—¿Qué esperabas? No podía decírtelo porque era un secreto profesional. Estaba en juego el prestigio de mi marido.

—¿Y qué hay de mí? —murmuro—. Tengo la sensación de haber perdido

tres años. ¡Joder, Romina! Salva me hizo creer que lo nuestro se podía arreglar.

—Ni siquiera me lo dijo él, ni tampoco sabe que Carmen y yo lo sabemos. Escuché una conversación privada entre Alberto y Roberto hace tres años.

—Tres años. Lo sabías desde que se marchó.

Me levanto de la silla y me pongo a dar vueltas alrededor de la mesa del comedor. Si pudiera me pondría a gritar en estos momentos.

—Romina, te lo voy a decir una última vez. Deja de protegerme y déjame decidir cómo quiero vivir mi vida. Ya soy mayorcita para asumir mis errores.

—No sabes cómo lamento todo esto. Yo solo quiero que seas feliz y con Salva no lo eras. Todos lo veíamos menos tú.

Niego con la cabeza. Nada de lo que dice ella puede ser verdad.

—¿Sabes si preguntó por mí? —quiero saber en un último intento de justificarlo.

Tarda unos segundos en responderme.

—No lo sé. Pero no pienses en ello ahora.

—Creo que ya me has contestado.

Ya no solo me duele que no quisiera saber de mí, también me duele que no quisiera saber cómo iba el embarazo.

—Tienes que olvidarte ya de...

Le cuelgo y tiro el móvil en la mesa. Mi hermana no quiere dar la conversación por terminada porque insiste en hablar conmigo. Dejo que mi teléfono suene varias veces hasta que decido apagarlo del todo. No tengo nada más que hablar con ella.

Tomo aire antes de girarme hacia mi abuela para preguntarle:

—¿Por eso quitaste el cuadro de la pared?

En su rostro advierto dolor. Me siento en una butaca y ella posa una mano sobre mi hombro.

—Sí.

—Si llama mi hermana no se te ocurra contestarle.

Ella asiente con la cabeza.

—*Nonna*, entre nosotras nunca hemos tenido secretos. De Romina lo puedo entender, pero ¿por qué no me lo has dicho hasta ahora?

Se sienta a mi lado.

—No podía, *tesoro*. A tu hermana se le escapó un día que vino a casa. Me hizo prometer que no diría nada.

Siento que durante estos últimos tres años he estado viviendo una mentira. Pienso en Biel y en cómo me descoloca cada vez que nos encontramos. Y no dejo de pensar en que hay algo de él que me resulta familiar.

—¿Qué tengo que hacer ahora?

—*Mangare e dopo* disfrutar de tu cita.

Me quedo mirando a mi abuela porque igual tiene razón. Tengo ganas de comerme otra vez la vida, dejar atrás este dolor que me ha ido consumiéndome. Ella me acaricia la mejilla.

—Todo va a salir bien. Ya has pasado el luto. —Mantiene una sonrisa triste en los labios—. Estás preparada para volver a enamorarte.

Me gustaría creer en sus palabras. No tengo muy claro si después de todo ha metido la pata o me lo ha dicho porque es hora de pasar página. ¡Cómo habría cambiado mi vida con una simple llamada!

—*Volete frittata di melanzane?*

—Sí, me apetece probar esa *frittata* que has hecho —respondo con un nudo en la garganta.

—Sabia *elezione*. Ya era hora de que supieras que Salva no te ha amado nunca.

No tengo muy claro si en estos momentos tengo que abrazarla y darle un beso o por el contrario enfadarme con ella. Lo único que me queda claro es que ha esperado el momento justo para decírmelo.

Capítulo 19

Por fortuna para Isabel, atrás quedaron las molestias de los primeros días de su embarazo y la angustia de no poder compartir sus sueños con Biel. Ella olía su piel al despertarse, que aún conservaba el aroma de él. Dejó de preocuparse también por si se reconocía en la Isabel que veía cuando soñaba, como tampoco había encontrado una solución al hecho de no identificar los extraordinarios lugares que veía noche tras noche. Lo único que le importaba era que Biel y ella estaban nuevamente juntos.

Para cuando regresó Bernat, casi un mes después de lo que le había prometido a Isabel, ella ya había recuperado el color de sus mejillas y todas las mañanas se levantaba con renovadas energías y con un brillo singular en la mirada. Era finales de junio cuando él posó un pie en Ciutat. En la casa ya estaba todo listo para recibirlo. Isabel le había dejado dicho a Roser que esa noche preparara un lechón a las brasas, tal y como le gustaba a su esposo.

Varios carros esperaban las mercancías que Bernat había traído de Marsella y de la provincia de la Provenza. Había cerrado varios acuerdos que le reportarían muchas ganancias con comerciantes de Holanda, de Florencia y de Venecia. Aunque no había querido demorarse tanto, surgió un viaje inesperado a Barcelona, donde compró para Isabel, entre otras cosas, varias obras de William Shakespeare y una novela de María de Zayas, que la Santa Inquisición veía con malos ojos. Estaba seguro de que a su esposa le gustarían estos regalos. Los apreciaría mucho más que las joyas que pudiera regalarle.

A él lo aguardaba un carruaje en Porto Pi. Al pasar por el arrabal de Santa Catalina, se percató de que los niños iban acumulando leña para la hoguera de San Juan. En alguna ocasión había estado en Ciudadela y en Barcelona para celebrar una noche que decían que era mágica. Decidió, mientras traspasaba la puerta de Santa Catalina, que ese día Isabel y él irían a ver una hoguera. El carruaje fue callejeando hasta llegar a su casa. Aunque amaba el mar, sintió una emoción extraña cuando el carruaje traspasó la puerta que daba a las caballerizas.

—¡Jesús, qué alegría que hayáis regresado ya! —dijo Carmen saliendo a la carrera cuando oyó a Bernat subir por las escaleras—. No os esperábamos hasta esta noche.

—Ya veo que me has echado de menos —respondió Bernat con una sonrisa—. ¿Y mi esposa?

—Claro que os hemos echado de menos, *vossa mercè* —exclamó Carmen cuando Bernat traspasó la puerta—, sobre todo mi señora. Deberíais haberla visto los primeros días, después de vuestra partida. Iba como un alma en pena por la casa.

—¿Cómo está? Cuando me marché llevaba varios días indispuesta.

A Carmen se le iluminó la cara.

—Mi señora tiene una noticia para *vossa mercè* que os alegrará —dijo emocionada, aunque enseguida se cubrió la boca con las manos.

Bernat la miró con asombro y entendió qué había querido decir la nodriza de Isabel.

—¿Tan pronto? —Dejó un bulto que llevaba colgado del hombro en el suelo.

—Sí, mi señora es una joven muy fuerte. Muy pronto tendréis un niño corriendo por esta casa.

—Es un verdadero milagro que haya sido tan pronto.

—Sí, yo ya estaba casi segura antes de que os marchaseis, pero no quise decir nada hasta tener la certeza. —Juntó las manos a la altura del pecho—. Le pedía todos los días a Nuestra Señora de Lluc que se produjera este milagro.

—¿Dónde está?

—Está descansando en su alcoba. Después de comer se toma una hora para relajarse. Con este calor que ya empieza a hacer es normal. —Viendo la duda en la expresión de Bernat se apresuró a decirle—. No temáis despertarla. Se encuentra perfectamente. Hace un buen rato que se acostó. Se alegrará de que hayáis regresado. No he conocido mujer más enamorada que ella. Tomaos vuestro tiempo. —Soltó una risita.

Bernat soltó un suspiro, agitó la cabeza e hizo como si no la hubiera escuchado. Rebuscó algo en el bulto de tela en el que llevaba varios paquetes. Le entregó el más grande a Carmen. Ella miró primero el paquete y después levantó la cabeza con lágrimas en los ojos.

—¿Qué es esto, *vossa mercè*?

—Un regalo que te traído por cuidar tan bien a Isabel.

—¿A pesar de ser una deslenguada sin remedio? No os teníais que haber molestado —dijo con un hilo de voz—. Isabel es como una hija para mí.

—Es una pieza de la mejor seda que hay en Holanda, para que os hagáis un sayo y un corpiño. Los podréis lucir cuando vayáis a misa los domingos.

Carmen sacó un pañuelo de la faltriquera de su falda.

—Os lo agradezco. Sois tan considerado conmigo...

Bernat asintió con la cabeza y se dio media vuelta.

—*Vossa mercè* —lo paró cuando empezaba a subir el primer escalón hacia el segundo piso—, yo no os he dicho nada. Haced el favor de mostraros sorprendido cuando ella os lo diga. Disculpad a esta vieja, pero me ha podido la emoción de veros.

Él soltó una carcajada.

—Si yo hubiera estado en tu lugar tampoco habría sabido guardar la noticia. —Carmen se encogió de hombros—. Te aseguro que sabré hacerme el sorprendido.

—Os vuelvo a agradecer vuestra gentileza. Hacéis por mi señora lo que toda madre querría para su hija.

Bernat llamó con los nudillos a la puerta de Isabel. Como ella no respondía después de haber insistido tres veces, entró en la alcoba. Observó cómo dormía y la placidez de su sonrisa. La luz se colaba por las rendijas de las contraventanas de madera y le daba un aspecto casi angelical. A su lado estaba Cupido, que levantó una oreja cuando se acercó a la cama. Soltó un ladrido, le chupó la mano y después volvió a posar la cabeza sobre las patas delanteras. De repente el estado de calma de Isabel se fue transformando y su respiración se entrecortó. Ella tensó el cuerpo y por último soltó un gemido prolongado. Se incorporó en la cama posando una mano en el pecho y tratando de recuperar el aliento. Se tocó las mejillas, que aún estaban enrojecidas.

—Tranquila, solo ha sido un sueño —repuso Bernat posando una mano sobre su hombro.

Isabel pegó un respingo y se giró hacia su esposo.

—¿Qué susto me has dado! ¿Hace mucho que has llegado?

—No era mi intención asustarte. Cualquiera diría que no te alegras de verme.

Isabel se apresuró a negarlo con la cabeza.

—¿Cómo puedes pensar eso? Me has asustado porque no sabía que ya habías regresado. Te esperábamos para cenar.

—El viento ha sido propicio y hemos llegado antes.

Bernat prefirió no preguntar qué clase de sueño había tenido para que la hiciera gemir de aquella manera. Respetó esa intimidad de ella.

Isabel advirtió cierto reparo en su expresión. Buscó su mano y la entrelazó con la suya para posarla sobre su vientre.

—Claro que tenía ganas de que regresaras. Tengo una noticia que darte.

Como le había dicho a Carmen, fingió que no sabía nada.

—¿Sí, de qué se trata?

Ella se mordió un labio y bajó la cabeza.

—Estoy encinta. Ya son casi tres faltas.

Los labios de Bernat se alargaron y abrió los ojos de par en par. Aunque ya sabía que ella estaba embarazada, le pudo la emoción cuando lo escuchó de labios de Isabel.

—¿Me estás diciendo que vamos a tener un hijo?

—Sí, si Dios quiere, nacerá para finales de año.

Bernat la abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Me has hecho el hombre más feliz de la Tierra. Tenemos que celebrar esta buena noticia.

—Le he dicho a Roser que prepare para esta noche un lechón, como a ti te gusta.

—¿Qué te parece si lo celebramos en una playa? En muchos sitios se hacen las hogueras de San Juan.

—Pero todas se hacen fuera de Ciutat. Cerrarán las puertas y no podremos entrar.

—No hay que preocuparse por esas menudencias. Te prometo que esta noche no querrás regresar a Ciutat. Iremos a la playa de Portixol. Dormiremos en una posada.

A Isabel le entusiasmó la idea. Se levantó de un salto, aunque enseguida tuvo que sujetarse en Bernat porque notó cómo se mareaba.

—¿Estás bien? Soy un desconsiderado, porque no te he preguntado cómo te encuentras.

—Estoy bien, aunque a veces se me olvida que tengo que tomarme las cosas con más calma —dijo cuando todo lo que había a su alrededor dejó de dar vueltas—. Ahora le digo a Roser que prepare comida para cenar fuera de

casa.

—Espera —Bernat la tomó de una mano y le hizo un gesto con la cabeza para que volviera a sentarse en el lecho—, siéntate. Te he traído unos regalos.

Isabel esbozó una sonrisa. Ambos se observaron en silencio. Ella seguía pensando de él que era un excelente esposo, aunque ninguno de los dos estuviera enamorado del otro. Qué diferente habría sido su vida si él la quisiera a ella y si Isabel correspondiera a su amor. Su felicidad sería completa.

—¿Has encontrado alguna edición de *El mercader de Venecia*?

Bernat asintió con la cabeza al tiempo que empezaba a sacar paquetes del bulto de tela que le fue entregando a Isabel.

—También he encontrado una novela de amor de María de Zayas que creo que será de tu agrado.

Isabel no podía dar crédito a todas las obras que le había traído Bernat. Contó diez ejemplares, aunque como había supuesto él, tomó la novela de su escritora favorita con verdadera adoración. Se levantó de nuevo y fue hasta su secreter, de estilo Luis XIII, donde tenía la tinta y una pluma. Mojó la punta de la pluma y escribió en la primera página su nombre y la fecha: *Esta novela pertenece a Isabel Vallespir i Despuig, marquesa de Vivet, 23 de junio de 1686.*

—Ha merecido la espera —dijo Isabel llevándose la novela al pecho.

—Tú también me has hecho el mejor regalo que podría tener. —Se acercó a ella para darle un beso en la mejilla.

—Venga, vamos a celebrar que vamos a ser padres.

Mientras ella se acercaba a la cocina, Bernat llamaba a Antoni para que a media tarde tuviera listo el carruaje.

Como le había pedido Isabel, Roser había preparado una variedad de embutidos y quesos para esa noche, unas frutas confitadas, unos cuartos que acababa de sacar del horno y había envuelto dos hogazas grandes de pan en un paño de algodón. También había metido en una cesta unas cocas de sardina y unas cocas dulces de piñones y cabello de ángel, que había hecho esa misma mañana.

A media tarde salieron de casa. Isabel iba sentada junto a Carmen y Maribel, la criada, y Bernat se había acomodado frente a ellas. Antoni iba en el pescante junto al cochero. Cuando cruzaron la Porta des Camp y dejaron atrás el bastión del príncipe, Isabel sacó medio cuerpo por la ventanilla. Esa

tarde el cielo se había teñido de nubes anaranjadas. Carmen no recordaba haber visto ese cielo más que en una ocasión. Apartó las imágenes de aquella noche, porque si bien la vida le había dado lo que más quería, también le había arrebatado otras.

—*Vossa mercè*, ¡cuántas veces os tendré que decir que debéis comportaros como la señora que sois!

—Ay, Carmen, si nadie puede verme. Deja que sienta el viento en la cara.

—Una señora sabe cómo debe comportarse. No es cuestión de que alguien os vea, es cuestión de que debéis mantener la compostura en cualquier momento.

Bernat soltó una carcajada.

—No deberíais reírle estas cosas, *vossa mercè*, y más cuando está esperando un hijo.

Isabel no hizo caso a las palabras de su nodriza. Por un día quería volver a ser esa niña que dejó en Petra cuando se marchó de la casa de su *senyora avia*.

Llegaron a la playa de Portixol cuando el sol aún no se había escondido en el horizonte. En el centro de la playa los pescadores habían preparado una gran hoguera. Un criado ayudó a bajar en primer lugar a Isabel y después a Carmen y a la criada. Al tiempo que la nodriza tendía una manta sobre la arena para que Isabel pudiera sentarse, Bernat iba hasta una de las posadas del pueblo para pagar dos habitaciones para esa misma noche.

En la playa los niños iban y venían cargados de leña. Los más mayores iban clavando antorchas en la arena porque esa noche era la segunda en la que la luna no saldría. Isabel sonreía al ver la emoción pintada en sus caras. Le habría gustado ser parte de ellos para unirse a la fiesta que se respiraba desde que habían llegado. Una niña de unos seis años se acercó hasta donde estaba sentada.

—¿Cómo te llamas?

Carmen la miró con disgusto porque no guardaba las formas con su señora. Isabel entendió el pesar de Carmen y le quitó importancia con un gesto de su cabeza. Por una noche no estaba mal ser una más en la playa.

—Isabel. ¿Y tú?

—Catalina.

—Así se llamaba mi madre.

—¿Ya no tienes madre?

—No. —Tragó saliva y se abrazó las piernas—. Dime, ¿qué se hace esta noche? Es la primera vez que vengo.

La niña se sentó a su lado y cruzó las piernas.

—A medianoche se enciende la hoguera y mi hermana dice que hay que quemar todo lo malo. Yo no me acuerdo muy bien cómo se hacía porque era muy pequeña. Las llamas llegan hasta el cielo. —A medida que iba hablando, los ojos se le iban detrás de toda la comida que iba colocando Maribel sobre la manta—. También pedimos deseos, pero no se lo tienes que decir a nadie, porque si no no se cumplen. Y después nos mojamos los pies en la orilla de la playa. Yo ya sé qué deseo voy a pedir. —Se relamió los labios cuando Maribel sacó las cocas dulces.

Isabel la observó con detenimiento. Se imaginó cómo sería la cara de ese hijo que estaba esperando y si tendría el desparpajo de Catalina. Tal vez en unos años su hijo también viviría la emoción de este momento como lo hacía la niña.

—¿Te apetecería cenar con nosotros?

La niña volvió a relamerse los labios y asintió con la cabeza.

—¿También puede venir mi hermana?

—Claro que sí, y tus padres.

Catalina se levantó de un salto y corrió hasta el otro extremo de la playa, donde había una niña más mayor que ella.

—*¡Vossa mercè*, no sabéis qué habéis hecho! Ahora vendrán muchos más.

—¿Y qué más da? Compartiremos lo que tenemos. Hay suficiente comida.

—¿Para todos? Os quedaréis sin cenar y ahora debéis alimentaros por dos.

Como le había advertido su nodriza, una decena de niños y de niñas se sentaron cerca de la manta. El que no se relamía los labios, se comía las uñas, y el que no se retorció la camisa que llevaba.

—¿Vosotros también queréis cenar con nosotros?

El coro de niños asintió.

—Compartiremos lo que ha preparado mi cocinera.

Una mujer entrada en carnes se acercó hasta ella.

—Ruego que disculpéis a mis dos hijas, *vossa mercè*. No estamos acostumbrados a que nos visite una señora grande de Ciutat.

—No te preocupes. No están molestando. Las he invitado yo a cenar — señaló a los demás niños—; y a ellos también. Mi cocinera ha preparado demasiada comida. Si no te importa, me gustaría compartir lo que hemos

traído con vosotros, claro.

La mujer se arrodilló frente a Isabel y besó sus manos.

—Sois muy amable. Será un honor, aunque nuestra cena es muy modesta. Nosotros íbamos a comer unas sardinas en salazón con pan, como siempre hemos hecho en esta noche —se disculpó bajando la cabeza.

—Estupendo. A mi esposo y a mí nos gustan mucho las sardinas.

La noticia de que unos señores grandes de Ciutat compartirían la cena con ellos corrió de boca en boca entre todos los que se habían acercado a la playa. Las mujeres empezaron a llevar lo que habían preparado para cenar. Isabel advirtió que la mayor parte de ellas no tenían más que unas sardinas y pescado en salazón que llevarse a la boca. Para cuando llegó Bernat, casi toda la gente había hecho un corro alrededor de la manta en la que estaba sentada Isabel. La noche se les había echado encima cuando Maribel fue repartiendo rebanadas de pan con queso y embutido para los mayores y las cocas las iba dejando para los más pequeños.

Una mujer mayor y desdentada se acercó a Isabel cuando ya no quedaban ni las migas.

—¿Me permitiríais sentarme a vuestro lado, *vossa mercè*?

—Claro.

—No sabemos cómo agradeceros que os hayáis acercado a celebrar esta fiesta con nosotros.

—No tenéis que agradecer nada. Mi esposo y yo estamos disfrutando de la noche. Es la primera vez que vengo a esta fiesta. —Señaló a la niña que jugaba a saltar las olas de la orilla—. Catalina me ha dicho que los deseos que se piden esta noche se cumplen.

La mujer posó su mirada en la de ella.

—¿*Vossa mercè* también pedirá un deseo? ¿Cómo es eso posible?

—¿Te extraña que yo también tenga deseos? —preguntó con asombro.

—No me entendáis mal, *vossa mercè*, pero siempre pensé que una señora grande tenía todo cuanto podía desear.

Isabel suspiró.

—Sí, yo también los tengo. Nadie está libre de ellos.

—Ojalá se cumplan los vuestros.

Isabel asintió.

Catalina interrumpió la conversación de las dos mujeres.

—¡Abuela, vamos a encender la hoguera! ¡Tienes que venir, y tú también,

Isabel...! —se llevó una mano a la boca—. Lo siento, se me ha olvidado que hay que llamarla *vossa mercè*.

—Hoy para ti soy Isabel.

Bernat le ofreció la mano para que se pudiera levantar.

—¿Preparada para celebrar la noche más mágica del año?

—Sí. Ya sé qué quiero pedir.

Un hombre que llevaba una antorcha en la mano se acercó hasta ellos.

—*Vossas mercedes*, ¿nos harían el honor de encender la hoguera? —le preguntó a Bernat.

—Mi esposa y yo la encenderemos con mucho gusto.

Tras acercar la llama de la antorcha a unas ramas secas de olivo, la hoguera fue prendiéndose. El fuego resultaba hipnotizador para Isabel. Ni siquiera oyó la primera canción que los niños empezaron a entonar alrededor de la hoguera. Pronto se sumaron los más mayores. Catalina la agarró de la mano para que se sumara al corro. Isabel perdió la cuenta de las veces que Carmen le dijo que tenía que descansar, dado su estado. No obstante, ella siguió dando vueltas y vueltas hasta que las llamas se fueron consumiendo.

Había llegado el momento de pedir un deseo en la hoguera, como hacían todos los que había en la playa. Isabel cerró los ojos y lo primero que le vino a la mente fue Biel. Deseó poder compartir con él no solo las noches, sino también algunos de sus días. Quería saber cómo era despertarse en brazos de la persona que amaba. Después de lanzar su deseo a las llamas sufrió un escalofrío. Entonces tuvo la sensación de que ese deseo se cumpliría.

Capítulo 20

A medida que voy caminando por la ciudad, hay un pensamiento que no deja de darme vueltas en la cabeza. Sé que en algún lugar hay una Isabella que ha amado mucho más que yo, que ha querido con intensidad, como también sé a ciencia cierta que en estos momentos no es mi yo del presente, ni siquiera la que estuvo con Salva. No sé dónde se quedó, pero deseo salir de esta habitación en la que yo misma me he metido. Y lo peor de todo es que tiré la llave con la idea de que fuera Salva quien la recuperara. Sin embargo, ahora también sé que no es él quien tiene que rescatarme, sino que me corresponde a mí salir de esta burbuja.

A media tarde llego a mi casa. Lo primero que hago es mirar si tengo mensajes en el contestador. Romina se ha puesto en contacto conmigo tres veces y quiere darme su visión de los hechos. No me interesa lo que tenga que decirme y lo borro todo. También me ha llamado Carmen preocupándose por mí. No les respondo a ninguna de las dos porque no tengo ánimos para escuchar sus estúpidas excusas. No es ahora cuando necesito que me digan la verdad, lo necesitaba cuando Salva me dejó. Me siento defraudada con ellas. Me han fallado. Necesito alejarme de Carmen y de mi hermana durante unos días para reflexionar.

Saco un rato a Eros por el parque de la Valvanera. A estas horas de la tarde ya ha oscurecido y solo hay dos chavales con bicicletas. Por lo general suelo jugar con mi perro cuando voy al parque, pero esta tarde no me apetece. Él entiende que no tengo ánimos para lanzarle la pelota para que vaya a recogerla. Se ha tumbado a un lado del banco donde estoy sentada y no me quita ojo de encima. Gime para llamar mi atención, para que no me guarde toda la frustración que siento en estos momentos. No me equivoco si pienso que mi perro es el mejor psicólogo que podría tener porque siempre sabe lo que necesito.

—Se acabó, Eros. Ahora voy a luchar por mí —mi perro parpadea dos veces. Me alegro de estar prácticamente sola en el parque, porque alguien podría tacharme de loca por hablar con un perro—, ya es hora de levantarme

y volver a ser la que era, esa Isabella que amó un día, la que veo en mis sueños. La *nonna* me ha *prohibido* que esta noche piense en Salva. Quiere que me divierta y que saque a la Isabella que necesita ser amada.

Durante media hora me desahogo con él. Estos tres años me culpaba por no haber hecho lo suficiente con nuestra relación, por no haber sabido darle lo que necesitaba. Pero lo que más me jode de todo esto es que Salva tenía pensado separarse de mí antes de marcharse y que no fue un calentón sin más. Fue un cobarde por no afrontar el problema cuando tuvimos la ocasión. Tengo que reconocer que me alegro de que mi abuela haya tenido el valor que no han tenido mi hermana y Carmen.

Regreso a casa con la sensación de haberme quitado ese sentimiento de culpa que llevaba pegado a mí desde hace demasiado tiempo. Aparco el tema de Salva por unas horas, como me ha pedido mi abuela. No quiero pensar en él en lo que queda de día, puede que sea por más tiempo. No me merezco que piense más en él.

Subo a mi habitación para arreglarme. Abro el armario en busca de algo decente que ponerme. Todos los vestidos monos que tenía se me han quedado grandes. Ahora uso dos tallas menos que hace tres años. Necesito renovar mi vestuario con urgencia. Después de sacar todo lo que tengo y dejarlo encima de la cama me doy cuenta de que en estos tres años solo he comprado pantalones vaqueros y camisas anchas. No quiero darme por vencida tan pronto y me animo a arreglar un vestido negro de punto que no necesita muchos retoques. Tras meter las costuras de los laterales con unos alfileres y pasarlo después por la máquina de coser, vuelvo a probármelo delante de un espejo de cuerpo entero. Me gusta el resultado. Echo un vistazo al reloj de la cocina. Aún me quedan treinta minutos para maquillarme, eso suponiendo que Biel se presente. Por último me pongo el colgante que me ha dejado mi abuela. Como a ella, me hace juego con los ojos azules.

Eros se pone a ladrar cuando faltan tres minutos para las nueve porque alguien ha tocado el timbre de la calle. Noto un pellizco en el estómago y las piernas me tiemblan. Estoy más nerviosa de lo que me gustaría. Me miro de nuevo en el espejo del cuarto de baño y decido en el último momento dejarme el pelo suelto.

Abro desde arriba la cancela para que entre. Miro por la ventana de mi habitación y desde ahí le digo:

—Has llegado sin ningún problema.

Biel alza la cabeza. No sé cómo ha sabido dónde vivo, pero me alegro de que esté en la puerta. Se me queda mirando.

—Aquí me tienes, tal y como dije —me suelta.

—Ya lo veo.

—¿Estás preparada para pasar la mejor noche de tu vida?

—Lo dices como si fueras lo mejor que podría pasarme.

—Puede que no vayas tan desencaminada.

—¿De verdad lo crees?

—Te lo preguntaré cuando acabe la noche.

—Para tu información, te queda mucho para sorprenderme.

—No tanto. Tres horas serán suficientes.

Contengo un suspiro. Me pregunto por qué he aceptado cenar con él. En realidad sí que lo sé, aunque trate de ocultarlo, aunque me lo niegue a mí misma. Hay algo en Biel que me atrae y tengo curiosidad por saber adónde nos puede llevar esto. No se puede decir que sea amor, pero me siento bien cuando estoy a su lado.

—Ahora salgo. Dame dos minutos más.

Él se limita a asentir con la cabeza.

Bajo la escalera con los zapatos en la mano. El tobillo apenas me ha molestado hoy, por lo que voy a ponerme el regalo que me hizo Carmen para mi treinta cumpleaños, unos *stilettos* rojos de diez centímetros de tacón. Hace años que no me los ponía y esta noche me parece perfecta para volver a calzarme unos zapatos que estilizan mis piernas. Antes de abrir la puerta, observo mi imagen en la fotografía que he dejado abandonada en la entrada y trago saliva.

—No voy a ser esa chica otra vez. Hoy empieza una nueva etapa, soy una Isabella diferente —le digo a *Eros* con la mano en la manija. Le doy un abrazo—. Deséame suerte.

Él suelta un ladrido cuando le doy un beso en la cabeza y agita la cola con entusiasmo.

Le pego un último vistazo a la fotografía, porque no voy a pensar en mí yo de cuando tenía diecinueve años. Me marcho de casa pegando un portazo.

Biel se me queda mirando de arriba abajo cuando salgo a la calle. Ambos nos quedamos callados, sin saber qué decir. Avanza hasta mí los dos metros que nos separan y me da dos besos en la mejilla. Alarga este primer contacto y puedo sentir su aliento llegar hasta mi boca. Se me erizan los pelos de la

nuca.

—Esta noche te has soltado la melena —me susurra en el oído.

Cuando nos separamos le pego un repaso como él ha hecho conmigo. Debo decir que lleva unos pantalones vaqueros que se ajustan a sus piernas y caderas como si fueran una segunda piel. Me sorprende la camisa que ha elegido, no porque lleve un dragón en color rojo en la espalda, sino porque le marca los músculos de los brazos. Tengo que cerrar los ojos para respirar con calma. En estos momentos sería capaz de tirarme a su cuello y cometer una locura.

¡Dios! ¡Cuánto me ha costado darme cuenta de lo bueno que está!

—¿Impresionada por lo que ves? —me pregunta.

Cuando vuelvo a abrir los párpados él esboza una sonrisa divertida. Se ha apoyado en un pilar de la puerta de mi casa con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—Cada vez tengo más claro que tienes un problema muy grave con tu ego.

—Venga, reconoce que te gusta lo que tienes delante, aunque sea solo un poquito.

—Sigue soñando. —Me doy media vuelta para volver a entrar en casa. Se me ha olvidado coger un pañuelo—. Lo dicho, tu problema es más grave de lo que pensaba.

Saco las llaves del bolso para abrir la puerta.

—Tienes poco sentido del humor. —Suelta una carcajada.

—Me gustaría saber dónde está el chiste, porque yo no le encuentro la gracia.

Lo miro por encima del hombro.

—Pensaba que te gustaba el riesgo, pero ya veo que me he equivocado contigo.

Suelto un bufido, exasperada. Su aspecto puede ser angelical, pero tiene la lengua tan afilada como la de un demonio. Me giro de nuevo y mi nariz choca contra su pecho. Aunque no quiero hacerlo, huelo su perfume y se me cuele por cada poro de mi piel. Llega hasta una zona de mi cerebro que anula la poca voluntad de marcharme que tenía hasta hace unos segundos para coger un pañuelo. Alzo el mentón y me encuentro con su mirada, un azul que en estos momentos me parece un mar embravecido. Sé que es una mala idea seguirle el juego, porque temo que podría quemarme, así que le pregunto:

—¿Por qué?

—¿Te estás rajando?

—No, solo iba coger un pañuelo. Soy muy friolera. No tardo nada.

Como le he comentado, regreso en menos dos minutos.

—¿Dónde vas a llevarme a cenar?

—He reservado en el Nozomi Sushi Bar. Me gustan especialmente el *nigiri* de salmón braseado y el *usuzukuri* de pulpo.

—Yo no soy tan exquisita. Me conformo con unos maquis de salmón y un tartar de atún con mucho *wasabi*. Me encanta el picante.

—Eso lo puedes encontrar en cualquier supermercado. Si te fías de mi criterio, te aseguro que en Valencia es difícil superar ese *usuzukuri* de pulpo.

—Está bien. Probaré eso que dices. ¿A qué hora has reservado?

—A las nueve y media. No sé si te apetece, pero he pensado que podemos ir paseando. Hace una noche agradable.

Miro mis zapatos de tacón.

—¿Dónde queda el restaurante?

—En la zona de Ruzafa.

Calculo que por lo menos hay media hora caminando. En otro momento no me habría importado, pero con unos *stilletos* de diez centímetros no creo que mi paseo sea lo que se dice agradable, y más después de haber estado años sin ponérmelos.

—Mejor vamos en coche. Si quieres, vamos en el mío.

—No, esta noche eres mi invitada. Mi coche está aparcado a dos calles de aquí.

—Como quieras.

Biel posa una mano en mi espalda y puedo sentir cómo su calor traspasa la tela de mi vestido. Contengo un suspiro.

—¿Siempre te tomas tantas confianzas con las chicas que llevas a cenar?

Retira la mano.

—¿Te molesta? Según tú, ya hemos traspasado la línea.

Inspiro con calma. No sé cómo he aceptado esta cita con él. Tengo que estar loca.

—Eso no te da derecho a que te tomes ciertas licencias.

Él asiente con la cabeza.

Como ha dicho, caminamos dos calles, mirándonos de reojo cada pocos pasos. Llegamos a un edificio en el que están reformando la fachada.

—¿Me esperas aquí o subes a casa? Me gustaría enseñarte algo. Serán tres

minutos.

—Te espero aquí —contesto sin mirar.

—¿Tienes miedo de subir?

—No, porque sea lo que sea lo que estás pensando, no va a ocurrir.

Aunque no pueda verle la cara, sé que está sonriendo.

—Eres una mal pensada.

—Dime que tú no has pensado en lo que podría ocurrir.

—No, no necesito llevarte a mi casa para hacer lo que se supone que estás pensando.

—Prefiero esperar aquí.

—Es una lástima. Tengo una fotografía que igual te gustaría ver.

—¿Una foto? —Busco su mirada en la oscuridad.

—Sí, pero en esta ocasión estás tumbada sobre una tumba.

Contengo el aliento porque sé a qué se refiere. Fue aquella misma tarde, pero de noche, cuando cerraron el cementerio. Yo solo llevaba unas braguitas. Salva me fotografió desde atrás al tiempo que yo miraba a cámara. Tengo los brazos estirados por detrás de la cabeza y mi cuerpo se contonea hacia un lado. Recuerdo que él me pidió una pose sensual y yo me mordí el labio inferior.

—¿Cómo la has conseguido?

—Hace años que la tengo.

En su gesto advierto un rastro de dolor, que desaparece enseguida.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—De momento seguirá colgada en mi habitación. Me parece una fotografía conmovedora.

—¡Ya!

—¿Te sorprende que una fotografía me pueda parecer bella? —Se acerca a mí y siento su aliento cerca de mis labios—. Te voy a contar un secreto: aunque lo desees tanto como yo, no te voy a besar esta noche. Y créeme, tus ojos me dicen cuánto lo desees. Así que puedes estar tranquila con esta cita. No va a ocurrir nada. No te preocupes por lo que no va a pasar.

Me deja sola, temblando de arriba abajo por lo que me ha susurrado en el oído. Antes de que me dé cuenta, Biel está otra vez abajo.

—Deberías relajarte. Solo vamos a ir a cenar. Nada más. Ahora dime, ¿vas a seguir a la defensiva toda la noche? —Lo miro a los ojos. Me doy cuenta de que lleva razón, de que estoy tensa.

—Solo te puedo prometer que esta noche intentaré disfrutar.

—Me vale con eso. Es una cita. No nos estamos prometiendo amor eterno ni tampoco vamos a casarnos.

Evito mirarlo a los ojos y me muerdo la mejilla. Dejo pasar el tema de Salva porque necesito saber si fue con él con quien me acosté en Madrid.

—¿Nos vamos?

Asiento con la cabeza y dejo que me lleve hasta su coche. Me abre la puerta del copiloto para que me suba.

—¿De verdad que no te acuerdas? —Quiero saber después de unos segundos de tenso silencio.

—Me acordaría si hubiera pasado.

—A ver, no me entiendas mal. No es que quiera volver a repetir...

—A mí no me habría importado repetir de haber ocurrido —me corta.

—No sé por qué te empeñas en negar lo que pasó aquella noche en Madrid.

—¿Madrid? Hace muchos años que no piso la ciudad.

Niego con la cabeza. Todo sería más fácil si aún tuviera su perfil activo en Badoo, porque si no es él, ¿quién diablos es Gabriel?

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Completamente en serio. Estos últimos tres años he estado viviendo en Barcelona. Hace un mes y medio que regresé a casa.

—¿Tienes algún hermano gemelo? —Me encojo en el asiento del coche.

—No. Solo tengo dos hermanas.

Cada vez entiendo menos, o es que quizás me estoy volviendo loca. Sé lo que pasó aquella noche.

—Me dijo que se llamaba Gabriel. —No quiero dejarme llevar por los recuerdos de lo que pasó aquella noche, pero están muy vivos.

—Pues te aseguro que no fui yo.

Agito la cabeza y de repente me doy cuenta de un detalle que se me había pasado por alto.

—¿Tu nombre es Gabriel?

—Sí, Biel es un diminutivo. En Mallorca es un nombre muy común. Solo me llama así mi abuela paterna.

Suelto un suspiro de apuro y el asiento donde estoy sentada no es lo suficientemente grande para desaparecer. Ahora entiendo cuando me dijo que su nombre pertenecía a uno de los cuatro arcángeles. Cierro los ojos y trago saliva. Noto que mis labios se quedan sin color. Me siento muy estúpida.

—¡Dios! ¡No me estás mintiendo!

—No me gusta hacerlo.

Dejo que conduzca en silencio mientras yo no dejo de preguntarme una y otra vez con quién diablos me acosté.

—Y sabiendo que entre tú y yo no ha habido nada, ¿por qué me has invitado a cenar?

—Porque tenía curiosidad por ver esa cara que has puesto ahora. —Esboza una sonrisa—. ¡Dios, deberías ver cómo frunces el ceño y cómo aprietas las manos!

—Eres un capullo.

Se sonrío.

—Tú tampoco lo pones fácil —me responde frenando el coche junto a un hueco que queda libre en la calle—. Ya hemos llegado. Justo a la hora.

Caminamos en silencio hasta el restaurante. Abre la puerta y deja que sea yo quien entre en primer lugar. Para ser un domingo por la noche, el restaurante está lleno. Un camarero se acerca hasta nosotros con una sonrisa amable en los labios.

—Teníamos una mesa reservada para dos a nombre de Biel Bonnín.

Siento un escalofrío al escuchar su nombre y me pregunto dónde he oído antes ese nombre. Sé que no fue en Madrid, no fue el nombre que le dio al recepcionista. Me quedo observándolo por un segundo.

El camarero nos conduce hasta la única mesa libre y me retira la silla. Enseguida nos trae dos cartas. Yo me llevo un dedo a los labios y no puedo evitar mordirme una uña.

—¿Qué te preocupa? —me pregunta cuando dejo la carta sobre la mesa.

Lo miro a los ojos.

—¿Quieres saber la verdad?

—Por supuesto. Lo quiero saber todo de ti —me suelta con voz ronca—. No te habría invitado de no ser así.

—Siento que nos hemos conocido a destiempo, que nos hemos encontrado en un mal momento.

Él niega con la cabeza.

—No hay malos momentos. Nos hemos conocido en el mejor momento. Aun así, si piensas que esta cena es una equivocación, puedes marcharte. Te aseguro que no volveré a insistir en lo de ser amigos.

Siento que no se está marcando ningún farol, que lo dice en serio.

—No, no quiero hacerlo, pero antes de empezar necesito que sepas algo de mí —mientras hablo no deja de mirar mis labios. Trago saliva y estrujo la tela de mi vestido. Inspiro con calma antes de soltarle cuál es mi situación. No deseo empezar nada con mentiras—: aún soy una mujer casada... bueno, eso creo.

Él abre los ojos como platos.

—¿Cómo es eso? ¿O eres una mujer casada o no?

—Es complicado. —Noto que mi boca se queda seca—. Hace tres años mi marido se marchó a Sudán a hacer el reportaje de su vida. Se fue en un momento delicado para nosotros. Salva no me lo dijo, porque esto lo supe más tarde, pero su intención era entrar en contacto con el Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán para llevar su mensaje al mundo. Sin embargo, el tiro le salió por la culata. Según la versión oficial, Salva desapareció del mapa un día antes de regresar. Se cree que fue secuestrado, pero nadie ha pedido un rescate por él. El gobierno español intervino, aunque al no haber tenido noticias de nadie, la cosa se paró. Llevo tres años esperando a que regrese, todos los días confío en que aparecerá para poder pasar página y... —Bajo la cabeza porque lo que más me duele no es ya que no me quisiera, sino lo que le dije cuando se marchó.

—¿Y?

El camarero viene a tomarnos nota. Para mí supone un alivio que nos haya cortado en estos momentos. Me tiemblan hasta las pestañas.

—¿Te apetece que pida vino blanco? —me pregunta.

—Por mí no lo hagas. Prefiero una Fanta de naranja. El alcohol no me sienta bien.

—Para mí una copa de vino de la casa. —Abre la carta para pedir—. ¿Te fías de mi criterio?

—Me fío —respondo.

Él asiente cuando esbozo una sonrisa.

Cuando el camarero se va, él me mira. Sigue esperando a que yo continúe.

—Cuando se marchó, antes de cerrar la puerta, yo le dije que no regresara nunca —se me quiebra la voz y tengo que hacer un esfuerzo por no terminar llorando.

—¿Te culpas porque no haya regresado?

Busco en ese mar la calma que tanto necesito ahora. En su mirada descubro el dolor que tantas veces he sentido estos años y esto me acerca un

poco más a él, me siento que no estoy tan sola como yo pensaba.

—Sí, me he culpado durante mucho tiempo, pero fue él quien decidió marcharse. No encontró motivos para quedarse.

Nos quedamos callados.

—¿Le quieres?

Pienso en lo que me ha preguntado. El pasado ya no existe. Estoy preparada para el futuro. Puedo asumir que me he equivocado una vez, incluso dos veces con el tema del amor, pero no caeré una tercera vez.

—No, no, ya no le quiero. Le quise, pero ya no. Creo que dejé de amarle antes de que se marchara, pero no me había dado cuenta hasta hoy.

El camarero regresa con el vino. Abre la botella y nos la sirve. Biel toma un trago y permanece en silencio.

—¿No te importa?

—¿El qué? —desea saber.

—Que puede que sea una mujer casada.

—Si regresara, ¿qué harías? ¿Volverías con él?

—No. Ya no.

Han sido tres años largos, pero no pienso desaprovechar ni un segundo más.

—En respuesta a tu pregunta anterior te diré que no encuentro motivos para marcharme. —Relaja los hombros.

Me marco una sonrisa grande y siento que mis ojos se me humedecen porque me siento liberada.

Capítulo 21

Días después de la noche de San Juan se trabajaba sin descanso en la casa de Bernat e Isabel para cerrarla en los meses de verano. En unas horas partirían para la *casa de possessió* que la familia de Bernat tenía en Valldemossa. Ese año el calor había llegado antes, en la última semana de junio, y las familias más pudientes se preparaban para veranear fuera. Tras empacar baúles y cargar dos carros, a Bernat e Isabel les esperaba un largo trayecto.

La noche anterior a la partida, los sueños de Isabel eran agitados. Biel hacía un rato que se había marchado de sus brazos. Hacía mucho calor y el camisón se le pegaba como una segunda piel. Tenía la boca seca y la respiración entrecortada. Abrió los ojos empapada en sudor. Cupido alzó una oreja cuando advirtió que Isabel se levantaba del lecho. Tenía un mal presentimiento y prestó atención al silencio de la noche. Corrió hacia la ventana para refrescarse con el relente de la madrugada. Se adivinaban los primeros rayos de sol en el cielo. Oyó entonces que algo se estrellaba en el suelo y se rompía en muchos pedazos. El ruido había venido del piso de abajo, puede que del salón principal. Salió de su alcoba con Cupido pisándole los talones y se recogió los bajos del camisón para no tropezarse con él. Antes de alcanzar la escalera oyó un grito que la desgarró por dentro. Le parecía que era de Bernat, pero no podía asegurarlo. Encontró a Carmen y a Antoni abrazados en la puerta de la cocina y a Maribel detrás de ellos. En cuanto advirtieron su presencia, la nodriza y el criado se separaron.

—¿Qué sucede? —quiso saber Isabel con la voz entrecortada y mirando hacia la puerta del salón principal.

Antoni salió hacia la otra parte de la casa y pegó la oreja a la puerta del salón principal.

—*Vossa mercè*, será mejor que regreséis a vuestra alcoba —dijo Maribel con temor.

La criada miró hacia la parte del pasillo de donde había surgido el grito. Antoni se apartó de la puerta, atemorizado.

—Pero ¿qué está pasando? —insistió en preguntar Isabel.

Carmen la tomó de un brazo y la llevó de nuevo hasta la mitad de la escalera, sin dejar de mirar hacia atrás.

—Ya nos encargamos nosotros, *vossa mercè*. En vuestro estado es mejor que os acostéis de nuevo.

Se oyó de nuevo algo contundente que caía al suelo, seguido de unos gritos. Bernat estaba maldiciendo en voz alta. Cupido soltó un ladrido hacia el pasillo. Isabel lo agarró de la correa para que se quedara a su lado.

—¿Qué le pasa a mi esposo?

—Es mejor que esta noche vuestro esposo esté solo. —La criada se acercó hasta ellas—. Mañana volverá a ser otra persona, volverá a ser el amo de siempre.

—No es la primera vez que le ocurre esto, ¿verdad? —preguntó a tenor del miedo que se dibujaba en el rostro de la criada.

Maribel negó con la cabeza.

—No, pero al día siguiente se le olvida y vuelve a ser el de siempre.

—Tengo que ver qué le pasa.

Isabel advirtió que Maribel se mordía el labio inferior y se retorció el delantal con nerviosismo.

—Señora, os lo suplico, no lo hagáis. —La detuvo cuando Isabel se encaminaba hacia el salón principal.

—¿Pero qué le pasa? Habla sin temor.

Maribel temblaba de pies a cabeza.

—Vuestro esposo... él es un amo muy bueno y nos trata muy bien —bajó la cabeza para no mirarla a los ojos—, pero a veces le gusta estar a solas con una jarra de vino. Empieza con dolor de cabeza y dice que es lo único que le alivia.

—La última vez estuvo Antoni con él —soltó Carmen.

—¿Cómo es eso de que estuvo con Antoni? ¿Cómo sabes tú eso?

Carmen señaló con la cabeza a Maribel.

—Se lo he comentado yo, *vossa mercè* —dijo con la cabeza gacha—. No crea que soy una chismosa...

—Lamento si me he tomado la licencia de preguntar, pero no sabía qué estaba pasando —respondió Carmen ante la turbación de Maribel—. Es que esos gritos nos han asustado.

—*Vossa mercè*, me pasé una noche encerrado junto a él en el salón

principal —repuso Antoni—. Decía que tenía algo dentro de la cabeza que no lo dejaba pensar. Se la oprimía con las manos y se daba cabezazos contra la pared. Lo único que le aliviaba eran el vino y el brandi. Después de toda una noche profiriendo gritos, vuestro esposo se desmayó. Cuando despertó no se acordaba de nada.

Las puertas del salón principal se abrieron de par en par y una hoja golpeó en la pared. El criado fue hasta el salón, al tiempo que Bernat salía al pasillo. Se tuvo que sujetar a Antoni para no caer redondo al suelo. El criado lo llevó hasta donde estaban las tres mujeres. Lo apartó de malos modos y Antoni se quedó al lado de Maribel.

—¿Quién me ha escondido el brandy? —gritó—. ¿Por qué todos estáis en mi contra?

Alzó el mentón y se encontró con que Isabel lo observaba desde la escalera. Cupido gruñó y se puso en alerta. Isabel lo pegó a su cuerpo para que el perro se mantuviera quieto.

—Calma, Cupido. —Isabel le acarició la cabeza—. No pasa nada.

—Aparta a ese perro de mi vista.

Isabel negó con la cabeza. Lo miró como si no lo conociera, como si ese no fuera el hombre con el que se había casado. Desde que se habían dado el sí quiero, Bernat se había mostrado siempre respetuoso, mucho más que cualquier persona que conociera. No entendía muy bien a qué venía aquel cambio en él.

—No, te ruego que te tranquilices. No es propio de ti mostrarte ante los criados de esta manera. ¿Tienes dolor?

—Sí, la cabeza me va a explotar porque son todos unos chismosos. ¿No oyes cómo hablan de mí?

—Bernat, será mejor que te acuestes. —Le ofreció una mano.

—¿Has sido tú? —La señaló con un dedo y subió los escalones con pasos titubeantes hasta llegar hasta ella—. Sí, tú les has dicho a todos que me escondan el brandy. ¿Por qué lo has hecho?

—No sé de qué estás hablando, Bernat. —Empezó a subir los últimos escalones de espaldas, con Cupido pegado a sus piernas—. Será mejor que vuelva a mi alcoba.

Sin embargo, Bernat la alcanzó antes de que llegara al piso de arriba. La obligó a bajar de nuevo. Cupido empezó a ladrar al tiempo que el pelo de su piel se le erizaba. Se puso en alerta.

—No, tú no te irás. Dime dónde has puesto el brandy y me marcharé. — Acercó su cara a la de ella—. Dile a tu perro que se calle. Va a despertar a los criados. —Se tapó los oídos con las manos—. ¡Que alguien me quite este dolor de cabeza! ¡Dejad de hablar ya de mí!

—No sé de lo que hablas. —Se retiró un poco porque el olor a vino le dio arcadas—. Yo no he cogido nada. Y todo este escándalo es gracias a ti. Será mejor que te acuestes.

Bernat la agarró del brazo y la zarandeó. Cupido se abalanzó sobre Bernat, pero antes de que lo alcanzara, Isabel logró calmarlo.

—Eres igual que todos ellos —le costaba hablar—. No me engañes y dime dónde lo has metido.

—Me parece que no me has escuchado. Acuéstate —dijo Isabel girándose sobre sus talones—. Ya está bien de tanto escándalo.

Bernat la tomó del brazo para que la mirara a los ojos.

—*Vossa mercè*, dejadla, os lo ruego —suplicó Carmen—. Está esperando a vuestro primer hijo.

Bernat apartó a la nodriza de un empujón.

—No me dejes con la palabra en la boca.

—Suéltame, me estás haciendo daño —ordenó Isabel.

—*Vossa mercè*, tal vez deberíais descansar un poco. —Antoni subió los escalones que lo separaban de su amo y trató de mediar entre Isabel y él—. Mañana nos queda un largo día de viaje hasta la *casa de possessió*.

Bernat le pegó un empujón y Antoni cayó al suelo. Isabel soltó a Cupido, que se lanzó al pecho de Bernat y lo derribó hasta caer al lado del criado. Después de unos segundos de silencio, Bernat agitó la cabeza y se recompuso.

—¡Quítamelo de encima! —ordenó arrastrando las palabras—. ¡Este dolor de cabeza no me deja pensar!

—¿Se puede saber qué te pasa, Bernat? —inquirió Isabel agarrando de nuevo a Cupido de la correa—. No es así como tratamos a los criados. No te consiento que te comportes de esta manera.

—Me debes un respeto.

Bernat se levantó después de que Antoni le ofreciera una mano.

—El mismo que tú me debes a mí y a todos los de esta casa. Que nunca se te olvide.

—No me digas cómo me tengo que comportar en mi casa.

—También es la mía, que tampoco se te olvide. Le diste la palabra a mi *senyor avi* de que eras un hombre de honor. No hagas que dude de la palabra de un señor grande de Ciutat. —Miró a Antoni—. Acompaña al señor hasta su alcoba. Cuando esté en mejores condiciones, hablaremos —recordó lo que Xisca le preparaba a su esposo cuando se tomaba alguna copa de vino de más—. Maribel, prepárele una infusión de melisa. No es necesario despertar a la cocinera.

Antoni lo agarró de los hombros e hizo que lo acompañara hasta la cocina. Isabel dio media vuelta para ir a su alcoba.

—No me hables así —dijo con voz pastosa.

Isabel no había alcanzado el quinto escalón cuando Bernat la empujó al tiempo que Cupido se abalanzaba sobre él. Le mordió en el hombro y después atacó la mano con la que se cubría la cara. Isabel perdió el equilibrio y cayó rodando sobre Carmen, que se había adelantado para parar el golpe. Quedaron tendidas en mitad del pasillo.

Los gritos de Carmen y de Bernat se entremezclaron.

—¡*Vossa mercè*, qué os pasa! —exclamó Carmen alarmada. La apartó con cuidado y se arrodilló a su lado para darle unos golpecitos en la cara—. Os lo ruego, decid algo.

—¡Maldito perro! ¡Juro que te ahogaré con mis propias manos! ¿Qué haces ahí parado? —Bernat gritó a Antoni—. Isabel, dile al criado que me quite a este perro de encima —dijo sin obtener respuesta de su esposa.

Antoni se apresuró a agarrarlo por el collar.

—*Vossa mercè*, responded, os ruego —insistió Carmen en llamar a Isabel.

—¡Isabel, Isabel, Isabel...! —Bernat apoyó los codos en el suelo para incorporarse. Su hombro izquierdo sangraba y en su mano eran visibles las marcas de los colmillos de Cupido. Giró la cabeza y lo que vio le hizo tragar saliva. Isabel había abierto los ojos y lo miraba, desde donde estaba tumbada, con desprecio. Se había llevado las manos al vientre temiendo por la vida de su hijo. Bernat se arrastró de rodillas hasta ella con las manos unidas a la altura del pecho.

—¡Qué he hecho! —exclamó con desesperación estrujándose la cabeza—. Yo no quería hacerte daño.

Isabel le giró la cara.

—No me toques. Si te queda un poco decencia, no me toques.

Se ayudó de Carmen para levantarse. Bernat se abrazó a las piernas de

Isabel.

—No quería hacerte daño, tienes que creerme. —Isabel se deshizo de su abrazo.

El camisón de Isabel quedó manchado de sangre.

—¿Esa sangre es de nuestro hijo? ¡Dios, qué clase de hombre soy yo!

Isabel se llevó una mano a la entrepierna y negó con la cabeza.

—Vete, Bernat. No te quiero ver.

—Lo lamento, Isabel... —Se sentó en el suelo y se cubrió la cara con las manos—. Lo lamento, no sé qué me ha pasado. Es este dolor de cabeza que nubla mi razón. Tienes que creerme, no quería hacerte daño. Te juro por lo más sagrado que nunca más volverá a pasar. No quiero hacerte daño.

—Pero me lo has hecho, no solo a mí, también a nuestro hijo.

—Dime que está bien.

—No lo sé —Isabel se apoyó en Carmen y se dejó llevar por ella—. Te he pedido que te marches. No te quiero ver. Eres un cobarde.

—Isabel...

—Me avergüenzo de ti.

Bernat se levantó con dificultad y corrió hasta la puerta de la casa. La abrió con violencia y bajó hasta la calle.

—Antoni. No dejes solo al señor. Acompáñalo.

El criado fue tras los pasos de su amo.

—¿Hay que llamar al médico? —quiso saber Maribel.

Isabel negó antes de contestar. El solo hecho de que Biel la encontrara de esa guisa la hizo temblar de arriba abajo.

—No, me encuentro mejor.

Carmen acompañó a Isabel hasta la alcoba. Cupido las siguió sin dejar de gemir.

—Le he pedido a Maribel que prepare tila. —Encontró la puerta de la alcoba de Isabel abierta—. Dejad que os ayude. Os tengo que quitar el camisón.

Isabel asintió con la cabeza. Carmen agarró del baúl una muda limpia para cambiarla. Cuando Carmen la ayudó a lavarse los restos de sangre, Isabel se tumbó en el lecho y comenzó a llorar. Fue un llanto nervioso, porque por un momento temió por la vida de su hijo. Cupido comenzó a chuparle la mano sin dejar de gemir.

—Ha sido solo un susto. —Trató de calmarla Carmen acariciándole la

cabeza—. No tenéis que temer nada.

—¿Por qué lo ha hecho? Ha puesto en peligro la vida de nuestro hijo. No se lo habría perdonado de haberle pasado algo.

—Seguro que no os quería hacer daño. No se lo tengáis en cuenta.

—Jamás me había tratado así.

—Debéis perdonarlo.

Isabel apretó los puños y negó con la cabeza.

—Es un miserable.

—También es un buen hombre. Os ha jurado que nunca más lo volverá a hacer.

—Claro que no lo volverá a hacer. Si me vuelve a tocar a mí o a mi hijo será la última vez que nos vea.

La criada llegó con un tazón que entregó a Carmen. En la otra mano llevaba otro tazón vacío. La nodriza asintió con la cabeza cuando cruzó la mirada con la de Maribel. Le había pedido a la criada que también pusiera unas flores de adormidera. Fue cambiando el líquido de un recipiente a otro para enfriarlo. Sopló la infusión durante un rato hasta que encontró que estaba tibia.

—Os ayudará a dormir mejor.

—¿Solo lleva tila?

—Maribel también le ha puesto unas flores de adormidera. Os tranquilizará y vuestros sueños serán plácidos.

El sueño no tardó en llegar. Isabel durmió durante horas. Para cuando se levantó del lecho, el sol estaba muy alto en el cielo. Carmen estaba a su lado, bordando en una mecedora.

—¿Cómo os encontráis esta mañana?

—Algo aturdida. —Los párpados le pesaban y tenía la boca seca.

Ambas permanecieron calladas durante unos segundos evitando preguntar por Bernat.

—Tomad un poco de agua con limón. —Le ofreció un vaso que había dejado en la mesilla—. Ahora le pediré a Roser que os prepare algo para comer.

Carmen se levantó de la mecedora como si le pesara el alma. Antes de alcanzar la puerta, Isabel le preguntó:

—¿Sabes algo de él?

Carmen negó con la cabeza.

—Aún no ha regresado.

Isabel soltó un bufido de cansancio.

—Dile a Roser que me prepare algo de pan con queso. Hasta que él no regrese no saldremos de viaje.

Volvió a tumbarse en el lecho. Cupido la miró a los ojos. Antes de que volviera a apoyar la cabeza sobre la almohada, llegó la criada seguida por Carmen.

—¿Qué pasa?

La criada se mordió una uña y miró a la nodriza.

—Antoni acaba de llegar.

Isabel se levantó de nuevo.

—¿Cómo está mi esposo?

La criada miró en primer lugar a Carmen antes de responder.

—Él no ha regresado. —Maribel le mostró una carta con un sello lacrado —. Es para *vossa mercè*.

Isabel observó el sobre sin atreverse a cogerlo. Intuía qué palabras podría contener esa carta. Lo tomó con manos temblorosas y le quitó el sello que correspondía al anillo de la casa de Bernat. Antes de leerla, Carmen le hizo un gesto a Maribel para que las dejara a solas. Aunque Isabel reconoció la letra de su esposo, mostraba trazos desiguales:

Querida Isabel:

Créeme si te digo que no era mi intención lastimarte. Ahora que mi entendimiento no está nublado, te escribo estas palabras. No tengo excusas, no tengo palabras para explicar mi cobardía. No es propio de mí lastimar a otros. No me reconozco y me avergüenza profundamente no haber tenido control de mi propia persona. Tú misma me lo recordaste, no es propio de nosotros tratar a los criados con ese desprecio. Mas deja que te diga que no volverás a sufrir ni uno solo de mis actos inmundos. Tampoco puedo olvidar la decepción que vi pintada en tu rostro. Por la promesa que le hice a tu senyor avi y por lo que juré ante Dios y ante todos los presentes en nuestras bodas, me marché lejos. Aún no tengo decidido por cuánto tiempo, aunque sí que te puedo decir que cuando regrese volverás a encontrar en mí al Bernat con el que te casaste. Vuelvo a rogar tu perdón, imploro que a mi regreso las puertas de nuestra casa estén abiertas. Así mismo, te pido también que cuides de nuestro hijo, ya

que yo no he sido capaz de hacerlo. En estos instantes mi cobardía no me permite mirarte a los ojos. Me consta que pondrás en ello todo tu corazón y que solventarás esta situación mucho mejor que yo. Te amo aun sabiendo que nuestros corazones no laten el uno por el otro, te quiero siempre con el deseo de hacerte feliz.

*Vuestro esposo,
Bernat*

Isabel releyó varias veces la carta con lágrimas en los ojos. Él se marchaba y la dejaba sola.

—¿Dónde está Antoni?

—En la cocina —respondió Carmen.

Isabel le hizo un gesto al perro para que la acompañara. Mientras bajaba por las escaleras, se limpió las lágrimas con el dorso de su mano. Carmen siguió sus pasos. Al llegar a la cocina, Antoni estaba sentado en una silla. Se levantó e inclinó la cabeza cuando Isabel traspasó la puerta.

—¿Sabes dónde se ha marchado?

Antoni negó con la cabeza.

—¿No lo sabes o no me lo quieres decir?

—No os lo puedo decir. —Se encogió de hombros.

—Claro que me lo puedes decir.

—*Vossa mercè*, vuestro esposo me pidió que me mantuviera callado. —Se puso de rodillas frente a ella—. Os lo ruego, no hagáis que incumpla mi promesa.

Isabel entendió que Antoni no le diría nada.

—Está bien, ¿está todo preparado? —Antoni asintió—. Nos marchamos a Petra.

—¿A Petra, *vossa mercè*? —preguntó la nodriza.

—Sí, me marcho con mi *senyora avia*. Ella sabrá qué hacer en un caso así.

—Pero la familia de vuestro esposo os está esperando...

—En estos momentos me da igual lo que piensen. Ahora tengo que mirar por el bien de nuestro hijo.

Isabel tragó saliva. Recordó a la niña que había abandonado Petra y que se había convertido en la mujer que era ahora. Como su *senyora avia* le había pedido, ella no tenía miedo a tomar sus propias decisiones.

—Hasta que mi señor esposo no regrese, no quiero que nadie me hable de

él —dijo abandonando la cocina con la cabeza bien alta—. Tampoco quiero lamentos. Desde hoy todos los asuntos de familia pasarán por mí. Mi señor esposo ha salido de viaje a... —pensó en un país.

—Todos los años va a Inglaterra —respondió Antoni adelantándose a ella—. En verano es una época propicia.

—Sí, eso es, mi señor esposo ha salido para Inglaterra.

Capítulo 22

Han pasado cinco días desde mi cita con Biel, cinco días en los que he hecho prácticamente lo mismo desde que me he levantado hasta que me he acostado. Lo único que ha cambiado es que he intensificado mi entrenamiento para la media maratón que se celebrará este fin de semana. También puedo ponerle cara a ese hombre que visita mis sueños, a esa mirada azul que tanta paz me provoca. En ellos me veo en otro tiempo junto a alguien que se parece a Biel. Yo podría jurar que es él, pero ya no estoy segura de nada. Desde el domingo por la noche, después de despedirnos con un casto beso en la mejilla, él y yo no nos hemos puesto en contacto. Como yo le pedí, necesitaba un poco de tiempo para poner en orden mi vida. Tanto mi hermana como Carmen me han llamado cada noche, pero yo no encontraba ningún motivo para responder a sus llamadas.

Hoy es viernes, y por fortuna llega Ángel, el nuevo profesor que va a sustituir a Carmen. Por fin puedo respirar tranquila, porque no tendré que hacerme cargo de más clases que de las mías. La primera hora la dedicamos a solucionar las dudas que pudiera tener. Cuando se marcha de la sala de profesores, me dejo llevar por las sensaciones que no puedo olvidar desde hace unos días. Sé que debería estar repasando el temario de la próxima semana, que tendría que estar trabajando en la siguiente lectura que voy a comentar con la clase de segundo de bachiller, pero en lugar de eso, no dejo de pensar en Biel, en su olor a mar, en la manera que me acariciaba con la mirada durante la cena, o en cómo mi corazón vuelve a latir con fuerza cuando lo siento cerca. Tampoco puedo olvidar los sueños que estoy teniendo y que están alterando mi día a día.

Ha llegado el momento de ir a hablar con él. Necesito que me explique por qué compró esa fotografía que tiene en su habitación. Hay algo extraño en todo lo que nos rodea. No es lógico que yo sueñe con una Isabella que está en otra época. O puede que sí, aunque tampoco estoy segura del todo. Así que después de terminar mi última clase, me marché corriendo a comer algo ligero. Cuando llego a casa, me preparo una ensalada con unas pechugas de

pollo a la plancha, me cambio de ropa, saco un rato a Eros a pasear y me voy a ver a Biel. Si me he decidido a ir a esta hora es porque me dijo que esta semana tenía turno de mañana y que tenía guardia el lunes y el miércoles. Busco en los timbres del interfono su nombre, pero no lo encuentro. Llamo al primer timbre y me contesta una mujer:

—Hola, estoy buscando a un hombre que se llama Biel, ¿sabría decirme en qué piso vive?

—No admitimos publicidad —me dice dejándome con la palabra en la boca.

Antes de pulsar otro timbre, mi móvil empieza a vibrar. Lo saco del bolso y veo que es una llamada de Carmen. Dudo unos segundos, pero lo vuelvo a guardar. No tengo ganas de escuchar sus ridículas excusas. A ella la necesitaba hace tres años, cuando Salva desapareció. Carmen insiste en hablar y llama una vez más.

—Dime, ¿qué quieres? —Por el tono seco de mis palabras ella tiene que saber que aún estoy muy enfadada con ella.

—Lo siento. —Se queda callada—. No sé qué más puedo decirte.

—Está bien, acepto tu disculpa. ¿Ya has terminado? Tengo cosas que hacer.

Oigo cómo traga saliva. El hecho de que le haya contestado no significa que haya olvidado que no me dijera nada sobre que Salva quería separarse. Se lo va a tener que trabajar mucho para que yo pase página y haga como que no ha pasado nada entre nosotras. No me vale con un simple lo siento.

—No, aún no. Me gustaría enseñarte algo.

—¿De qué se trata?

—¿Crees en la reencarnación o en sueños proféticos? No sé muy bien cómo llamar a esto. Es todo muy raro.

—¿Para eso me llamas? Déjate de chorradas.

—No son chorradas, te lo aseguro. Hace unos días que tengo unos sueños extraños. En ellos veo a una mujer con tu aspecto, pero desde luego no vive en esta época. También veo a una mujer que se parece mucho a mí, aunque es mayor que yo. Quiero enseñarte un libro de María de Zayas que ha pertenecido a mi familia desde hace muchos años. —Se queda callada. Intuyo que está pensando en cómo decirme que cuándo vamos a volver a vernos—. ¿Sabes? En este libro hay unas anotaciones a modo de diario. Me gustaría que las vieras.

Pienso en la autora que me ha nombrado. No recuerdo haberla estudiado en la facultad, pero siento como si la conociera, como si supiera de su obra y de su vida. Hasta podría decir, sin dudar, que vivió en el siglo XVII.

—¿De qué me estás hablando?

—Esta es una edición del siglo XVII de una obra de teatro, *La traición en la amistad*. En mis sueños te veo rodeada de gente en un salón grande viendo una función.

Me estoy empezando a poner nerviosa porque no le he comentado a nadie lo de mis extraños sueños, ni siquiera a mi abuela.

—Carmen, sigo sin saber de qué hablas.

—Te estoy hablando de una mujer que se llamaba Isabel y escribió un diario en un libro de María de Zayas. Dejó unos pliegos ocultos en el reverso de la tapa y de la contratapa. Lo descubrí porque pegó varias páginas de la novela donde dejó también unas hojas. Es una suerte que nadie en mi familia lo haya descubierto.

—¿Y piensas que tiene que ver conmigo?

—Sí, cada vez lo tengo más claro.

—A ver, Carmen, ¿cuántos años hace que nos conocemos? Íbamos juntas desde segundo de bachiller, ¿y me sales ahora con lo de un libro de tu familia? Búscate otra excusa para que vaya a hablar contigo.

—No te estoy mintiendo. Llevo días soñando con ella y entonces me acordé de un libro que me dio mi madre cuando hice la comunión —habla muy deprisa, como si necesitara contarme todo lo que tiene dentro sin perder ni un segundo—. Le pedí a Roberto que lo buscara y él lo encontró en casa de mis padres. Necesito contar esa historia que sueño todas las noches. He estado investigando un poco y he descubierto que Isabel vivió en Palma de Mallorca.

De repente se me cruza por la mente el nombre de Ciutat, que no tengo muy claro qué tiene que ver con Palma de Mallorca.

—¿Esta no será una de tus bromas?

—No, no tengo ganas de bromear, te lo aseguro. Te lo estoy diciendo completamente en serio.

—Carmen, me acercaré cuando tenga un hueco libre. Ahora tengo muchas cosas en que pensar.

—Isabella, espera —me pide Carmen—. Voy a necesitar tu ayuda para escribir esta novela.

Pienso en su oferta, pero no tengo muy claro qué puedo aportar yo. El hecho de que sea filóloga no significa que tenga aptitudes para escribir. Eso se lo dejo a ella, que se le da muy bien. Sin embargo, acepto su propuesta porque tengo curiosidad por saber dónde nos llevará esto. No pierdo nada por intentarlo, si acaso unas cuantas horas de risas. Sé que con Carmen no me voy a aburrir.

—Está bien, la tendrás, pero no ahora. No sé cuándo podré acercarme.

—Isabella, deseo que sea muy pronto. Te echo de menos.

Yo también quiero decirle que la echo de menos, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. El hecho de haber aceptado su oferta es una manera de decirle que ya estoy menos enfadada con ella.

—¿Sabes? Esto que te voy a decir te lo tendría que haber dicho hace años. Hace unos días me comentaste que la vida era muy cabrona contigo —me recuerda—. Y sí, te doy la razón, ha sido cabrona, pero ahora eres tú la que eres una cabrona contigo misma, porque no quieres tener un motivo para ser feliz. ¿Dime, cuánto dolor necesitas para volver a vivir?

Me cuelga sin que le responda. Sus palabras me han dejado temblando. Tomo aire, guardo el móvil y vuelvo a mirar el interfono. Por suerte, en ese momento baja una chica joven a pasear un perro.

—Perdona, ¿sabes en qué puerta vive Biel?

—¿Es ese tío tan bueno que acaba de mudarse y que tiene una perra?

Para qué negarlo, Biel está tremendo.

—Supongo que sí, que hablamos del mismo.

—Vive en la puerta nueve, en el tercero.

—Muchas gracias.

Subo los escalones de dos en dos. Cuando estoy a punto de llegar a su piso, me entran las dudas. Pero necesito saber qué le motivó a comprar esa foto que dice tener en su habitación, y también quiero un motivo para volver a vivir. Me planto delante de su puerta y toco el timbre. Oigo pasos apresurados y unas risas. Biel me abre y nos quedamos mirando sin saber qué decir. Observo la sorpresa en su rostro. Advierto también las marcas de unos labios pintados en su mejilla, cerca de su ceja derecha y en el cuello de su camiseta blanca. Se ha recogido el pelo en una coleta alta.

Trago saliva y bajo el mentón al suelo. Estoy decepcionada por pensar que tenía interés en mí. Sin embargo, nadie me ha mirado nunca como lo hace Biel, ni siquiera Salva.

—Ya veo que estás ocupado. Ha sido una mala idea. Debería haberte llamado antes de venir, pero no tengo tu número. —Me doy media vuelta.

Me siento una estúpida por pensar que alguien como Biel no tendría amigas con derecho a roce. En fin, debe ser que todos los tíos interesantes están ocupados. Soy una ilusa por estar aquí buscando unas respuestas que no me va a dar.

A su lado se coloca su perra y se acerca para olerme. Biel me agarra de una mano, aunque yo me suelto.

—Es su manera de decirte que te ha echado de menos.

Está visto que él no me ha echado de menos porque está con alguien en casa. Si pretende jugar a dos bandas, conmigo que no cuente.

—Supongo que no has venido hasta mi casa para dejarme plantado en la puerta.

—No, había venido para hablar contigo, pero ya nos veremos en otro momento. No quiero interrumpir lo que sea que estés haciendo.

Afrodita reclama mi atención. Me agacho para acariciarle la cabeza.

—No sé qué te pasa o qué he hecho mal. Si me lo explicas, tal vez pueda entenderlo.

—No has hecho nada mal, solo que yo he venido en un mal momento. Atiende a tu ligue.

Biel suelta una carcajada y se pasa la mano por el pelo para retirarse un mechón que se le ha escapado.

—¿Estás celosa? —Coloca un brazo en el marco de la puerta

—¿Yo? No, ¿por qué iba a estarlo? Ni siquiera nos hemos besado. Me da igual con quién estés.

—Ven —me vuelve a agarrar de la mano—; quiero presentarte a alguien. Es la única mujer que ha habido en mi vida en años y a la que no le puedo negar nada.

—De verdad, no es necesario. No tienes que darme explicaciones de con quién te acuestas o con quién te dejas de acostar.

Me mira con una expresión extraña que no sé cómo interpretar, como si estuviera ocultando algo. En sus ojos detecto el mismo dolor que me acosa a mí día tras día.

—Vuelves a equivocarte conmigo.

—¿Sí?, ¿tú crees? Pues no encuentro ninguna explicación a esos besos que llevas en la mejilla y en el cuello.

Biel se lleva una mano a la mejilla para borrar el rastro de pintalabios.

—Jolines, tío, ¿vienes ya? —Una niña rubia de unos cinco años se coloca a su lado.

—Te presento a Olivia, mi ahijada.

En estos momentos quiero que la tierra se abra a mis pies para desaparecer del todo. Ella se me queda mirando de arriba abajo.

—¿Tú eres la señora del parque? ¿Tú tenías un perro que se llamaba Eros? ¿Por qué no ha venido?

Me fijo más detenidamente en ella, aunque me ha costado reconocerla porque va muy maquillada. Desde luego el mundo es un pañuelo bien pequeño.

—Eso, ¿por qué no lo has traído? —me pregunta Biel.

—He pensado que igual no te apetecía que lo trajera.

—Si es precioso. Yo quiero uno como ese. —Hace un mohín de esos que son capaces de derretir el corazón más duro.

—Hablaemos con tu madre —responde Biel.

—¡Sí, voy a tener un perrito! —Olivia pega unos saltitos en el rellano, emocionada.

—Aún no te ha dicho que sí.

—Pero yo sé que si se lo pedimos los dos va a dejar que tenga un perrito. —Me mira desde abajo—. Estamos jugando a maquillajes. ¿Juegas con nosotros? Dime que sí, por fi, que es muy divertido.

Biel me hace un gesto con la cara para saber si me apunto y yo asiento con la cabeza. Olivia me coge de la mano y me arrastra hasta un comedor donde hay un montón de juguetes en el suelo. Me fijo también en una pared donde hay cinco librerías repletas de ejemplares antiguos. Además de maquillajes, también hay unos *clicks* de aspecto medieval, un castillo, un barco pirata y unos coches. Me parece muy tierno que un hombre juegue con una niña de cinco años a maquillaje, además de con *clicks*. Mi sobrina y yo también solemos maquillarnos cuando me quedo con ella. Intuyo que Violeta y Olivia se llevarían muy bien.

—Sus padres salen esta noche de cena. Hoy es su aniversario, y como soy el tío soltero, recurren a mí.

—El tío me ha dicho que esta noche vamos a cenar pizza y que después vamos a ver una película. A mí me gusta *Frozen*. Tengo el vestido de Elsa. ¿Lo quieres ver? —Me coge de la mano y me dejo arrastrar por ella hasta una

habitación que claramente está decorada con motivos infantiles.

—Así que este es tu plan para un viernes por la noche.

—Sí, este es mi plan, sometido a la voluntad de una niña de cinco años. —
Me guiña un ojo antes de que yo desaparezca del todo en la habitación de Olivia—. Soy un hombre débil. A ella no puedo decirle que no.

Olivia saca del armario un vestido de Elsa y se lo pone.

—¿Estoy guapa?

—Mucho. ¿Quieres que te haga una trenza?

—Sí, así soy igual que ella.

Le hago una trenza y se la sujeto con una de las gomas que suelo llevar en la muñeca.

—Voy a enseñársela al tío.

Olivia sale disparada para el salón.

—Oye, señora, no me acuerdo cómo te llamas —Olivia grita desde donde está. No sé si alegrarme porque se acuerde de cómo se llama mi perro, pero en cambio haya olvidado de cómo me llamo yo y encima me llame señora. Puede que ni siquiera se lo dijera.

—Me llamo Isabella, princesa Elsa.

Olivia se cubre la boca con la mano para reírse. Se acerca a Biel y le comenta al oído, en lo que ella piensa que es un murmullo, pero lo dice tan fuerte que la oigo perfectamente.

—Piensa que soy Elsa, pero yo soy Olivia. No se da cuenta.

Me tengo que reír por su inocencia. Hace que me siente en el suelo para hacer una batalla de *clicks*.

—Estoy en clara desventaja. Dos mujeres contra mí. Me puedo dar por perdido. —Biel suelta un suspiro de resignación.

Durante más de tres horas jugamos y reímos. Biel me pregunta si voy a quedarme a cenar.

—Sí, por favor, eres muy simpática y me río mucho. Y el tío también se ríe mucho contigo.

Biel nos propone preparar la base de una pizza. Deja que sea Olivia quien amase, porque según dice, ella tiene unas manos mágicas y siempre le da un toque especial. Observo lo bien que se desenvuelve no solo con Olivia, también en la cocina. Al tiempo que la niña mete las manos en la harina, él está preparando una salsa de tomate con albahaca en una sartén. Aspiro con tranquilidad ese aroma que tanto me gusta. No me había dado cuenta hasta

ahora de la paz que me transmite estar a su lado.

—¿Tú eres su novia? —pregunta Olivia cuando Biel está metiendo la pizza en el horno.

—No. ¿Por qué lo dices? Solo somos amigos.

—¿Y por qué tiene el tío una foto tuya en su habitación? Mi papá, que quiere mucho a mi mamá, tiene una foto en su cartera.

—Tendrás que preguntarle a tu tío el porqué.

—Es largo de contar —responde girándose hacia el fregadero para lavar todo lo que ha ensuciado y evitando responder la pregunta—. Id poniendo la mesa. En unos minutos cenamos.

—Pues yo cuando sea mayor me voy a casar con el tío.

Biel se gira hacia mí y se encoge de hombros.

—Es difícil negarle cualquier cosa a una niña, y más cuando deja caer las pestañas de esa manera —respondo con una sonrisa.

—Pero eso no puede ser, si quieres que Isabella sea mi novia no podré casarme contigo —le contesta Biel.

—Claro que sí. Ella te da besos y yo te doy chuches.

—No es mala idea —contesta él—. ¿Tú qué opinas?

Mis mejillas se sonrojan y me giro porque parezco una adolescente que se acaba de enamorar. Olivia me indica dónde están los cubiertos.

—Pues yo tengo dos novios en el colegio —me dice mientras preparamos la mesa—. Abel me da besos y Jesús me da caramelos. Pero yo quiero más a Jesús. Es que es muy guapo, pero no es tan guapo como el tío.

Olivia parece cortada por el mismo patrón que mi sobrina. Lo que me admira de ellas es la facilidad para tener novios, como si fuera tan fácil como comer gominolas.

—Yo quiero que seas la novia de mi tío.

No sé qué contestar. Me ha dejado sin palabras.

—¿Tú quieres que te deje mi vaso de Elsa?

—Vaya, eso son palabras mayores —contesta Biel, que nos observa desde la puerta de la cocina—. Eres la primera persona a quien se lo ofrece.

Me quedo mirando cómo su sonrisa va de oreja a oreja. Ya se le han caído dos dientes de abajo y tiene una expresión pícaro.

—Muchas gracias, Olivia. Me encantaría.

Después de cenar, Olivia insiste en ver una película. Aunque se le nota que está cansada, está empeñada en que tenemos que ver *Frozen*. Se sienta entre

ambos. Biel gira la cabeza y busca mi mirada, mientras Afrodita se coloca a sus pies.

—Tío, que no la mires a ella —Olivia se coloca de rodillas en el sofá, le coloca las manos en las mejillas y le vuelve a girar la cabeza—, tienes que ver la película.

Cierro los ojos por unos instantes y experimento una paz que no he sentido en muchos años. Cuántas veces me he imaginado una escena como la que estoy viviendo ahora, sin embargo ni Biel es mi marido ni Olivia es mi hija. Es extraño que alguien a quien apenas conozco me haga sentir así de bien.

—¿Estás cansada? —Olivia me saca de mis pensamientos—. Yo también descanso los ojos cuando estoy cansadita. —Bosteza y se restriega los párpados con los puños.

—No, solo estaba pensando.

A medida que la película avanza, Olivia se va poniendo cómoda. Apoya su cabeza en el regazo de Biel y las piernas en el mío. Poco a poco se va quedando dormida.

—¿Terminamos de verla? —me pregunta cuando Olivia suelta un ronquido.

—¿Hay otra opción?

—Sí, claro. Siempre hay otras opciones. Siempre depende de uno adónde quiere ir.

—Me dejo guiar. Hoy soy tu invitada.

—Primero voy a acostarla.

La coge con cuidado y la lleva hasta la habitación que hay al lado de la cocina. Me levanto para recoger los platos de la cena y fregarlos. Es lo mínimo que puedo hacer, ya que me he quedado a cenar y no he traído nada. Biel se coloca a mi lado y me ayuda a enjuagar. Lo hacemos en silencio, aunque de vez en cuando nuestros dedos se buscan. Cuando terminamos de fregar, Biel me ofrece un paño para que me seque las manos.

Me giro hacia él y mi nariz vuelve a toparse con su pecho. Este gesto se está convirtiendo en habitual entre nosotros.

—Esta cocina es muy estrecha —me dice.

Me río, porque en realidad la cocina es bastante grande.

—Sí, es muy estrecha. —Le sigo el juego.

Aun así, no alzo el mentón por miedo a encontrarme con sus ojos y porque no sé si voy a ser lo suficientemente fuerte como para no tirarme a su cuello.

Me muero por saborear sus labios. Incluso me encantaría retirarle ese mechón rebelde que le tapa un ojo.

—Supongo que tienes muchas preguntas que hacerme —dice separándose de mí.

Asiento con la cabeza.

—Sí, aunque no sé por dónde empezar.

Biel me toma de la mano y me lleva hasta su habitación. Afrodita sigue sus pasos. Frente a la cama, está mi foto, la Isabella de cuando tenía diecinueve años.

—¿Por qué la compraste?

Toma aire antes de responder.

—Puede que te suene extraño lo que te voy a contar, pero te juro que no te estoy mintiendo.

Presiento que su historia no me va a parecer tan rara después de haber hablado con Carmen. Aun así, tiemblo de arriba abajo. Me da miedo lo que pueda contarme.

—Deja que decida si es extraña o no —digo con un hilo de voz.

—El día en que cumplí veinte años empecé a tener una serie de sueños que no podía explicar. Me veía en una época que no era la actual besando a una mujer que era idéntica a ti, salvo por el color de tus ojos. Por aquel entonces empecé a salir con Marta... —Se calla y aparta de vista—. Creí volverme loco, porque si bien pensaba que estaba enamorado de Marta, por las noches soñaba con esa mujer que no conocía de nada. Yo la amaba, quería a alguien que solo existía en mi cabeza. Nunca he dejado de soñar con esa mujer. Años después encontré esta fotografía en un mercadillo de Nueva York. La compré sin dudarle. Me había enamorado de alguien que solo existía en mis sueños, pero cuando vi la fotografía, supe que eras real, que no eras producto de mi imaginación.

Me tengo que acomodar en una silla porque me tiemblan las piernas. Siento que mi respiración se acelera y Biel se arrodilla para cogerme de una mano.

—¿Quién eres? ¿Qué significa todo esto?

—No lo sé. Yo también me lo he preguntado.

—O sea, según tú, no hubo ningún encuentro en Madrid, pero has estado soñando con alguien que se parece a mí desde hace años.

—Sí.

—No entiendo nada. —Mi respiración se va calmando—. ¿Sigues soñando conmigo o con esa mujer que se parece a mí?

—Sigo soñando con esa mujer que se parece a ti. Los sueños se han intensificado después de que nos encontrásemos en el puente.

—Esto es para volverse loca. No puedo creerte.

Biel se levanta y me lleva hasta el comedor. Se acerca una estantería y saca un ejemplar que tiene pinta de ser muy antiguo. Yo me siento en el sofá. Me lo entrega abierto para que lea primera página. Es una edición de *El mercader de Venecia* del año 1679. Leo lo que hay escrito en ella: *Esta novela pertenece a Isabel Vallespir i Despuig, marquesa de Vivet, 23 de junio de 1686.*

Busco su mirada y siento que los ojos se me humedecen al leer lo que pone a continuación: *a Shylock, porque él me enseñó lo que significa amar. Te perseguiré en otras vidas, porque sé que hay un tiempo para nosotros.*

—Ha pertenecido a mi familia desde hace muchos años.

Paso páginas porque no entiendo qué significan estas palabras.

—¿Y por qué se lo dedica a *Shylock*? ¿Qué tiene que ver contigo y conmigo?

—No lo sé.

—¿Pretendes decir que una mujer que se parecía a mí amaba a un hombre que se parece a ti y por eso tú y yo tenemos que tener una historia de amor? ¿Cómo sabes que ese libro tiene que ver conmigo?

—Contigo no, con la mujer con la que sigo soñando. La he visto abrazada muchas veces a él. Sea lo que sea lo que esas palabras tengan que ver con nosotros lo quiero descubrir contigo.

Aun así, aunque tengo muchas dudas, no logro adivinar por qué me acosté con un hombre que era igual a Biel en Madrid y por qué me dio su nombre. Nos soñamos con alguien que se parece a nosotros, aunque no somos nosotros porque estamos en otra época. Aun así, sigo sin comprender qué pasó en Madrid.

—¿Cuando nos encontramos en la habitación de Carmen, sabías quién era yo?

Asiente con la cabeza.

—Todo tiene su explicación. —Toma aire—. Ese día te vi subiendo por la escalera y te seguí. No podía creer que te hubiera encontrado. Eras como la mujer de mis sueños, no como la chica de la foto. Te vi entrar en la

habitación de Carmen. Pensé en cómo podía provocar un encuentro. Hablé con una compañera que tenía el mismo turno de cenas que yo en la segunda planta y empezaba ese mismo día en el Consuelo. No fue difícil convencerla, ni a ella ni a la supervisora. Les conté una historia de amor de juventud y ambas están expectantes por saber qué va a pasar. Esos sueños de los que no puedo escapar tienen que significar algo.

—O sea, aquel día me vacilaste y me hiciste quedar como una idiota.

—No, te sigo diciendo que no me he acostado contigo... —traga saliva.

Creo adivinar lo que quiere decir. Los encuentros que él ha tenido conmigo solo han sido en sueños. De repente siento que me falta el aire.

—Dime si nuestro encuentro después de vernos en la habitación de Carmen fue fortuito.

Él niega con la cabeza.

—No, le pregunté a Carmen y ella me dijo que solías salir a pasear a Eros por el bulevar sur. Estuve haciendo tiempo y entonces te vi sentada en un banco. Propicié ese encuentro. Todos los demás sí que han sido casuales.

—¿Carmen sabe lo de tus sueños? —Me levanto del sofá.

—Sí.

Aprieto los puños y me siento de nuevo estafada por mi mejor amiga. Noto que los ojos se me humedecen. Lo tenía que haber adivinado. Esto no es más que una treta para buscarme novio y se ha inventado esta historia de los sueños. Muy rastrero por su parte.

—Será mejor que me marche —digo con un hilo de voz que está a punto de quebrarse—. Sois unos mentirosos, los dos.

—¿Por qué?

—¿Esta es tu manera de ligar? No conozco a nadie que haya utilizado una excusa tan burda como la tuya. Carmen se ha lucido esta vez. Menuda historia se ha montado —digo en la puerta de la calle.

Afrodita se coloca a mi lado. Gime y me chupa la mano. Ojalá Biel fuera tan leal como lo es su perra.

Él se acerca hasta mí y coloca una mano en la puerta. Estamos tan juntos que puedo sentir su aliento.

—¿Piensas que me he inventado todo esto? Reconozco que cuando te vi en la habitación de Carmen estaba tan nervioso que temí que no me salieran las palabras. Sí, admito que te provoqué.

—¡Te habrás divertido con esta historia!

—¿Eso es lo que piensas? Sabes que en el fondo todo lo que te he dicho es cierto. Hay algo entre nosotros, algo de las dos personas con las que soñamos que tenemos que resolver juntos —se moja los labios—. Escúchame, por favor. Siempre dices que tu color favorito es el turquesa, pero no es cierto. Tu color favorito es el color del mar. Aunque hace años que no usas este perfume, siempre te ha gustado el olor del azahar porque te calma.

Niego con la cabeza. No puede saber algo tan íntimo como eso. Se lo tiene que haber dicho Carmen, o quizá mi hermana.

—Isabella —murmura tan cerca de mis labios, que me estremezco—, ahora que te he encontrado no voy a dejar que te marches. Puedes pensar lo que quieras de mí, e incluso puedes pensar que Carmen te ha engañado, pero no es verdad. Puedes enfadarte y hasta negar lo que te he contado, pero tengo la certeza de que tú y yo nos merecemos vivir esta aventura. Siento que junto a ti hay una historia que contar.

—No quiero saber nada de ti.

Se acerca tanto a mis labios que temo que vaya a besarme.

—Me quieres y me deseas.

—Ni te deseo ni te quiero. No te confundas.

—No puedes evitar sentir lo que sientes por mí, cómo te derrites cada vez que nos miramos. No hay ningún hombre que te haga gozar tanto como gozas conmigo en sueños. Tu alma y la mía están unidas desde hace años.

—¡Eso es una maldición!

—¿No entiendes aún que estamos malditos? —Su aliento besa mis labios y yo tiemblo tanto que me cuesta no dejar que me bese.

—Te equivocas conmigo. No hay nada que me una a ti. Tengo muchas sombras. —Lo aparto y abro la puerta—. Has llegado muy tarde.

—No es demasiado tarde. No tienes más sombras que yo. Sin embargo, no tengo miedo de vivir lo que sea que tengamos que vivir. Este es nuestro momento. Lo sé y lo siento aquí. —Se toca el pecho.

Capítulo 23

Los meses de verano habían pasado e Isabel no había tenido noticias de Bernat. Desde que habían llegado a Petra, la *seyora avia* de Isabel la había tratado como a una enferma y continuamente la enviaba a la cama con cualquier pretexto para que descansara. Sin embargo, lo que Isabel deseaba era ocupar todas las horas del día para caer rendida todas las noches y para no pensar en que su esposo la había abandonado casi a los seis meses de casarse. No era raro el día en que la mujer mayor encontraba a su nieta pequeña en la cocina junto a Xisca preparando la comida o recogiendo higos junto a Carmen o paseando por el campo junto a su perro. A ella le seguía aburriendo bordar, y mucho más en la cama, ni siquiera veía con buenos ojos que tocara la *viola da gamba*. Lo único que podía hacer era leer una y otra vez todos los libros que le había traído Bernat.

Había habido otro cambio que llevaba observando Isabel desde que salieron de Ciutat. No solo apreciaba cómo su barriga crecía por días, cómo se habían redondeado sus formas, incluso había quien decía que era más madura, también había notado que Carmen y Antoni tenían una relación que trataban de ocultar a todos. A su nodriza le brillaban los ojos y siempre entraba canturreando cuando venía a despertarla. Sin embargo, Isabel hacía como si no supiera nada. En algunas ocasiones los encubría cuando sabía que estaban juntos y alguien preguntaba por ellos. Ella se hacía la despistada y trataba de cambiar de tema.

A mediados de noviembre, casi estando de ocho meses, Isabel pensó que era hora de regresar a Ciutat. Quería tener a su hijo allí. No deseaba que nadie pudiera murmurar que había ido al sagrado sacramento del matrimonio encinta. No quería regresar con un niño en brazos. Su *senyora avia* no estaba de acuerdo con la decisión que había tomado, pero nadie la iba a hacer cambiar de idea.

El día de la partida amaneció nublado y amenazaba lluvias. La humedad de la mañana le hizo cubrirse con una toca de lana. Sin embargo, Isabel no quería posponer la marcha un día más. Después de desayunar se despidió,

con gran pesar, de todos. En Petra era feliz, podía ser ella, pero no podía refugiarse por más tiempo allí. Necesitaba volver a tomar las riendas de su vida. Llegaba la hora de ponerse la máscara, como hacían esos personajes que había leído en una obra de la comedia del arte.

Carmen había preparado unas cuantas mantas de lana para que no pasaran frío. Le tendió una a Antoni, que era quien acompañaba al cochero y otra a un criado. A Isabel, el gesto le hizo sonreír. Si bien ella siempre había sido la primera para todo, en esos momentos, Carmen lo atendió a él después de saber que Isabel estaba bien. Lo había hecho antes que velar por sí misma. El cochero fue el primero en subir, mientras que el ayudante permanecía al lado de las monturas. Antoni ayudó a las tres mujeres para que subieran. *Cupido* fue el último en entrar en el carruaje.

—*Vossa mercè*, os he preparado leche de almendras —dijo Xisca con lágrimas en los ojos—. Procurad tomarla todos los días para tener buena leche.

Isabel había tomado la decisión de amamantar ella misma a su hijo. No iba precisar de un ama de cría, salvo en momentos puntuales. En esto su *senyora avia* tampoco estaba de acuerdo, porque era de la opinión de que eso solo lo hacían las mujeres más humildes, pero Isabel estaba decidida a criar ella misma a su hijo.

Como la anterior vez que se marchó, también sacó medio cuerpo por la ventanilla, algo que Carmen volvió a reprobarle.

—¡Jesús! ¡Que no estáis para según qué trotes! —exclamó la nodriza—. Haced el favor de sentaros, que no sois una niña. A ver si vais a tener un percance, justamente ahora que tan poco os queda.

—No sé si en estos momentos prefiero a mi *senyora avia* o a ti. ¿Dejaréis algún día de hacer comentarios sobre lo que hago o sobre lo que dejo de hacer? Ya soy una mujer adulta.

—Cualquiera lo diría.

—Deja ya de decirme qué cosas puedo hacer. Cuando quiera tu opinión, te la pediré —dijo sin que sus palabras sonaran muy duras. Le dio unos golpecitos, en una mano, con cariño.

Carmen sacó un pañuelo de la faltriquera.

—Hay que ver qué cosas decís, *vossa mercè*, con lo que yo os quiero.

—Sabes que no lo digo en serio. ¿Qué haría yo sin ti? Si solo lo digo para molestarte, porque frunces el ceño y no estás tan guapa.

Carmen sonrió.

—¿Qué haría yo sin vos, sin mi lucero! —Se limpió unas lágrimas que no pudo reprimir.

Cupido estuvo un rato inquieto. Isabel lo tranquilizó acariciándole la cabeza y al final se sentó entre los pies de la nodriza y los de su ama. Dormitó parte del camino. A medida que iban dejando atrás la *casa de possessió*, el cielo se iba oscureciendo.

—*Vossa mercè*, ¿no sería mejor dejar el viaje para otro día más propicio? Esas nubes no me gustan.

—¿Otra vez vuelves a decirme qué debo hacer? No, ya te lo he dicho, viajaremos hoy. Sabes el motivo. Quiero que mañana seamos las primeras en llegar a misa. Nadie hablará si me ve con esta barriga —resolvió Isabel.

—En vuestro estado no es recomendable que tengáis muchos sobresaltos. ¿Qué os importa lo que digan tres viejas urracas? Con la salud no se juega.

—Hablas igual que mi *senyora avia*. Si por ella fuera no saldría de la cama en todo el día. Estoy cansada de no poder hacer nada.

—Sois testaruda como una mula. —Sacó el licor anisado para calmar el mareo que venía sintiendo desde que habían salido de Petra.

Maribel alternaba la mirada de una a la otra. Le divertía ver cómo discutían las dos mujeres. Aunque no lo diría nunca a la nodriza, ella siempre le daba la razón a su señora.

Comieron en el carruaje porque hacía un buen rato que llovía. El camino se fue haciendo más dificultoso y el barro les hacía ir más despacio.

—¡Ay, si a *vossa mercè* le ocurriera algo, yo no sé cómo podríamos salir de esta! —dijo cuando el sol empezaba a ocultarse en el horizonte.

Estaban llegando a unos campos de almendros y a unos campos cultivados.

—Siempre tan agorera. Tranquilízate. Nos queda poco para llegar a Ciutat. —Sacó la cabeza por la ventanilla—. Mira, ya veo la muralla y la Puerta de Sant Antoni.

A lo lejos, no solo divisaba la ciudad, también los últimos carros y viajantes que viajaban para traspasar las murallas los primeros, cuando las abrieran al día siguiente. Algunos se quedarían a pasar la noche fuera, al raso.

Carmen sacó un rosario y comenzó a rezar.

—¿Y ahora qué te sucede? ¿Por qué rezas si ya lo hemos hecho esta mañana?

—Cosas mías —comentó sin dejar de observar cómo el cielo se iba

oscureciendo—. Ay, Dios mío, si nos pilla en el otro lado, ¿qué vamos a hacer?

—No entiendo qué te preocupa ahora. Te has pasado todo el viaje lamentándote. Pobre del hombre que tenga que soportarte.

Carmen se puso roja y evitó mirarla a la cara.

—¡Jesús! ¡Qué bobadas! ¿Qué hombre habría de soportar a una vieja como yo? Yo solo temo no llegar a tiempo de cruzar las puertas. Ya os decía yo que no es bueno viajar con lluvia.

—Antoni —gritó Isabel desde dentro del carruaje—, dile al cochero que tiene que ir más deprisa.

—*Vossa mercè*, los caballos están agotados —repuso el cochero—. No pueden hacer más de lo que han hecho hoy. La tormenta nos ha retrasado.

Tal como había imaginado Carmen, la Puerta de Sant Antoni estaba cerrada cuando llegaron. Mucho se temía que la de Plegadissa también lo estaría.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —se lamentó Carmen.

Isabel pensó una solución rápida. Podía sobornar a la guardia que había en esa puerta, pero temía encontrarse a la ronda y al aguacil, y un carruaje no iba a pasar desapercibido a esas horas de la noche.

—Buscaremos una posada —le dijo Isabel a Antoni—. Iremos a Portixol. No queda muy lejos de donde estamos.

El criado asintió con la cabeza, dio media vuelta y avivó a los dos caballos.

—No tendríamos que haber salido hoy. No hacía tiempo de andar por estos andurriales.

—Cualquiera diría que nos hemos perdido —murmuró Isabel—. No hay nada que temer.

—Deberíais empezar a hacer caso de las personas mayores. Si vuestra *senyora avia* ya os lo decía, que era mejor que descansaseis en un lecho mullido.

El carruaje regresó por donde había venido. No habían pasado ni cinco minutos, cuando una rueda se metió en un bache. El cochero no lo había podido esquivar en la oscuridad de la noche, ni su ayudante tampoco lo había visto. Tanto Carmen como Maribel e Isabel pegaron un bote. Cupido gimió y se levantó, colocándose a cuatro patas. De pronto Isabel abrió los ojos como platos y se quedó sin aliento.

—¿Qué os sucede? —Quiso saber la nodriza—. ¿Os encontráis bien?

Decidme, ¿qué tenéis?

Isabel tragó saliva. Empezó a temblar sin control porque mucho se temía que había llegado la hora. No quiso moverse por miedo, pero en cuanto se sintió preparada miró hacia abajo. Carmen cogió el candil que estaba colgado al lado de la puerta y siguió la dirección de sus ojos. La falda estaba manchada y en el suelo había un líquido que cubría sus chapines.

—¡Jesús! Os habéis puesto de parto. ¿Pero cómo es posible? Si aún os falta un mes.

Isabel asintió con la cabeza.

—¿Y ahora qué hacemos? Mirad que ya os decía yo que en vuestro estado no era bueno salir de viaje, pero os habéis empeñado en que tenía que ser hoy.

—Deja ya de lloriquear —Isabel riñó a Carmen. Si seguía quejándose por todo, no iba a poder mantener la calma—. Ahora ya no hay vuelta atrás. Tendrás que ayudarme tú. Recemos para que el ama de la posada sepa cómo atender un parto.

—Ay, mi lucero, que sea una hora corta.

Isabel se sujetó con una mano a la ventanilla, y la otra se la agarró Carmen para no pegar más botes. A lo lejos vieron unas luces tenues. Estaban llegando a Portixol. Antoni buscó la posada donde se habían quedado a dormir la noche de San Juan. En cuanto llegó, salió a la carrera en busca de ayuda para Isabel.

—Creo que puedo caminar yo —le dijo al ayudante.

—*Vossa mercè*, dejad que os ayude. Estáis pálida. Tenéis que reservar fuerzas para cuando llegue la hora.

La cogió entre sus brazos y la llevó hasta la posada, mientras el cochero atendía a los caballos. El ama les indicó que tenían unos aposentos libres en el primer piso. La tumbaron en una cama y la despojaron de la falda y de dos enaguas para que estuviera más cómoda. Una de las criadas de la posada trajo un brasero porque a esas horas de la noche ya hacía bastante frío.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Isabel a Carmen. Al igual que ella, estaba pálida—. Habla y no te guardes nada para ti. —Apretó los dientes cuando sintió una contracción.

—*Vossa mercè*, el ama de la posada nunca ha atendido un parto.

Ahora más que nunca, echaba de menos a Biel. Él sabría qué hacer en esa situación. Había sido una insensata por no escuchar a su *senyora avia* y por

no quedarse en Petra, pero ahora no había vuelta atrás y tenía que sobrellevar como mejor pudiera su parto.

—Habrá que buscar a alguien que los atienda. No te quedes parada. Dile a Maribel que busque por el pueblo.

—El ama de la posada ha ido a buscar a una mujer que ha asistido unos cuantos partos. Dice que es joven, pero nunca ha tenido ninguna complicación.

—Está bien.

Cuando la partera llegó, Isabel había perdido la noción del tiempo. Estaba atenta a las contracciones, que cada vez eran más dolorosas y más intensas. Carmen le quitaba el sudor con un paño húmedo y humedecía sus labios agrietados. En una contracción dolorosa su cuerpo se arqueó de dolor.

La partera enseguida se puso a dar órdenes a las mujeres de la posada. Al tiempo que se calentaba el agua, Carmen sacó unos lienzos que llevaba en uno de los baúles porque los podían necesitar. La partera metió el brazo casi hasta el codo para explorarla y con la otra mano le tocó el vientre. Miró a la nodriza y le hizo un gesto con la cabeza para hablar con ella a solas.

—No te vayas, no me dejes sola —pidió Isabel—. Lo que tengas que decirle a mi nodriza me lo puedes decir a mí también. No tengo miedo —mintió.

En realidad estaba aterrada, pero no quería reconocerlo delante de todas las mujeres.

—El niño viene de nalgas y aún estáis muy entera. El parto va a ser largo.

—No sé lo que significa eso, pero presiento que no son buenas noticias.

—No, *vossa mercè*. Nunca he atendido un parto así.

—Pues este tendrá que ser el primero. Haz lo que tengas que hacer.

Isabel observó que Carmen salía de la alcoba. Regresó enseguida con un brillo en la mirada. En una mano llevaba un vaso con un brebaje caliente que había preparado la partera.

—¿Adónde has ido? Te lo ruego, no vuelvas a dejarme sola —musitó a modo de súplica.

—Os lo tenéis que tomar. —La ayudó a incorporarse para que bebiera.

La partera había atado dos cuchillos en cruz y los colocó debajo de la almohada.

—Mi abuela, que fue la que me enseñó a mí, decía que traía suerte y que el niño se colocaba como tocaba.

—¿De verdad crees en estas supercherías? —le preguntó Isabel.

—De momento es lo único que se me ocurre. Aún quedan horas y os falta mucho para empezar a empujar.

Carmen sacó el rosario y se puso a rezar. Isabel apretó los dientes y su cuerpo sufrió otro espasmo tan doloroso que creyó perder la razón. Buscó la mano de su nodriza y la miró a los ojos.

—Creo que algo no va bien —murmuró.

—Guardad fuerzas, lucero mío. —Le acarició su melena y le dio un beso en la frente—. Muy pronto tendréis a vuestro hijo en brazos.

Las contracciones eran cada vez más dolorosas y más seguidas. La partera la exploraba, pero negaba con la cabeza cuando sacaba el brazo.

—Haz lo que tengas que hacer, pero saca a este hijo de mi vientre.

Carmen comenzó a llorar.

—Me recordáis tanto a vuestra... —musitó apartando la mirada y sin poder terminar la frase.

Las horas pasaron y Carmen salía y entraba de la alcoba cada vez más nerviosa. El dolor y la fatiga vencieron a Isabel cuando el primer gallo de la mañana cacareó. Estaba agotada de haber mantenido durante toda la noche los párpados abiertos. La mañana estaba clareando cuando pensó que soñaba. Frente a ella estaba Biel con cara de preocupación.

—Dime que no es un sueño —dijo con las pocas fuerzas que le quedaban.

—No, *vossa mercè*, no es un sueño —repuso Carmen—. Antoni ha ido a La Calle a por él. Lo he mandado buscar yo. ¡Gracias al cielo que lo ha encontrado! Una bolsa de onzas de oro ha obrado el milagro para que alguien le abriera la puerta para entrar.

Biel se arrodilló a su lado. Tenía el pelo alborotado, posiblemente por haber puesto su caballo a galope para llegar cuanto antes. Isabel nunca lo quiso más que en esos momentos. Cupido ladró de emoción y se tumbó a su lado.

—Siento haber tardado tanto. Si os llega a ocurrir algo... —le acarició los mechones que tenía desparramados por la almohada—. Ya no estáis sola.

—¡Estás aquí! —Rozó con la yema de sus dedos la barba que ese día aún no se había afeitado.

—Sí, juré a vuestra madre que cuidaría de vos. Aquí me tenéis.

—Esta noche he faltado a nuestra...

—Callad, no digáis nada más. Sobran las palabras. ¿Cómo no me había

dado cuenta de que me necesitabais? Soy un necio.

Isabel cerró los ojos y sintió que la voz de Biel era como un bálsamo para ella. No entendió qué dijo a continuación, pero él hizo que tomara otro brebaje que le calmó el dolor. Suspiró de alivio.

—*Vossa mercè*, atended a mis palabras. —Hizo que lo mirara a los ojos—. Voy a intentar colocaros al niño. Aún no ha entrado en el canal.

Biel llamó a la partera para que observara los movimientos que le hacía a Isabel. Presionó su vientre para tratar de posicionar al bebé.

—Es una suerte que aún no esté de ocho meses. Si fuera más grande este movimiento no podrías hacerlo.

—¿Eso es brujería? —quiso saber la partera.

—No, no tiene nada de brujería. Es una ciencia que aprendí en Egipto.

—Nunca he conocido a un médico como tú. —Abrió la boca y entonces entendió. Negó con la cabeza y sacó el crucifijo que llevaba por dentro de la camisa—. ¿Acaso eres judío? Esto que estás haciendo solo lo hacen los médicos macabeos.

—No soy judío.

Carmen se mordió el labio y calló lo que sabía. Sin embargo, como observó la duda en la partera, se adelantó a las palabras de esta.

—¡Jesús! ¡Un judío atendiendo a mi señora! ¡Qué disparates estás diciendo! ¿Y tú te atreves a llamar brujería a lo que está haciendo cuando tú le has puesto dos cuchillos debajo de la almohada? ¡Menos mal que no está mi señor amo presente, porque podría entrar en cólera contra ti y contra esta posada!

—Lo lamento —agachó la cabeza—, no me entendáis mal, yo solo he pensado que...

—No estás aquí para pensar —le espetó Carmen—. Sabes que los judíos no pueden salir de la isla.

Tras varios movimientos, Biel logró poner la cabeza en su sitio.

—*Vossa mercè*, estáis a punto —le dijo a Isabel, que había vuelto a cerrar los párpados—. Ahora vais a atender a mis palabras. Vais a hacer lo que yo os pida. Si me hacéis caso, pronto podréis abrazar a vuestro hijo.

—Tengo miedo.

Ella no deseaba que sus fuerzas le flaquearan justo en ese momento en el que él la miraba con tanta atención, pero estaba tan cansada que al final terminó cerrando los párpados durante unos segundos que le supieron a

gloria.

—No os va a pasar nada. Confiad en mí. No dejaré que os pase nada.

—Júrame que no me estás mintiendo. —Le agarró de las manos.

—Os lo juro. Miradme a los ojos, y cuando yo os lo pida, empujad.

—No sé si voy a poder. Estoy muy cansada —dijo con un hilo de voz.

—Hacedlo por vuestro hijo. Él os necesita. Empujad ahora —ordenó sin darle tiempo a que ella dudara.

Isabel asintió con la cabeza y soltó un alarido cuando notó que algo la desgarraba por dentro. La mirada de Biel era lo que le hacía seguir adelante.

—Otra vez, empujad. Lo estáis haciendo muy bien.

—Ya viene —soltó Carmen con lágrimas en los ojos—. Está aquí.

La partera y ella estaban abrazadas y permanecían de rodillas en el suelo.

—Volved a empujar. Eso es, sois una mujer muy valiente. Ya veo la cabeza de vuestro hijo.

Isabel ahogó un grito con la siguiente contracción.

—Solo os pido un último empujón y lo tendréis con vos. Confiad en mí.

Como le había pedido él, lo miró a los ojos y empujó como si le fuera la vida en ello. Isabel notó que algo viscoso se le escurría por las piernas. El llanto de su hijo le hizo olvidar el cansancio de la noche. Ella estiró los brazos para acogerlo en su pecho.

—Es un varón, *vossa mercè*, un varón. —Carmen se había levantado—. Vuestro esposo se va a alegrar. Un varón es lo que querría cualquier hombre.

El niño tenía el pelo tan negro como Bernat, un detalle que a Carmen no se le escapó.

—Estoy orgulloso de vos —bisbiseó Biel para que solo pudiera escucharla ella—. Nunca dejaré de amaros.

Recordó el deseo que había pedido en la noche de San Juan: estar junto a él cuando el alba los alcanzara. Habían sido unas horas muy largas, pero había valido la pena. Estar a su lado era cuanto deseaba en aquellos momentos.

Biel, al igual que había hecho con su madre cuando la parió a ella, le colocó a su hijo sobre su pecho. Isabel lloró de emoción sin dejar de mirarlo a los ojos. Quiso decirle que ojalá ese hijo fuera de él, aunque por el brillo de su mirada, Biel la entendió. Sobraban las palabras cuando eran los gestos quienes hablaban.

Aunque Biel trató de demorar el momento de decirle adiós, no podía quedarse por más tiempo. Le entregó una bolsita de tela con unas hierbas a

Carmen.

—Que tome tres infusiones al día. Le ayudará a sobrellevar el dolor de su vientre. No le vendría mal un caldo de gallina.

—Ahora mismo le digo a la posadera que prepare un buen caldo para ella.

Biel se acercó hasta el lecho.

—*Vossa mercè*, descansad, dejad que os cuiden y no hagáis ninguna temeridad, como salir de viaje después de comer —le dijo con una voz tan dulce que a Isabel se le saltaron las lágrimas.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Lo habéis escuchado? Hasta dentro de unos días no os levantaréis de este lecho.

Estaba anocheciendo cuando Isabel y la nodriza se quedaron a solas. Esta le preguntó:

—Lo amáis, ¿verdad?

Isabel no la miró a la cara, pero era inútil negar lo evidente.

—Sí, lo amo con toda mi alma. Sin embargo, nunca le he sido infiel a mi esposo, si es lo que temes preguntarme. —Besó la cabeza de su hijo, un niño que para alegría de ella, se parecía mucho a Bernat.

Para ser tan pequeño, el niño se había cogido muy bien a su pecho. La partera le había enseñado cómo debía hacerlo para que no tragase aire al mamar.

—Perdonad mi indiscreción, pero he visto como él os mira, con qué adoración os trata. —La maldición de la que hablaba aquella mujer negra se había cumplido. ¿Quién era ella para juzgarla cuando su señora no podía escapar de algo que ella misma no podía comprender?

—La misma con la que Antoni te mira a ti. No puedes negármelo.

Carmen bajó el mentón, sonrojada.

—No, *vossa mercè*. No sé cómo ha ocurrido. Ambos hemos alcanzado los treinta y cinco años. Aún podemos formar una familia si a *vossa*...

—Claro que te doy mi bendición. ¿Cuándo pensabas decírmelo? Si eres la mejor nodriza que nadie podría tener, aunque un poco deslenguada. Te mereces ser feliz con tu propia familia. Has estado conmigo desde que nació.

—¿Qué voy a hacer yo sin vos? No quiero abandonaros.

—Lo que has estado haciendo hasta ahora con Antoni. No tienes por qué marcharte. Mi hijo y yo aún te necesitamos. Yo no te he hecho falta para hacer lo que sea que hagas con él.

—¡Jesús! ¿Qué estáis insinuando? Yo soy una mujer decente. Eso que decís solo lo hacen las mujeres de mala vida.

—¿Antoni qué piensa de esto? ¿Te ha propuesto matrimonio?

—Sí, lo hizo antes de venir a Ciutat.

—¿Qué le has contestado? ¿Le has dicho que sí?

—Antes tenía que pedir os vuestro consentimiento. Quiere que nos casemos cuanto antes.

—Ya te he dado mi bendición. Ya puedes decirle a Antoni que serás su esposa y que te casarás con él.

Carmen soltó un gemido ahogado y comenzó a llorar sin consuelo. Salió de la alcoba y enseguida regresó con Antoni. Ambos venían llorando.

—*Vossa mercè*, os damos las gracias —dijo Antoni arrodillándose al lado de la cama—. No sabíamos cómo os lo ibais a tomar. Sois una buena ama.

—Estoy tan contenta por vosotros dos... Vais a ser muy felices —pensó con rapidez qué regalo podría hacerles—. Si no te parece mal, me gustaría regalarte la tela para el traje nupcial. Quiero que mi nodriza deje sin palabras a todas las demás mujeres. Tengo una tela que trajo Bernat que será la envidia de cuantos te vean. ¿Qué me dices?

—*Vossa mercè*, sois muy generosa —soltó Antoni cogiéndole de la mano para besarla—. Queríamos casarnos en el Convento de Santa Clara.

—Está bien. Hablaré con el cura para que os case antes de que termine el año. Ahora, si me disculpáis, me gustaría descansar.

—Disculpadnos, *vossa mercè* —repuso Carmen—. Nosotros hablando de nuestras bodas y nos habíamos olvidado de que estáis cansada. ¡Qué desconsiderada soy! Acabáis de tener un hijo. Ahora mismo cierro las contraventanas y os dejamos dormir. ¿Queréis alguna cosa más? ¿Un caldo de gallina? ¿Una tortilla de dos huevos?

—No, estoy bien. Solo necesito estar a solas un rato.

—Os merecéis un buen descanso. No os preocupéis por vuestro hijo. Esta noche lo amamantará un ama de cría para que vuestro sueño sea plácido.

—Te lo agradezco.

Carmen tomó al pequeño en brazos y cerró la puerta tratando de no hacer ruido. Isabel suspiró con tranquilidad. Cuando el sueño la alcanzó, se encontró de nuevo en la misma alcoba que tan bien conocía, en aquel lecho en el que se amaban noche tras noche.

—¿Biel? —preguntó ella con temor—. ¿Dónde estás?

—Aquí me tenéis. —La tomó de la cintura para pegarla a su cuerpo—.
Cuando anoche no aparecisteis, temí lo peor.

Suspiró de alivio cuando escuchó su voz grave.

—Ya estoy en casa —dijo al oler ese perfume a mar que tanto le gustaba—.
Cómo te he echado de menos.

Capítulo 24

Esta mañana me levanto antes de que suene el despertador. Ha llegado el día. Esto será lo último que haga por Salva. Le prometí que correría la media maratón y estoy preparada para hacerla.

Desde que me marché de casa de Biel, apenas he hablado con nadie. He desconectado el teléfono fijo y no he encendido el móvil. Tampoco he estado mucho en casa, porque, conociendo a mi hermana, temía que se le ocurriera pasar por aquí después de hablar con Carmen. No quiero saber de ellas en mucho tiempo.

Estas dos noches me ha estado perturbando lo que ocurrió en casa de Biel y cómo podía saber algo tan íntimo de mí. No creo haberle dicho a nadie lo de mi color favorito. El viernes, cuando llegué de casa de Biel abrí la única puerta de casa que llevaba años cerrada. No sé qué me llevó a abrirla, pero tuve un presentimiento. Todo parecía igual, aunque los muebles tenían una capa de polvo. Recordaba aquel despacho más grande, y sin embargo es la habitación más pequeña de la casa. Entonces lo vi en su mesa. Junto al cuadro donde estaban nuestros dos móviles se hallaba mi anillo de casada. Lo miré, como si no lo reconociera, aunque tampoco recordaba haberlo dejado ahí, ni tampoco recordaba haber descolgado el cuadro. Ni siquiera me lo pensé. No me lo volveré a poner nunca más. Salí cerrando esa puerta que me llevaba al pasado y decidí que era el momento de pasar página.

Han sido dos días en los que he creído que estaba loca por no recordar qué pasó aquel fin de semana. Sé lo que viví allí, en Madrid. Sin embargo, lo que peor he llevado son las dos noches porque, aunque no quiera saber de él, he vuelto a soñar con Biel. Si tuviera algún control sobre mis sueños, le habría echado de ellos sin ninguna contemplación. Como en días anteriores, me vuelven a llevar a un tiempo lejano. Me sigo viendo diferente a como soy ahora, e incluso él tampoco me parece exactamente igual a como es ahora. No obstante, cuando nos encontramos, nos amamos hasta perder la cabeza. Lo más extraño de todo es que con Salva ni había gozado tanto como con él ni me había sentido tan amada como con Biel.

Eros me sigue por la casa. Dejo que salga a la terraza mientras yo voy al lavabo. No tardo mucho en vestirme. Antes de salir de casa, me preparo un buen desayuno y le pongo a mi perro una lata de comida.

Paseo a Eros un rato por el parque y después regreso a casa. Cuando no sé cuándo voy a llegar a casa, lo dejo en el patio de atrás, donde hay una caseta que hizo el abuelo de Salva para un pastor alemán que tuvieron.

—Hoy correré sola —le digo cuando advierto en su mirada un gesto como queriendo decirme que el paseo ha sido muy corto.

Para la carrera solo llevo lo imprescindible en una riñonera y me dejo el móvil en casa. Me dirijo a la parada del autobús. El diez aparece enseguida, que me deja en el ayuntamiento y desde allí hago un trasbordo con el diecinueve, que me deja cerca de la Ciudad de las Artes y las Ciencias. Cuando llego, los organizadores están repartiendo unos dorsales y una bolsa de tela con agua, un plátano y una barrita energética. Por lo que veo, soy de las pocas mujeres que correrá. Me ha tocado el 1670. De repente me tengo que sentar en la acera. Me falta la respiración, veo todo borroso y no entiendo qué me está pasando. Hay algo extraño con este número y no sé muy bien de qué se trata. No tendría que tener estas palpitaciones, pero tengo la impresión de que en algún momento de mi vida ha tenido importancia.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta un chico, y me ofrece una botella de agua.

—Sí, creo que sí. —Se la acepto y le pego dos tragos—. Muchas gracias.

—¿Quieres que llame a alguien? Si no te encuentras bien, no deberías correr.

—No, ya estoy bien. —Me levanto.

—¿Has desayunado?

—Como una campeona. —Trato de sonreír.

Trago saliva cuando veo aparecer a Biel. Le han dado el dorsal 1687, y por alguna razón que tampoco alcanzo a comprender, también sé que este número tiene importancia en mi vida. Verlo me turba. ¿Cómo es posible que cada vez que le vea esté más guapo? Quiero correr hacia él, plantarle un beso en los labios y olvidarme de todo. Se percata de que me lo estoy comiendo con los ojos. Él también me recorre con la mirada de arriba abajo con ojos hambrientos y luego me ignora deliberadamente. Veo que hay dolor en su mirada. Yo me doy la vuelta. Me tenía que haber imaginado que estaría aquí. Carmen le ha tenido que decir hasta cuando voy al baño. ¡Qué control tiene

sobre mis horarios!

Con un poco de suerte, correrá detrás de mí, así que no tengo que verle la cara. Me doy la vuelta de nuevo y lo encuentro hablando con una de las chicas que está repartiendo los dorsales. No es la que me lo ha dado a mí. La mujer es rubia, lleva una coleta alta como yo y le toca el pecho como quien no quiere la cosa. Parece que a él le gustan rubias. No puedo verle bien la cara a ella, pero me la imagino poniéndole morritos. No tendría que molestarme, pero no me gusta cómo le sonrío a ella. Veo que ella le da otra barrita, que Biel se guarda en la bolsa que nos han dado.

Él sabe que lo estoy observando, gira la cara un momento hacia mí para mirarme con esa intensidad que me desmonta. Siento que se me va a salir el corazón por la boca y después sigue hablando con la rubia. Ella se gira y le veo la cara. Entonces contengo la respiración, porque la rubia no es un ligue, sino que es la madre de Olivia, la mujer de Mario. Soy una imbécil que saca conclusiones precipitadas.

—Saluda a la tía. —Oigo la voz de mi hermana detrás de mí.

Contengo un suspiro. Con la cantidad de gente que hay aquí, he tenido que encontrarme en menos de treinta metros cuadrados a las dos personas que menos deseo ver por un tiempo. Estoy segura de que ha levantado a mi sobrina a las siete de la mañana para venir a verme correr.

—Tita —me dice Violeta abrazándome por detrás—. Mamá ha dicho que te tenemos que animar mucho.

Me doy media vuelta y abrazo a mi sobrina.

—Mira lo que hemos hecho mamá y yo. —Saca de una bolsa grande una pancarta que ha hecho con tela—. Lo he hecho yo casi todo.

Mi sobrina ha escrito en letras rojas: *Ras, ras, ras, mi tita va a ganar.*

—Eres una artista.

Romina viene hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Siento lo que ha pasado entre nosotras —me dice en el oído, sin que yo pueda hacer nada por librarme de su abrazo—. No nos podíamos perder la carrera.

—Vaya, es la primera vez que te interesa algo de lo que yo hago —respondo apartándome de ella.

—¡Oh, vamos! ¿Cómo no íbamos a venir sabiendo lo importante que era para ti? No seas rencorosa.

—Y tú deja de meterte ya en mi vida. Esta me la vas a pagar.

Ella me sonrío.

—Dime el día que te venga bien —dice sacando su iPhone 6 plus—. Lo digo para apuntarlo en la agenda y que no me pille desprevenida.

—No estoy bromeando.

—Yo tampoco. —Pone cara de lástima—. Por favor, no me gusta estar enfadada contigo —murmura para que Violeta no la oiga.

Mi cuñado llega enseguida. Antes de acercarse a mí, me mira con cara de circunstancias.

—Tienes que entenderme. Era secreto profesional. —Sonrío de manera forzada.

—A ti te entiendo, pero no a mi hermana.

Me acerco para darnos dos besos.

—Tita —Violeta llama mi atención y pone ojitos—, ¿puedo correr contigo? Yo corro mucho.

—Eso se lo tendrás que decir a tu madre. —Le paso el marrón a mi hermana.

Romina le toca el brazo a Alberto.

—¿Ese de ahí no es Biel? —le pregunta mi hermana a su marido—. Hacía años que no lo veíamos.

—Sí, parece él.

—Vamos, dejad de disimular conmigo. Sé que tú y Carmen me lo queréis endosar.

—Te juro que no sé de lo que me hablas. Lo último que sé de él es que estaba viviendo en Barcelona. ¿Cuándo lo has conocido?

—Te hablo de que Carmen ha montado una película muy rara con Biel. No hagas como si no supieras nada.

—No, Carmen y yo no hemos hablado de él. Ya te digo, ni siquiera sabíamos que había vuelto.

—Ya, me conozco vuestras tretas. ¿Has sido tú o ha sido ella quien le ha dicho que hoy corría aquí?

—A ver cómo te lo digo. Es cierto que te oculté lo de Salva, pero sabes que nunca te he mentado. Hace años que no hablo con él —señala a Biel con la cabeza.

Romina levanta la mano para que él se acerque.

—Ni se te ocurra llamarlo.

—¿Qué me estoy perdiendo? —Alterna la mirada de mí hacia Biel sin

entender nada.

Sé que soy una cobarde por no enfrentarme a él, pero no tengo ganas de hablar. Cuando acabe la carrera aclararé ciertas cosas con él.

Por fortuna alguien la llama por teléfono. Romina saca su *smartphone*, observa de quién es la llamada y decide no contestar. Antes de guardarlo, me fijo en una foto que hay como fondo de pantalla en la que estamos ella, Violeta, Carmen y yo brindando con uno de los famosos mojitos que prepara Alberto, salvo mi sobrina, que sostiene en una mano un vaso de naranjada. Le cojo el móvil para ver de más cerca la imagen.

—No recuerdo cuando nos hicimos esta foto. —Noto que la boca se me queda seca.

—Quizá no lo recuerdas porque te tomaste cuatro mojitos y se te subieron a la cabeza. Ya sabemos lo poco que toleras el alcohol. Aquella noche no decías más que tonterías. ¡Menuda nochecita nos diste, guapa!

—Sí, pero ¿cuándo fue?

—En la fiesta que hicimos de los mojitos. Fue en el último fin de semana de agosto.

Niego con la cabeza. No puede ser, me digo una y otra vez. Miro a mi hermana y le digo:

—Es imposible. El último fin de semana me fui a Madrid.

Romina me mira como si no supiera de lo que estoy hablando.

—¿Cómo dices? No, ese sábado lo pasaste en mi casa.

Me enseña unas cuantas fotos que tiene en el móvil para que vea la fecha.

—¿No te acuerdas de la barbacoa que hizo Alberto? No me lo puedo creer. Si Carmen trajo unas hamburguesas de las que hace ella que estaban de muerte. Hasta tú le dijiste que pensabas hacerte vegana.

—No —respondo sin entender cómo he podido olvidar un fin de semana entero.

—Dormiste en casa y al día siguiente estabas tan hecha polvo que Alberto te llevó en nuestro coche y yo llevé el tuyo.

Romina se mete en su perfil de Facebook y me enseña otra foto.

—Aquí estamos las tres bailando reguetón.

—¿Yo bailando reguetón?

—Pues sí, no parabas de reírte.

Cada vez entiendo menos. Tampoco recuerdo esa foto que estoy viendo en su móvil. No dejo de pensar en lo que significa, porque si yo estuve en casa

de mi hermana, eso quiere decir que no fui a Madrid, y por lo tanto no me acosté con Biel o con quien fuera que se le parezca. Por otra parte, lo que viví aquella noche me pareció tan real... ¿Cómo he podido imaginar algo así si ni siquiera conocía a Biel? Todo esto me parece cada vez más insólito.

Necesito alejarme de mi hermana. Por suerte, desde megafonía nos indican que la carrera va a comenzar en unos minutos.

—Nosotros te esperaremos en la línea de meta —me dice Romina—. Vamos a saludar un momento a Biel.

—Ni se te ocurra decirle nada de mí.

—¿Por quién me has tomado?

—Por la bruja que eres. —Le saco la lengua.

Me despido de ellos con una sensación rara en el estómago. Trato de ponerme lo más cerca de la cabeza. Me coloco los cascos para correr, hago unos estiramientos y espero a que den la orden de salida. Primero sale una tanda y yo salgo en la segunda. Desde el inicio de la carrera ya hay gente animando a otra.

Mientras recorro los primeros metros de la carrera no dejo de pensar en las pocas posibilidades de lo que pasó. No sé qué nombre poner a lo que he vivido con alguien que no conocía. ¿Es posible que todo lo que viví esa noche como real fuera un sueño? Puede que se tratara de magia, quizá puede que fuera sugestión o puede que fuera una alucinación por el deseo de estar con un hombre que me hiciera olvidar lo sola que he estado estos años. Aunque suene a locura, tuvo que ser un sueño, como cuando yo me veo en otra época y amo a un hombre que es igual a Biel.

Esta revelación me tranquiliza y a la vez me hace ver a Biel con otros ojos, aunque no entiendo qué me llevó a soñar con él. Empiezo a recordar entonces qué pasó cuando desperté en casa de mi hermana, y lo mal que estaba. También recuerdo que cuando llegué a casa dejé el anillo en el despacho y...

Tengo que parar un momento porque recuerdo haber abierto un cajón y rebuscar entre los papeles de Salva. Encontré una demanda de separación de un año antes de que se fuera a Sudán. Hacía tiempo que lo nuestro no funcionaba, aunque no quería darme cuenta. Me falta la respiración y me tengo que sentar en la acera. Alguien me pregunta algo, pero no entiendo nada de lo dice. Vi esa demanda de separación, quise olvidar que existía, que él ya no me quería. Subí a mi habitación para seguir durmiendo. Negué lo que encontré en su despacho y por eso soñé con algo que me gustara. He sido

yo que de alguna manera lo he llamado y él ha acudido a mí. Sé que esa noche algo nuevo y poderoso se coló en mi pecho. ¡Pero qué estúpida he sido! Lo he tenido delante de mis narices y no me había dado cuenta. Lo que sí que tengo claro ahora es que esa fue la mejor noche de sexo de mi vida y no me importaría repetir, aunque la próxima vez me gustaría que todo fuera real al cien por cien. Desde luego, le debo una disculpa a Biel, siempre que él la acepte.

A mitad de carrera, cerca de Nuevo Centro, veo a mi hermana y a mi sobrina que están levantando la pancarta. Han tenido que venir hasta aquí en metro. Me quito los cascos para escuchar lo que Violeta me está diciendo. Está saltando y me dice que soy la mejor. Yo le tiro un beso con la mano y sigo corriendo sin dejar de pensar en ese fin de semana que se me ha borrado de la mente. Pero ¿por qué soñar con alguien que vivía en Barcelona y a quien nunca he visto? No encuentro explicación plausible a lo que sucedió aquella noche.

Miro el cuentakilómetros que llevo en mi muñeca y me indica que ya llevo cerca de los veinte kilómetros. Cuanto menos queda para la meta, mejor me siento. Cojo de la bolsa una botella de agua y bebo hasta dejarla a medias.

Estoy tan ensimismada con mis pensamientos, que de pronto piso una cáscara de plátano, me tuerzo el tobillo derecho y resbalo. Caigo todo lo larga que soy. ¿A quién se le ocurre tirar algo en mitad del recorrido? Alguien que está corriendo por detrás de mí me ayuda a levantarme.

—¿Te has hecho daño?

Muevo el tobillo, pero me duele tanto que no puedo apoyarlo en el suelo.

—Sí, me duele bastante.

No quiero darme por vencida. Esta carrera la tengo que acabar como sea. Doy unos pasos, aunque enseguida tengo que sentarme. Me muerdo el labio inferior por la impotencia y por no terminar llorando. Alguien llama a un sanitario para que venga a ver cómo llevo el tobillo. Enseguida llega una chica joven con un maletín.

—¿Qué te ha pasado?

—Me he torcido el tobillo. Algún imbécil ha tirado una cáscara de plátano al suelo.

La chica me lo inspecciona y niega con la cabeza.

—Me parece que tú ya has terminado la carrera.

Niego y parpadeo varias veces para no terminar llorando. No puedo creer

mi mala suerte.

—Tú no lo entiendes —digo con un nudo en la garganta que apenas me deja hablar—. Esta carrera la tengo que acabar como sea. Véndame el tobillo, ponme una inyección, pero por favor no me digas que no puedo correr. Es importante para mí.

—Yo no puedo hacer nada. Tendríamos que llevarte al hospital.

Me cubro la cara con las manos.

—¿Qué le ha pasado? —La voz de Biel me sorprende porque no sabía que corría tan cerca de mí.

No quiero mirarlo a la cara.

—Tiene un esguince y quiere terminar la carrera —le dice la sanitaria a Biel.

—Voy a terminar esta carrera como sea.

Me levanto, aunque cuando apoyo el pie en el suelo, aprieto los dientes y maldigo otra vez al que tiró la cáscara de plátano. Biel me sujeta de una mano para que no caiga al suelo. No quiero ponerme a llorar delante de la sanitaria, pero sobre todo de él, aunque me duele tanto el tobillo que tengo que hacer verdaderos esfuerzos.

—De momento te lo puedo vendar —me dice ella.

—¿No puedes hacerme algún masaje? —le pido a Biel—. Por favor.

—Puedo intentarlo, aunque no te aseguro nada.

Biel me lo masajea durante unos minutos. Ambos permanecemos callados.

—No puedo hacer nada más. —Me mira a los ojos.

—Gracias.

Quiero retirar el pelo de la cara, pero en el último momento me contengo. Sus ojos brillan y su sonrisa es encantadora.

Después del masaje, la chica me pone un espray y me lo venda. Aunque me duele menos que antes, sigo viendo las estrellas al apoyar el pie. Doy los primeros pasos. Trago saliva, porque aún me queda un kilómetro para llegar.

—Tiene un significado para ti, ¿no es cierto? —quiere saber Biel.

Asiento con la cabeza porque las palabras se me han quedado atascadas en la garganta.

—Está bien. Apóyate en mí. —Pone una mano en mi cadera y pasa mi brazo por sus hombros—. Vamos a terminarla juntos.

—Pero no está permitido.

—Me da igual. ¿Siempre tienes que tener el control de todo? Por una vez

déjate llevar.

Vuelvo a asentir porque me temo que si digo algo terminaré llorando. Biel carga casi todo el peso y yo me dejo llevar. Me olvido del dolor que siento a cada paso. Solo pienso en que la meta cada vez está más cerca. Son muchos los corredores que nos pasan y nos animan a seguir.

—¿Por qué lo haces? —le pregunto.

—Porque es importante para ti, porque me importas y porque soy un hombre de palabra.

No entiendo qué significa lo de que es un hombre de palabra.

—No me he portado bien contigo.

—Eso no tiene importancia ahora.

—Sí que la tiene. Te aseguro que no soy tan desagradable como el otro día.

—¿Me estás pidiendo disculpas?

—Puede —le digo—. Bueno, sí, para qué andarme con rodeos. Soy una estúpida por no creerte el otro día.

—Está bien. —Seguimos caminando en silencio.

Debemos ser de los últimos que llegamos, porque en la línea meta queda poca gente. A lo lejos veo a mi hermana y a mi sobrina agitando la pancarta. Violeta no deja de decir las palabras que ha escrito a la vez que no deja de saltar sobre los hombros de mi cuñado. Me parece ver a mi hermana llorando, aunque no lo puedo asegurar. Solo me quedan unos diez metros.

—¿Podrás tú sola? —Biel me mira y yo asiento con la cabeza—. Pero sabes que si me lo pides, te llevo hasta la meta. ¿Lo sabes, verdad?

Vuelvo a asentir. Necesito entrar a meta yo sola.

—Venga, tita —dice Violeta dando palmas.

Biel me deja y cruza la línea. Busco su mirada y me concentro en sus ojos. A cada paso que doy, veo el orgullo en su mirada a la vez que asiente con la cabeza. Avanzo hacia el futuro, avanzo hacia alguien que ha estado a mi lado cuando lo he necesitado. El último paso lo doy con gente que me anima desde el otro lado de la meta.

—Cinco, cuatro, tres, dos, uno... —me dice gente que no conozco de nada.

Cruzo la línea y me dejo caer de rodillas al suelo. Mi hermana se arrodilla a mi lado y nos abrazamos. Yo lloro porque he cumplido la promesa, y Romina porque sabe lo significativo que era para mí que terminara esta carrera.

—Tita, eres la mejor. —Violeta se une a nuestro abrazo.

—Lo he hecho. He cumplido la promesa.

Levanto la cabeza y veo cómo Biel se aleja. Me seco las lágrimas con la palma de las manos.

—Ayúdame a levantarme —le pido a mi hermana.

Un sanitario viene con un maletín y un compañero con una camilla.

—Estoy bien —los aparto y busco a Biel.

—Tenemos que ver cómo está ese pie. Si dejas que te llevemos nosotros al hospital, es posible que en una hora estés fuera. Si vas por tu cuenta, no creo que salgas hasta después de comer.

Asiento con la cabeza y me tumbo en la camilla. Biel cada vez está más lejos. Si de algo me ha servido esta carrera es para darme cuenta de que el tiempo corre tan deprisa que no quiero despertarme un día y echar la vista atrás con la sensación de que me he perdido en el camino. Lo llamo, aunque hay tanto jaleo que no me oye. Mi sobrina sale corriendo detrás de él. Tira de su camiseta y señala hacia mí. Él entiende que aún tenemos cosas que decirnos.

—Gracias —le digo cuando llega a mi lado.

Se encoge de hombros.

—No me las des —responde él—. Supongo que ya nos veremos por ahí.

—Biel, yo... —No quiero que se marche.

Romina se coloca al lado de él y lo coge del brazo.

—¿Sabes qué te digo, Biel? —Él se queda mirando a mi hermana sin saber qué está pensando—. ¿Por qué no la acompañas al hospital? Creo que en estos momentos eres el más indicado. Lo haría yo misma encantada, pero hoy tenemos una comida con los yayos de Violeta. No aceptan nunca un no por respuesta.

—¿Los yayos? —pregunta Violeta—. Mamá, pero si estaban en el pueblo.

—Anda, calla, que no sabes de lo que hablas. Acaban de enviarme un *whatsapp* y nos invitan a comer una paella en la playa.

Mi hermana no puede evitar ser una metomentodo. En esta ocasión agradezco que Romina se lo haya propuesto.

—¿Tú qué dices? —Biel me mira—. ¿Quieres que me vaya?

—No, no quiero, aunque si tienes algo mejor que hacer...

—Se me ocurren muchas cosas que puedo hacer, pero no es ni el momento ni el lugar —replica sin dejar de mirarme los labios.

Me puedo hacer una idea de todo lo que puede hacer, porque si es algo

parecido a lo que sucedió en Madrid, o para ser más exacta, a lo que soñé, me puedo considerar muy afortunada.

—Entonces no hay nada más que decir —dice Romina—. Biel, tú la acompañas. Así me quedo mucho más tranquila.

A pesar de lo que le he dicho, a Romina le encanta meter las narices en todo lo que me concierne.

—Soy compañero —Biel saca una tarjeta sanitaria—; vamos al Consuelo.

Observo que Biel cuchichea con la chica que me atendió durante la carrera. Ella le muestra una sonrisa y asiente sin dejar de mirar hacia mí.

Primero me suben a mí y después entra Biel en la ambulancia. La chica cierra la puerta soltando un suspiro y nos deja a solas.

—Ya no sabía qué hacer para tener una cita contigo —le digo mirándolo a los ojos.

—Ahora es cuando me dices que no te duele el tobillo.

—Sí, el tobillo me sigue doliendo.

—¿Entonces?

Pienso en las palabras antes de soltárselas.

—Soy una imbécil, y aun así estás aquí.

—Casi estamos igualados. —Me ofrece una sonrisa conciliadora.

—¿Por qué lo dices?

—Porque según tú, también soy un imbécil y un capullo y un menti...

Poso un dedo sobre sus labios para que se calle. Él traga saliva. Biel toma mi mano y huele el interior de mi muñeca. Cierra los párpados por un segundo.

—No, no lo digas, porque no es cierto. —Frunzo los labios—. Creo que te debo una explicación.

Reprimo el deseo de besar esos labios entreabiertos. Podría decir hasta cómo saben. Sin embargo, no soy capaz, aunque no me resisto a pasar la yema de mi dedo por la comisura de su boca. Le retiro un mechón de pelo y él no deja de observar mis labios. El deseo que siento yo es el mismo que advierto en sus ojos.

—¿Sobre qué?

—Sobre esos sueños que tú y yo tenemos. No sé qué significan, pero te mentí. Yo también he soñado contigo.

—¿Y tú qué hacías? Estoy seguro de que te abalanzabas sobre mis brazos.

—Estoy hablando en serio.

—Lo sé. Pero cuando te pones así de seria, no estás tan guapa.

Sonrío.

—¿Mejor así?

—Ni punto de comparación.

—¿Me dejarás que termine? —Me hace un gesto con la cabeza—. Hace un par de meses pensé que me había ido a Madrid. El caso es que quedé con alguien que se parece a ti. Me dijo que se llamaba Gabriel. —Suelto aire que he retenido en mis pulmones.

—Cuéntame algo que no sepa.

Sé que lo que voy a comentarle, aunque suene a locura, él lo va a entender.

—Todo lo que yo viví aquella noche fue un sueño —digo antes de que vengan a por mí—. No te conocía, pero soñé contigo, con tu olor, con tus ojos. ¿Qué estás haciendo conmigo?

—Lo mismo que tú conmigo. No concibo un futuro en el que tú no estés— traga saliva—. Antes de salir quiero saber si tenemos alguna oportunidad y que esto lleva a alguna parte —acaba rogando en un delicioso murmullo—. Lo quiero todo contigo. No es un rollo de lo que estoy hablando.

—Lo sé. Entonces, ¿hay hueco para mí?

—¿Aún no has entendido que tú lo ocupas todo? No hay hueco que no llenes tú. No te quiero solo en mis sueños. Es tu sonrisa, son tus ojos, es tu olor, son tus labios...

No puedo apartar la vista de su boca, de cómo sus palabras llegan hasta mis labios en un suave susurro. Es hora de tomar las riendas de mi vida. Quiero que me bese y quiero que lo haga ya. Él parece adivinar mis pensamientos, porque me agarra del borde de la camiseta y me atrae hacia él. Sus labios buscan los míos con desesperación. Yo correspondo a su beso con la misma pasión que él. Nos besamos sin importarnos dónde estamos. Noto un latigazo que me estremece de pies a cabeza. Posa sus manos en mis mejillas cuando siente que yo voy a coger aire. Deseo que este momento no se rompa. Ahora que lo tengo delante necesito sentirlo. Aspiro su aroma y por unos segundos siento que ya estoy en casa. Todo en él despierta mis instintos más primarios.

—¿Responde eso a tu pregunta? —le pregunto.

—Me temo que tengo que pedirte una compensación.

—¿No te ha gustado?

—¡Dios! ¿Cómo insinúas algo así? La duda ofende.

Nos volvemos a besar, aunque esta vez con más calma. Me estrecha entre sus brazos, fuerte, con algo parecido a la desconfianza y al miedo, como si temiera que me fuera a marchar.

—No sé cómo he podido soportar todos estos años cuando te alejabas de mis sueños al despertar.

La ambulancia se detiene y él se separa de mí. Se da media vuelta, incómodo. Me alegro de que mi turbación no se me note como a él.

—Hemos llegado —dice.

La chica nos interrumpe al abrir las dos puertas.

—Te pasaremos a rayos y enseguida saldrás de aquí.

—No hemos acabado de hablar —le digo a Biel, que se baja antes que yo.

Me suben por una rampa y me pasan a un box. Biel entra conmigo y habla con el médico de guardia para que me atiendan enseguida.

Oigo la voz de Carmen al otro lado de la puerta. No entiendo qué hace aquí. Tendría que estar en la cama. Si no puede moverse.

—Por favor, me tenéis que dejar pasar, es mi hermana y le tengo que decir una cosa que es muy importante.

Biel abre la puerta y deja que pase.

—¡Isabella! —exclama con inquietud.

—¿Qué ha pasado? —quiero saber. Por la cara que trae presiento que no son buenas noticias—. ¿Es mi *nonna*? Dime que no es ella.

Ella se muerde un labio.

—No es eso —va en silla de ruedas—: me acaba de llamar tu hermana porque no se hacían contigo. Tu móvil está desconectado. Antes de que veas las noticias prefiero ser yo quien te lo diga.

El corazón me palpita y creo que se me va a salir por la boca.

—¿Y? —Me mojo los labios.

—Salva acaba de aparecer vivo. El Ejército de Liberación del pueblo de Sudán lo acaba de soltar. Está en el aeropuerto de Jartum. Mañana llegará a Valencia.

Biel y yo nos miramos. Observo que está conteniendo la respiración y que hay dolor en sus ojos. Da dos pasos hacia atrás, pero yo niego con la cabeza. No quiero que se vaya. Busco su mano y mis dedos se entrelazan a los suyos. Por una vez sé lo que estoy haciendo.

—No te vayas —le respondo a Biel más segura que nunca. No encuentro motivos para marcharme de su lado—. Ya había elegido antes de que él

apareciera. Esto no significa nada.

De reajo veo cómo él asiente y sonrío.

Capítulo 25

Cuando Isabel regresó a Ciutat, cuatro días después de haber dado a luz, Bernat aún no había regresado. Le pesaba que su esposo fuera tan irresponsable como para dejar sus negocios en unas manos tan inexpertas como las suyas. Durante meses, gracias a su *senyora avia*, mientras la obligaba a estar en la cama, había aprendido a negociar. También había sido posible gracias a la inestimable ayuda de Joan, el marido de su hermana.

Aunque las habladurías corrían de boca en boca sobre el paradero de su esposo, ella no quiso darles pábulo. Cada vez que alguien le preguntaba por Bernat, ella respondía con la mejor de las sonrisas que podía mostrar, que su viaje a Inglaterra se había demorado más de lo que había imaginado y no tardaría en llegar.

No fueron pocas las familias que vinieron a mostrarle su respeto por el feliz nacimiento del heredero de los marqueses de Vivet. Después de atender a todas las señoras grandes de Ciutat, la paz volvió a la casa, para alegría de Isabel. Margalida retrasó todo lo que pudo el encuentro y fue la última en visitarla, porque el nacimiento de su primera hija también la mantenía ocupada. Esa misma tarde se celebraría la boda de Carmen y de Antoni, después de que Isabel dejara una buena bolsa de onzas mallorquinas al párroco del convento, que él aceptó de buen grado. Margalida había llegado a casa de su hermana con prisas. Solo se quedaría a comer y después, antes de tomar el postre, se marcharía. No acudiría a misa por las bodas de su nodriza con el pretexto de que esa misma tarde tenía que atender al calificador del Santo Oficio en casa. Era importante para el futuro de su esposo, le había comunicado la mayor de las hermanas en una misiva corta.

—¡Qué guapo es! —exclamó Margalida al ver a su sobrino en una cunita. Ella sostenía a su hija de tres meses en brazos con orgullo—. Es igual que Bernat. Estoy tan feliz de que se vayan a criar juntos. Van a parecer hermanos, como nosotras.

—Sí, aunque ninguno de los dos tampoco ha sacado el color de nuestros

ojos —le respondió Isabel—. Deja que coja a la pequeña.

Margalida posó a su hija en el regazo de su hermana, que Isabel besó con ternura, y después cogió a Pere.

—¡Ay, quién me iba a decir que tendría a este niño tan guapo en mis brazos! —exclamó observando cómo dormitaba el pequeño. Levantó la cabeza para mirar a Isabel—. Si hasta hace poco corrías como los caballos por el campo.

—María Catalina también se parece a Joan —repuso Isabel sin hacer caso de las palabras de su hermana—. Estos niños no han sacado nada de nosotras. La *senyora avia* estará orgullosa porque se parecen más a ellos que a nuestra familia.

—No se puede decir que no sean niños guapos, sobre todo mi niño —dijo Carmen sin apartar la vista de su costura—. Pere es la alegría de esta casa.

Margalida puso los ojos en blanco.

—Menudo susto nos pegaste a Joan y a mí cuando supimos que habías dado a luz en una posada. Vamos, como una vulgar criada. Si no llega a ser por ese médico chueta, a saber dónde estarías ahora. —Contuvo el aliento—. Fuiste una imprudente por viajar con esa barriga, como nuestra madre...

—Gracias a Dios, todo salió muy bien —la cortó Carmen dando puntadas al sayo que llevaría esa misma tarde. De vez en cuando ella e Isabel cruzaban miradas sobre lo cambiada que estaba Margalida—. Vuestra hermana es una mujer muy valiente.

Margalida apretó los dientes, porque desde que había llegado, Carmen solo tenía buenas palabras para la menor y no había dicho nada de su hija.

—¡Quién nos iba a decir a Isabel y a mí que te ibas a casar! ¡Y a tus años!

Isabel contuvo la respiración y reprendió a su hermana con la mirada. Margalida no podía dejar de ser una chismosa. Desde que se había casado había cambiado tanto que a veces Isabel echaba de menos a la hermana con la que compartió muchas noches lecho y con la que se reía por cualquier tontería. A Margalida siempre le gustó ser el centro de atención y ser la mejor en todo, pero desde que había llegado a Ciutat, no soportaba que alguien pudiera hacerle sombra. Carmen le ofreció una sonrisa educada, se levantó de la butaca e hizo una reverencia exagerada.

El ama de cría de Margalida la miró de reojo y soltó una carcajada ahogada ante el comentario de la mayor de las hermanas.

—Si me disculpáis, voy a ver si han preparado el salón para comer. —

Salió del saloncito en el que estaban.

En cuanto la nodriza salió, Isabel se giró hacia su hermana.

—Has sido muy desconsiderada con Carmen. No es la primera mujer que se casa con treinta y cinco años —replicó acercándose a Margalida—. Hace tres meses que la viuda del marqués de Ses Salines se casó con un hombre diez años menor que ella. Al menos nuestra nodriza y Antoni tienen la misma edad. Aún pueden tener hijos.

—Sí, claro, pero Carmen no es una señora como nosotras. Es una desvergonzada.

—¡Qué pronto has olvidado quién nos ha criado!

Si supiera lo que ella tenía con Biel, se escandalizaría. Margalida jamás entendería lo que tenía con el único hombre que amaría. Isabel la miró como si no la reconociera.

—¿Yo? No es cierto, hermana. No he sido yo quien lo ha olvidado. Ha sido ella, y por eso mismo le recuerdo que son pocas las nodrizas que se casan. No está bien visto.

—A mí no me parece mal que se case.

—¡Habrás visto qué atrevida, casarse como si fuera una moza! Ya sabemos que Carmen siempre ha sido un poco insolente. Lo que debería hacer es criar a tu hijo, y tú deberías dejarte de esas bobadas de amamantarlo. Somos señoras grandes.

—No he pedido tu opinión para criar a mi hijo.

—Sabes que no es lo correcto, ni lo que haces tú ni lo que hace ella. ¿Te tengo que recordar cuál es tu lugar? Eres una ilusa que cree en el amor y por eso le has dado tu bendición —replicó con disgusto—. Te equivocas, porque las nodrizas se deben a la familia que crían. —Se levantó y agarró a su hija para pasársela al ama de cría—. Es hora de que le des pecho. —Cuando se quedaron a solas le soltó—: Déjame que te diga que el amor está muy bien para esas novelas que tanto te gusta leer, pero no es para ellas ni para nosotras.

—Te olvidas de que mostrar benevolencia con nuestros criados habla bien de nuestra casa.

—Eres una crédula. Tú les das demasiadas confianzas a los criados. Ellos han de estar en su lugar y tú en el tuyo.

Isabel calló. Su hermana esbozó una sonrisa cuando se dio cuenta de que Isabel asentía con la cabeza, como señal de que llevaba razón. Cambió de

tema porque tenía una buena noticia que darle.

—Hace un mes Joan estuvo en la Corte. ¿Sabes lo que se dice allí? —Margalida no dejó que Isabel contestara—. Que su alteza real, la reina madre Mariana, ve con muy buenos ojos a Joan y que podría ser el próximo virrey de Mallorca.

—Vaya, cuánto me alegro. Ahora le digo a Maribel que saque unos licores para brindar por esta buena noticia.

—Siento que se están cumpliendo todos los sueños que tenía cuando era pequeña —dijo soltando un suspiro de alivio—. Tú y yo vamos a ser la envidia de todas las mujeres de esta ciudad, e incluso en la Corte. ¿Qué más puedo pedir? Tengo todo cuanto he deseado en esta vida, un hijo y que Joan llegue a ser Virrey. Dios ha bendecido a nuestra casa.

Sin embargo, Isabel solo había soñado con encontrar un hombre que la quisiera como lo hacía Biel. Aun así, se preguntaba si algún día conocería lo que era la felicidad absoluta, aunque solo fuera por unas cuantas horas.

—Joan y yo estamos deseando que regrese Bernat de viaje para bautizar a nuestra pequeña.

—Llegará —dejó vagar la mirada por el saloncito.

Sobre las cinco de la tarde salieron de casa para ir caminando hasta el convento de Santa Clara. Como había querido Isabel, Carmen llevaba un traje nupcial que era la envidia de todas las criadas y de todas las nodrizas de las señoras grandes de Ciutat. La mujer no podía contener la emoción, y se pasó parte del camino llorando a moco tendido.

—¡Ay, que no sé si hago lo correcto!

—Cualquiera diría que vas obligada al matrimonio. Te casas porque así lo has querido, así que deja de llorar. Es el momento de que todo el mundo vea lo guapa que estás.

—Vuestra hermana llevaba razón. No debería casarme. Soy una atolondrada que no pienso en el bien de la casa de mi señora.

—No hagas caso de las palabras de Margalida.

—*Vossa mercè*, pero una ya tiene sus años, y jamás pensé que algo así me fuera a pasar a mí. Figuraos, una nodriza deslenguada y con lo poca cosa que soy yo, Antoni se ha fijado en mí.

—¿Cómo puedes decir que eres poca cosa? Eso sí que no te lo consiento. Además, estoy segura de que en unos meses tendremos una nueva alegría en casa.

—¿De verdad que lo pensáis? —inquirió la nodriza—. Nada nos gustaría más. Le rogamos todos los días a Dios que nos conceda esta dicha.

—Y deja de llorar ya, que estás desluciendo el traje nupcial.

Isabel llevaba a Carmen agarrada del brazo, como le había pedido la nodriza. No eran pocas las mujeres que se asomaban a las ventanas para verlas pasar. Algunas cuchicheaban y otras se acercaban a ella con timidez para desearle dicha. Cada pocos pasos, Carmen se detenía y se colocaba de nuevo la mantilla que le cubría la cara.

—¡Ay, qué emoción más grande!

—No sigas por ahí, que al final yo también terminaré llorando.

—¡Está bien, ya dejo de llorar!

Las campanas de Convento de Santa Clara repicaban.

—¿Son por mí? —Carmen volvió a llorar.

—Sí, son por ti. Te mereces ser feliz.

—Aún no me lo creo.

—Pues ve haciéndote a la idea, porque tu futuro esposo te está esperando en la puerta.

Carmen se detuvo, se dio media vuelta y se levantó la toquilla.

—¿Cómo estoy? —dijo en un alarde de coquetería.

—Eres una novia muy guapa. Será mejor que sigamos caminando antes de que Antoni piense que te has arrepentido.

—¡Jesús! ¿Y si ahora no quiere casarse conmigo?

Isabel soltó una carcajada porque a Carmen le entraron las prisas.

—Está bien que te quieras casar, pero deja que sufra un poco —soltó Isabel frenándola.

Fueron unas bodas cortas y muy emotivas. Carmen prefería que fuera de esta manera. En el fondo se alegraba de que Margalida no hubiera venido porque podía relajarse y no tener que guardar tanto las formas. Con Margalida tenía que estar con mil ojos y muy pendiente de lo que decía para no molestarla. Al llegar a casa, Roser había preparado una gran merienda: unos cuartos, unas ensaimadas, unos cremadillos de cabello de ángel, unos *crepells* y queso con membrillo, como le había pedido Isabel. Ella también le había pasado una receta que triunfaba entre las damas de la Corte. Era costumbre, entre las señoras de Madrid, tomar chocolate a la taza en el desayuno y en la merienda.

—Cómo os agradezco todo lo que habéis hecho por nosotros, *vossa mercè*

—dijo Carmen antes de irse a la cama—. Jamás vamos a olvidar nuestras bodas y así se lo contaremos a nuestros hijos.

—Venga, no hagas esperar a tu esposo. —Le sonrió.

Esa noche Isabel se fue a la cama antes de lo que solía y con un sabor dulce en la boca. Estaba contenta por ver cómo su nodriza era feliz. Miró a su pequeño, que crecía por días, y se tumbó en la cama junto a él. Ambos se quedaron dormidos enseguida, a pesar de no ser ni las diez de la noche. A los pies del lecho, estaba su fiel Cupido, velando por sus sueños.

Unos ruidos la despertaron. Le costó ubicarse porque aún sentía los labios de Biel en los suyos. Carmen había entrado en la alcoba con un camisón y una toca. Se había deshecho la trenza que solía llevar en un moño y el pelo le llegaba hasta la cadera.

—*Vossa mercé*... —Tocó a Isabel en un hombro.

—¿Qué es ese alboroto?

—Dos hombres acaban de traer a vuestro esposo...

—¿Cómo dices?

Isabel se levantó de la cama y fue hasta la mecedora a por una toca para que la abrigara. Esa noche hacía mucho frío.

—¿Cómo que dos hombres acaban de traer a Bernat?

—Sí, casi no puede sostenerse en pie.

No quiso preguntarle a qué se debía que llegara en tan malas condiciones, porque se temía la respuesta. Salió de la alcoba a la carrera.

—Llama a Maribel y al ama de cría para que se hagan cargo del niño.

—Antoni ha hecho que lo lleven hasta sus aposentos.

Entró en la alcoba de Bernat con temor porque no sabía qué iba a encontrarse. Al lado de su esposo, un hombre le estaba tomando el pulso y otro más joven le estaba sangrando el talón derecho. Bernat estaba muy desmejorado, mucho más delgado y sus ojeras eran claramente visibles aun con la luz de las velas.

—¿Qué le sucede a mi esposo?

—Durante meses hemos estado cuidando de él —dijo el más joven de ellos, que tenía un fuerte acento italiano—. Vuestro esposo estaba aquejado de unos dolores de cabeza que parecían haber remitido, pero desde hace unos días su estado ha empeorado.

—¿Dónde habéis estado?

—Venimos de Génova.

Bernat abrió los ojos y buscó la mano de Isabel. Ella enseguida notó que estaba ardiendo.

—¿Qué mal te aqueja, esposo?

—Isabel... temí no llegar a tiempo.

—Tienes que saber que tu hijo es el orgullo de esta casa.

—Eres una mujer admirable. Lamento no haber podido estar ese día. Siento tanto haberte hecho daño. —Su voz era apenas un murmullo—. Te juré que vendría a casa cuando fuera merecedor de tu perdón, pero ni siquiera ahora sé si estoy en condiciones de rogar tu compasión. —Tosió tan fuerte que necesitó beber agua para calmarse un poco—. En cuanto supe que habías dado a luz, hice todos los preparativos para regresar a casa.

Las palabras de Bernat estaban cargadas de melancolía y de un profundo dolor. Isabel tuvo un mal presentimiento.

—Haz que llamen al señor Bonnín.

—¿Cómo dices? —Isabel abrió los ojos de par en par—. ¿A estas horas de la noche? Estás atendido por dos médicos. Ellos sabrán qué tienen que hacer.

—Te lo suplico, no me contradigas. Siento que me queda poco tiempo. Llevo meses buscando a algún médico que me atienda y me dé un remedio a este dolor que no me deja vivir. Y ya ves, vuelvo a ti peor de lo que me fui.

Isabel besó las manos de Bernat.

—Señora, nuestros conocimientos son limitados —respondió el que le estaba sangrando el pie—. Me temo que no podemos hacer más.

Isabel negó con la cabeza.

—Ellos dicen que me queda muy poco y yo también lo sospecho.

—No digas eso. Cuando venga el señor Bonnín encontrará una cura que alivie tus males.

Bernat cerró los párpados y negó con la cabeza. Estaba tan cansado que le costó volver a abrirlos cuando Isabel se sentó junto a él. Maribel llevaba al niño en brazos y se lo pasó a su señora.

—Aquí tienes a tu hijo. —Se lo mostró—. Se llama como tu padre y el mío. Tu madre dice que es igual a ti cuando eras pequeño.

Él asintió con la cabeza porque no encontraba las palabras. Isabel le estuvo hablando de todo lo que había aprendido en su ausencia y él hacía como que la escuchaba y asentía de vez en cuando.

Después de una hora esperando al señor Bonnín, Antoni regresó a casa sin él. Fue Carmen la que le dio la noticia. Observó a Bernat. Su respiración se

hacía por momentos más dificultosa. Tenía miedo de perderlo tan pronto. Salió de la alcoba para que nadie escuchara la conversación.

—¿Cómo que no ha querido venir? —preguntó Isabel mojóndose los labios y visiblemente nerviosa—. ¿Le has ofrecido dinero?

—Sí, pero se ha negado a pisar esta casa.

Isabel respiró hondo y pensó en una solución rápida. Recordó la obra de Shakespeare, donde Portia se vestía de hombre para salvar a Antonio. Incluso en una de las novelas de María de Zayas, Jacinta se vestía de pastor porque penaba de amor por Celio. Le hizo un gesto a Carmen para que la acompañara hasta su alcoba.

—¿Qué está pensando *vossa mercè*?

Isabel no dudó en pedirle que le trajera ropa de hombre.

—¿Cómo decís? ¿Os estáis escuchando? No podéis vestiros como un hombre. —Se santiguó varias veces—. ¿Dónde se ha visto tamaño disparate?

Isabel elevó los ojos al techo.

—Voy a ir yo. A mí no se atreverá a negármelo.

Carmen no podía dar crédito a las palabras de su señora.

—Date prisa. Mi esposo está muy enfermo. No te estoy pidiendo permiso. Ahora no estoy para que me sermonees.

Carmen llegó al cabo de unos minutos con unos calzones de Bernat, que le tuvo que sujetar con un cordel para que no se le cayeran. Isabel la apremió porque parecía que estuviera dormida. Después le colocó una camisa y encima un jubón. Tras recogerle el pelo en un moño y ponerle un sombrero, Isabel dijo:

—Necesito un sombrero de Antoni. Los de mi esposo son muy grandes.

Salió de la alcoba teniendo cuidado de no cruzarse con ningún criado. Carmen iba detrás de ella rezongando, aunque Isabel hizo oídos sordos a sus quejas. Cuando la nodriza bajó las escaleras le dijo:

—*Vossa mercè*, dejad que os acompañe Antoni. Sabe cómo esquivar la ronda.

Isabel asintió.

—Saldremos por la puerta del huerto. Que no se demore. No sé cuánto le queda a Bernat.

—Abriгаos bien. Esta noche hace mucho frío. —Le subió el cuello de la camisa y le frotó las manos.

Antoni no se hizo esperar. Como había dicho Carmen, él sabía caminar por

las callejuelas sin despertar sospechas. Sus pasos eran sigilosos y se escondía al menor atisbo de peligro. Hasta en dos ocasiones, Antoni e Isabel permanecieron ocultos tras las puertas de los patios. Estaban llegando a unas calles que Isabel nunca había pisado, cuando Antoni le señaló una puerta.

—Vive aquí.

Isabel se llevó las manos a las mejillas, que estaban sonrojadas ante la posibilidad de encontrárselo en persona. Tuvo de respirar hondo porque estaba tan nerviosa que temió que sus rodillas le fallaran. Llamó y rezó para que fuera él y no un criado quien le abriera. No fue Biel el que atendió a su llamada. La puerta de la casa de al lado se abrió.

Antonia, la prima de Biel, la miraba con desdén. Isabel le giró la cara, manteniendo la compostura, y volvió a llamar.

—¿Qué estáis buscando? —le increpó ella masticando las palabras—. ¿Acaso no es suficiente para vos destrozar la vida de un buen hombre, que ahora lo buscáis en su casa? ¿Vuestro esposo no os deja complacida?

Isabel estrujó la tela del jubón para no darle una bofetada, pero se contuvo para no armar un escándalo.

Biel no tardó en abrir la puerta de su casa. Primero miró a Isabel y después a Antonia, con una mirada tan helada como lo era aquella noche.

—¿Qué haces tú aquí? —le increpó él a Antonia—. Regresa a casa. Los asuntos que yo tenga que tratar con esta señora no te incumben.

—No quiero irme. Me aseguraste que no había nada entre vosotros, cuando tu mirada me dice lo contrario.

—Son tus ojos los que mienten. No sabes lo que dices. Deja de fabular. La señora me necesita. Su esposo está muy enfermo —se acercó hasta ella, la agarró del brazo e hizo que regresara a su casa—. Será mejor que te metas dentro. ¿Acaso quieres que venga la ronda?

Cerró la puerta de Antonia y regresó junto a Isabel.

—Señora, ¿qué os angustia? —Posó sus manos en las mejillas de ella—. ¿Por qué os empeñáis en ser tan obstinada? Habéis cometido una imprudencia viniendo hasta aquí en una noche tan fría como esta. ¿Qué voy a hacer con vos?

—No dejes nunca de amarme —murmuró ella.

—Eso nunca.

—Te lo suplico, tienes que atender a mi esposo. Está muy enfermo.

Isabel vio la duda en su rostro.

—Es un buen hombre. Teme no llegar a mañana.

—Llamad a un cura, entonces.

—Te ha llamado a ti.

—Juradme que no os ha puesto una mano encima.

Isabel se arrodilló con lágrimas en los ojos.

—Te lo suplico. Atiéndelo. Eres el mejor médico que he conocido.

—Jurádmelo.

—No sabía lo que hacía.

—¿Cómo me pedís que lo atienda cuando os ha levantado una mano?

—Te lo suplico. Está muy enfermo.

Biel agachó la cabeza, posó una rodilla en el suelo y se colocó frente a ella. Limpió las lágrimas con la yema de sus pulgares. Notó un suave estremecimiento al tocar la piel de ella.

—Señora, no me puedo negar a vuestra petición. Os ruego que os levantéis.

—¡Dime ahora que no la amas! —exclamó Antonia saliendo de nuevo al frío de la noche—. No lo puedes negar, la amas. Cualquier cosa que te pida no se la puedes negar. Yo sé lo que ven mis ojos.

—Antonia, el deber me llama. No sabes lo que dices.

—Esa mujer te tiene hechizado con sus malas artes.

—No tengo que darte explicaciones. Regresa con los tuyos. —Agarró un maletín que había dejado junto a la puerta y después la cerró con suavidad. Antonia siguió sus pasos—. Vas a traer la desgracia a esta casa —murmuró cuando Antonia se negaba a regresar.

Antoni iba en primer lugar, huyendo de las pocas luces que había en las callejuelas, y detrás de él iba Isabel.

—No fui yo quien trajo la desgracia —murmuró colocándose delante de él para que se detuviera—. Sé un hombre y cumple la promesa que le dio tu padre al mío.

—Entonces pídele cuentas a mi padre. Yo nunca he faltado a mi palabra. Cumplí con tu hermana. La quise y cuidé de ella como se esperaba de mí. Jamás juré que me casaría contigo.

Antonia lo abofeteó. Biel notó cómo le ardía la mejilla.

—Vuelve a casa. No te lo voy a repetir de nuevo.

Antonia volvió sobre sus pasos. Vio cómo él se alejaba detrás de la gentil, la mujer que le había traído la desdicha.

Cuando llegaron a casa de Isabel entraron por la misma puerta por la que habían salido. Atravesaron un huerto y dejaron atrás las cuadras.

—Antoni, llama a Carmen y dile que acuda a mi alcoba. La necesito para cambiarme. Ya acompaño yo al señor Bonnín a la alcoba de mi señor esposo.

Cuando Biel pasó por su lado, sus dedos buscaron una caricia de Isabel. Ella le correspondió, y esperó a que Antoni desapareciera por la escalera que daba a la parte de atrás de la casa. Sintieron una corriente que los sacudió a ambos. Isabel soltó un gemido ahogado. Biel la estrechó entre sus brazos y aspiró su perfume. Isabel buscó su mirada en la oscuridad. De pronto, ocurrió, sus labios despertaron cuando se besaron.

—Isabel —pegó su frente a la suya, y su aliento, cálido, llegaba hasta las mejillas sonrojadas de ella—, ¿qué habéis hecho conmigo?

—Temí que no quisieras venir.

—Lo he hecho por vos, y por vos os alcanzaría hasta en la otra vida.

Isabel sufrió un escalofrío, aunque no fue porque la noche fuera gélida. Tuvo un mal presentimiento. Su esposo estaba a punto de morir.

—Si llegara a ocurrirme algo, júrame que me alcanzarás en otra vida.

—Os lo juro. —La besó en la frente—. Y vos juradme que estéis donde estéis, no dejaréis de aparecer en mis sueños.

—Nada me lo impedirá. Te perseguiré allá donde vayas.

Isabel escuchó cómo se abría la puerta que daba al huerto y se separó de él.

—*Vossa mercè*, ¿seguís ahí? —Era Carmen quien la llamaba.

—Mi esposo te necesita —murmuró besándolo de nuevo—. El señor Bonnín estaba recogiendo unos tallos de...

Biel miró a su alrededor y se adelantó a sus palabras.

—Romero —dijo partiendo unas ramitas que había a su lado. Antoni le había comentado que tenía mucha fiebre y que no dejaba de toser—. Las necesito como antitusivo.

Subió las escaleras y se dejó acompañar por Isabel. Le dio las ramitas de romero a Carmen.

—Que preparen una infusión. Deja que cueza al menos diez minutos y después le añades esto. —Biel sacó un frasco pequeño.

—¿No le pongo miel?

—No.

—Cuando hables con la cocinera ven a mi alcoba —repuso Isabel.

—Sí, ya tenéis vuestras prendas preparadas.

Volvieron a subir otras escaleras, que los llevaban hasta el segundo piso. Isabel le señaló con una mano cuál era la alcoba de Bernat.

—Está atendido por dos médicos, aunque nada han podido hacer por él.

Biel vio cómo ella se alejaba en la dirección contraria.

Carmen no tardó en atenderla. Isabel sabía que su nodriza sospechaba qué había sucedido en el huerto, pero le hizo un gesto para que se mantuviera en silencio. La vistió deprisa y ambas salieron con prisas hacia la alcoba de Bernat. Cuando llegaron, Biel se giró hacia Isabel y negó con la cabeza.

—Lo lamento, ya no puedo hacer nada por él.

Isabel dudó. No quería creer que no hubiera una cura para Bernat.

—¿No puedes o no quieres?

Biel tragó saliva y apretó los dientes. No entendía a qué venía aquella pregunta.

—Os he dicho que nada se puede hacer por él.

—Pero ¿algo se te tiene que ocurrir?

—Llamad a un cura. Ni un milagro lo salvaría. Mis conocimientos son limitados. Tal vez algún día haya una cura para el mal que aqueja a vuestro esposo.

Ella cerró los ojos y asintió. Cuando los abrió le murmuró:

—No tenía que haber dudado de ti. —Buscó con la mirada a Carmen—. Dile a Antoni que busque al cura.

—Hace un rato que salió.

Llegó una criada que sostenía un tazón con una infusión. Isabel asió el tazón con cuidado porque aún estaba caliente.

—Isabel —la llamó Bernat— Acércate hasta mi lecho.

Ella acudió al lado de su esposo.

—Tómalo —hizo que se incorporara para que bebiera—; te hará bien.

Bernat tomó a pequeños sorbos, respirando cuando sentía que se ahogaba. Cuando tomó el último trago, hizo que se agachara porque tenía que decirle algo al oído.

—Quédate solo tú y el señor Bonnín. Lo que tengo que hablar con vosotros dos es privado.

Isabel despachó a los dos médicos y a Carmen.

—*Vossa mercè*, no sé si debería estar aquí —dijo Biel.

—Sí, es aquí donde te quiero ver, Biel. Necesito que te acerques. —Tomó la mano de Isabel y se la llevó a los labios—. Voy a ser breve. No me queda

mucho. Quiero agradecerte que atendieras su parto. Eres un hombre justo. —Tosió varias veces hasta quedarse sin aire—. Cuando me muera, llévatela lejos de aquí...

Biel dio un respingo.

—¿Cómo decís, *vossa mercè*?

—No te estoy acusando de nada. Relájate. —Su respiración se hacía por momentos trabajosa—. Sé que Isabel nunca me ha sido infiel. Solo te pido que te la lleves de aquí. Te dejo al cuidado de mi bien máspreciado, junto con nuestro hijo.

Biel negó con la cabeza.

—No puedo hacer lo que me pedís. Vuestro hijo es el heredero de vuestro título.

—Mi hermano será quien herede el título en el caso de que a mi hijo le sucediera algo. Él siempre lo ha deseado. Tiene tres varones y un hijo más en camino. —Hizo varias respiraciones sibilantes antes de continuar—. No creas que lo que te pido es falta de entendimiento por mi parte. Llevo un tiempo meditándolo.

Isabel pensó en la propuesta de su esposo. ¿Se merecía que él muriera para que ella fuera feliz? Si lo hacía, destruiría su casa, sería una egoísta y sería la ruina para su *senyora avia*. Sus circunstancias no eran tan sencillas como lo eran para su nodriza. Carmen no tenía que dar explicaciones a nadie, en cambio ella se debía a su *senyora avia* y a la familia de Bernat. Se acordó de las palabras de su hermana, ella tenía que mantener una imagen y tenía que comportarse como la señora que era.

—Guardad fuerzas para cuando llegue el cura —aconsejó Biel.

El acceso de tos de Bernat fue tan fuerte que perdió el conocimiento durante unos segundos.

—Yo no he podido hacerla feliz. Eso te corresponde a ti. —Señaló unos papeles que había en la mesilla—. Isabel, no pienses en lo que dejarías aquí. Tu *senyora avia* se irá un día y entonces te darás cuenta de que estás sola si no has tomado la decisión que yo te he pedido. Tú eres mi heredera, la casa que compré en Inglaterra está puesta a nombre de nuestro hijo y a ti te he dejado una renta suficientemente cuantiosa como para que no os tengáis que preocupar nunca. Hace un tiempo que allí dejaron de perseguir a los judíos...

—Te vas a poner bien —replicó Isabel con lágrimas en los ojos.

—No, no voy a alcanzar un nuevo día —dijo alternando la mirada de Biel

a Isabel—. Si ella se queda aquí, la destruirán. Créeme, yo era cándido como ella —dijo con un hilo de voz—. Consigue un salvoconducto para que él pueda salir de aquí. Los ánimos están revueltos y el Santo Oficio prepara nuevos autos... —Cerró los ojos unos segundos—. Cuida de mi hijo. No tenéis mucho tiempo para pensar, pero si yo estuviera en vuestro lugar, sabiendo lo que sé ahora, no me lo pensaría.

—Sería un escándalo para nuestras familias, para la tuya y para la mía. Algo así podría matar a mi *senyora avia*.

—¿Te crees que no lo sé...? —Soltó un esputo, que guardó en un pañuelo—. Ya no podré protegerte. —Levantó la barbilla para mirar a Biel—. Dime que la harás feliz.

Biel se mantuvo callado durante unos segundos. Isabel no lo quería mirar, pero la duda por saber qué diría él pudo con ella.

—Juré que cuidaría de ella, y no he podido cumplirlo —siguió hablando Bernat ante la indecisión de Biel—. Hazla feliz. Hazlo por mí, cumple mi palabra. Es lo único bueno que hay en mí, mi palabra... no quieras ver mi parte más depravada... —Sintió que las fuerzas le fallaban—. Júrame sobre esa biblia que la harás feliz.

Isabel contuvo la respiración. Sabía lo que significaba ese juramento. Antes de que Biel jurara, miró a Isabel. No lo haría si ella no estaba segura. Cuando ella asintió con la cabeza, Biel juró.

—Lo haré, *vossa mercè*.

Alguien llamó a la puerta.

—*Vossa mercè*, acaba de llegar el cura —dijo Carmen entreabriendo la puerta.

—Hazlo pasar.

—Puedes marcharte...

Isabel no se despidió de Biel. Esos últimos momentos se los debía a Bernat. Lloró porque no quería que se marchara, porque se quedaba viuda con tan solo dieciséis años y con un hijo de casi un mes, pero también lloraba por la generosidad de su esposo. Cuando el cura llegó a su lado solo pudo confirmar su muerte. Le cerró los ojos y le ungió los párpados, los labios y la frente con los sagrados óleos. Continuó con el ritual por el resto de su cuerpo.

Isabel sacó un pañuelo de la manga de su camisa para limpiarse las lágrimas.

—Llamaré a la criada para que lo amortaje. —Le tembló el labio.

Salió de la alcoba y buscó unos brazos en los que llorar. Quiso correr hacia Biel, refugiarse en su pecho, pero fue Carmen quien la acogió.

—Lo lamento, *vossa mercè*. Debéis ser fuerte.

Capítulo 26

Mientras me llevan a rayos, no dejo de pensar en cómo demonios voy a sobrellevar lo de Salva y en qué haré cuando lo vea mañana. Si me dejo llevar por lo que siento sería capaz de darle una bofetada por ser un cobarde, pero soy de las que creen que la violencia no soluciona nada. Reconozco que estoy un poco nerviosa, y aunque tengo claros cuáles son mis sentimientos con respecto a él, no sé si voy a poder decirle todo lo que llevo callando estos últimos años. Ya no lo amo, nuestras vidas en común tomaron caminos diferentes cuando él se fue. Salva se alejó de mí hace más de tres años, y yo lo hice poco a poco, sin darme cuenta, aunque fuera inconscientemente. Quizá por este motivo soñara con Biel y lo llamara en mis sueños. También me doy cuenta de que, aunque hubiera regresado dos meses antes, mis sentimientos con respecto a él seguirían siendo los mismos. Hay puertas que, aunque quisiera, ya no podría abrir.

Me pregunto también si soy la misma mujer que la que veo en mis sueños, no solo físicamente, sino también en cómo se enfrentaría ella a las dificultades, y cómo había sido su vida. Parece que ella tuvo todo cuanto deseaba, amó y fue correspondida. Me atrevería a decir que fue mucho más feliz de lo que lo he sido yo. A saber si tuvo hijos. No tengo nada claro el motivo real de por qué nos pasa esto a Biel, a Carmen y a mí justamente ahora.

Cuando entro en la salita de rayos, una enfermera me dice cómo me tengo que tumbar en una plataforma. Me pide que no respire y vuelve a entrar porque quiere hacerme otra. Repite la misma operación que antes.

—Ya puedes esperar fuera. Los resultados se los pasamos ahora al médico.

El mismo celador empuja mi silla de ruedas cuando salgo de la cabina de rayos X. Sigo pensando en cómo será mi vida a partir de ahora de camino a la sala de espera. Por el momento, me iré de la casa de Salva. No quiero pedirle ni siquiera que me deje estar unos días hasta encontrar un nuevo piso. No quiero compartir techo con él. No sé si podré soportar respirar el mismo aire que él. Tengo que buscar un piso con urgencia. No entiendo cómo he podido

amarlo tanto cuando lo que siento ahora por él es indiferencia. Me siento tan dolida con Salva porque él no tuvo el valor de decirme que quería separarse de mí que en cuanto llegue a casa voy a empezar a tirar todos los recuerdos que me unen a él. Lo único que deseo es que nuestra separación sea rápida. Intenté que nuestra relación se salvara, pero ahora, viéndolo desde la distancia, sé que ambos no nos buscábamos, no teníamos intereses en común.

Biel, Roberto y Carmen me esperan en una salita. Biel es el primero en levantarse y colocarse a mi lado. Aún no me puedo creer que este Biel no sea parte de un sueño y que vaya a esfumarse cuando abra los ojos. Me observa de una manera extraña, como si hubiera visto un fantasma. Se ha quedado pálido, como también lo están mi amiga y su marido. Me toco la cara por si tuviera algún bicho.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo? ¿Me he puesto mal la camiseta? —Aunque si fuera esto último ya me lo habría dicho mi hermana esta misma mañana. Tiene que ser otra cosa, porque no me noto nada raro.

—¿Qué le ha pasado a tus ojos? —me pregunta Carmen cuando nos quedamos solos.

—¿A mis ojos? —Con lo cansada que estoy, a Carmen solo se le ocurre una de sus bromas—. Ahora no me vengas con que he adquirido algún poder sobrenatural. Ya te digo yo que no. No soy ni Wonder Woman ni tampoco soy Woman X. Además, no tengo ganas de tonterías.

—Te lo digo en serio. Tus ojos han cambiado de color. Ahora son verdes.

La observo más detenidamente. Parece que no está bromeando, que lo dice en serio. Miro hacia el techo, hacia los plafones.

—No puede ser. —Parpadeo—. Mis ojos siempre han sido azules. Tiene que ser un efecto de la luz.

—No, no es efecto de la luz. Díselo tú, Biel, dile que han cambiado de color.

Él asiente.

—Carmen lleva razón.

—¿Os habéis puesto de acuerdo para gastarme una broma? No tiene ninguna gracia.

—Te lo estamos diciendo en serio. No tengo un espejo a mano para que lo compruebes tú misma.

A pesar de su insistencia, quiero cambiar de tema. Pienso en Salva un momento, pero ya está decidido qué voy a hacer. Ya no hay vuelta atrás.

Miro a mi amiga otra vez y me doy cuenta de que aún no le he preguntado cómo está. Me sorprende que esté en una silla de ruedas y no acostada en una cama. Menuda imbécil soy, como si ella no tuviera problemas y solo me preocupara de los míos. Ella siempre ha estado a mi lado.

—Perdona, Carmen, soy una mala amiga. No te he preguntado cómo estás.

—Pues ya me ves, poco a poco. Desde hace tres días que me puedo sentar. El primer día pude estar un poco más de una hora y ayer y hoy parece que puedo aguantar un poco más. Lo mejor es que ayer fui al baño y pude sentarme a mear —me dice con una sonrisa. Hoy no lleva pendientes, ni tampoco se ha maquillado, aunque tiene mucho mejor aspecto que la última vez que la vi. Encuentro que está más calmada—. Creo que mañana me darán el alta.

—Pero eso son buenas noticias. —Hago rodar la silla de ruedas para llegar hasta ella. Le pego un abrazo—. Cruzo los dedos contigo.

¡Cómo la he echado de menos! Ella me muestra una sonrisa cuando nos separamos.

—Sí que son buenas noticias, porque me estoy recuperando más rápido de lo que pensaba el médico. —Creo que deliberadamente no ha nombrado a Pablo—. Ya estaba un poco cansada de estar sondada.

El mismo celador que me ha traído viene a por mí para ir a la consulta del traumatólogo. Miro a Biel para que no me deje sola. Le pide al celador ser él quien empuje la silla.

—Gracias —flexiono el brazo hacia atrás y busco su mano—, gracias por quedarte a mi lado.

Quiero agradecerle también que no sea parte de un sueño.

Como me dijo la sanitaria en la carrera, el médico me confirma que me he hecho un esguince de grado dos y que tengo que pasarme veinte días en reposo, aunque podré apoyar el pie con muletas pasadas las primeras molestias.

Biel arrastra la silla. Pienso en los días de baja que voy a estar y suelto un bufido de impotencia. No me gusta no poder valerme por mí misma. Fernando tendrá que buscar un sustituto para mí. Dos profesoras del mismo departamento de baja es la peor pesadilla para cualquier jefe de estudios. Cuando entramos en la salita, Carmen le pega un codazo a Roberto. Mira un momento a su marido y él asiente con la cabeza.

—¿Se puede saber qué os pasa ahora?

—Verás—mi amiga vuelve a mirar a Roberto—, queríamos proponerte algo. Lo hemos estado hablando y creemos que es lo mejor.

—¿El qué? Me estáis asustando con vuestras miraditas. Hoy estáis muy raritos. A ver si no practicar sexo os está afectando.

—Pues sí nos está afectando, pero no era de esto de lo que queríamos hablarte.

Vuelvo a tocarme la cara por si tengo algo raro.

—Queremos que te vengas a vivir un tiempo con nosotros —me suelta Carmen de sopetón.

—¿Cómo?

—A ver, ya te dije el viernes que necesito ayuda para escribir la novela. Además...

—Además, ¿qué? ¿Qué ocurre?

—Solo es algo provisional, pero te necesito.

Carmen me conoce mejor que nadie porque ha adivinado que no le voy pedir un tiempo a Salva para encontrar piso. Sabe que me voy a largar y que no voy a poder aguantar ni un día bajo el mismo techo que él. Pero no quiero que esto lo haga por mí, no deseo que siga protegiéndome como siempre. Lo que necesito es encontrar mi sitio.

—¿No me digas que estás dudando? Si es una oferta estupenda. A no ser que quieras quedarte en esa casa.

—¿Cómo te lo explico sin que te siente mal? —Me muerdo el labio inferior.

Carmen se gira hacia Roberto y Biel.

—¿Nos podéis dejar un momento?

Me alegro de que estamos solas en la salita, porque me sentiría muy incómoda tratar ciertos temas con gente desconocida. Los domingos esto parece bastante tranquilo.

—¿Estás dudando? —me pregunta cuando se marchan Roberto y Biel.

—Pues sí, claro que dudo.

—¡Oh, vamos! —Empieza a elevar el tono de su voz—. ¿Desde cuándo te has convertido en una de esas mujeres que esperan a que les suceda algo interesante? No te reconozco. Llevas tres años hundida en la mierda y ahora que tienes una oportunidad de ser feliz te pones mil excusas. Deberías intentarlo con Biel. No todo gira en torno a tu dolor.

—¿De qué me estás hablando? —le respondo también gritando.

—De que vas a darle una oportunidad a Salva.

—¿Quién está hablando de darle una oportunidad a ese... a Salva? ¿De verdad estabas pensando que me parecía buena idea lo de volver con él? Además, no entiendo a qué viene esa pregunta. Salva quería separarse de mí. ¿Crees que ahora vendrá a pedirme una segunda oportunidad? Deberías conocerme algo más, porque aunque lo hiciera no volvería con él. —Me doy cuenta de que estoy hablando alto y bajo el volumen de voz—. Dudo porque no tengo claro que irme a vivir con vosotros sea la mejor idea. —Carmen suelta un suspiro de alivio—. Quiero mi independencia, y no tengo muy claro que en tu casa encuentre mi sitio. Así que deja de pensar otra vez por mí. Por favor, te lo pido, no soy una niña desvalida.

Un celador viene a la salita a decirnos que bajemos el volumen.

—Por favor, esto en un hospital. Bajad la voz, vuestros gritos se escuchan hasta en el primer piso.

—Sí, perdona —le digo.

El celador se marcha.

Carmen no deja de mirarme.

—Pensé que querías volver con él. Aun así, piénsate lo de vivir con nosotros hasta que encuentres un piso. Te decía en serio lo de que te necesito para escribir la novela.

Aún recuerdo cuando nos fuimos a vivir a un ático en el barrio del Carmen. El estudio tenía una sola habitación y yo tenía que salir todas las noches al pasillo porque no había día en que no se acostaran juntos. Sus gemidos se oían hasta en la azotea. No sé si ahora soportaría escucharlos de nuevo.

—Y tendrás mi ayuda, pero no quiero que Roberto se haga cargo también de mí.

—Alguien lo va a tener que hacer. Si no sabes cocinar.

—Claro que sé.

—Abrir un bote de tomate y cocer unos macarrones no es cocinar.

—Cuando quieras te hago una musaka vegetal.

—Acepto el reto, pero que sea en mi casa.

Pienso su propuesta.

—Me quedaré hasta que encuentre un piso. Pero me pido la habitación de la entrada. Sois muy escandalosos.

Carmen suelta una carcajada.

—Te prometo no gritar... tanto.

Pongo los ojos en blanco. Lo único que se me ocurre es ponerme unos cascos con la música a tope. La miro, está tan emocionada que si no estuviera en una silla de ruedas estaría pegando saltos.

—Sabía que aceptarías. Volveremos a vivir juntas.

—Sí, volveremos a vivir los tres juntos.

—Roberto nunca ha vivido contigo.

—¿No? Pues yo recuerdo que se quedaba todos los días a comer y a cenar en nuestro estudio. Y por las noches era yo la que me tenía que salir al pasillo a dormir. Yo diría que eso sí que es compartir piso.

—Bueno, se quedaba dos o tres noches por semana.

—No, se quedaba las siete noches de la semana.

—¿Tanto? No lo recuerdo.

Parece que Carmen también tiene memoria selectiva. No es tan raro como yo pensaba. Recuerda lo que quiere.

Roberto y Biel regresan.

—¿Ya habéis terminado de gritar?

Carmen pone los ojos en blanco.

—Sí, pero no estábamos gritando, solo nos hemos emocionado un poco. Ya nos conoces. —Se gira hacia mí—. Quiero que vengas a mi habitación porque quiero darte algo que tiene que ver contigo.

—¿El libro del que me hablaste el otro día?

Ella asiente.

Nos dirigimos hacia los ascensores. Niego con la cabeza y se me seca la boca.

—¿Es necesario subir a tu habitación? —quiero saber.

—Para mí sí que lo es —responde Carmen—. No aguanto mucho más tiempo sentada. Necesito tumbarme un rato.

—Lo siento, se me había olvidado que estás haciendo un gran esfuerzo.

—Hoy llevo sentada más de tres horas.

Me levanto de la silla de ruedas y voy a la pata coja hasta las escaleras.

—Y a mí se me había olvidado que no utilizabas el ascensor —señala Carmen.

—¿Te dan miedo? —quiere saber Biel.

—Sí, desde pequeña. La última vez que me quedé encerrada fue hace muchos años.

Recuerdo que fue con Salva, pero me callo.

—¿Sabes que si se fuera la luz sería imposible que el ascensor de un hospital se quedara parado? —dice Roberto—. Hay generadores de emergencia.

—La teoría me la sé, Roberto, pero no puedo entrar en un ascensor —me tiembla el cuerpo de pensarlo—, me dan miedo los espacios tan pequeños. No me vas a convencer. Ahí dentro me ahogo.

—En casa tengo unas muletas —dice Biel—. Mientras habláis yo me pego una ducha y vuelvo. Si te parece bien, claro.

—Perdona por la hora. No me había dado cuenta de lo tarde que es y ni siquiera has pasado por tu casa.

—Venga, apóyate en mí. Las subiremos juntos.

Biel me hace un gesto. Asiento con la cabeza. Me sujeta por la cintura y yo le paso una mano por el hombro. Con la otra me apoyo al pasamanos. Si hubiera sido alguien diferente a Biel habría tratado de convencerme de que subiera al ascensor.

—Quiero proponerte algo. —Subir junto a él me parece fácil, porque es quien soporta todo mi cuerpo—. Si no tienes plan para esta tarde te invito a ver una película en casa, con muchas palomitas y chocolate. Te invitaría al cine, pero creo que estaremos más cómodos en casa. Sería nuestra segunda cita.

—Es la mejor idea que he escuchado hoy.

—Creí que lo que había pasado en la ambulancia era la mejor idea de hoy —replica con un tono burlón.

—Bueno, sí, entonces esta sería la segunda mejor idea.

Me quedo mirándolo. Algo está cambiando en mí. Mi corazón late como nunca.

—Gracias —le digo cuando estoy llegando al descansillo.

Evito mirarle, porque sé que si mis ojos se encuentran con los suyos, volveré a besarlo. Sin embargo, cuando llegamos al descansillo, me puede el deseo, me pueden las ganas. Parece que él me haya leído el pensamiento y se gira hacia mí. Deja que me apoye en la pared.

—¿Qué? —le pregunto tragando saliva.

—Tus ojos.

—¿Qué les pasa a mis ojos?

—Son idénticos a los de la mujer de mis sueños.

—Yo no soy esa mujer.

—No, no lo eres, y no sabes cuánto me alegro. ¿Para qué soñar si ya te tengo a mi lado?

Creo, bueno, no lo creo, más bien estoy segura de que esto es lo más bonito que me han dicho en mi vida.

La yema de su dedo dibuja el contorno de mis labios, baja hacia el mentón y sigue por mi cuello. Tengo que reprimir un escalofrío. Sus caricias tienen un poder sorprendente sobre mí. Cada vez que nos tocamos surge una chispa entre nosotros. Desliza una mano por mi cintura hasta llegar a mi cadera para atraerme hacia él. Noto lo excitado de que está, puede que casi tanto como yo. Se inclina sobre mis labios y me besa con una pasión que hace que me olvide de que estamos en la escalera de un hospital. Atrapa con suavidad mi labio inferior y su lengua juguetea con él. Gimo en su boca y él me pega más hacia sí. Siento la humedad en mi entrepierna. Me parece estar flotando.

Suelto una risa, porque me siento muy bien, como si estuviera viviendo una segunda adolescencia. Sus ojos poseen el mismo brillo que el sol cuando se refleja en un mar en calma. Me gustaría adentrarme en esas aguas y sentir esa libertad que parecen prometer. Ahora mismo no querría estar en otro sitio que no fueran sus brazos. Y es asombroso, porque siento que todo mi cuerpo se acopla al suyo de una manera deliciosa.

—¿Te han dicho alguna vez que estás preciosa cuando sonrías? — murmura cerca de mis labios.

Me gusta sentir su aliento cerca de mí, como me gusta escuchar su voz grave y penetrante que se cuela por cada poro de mi piel. Podría quedarme horas y horas escuchándolo y no cansarme nunca. Tiene algo de magia que me maravilla, que me seduce como nunca antes me había pasado. Estamos en la misma sintonía.

—Sí, mi abuela.

—Entonces me doy por satisfecho. Soy el primer hombre que te lo dice.

Me gustaría decirle que también es el primer hombre que me mira como lo hace él. No quiero cerrar los ojos para no perderme ni un segundo, para no perderme ningún detalle de su cara.

Hundo mis dedos en su cabello y lo vuelvo a atraer hacia mí con decisión. Me gusta como saben sus labios, un sabor a sal que me sé de memoria, un aroma a espuma de mar que ha despertado en mí recuerdos que no sabía que tenía y que he añorado desde siempre, y ahora que lo he encontrado no deseo que se vaya. El mar ha regresado a mi vida. Acaricio su espalda y ambos nos

estremecemos.

Tengo que parpadear varias veces cuando nos separamos.

—Por si te lo estás preguntando, no es un sueño —me dice—. Estoy aquí.

—Lo sé. —Aun así le acaricio el mentón.

Volvemos a besarnos, aunque buscando la calma. Siento que los latidos de mi corazón se han acompasado a los latidos del suyo.

—Esta es la tercera mejor idea del día —le digo.

—Me estoy volviendo adicto a tus besos —susurra en mi oído.

—No quiero tener que parar.

—No tenemos por qué hacerlo. —Mis labios van al encuentro de los suyos.

—Me estoy refiriendo a que Carmen nos está esperando.

—Es cierto, quieres ir a cambiarte.

—Aunque eso puede esperar. —Me observa con una intensidad que hace que me estremezca.

Lo atraigo hacia mí y busco otro beso, mordisqueo sus labios y gime en mi boca. Susurra mi nombre. Nadie había dicho Isabella como lo dice él, de esa manera tan seductora y que me hace sentir única. Me siento poderosa por tener a un hombre como Biel entre mis brazos, por mirarme con ese ardor que hace que pierda la cabeza.

Biel se separa de mí, apoya un brazo en la pared y baja la cabeza.

—¿Sabes? Me había acostumbrado a no tener lo que quería. Ahora que te tengo delante sé que eres tú lo que siempre he deseado.

Creo que el corazón se me va a salir por la boca. Posa su mano en mi mejilla, yo tiro de nuevo de él y atrapa mis labios. No deseo dejar escapar este momento. No solo quiero que se quede ahora, quiero que esos «ahora» se hagan eternos. Me besa con delicadeza, saboreándonos con tranquilidad. Sé que me estoy enamorando de él, como también sé que con Biel no empiezo una historia, porque ahora entiendo que él es mi fin. Mi corazón estaba hecho añicos, roto en cientos de pedazos y, desde que tengo estos sueños, él los ha ido uniendo sin que yo me haya dado cuenta. Si esto es parte de un encantamiento, no quiero despertar nunca.

—Será mejor que subamos —me señala mirando el reloj—. Llevamos más de media hora.

Si es cierto lo que dice, el tiempo se me ha pasado volando.

Llegamos a la habitación de Carmen, que está terminando de comer. Tanto

ella como Roberto están cuchicheando. Ella asiente con la cabeza y Roberto se encoge de hombros.

—¿Quién de los dos llevaba razón? —les pregunto. Estoy segura de que se han apostado algo.

Me da igual si han estado hablando de nosotros. Es evidente lo que hemos estado haciendo. Mis labios encendidos son una muestra de los besos que nos hemos dado.

Roberto señala a Carmen y esta suelta una carcajada.

—Nos hemos apostado cuánto tardaríais en subir —responde mi amiga.

—Ella me conoce mejor que tú. —Le guiño el ojo.

Biel enseguida nos deja a solas. Nos miramos, pero no nos damos un beso de despedida. Roberto también se marcha a comer cuando Carmen se toma el flan de postre.

—¿Quieres que te traiga algo? —me pregunta Roberto—. ¿Algún bocadillo?

—Sí, cómprame un bocadillo de calamares rebozados con mucha mayonesa. Si me voy a ir vivir unos días con vosotros, ya me puedo ir olvidando de la carne.

—Pero a cambio te haremos unas deliciosas hamburguesas de lentejas y unos postres para que te chupes los dedos.

Cuando Roberto se marcha, me siento en la cama, aunque Carmen me pide que me tumbe junto a ella. Nos abrazamos un rato, en silencio. Cuando éramos más jóvenes, antes de casarnos, nos gustaba permanecer de esta manera en la cama. En muchas ocasiones no nos ha hecho falta hablar para saber qué pensaba la otra.

—Soy una estúpida.

—Cuéntame algo que no sepa —me dice.

Le pego un codazo de broma en las costillas.

—Te debo una disculpa.

Me abraza fuerte y me da un beso en la frente.

—Yo también soñé con él —le digo—. La primera vez que lo hice pensé que ese sueño había ocurrido de verdad, que me había ido a Madrid, había contactado con él por Badoo y al final nos acostábamos juntos.

—¿Soñaste que te acostaste con él?

—Sí. Te juro que ha sido el mejor sexo de toda mi vida. Fue alucinante.

—¿Cuántas veces fueron?

Me muerdo el labio.

—Cinco. Fue increíble, porque Biel parecía no tener límites. Se adelantaba a todos mis deseos y sabía excitarme como nadie lo ha hecho. Ni siquiera Salva consiguió hacerme sentir tan amada como lo hizo Biel aquella noche. —Me quedo mirando el techo—. Ahora entiendo por qué soñé con él.

—¿Por qué?

—Porque después de emborracharme en la fiesta que hicimos en casa de mi hermana, cuando desperté, Romina me llevó a casa y yo me encontraba mal. Tenía una resaca de mil demonios. Yo solo quería acostarme. No sé qué hizo que entrara en el despacho de Salva. Desde que se marchó no había abierto esa puerta. Me senté en su silla y abrí un cajón. Entonces vi una demanda de separación de un año antes de que se marchara. No podía creer lo que estaba viendo y tampoco lo quería asumir. Me costaba hacerme a la idea de que él no me quisiera. Me quité el anillo, bajé el cuadro de nuestros primeros móviles y dejé mi alianza allí. Yo siempre pensé que la había perdido en Madrid. Entonces ocurrió la magia y soñé con él. Lo mejor es que él acudió a mi cita.

Carmen está llorando.

—Se me ha metido algo en el ojo. —Arrastra una lágrima con la yema de su dedo—. Es que nunca te había visto tan emocionada como ahora.

—No sé si es pronto para decir que me estoy enamorando de él, pero cuando estoy con Biel solo pienso en que me bese y que en que me acaricie.

—Nena, yo creo que te has enamorado ya. Tus ojos brillan como nunca.

Suelto un suspiro.

—Aun así, tengo miedo. Mañana regresa Salva y no quiero que lo nuestro afecte a lo que tengo con Biel. Solo quiero firmar los papeles y pasar página.

—Si lo tienes tan claro no entiendo a qué se debe ese miedo.

—Porque Salva es imprevisible y con él nunca se sabe por dónde va a salir.

—Lo que piense él a ti te tiene que dar igual. Lo importante es que tú has dado un paso que hace dos meses no te habrías atrevido a dar. Estoy orgullosa de ti. Has de estar con alguien que te ame como tú te mereces. Ni más ni menos.

De debajo de la almohada saca el libro del que me ha estado hablando. Abro la boca, pero no me salen las palabras porque, aun sin haberlo abierto, siento que esa novela es una parte de mí. Toco el lomo y la portada de cuero y noto una conexión extraña.

—Cuando mi madre me lo regaló, solo me dijo que, si un día yo sentía la necesidad de regalar este libro a una mujer que se llamara Isabel, no dudara en entregárselo. Ella no la había encontrado, como tampoco la encontraron ni su madre, ni la madre de su madre. Sé que eres tú.

—¿Te dijo algo más?

—Sí, que me fiara de mi intuición. Además, la mujer a quien se lo confiara sería rubia y de ojos verdes.

—Pero si mis ojos son azules...

Parpadeo, porque me había olvidado de esa tontería de que tenía los ojos verdes. Me levanto un momento al baño para mirarme al espejo. Ahogo un grito porque no puedo creer lo que estoy viendo.

—¡Mis ojos son verdes! Esto es increíble.

—Claro, no te estábamos mintiendo —me grita Carmen desde la cama.

Cierro los párpados por un momento y me veo en otro tiempo escribiendo en los márgenes de esas páginas amarillentas. También sé por qué ella pegó algunas de las páginas, y aunque no quiera, me sobreviene un llanto silencioso por esa mujer que me dejó estas páginas para que yo las leyera.

Mientras yo he estado en el lavabo, han venido a recoger la bandeja de la comida de Carmen. Regreso junto a mi amiga. Abro por la primera página y encuentro la misma letra y las mismas palabras que había escritas en el libro que me mostró Biel en su casa.

—Una marquesa. Esta mujer era una marquesa.

A continuación empieza su diario:

Mi destino estuvo marcado desde el día en que nací. La luna de sangre me condenó a amar al hombre que me trajo a esta vida, mas si de mí hubiera dependido tal decisión, también lo habría escogido a él. Lo elegiría mil veces a él, y si no lo hubiera encontrado lo perseguiría en esta vida y en otras hasta hallarlo. Me consta que hay otra Isabel que leerá estas páginas algún día, porque mis sueños me lo han revelado. Yo sueño con ella, con esa mujer que ama al mismo...

—Necesito leerlo con calma —digo con un hilo de voz y cerrando la novela.

No sé si estoy preparada para leerlo ahora.

—Lo entiendo.

—¿Has leído algo?

—Sí, lo he leído...

—¿Y? —quiero saber.

—Falta el final. Tendrás que ser tú quien lo descubra. Por eso necesito que tú me cuentes la parte de esa historia que yo no sé. Mis sueños me han revelado ciertos momentos, pero hay otros que tendrás que ser tú quien me los diga.

Nos quedamos calladas. Vuelvo a leer unas líneas y la miro.

—Su nodriza se llamaba Carmen.

Suelta un suspiro con tranquilidad.

—Lo sé. Tú y yo estábamos destinadas a ser amigas.

—Esto parece cosa de magia —reflexiono—. Cuando cuentes esta historia todo el mundo pensará que te la has inventado.

—Me da igual lo que piensen los demás. Solo Roberto, Biel, tú y yo sabemos qué hay de verdad en esas páginas.

Pienso en que también hay una parte que está en el libro que me enseñó Biel, porque como dice Carmen, él también forma parte de esto.

—Aunque fuera cosa del destino, yo te elegiría a ti como mi mejor amiga.

—Y yo también. —Me suelta con lágrimas en los ojos.

—Ahora me queda saber si ella eligió a Biel. —Cierro ojos y asiento con la cabeza sin darme cuenta.

Alguien llama a la puerta. Biel acaba de llegar. Nos quedamos mirando a los ojos. Me siento como si tuviera otra vez quince años y estuviera frente a mi primer amor, porque ahora sé que antes que él no ha habido nadie importante.

Me enseña las muletas.

—Antes de irme a casa le he pedido a Roberto que me trajera un bocadillo de calamares con mucha mayonesa.

Como si Roberto me hubiera leído el pensamiento, aparece por la puerta con el bocadillo que me muero por comer.

—Te he traído también una Fanta de naranja.

Me levanto y me siento en un pequeño sofá para comerme el bocadillo.

—Gracias —lo abro y le pego un bocado—. ¡Oh, qué bueno está!

Tanto Biel como Carmen y Roberto se me quedan mirando porque no dejo de hacer ruiditos.

—Es que tenía mucha hambre —digo desde donde estoy sentada y con la

boca llena.

—No hace falta que lo jures. Nos ha quedado muy claro a todos. No sabíamos que estabas tan necesitada —me suelta Carmen.

Sé que lo ha dicho con segundas intenciones, pero paso de responderle.

Como Biel me ha invitado a una tarde de cine, antes de ir a su casa, quiero pasar por la mía para sacar a Eros y pegarme una ducha. Nos despedimos de mi amiga y de su marido y bajamos por la escalera.

—He dejado el coche en el parking de enfrente, para que no tengas que ir caminando —me dice cuando llegamos a la planta de abajo.

—Te espero en la entrada.

Biel me recoge en el coche y me lleva hasta casa. Busco su mano cuando cambia de marcha.

—¿Qué género te apetece ver? —me pregunta.

—¿Te gusta el cine de acción?

—¿A qué tío no le gusta?

—¿*Pacific Rim*...? —quiero saber.

Aparta la vista del volante y me mira a los ojos. No me había dado cuenta, pero se parece en algo al protagonista.

—¿Tú también eres de las que se mueren por Charlie Hunnam?

—Sí, para qué negarlo. Me gustan los rubios. —Contengo un suspiro al recordar su trasero desnudo en *Sons of Anarchy*.

—¿Todos?

—Todos no, solo el que está conduciendo.

Me ofrece una sonrisa.

Me deja en casa. Abro la verja, aunque la dejo abierta para que Biel pueda entrar después de que haya aparcado el coche. Observo al enanito que decapité hace poco porque no está donde yo lo había puesto. Trago saliva, porque juraría que lo había dejado junto a los otros tres; sin embargo lo encuentro que está al lado de una maceta. Me estoy empezando a poner nerviosa, porque creo que saber qué está pasando. Mis sospechas se confirman cuando se abre esa puerta y mi mirada se tropieza con sus ojos.

—¿Salva?

Capítulo 27

Había pasado un mes desde que Isabel enterró a Bernat, el mismo tiempo que hacía que ella no había visto a Biel y que tampoco había pisado la calle. Las ventanas de la casa habían permanecido cerradas y todos los criados se habían vestido de riguroso luto. Carmen, incluso, había aconsejado que Pere también se vistiera de negro, pero Isabel se negó. El cura había venido todos los días a darle la hostia consagrada y a orar con ella durante horas y horas. Carmen se unía a ellos en la oración y rogaba al altísimo que su señora recobrará muy pronto la alegría.

Pero si algo bueno había sacado del matrimonio de Bernat era un hijo que amaba más que a su vida. Sin embargo, mucho se temía que de no haberse producido este acontecimiento, la familia de Bernat habría tratado de convencerla para que tomara los hábitos.

Antes de que acabara el mes de enero, coincidiendo con el día en el que llegó a Ciutat, Isabel recibió una carta. Le tembló la mano cuando Antoni se la entregó. Corrió escalera arriba, emocionada, con Cupido pisándole los talones y cerró la puerta de su alcoba con cuidado porque Pere estaba durmiendo. Antes de abrirla, la olió. Era el aroma de la felicidad. Se tendió en el lecho para leerla con calma. El corazón empezó a latirle con fuerzas porque al fin Biel le había contestado. Isabel se estremeció al ver con qué nombre la había llamado él. En todas las cartas que ella le fue enviando, siempre se refirió a él como Shylock.

Amada Portia:

Imploro vuestro perdón por no haber contestado a una sola de vuestras misivas. He respetado por un tiempo la muerte del hombre que nos ha otorgado lo que más amo en este mundo. He creído conveniente respetar vuestro luto. No tenéis motivos para dudar de mi silencio, cuando sabéis que mi corazón sigue latiendo por vos. Creedme, no podría ser de otra manera. Juré a vuestra madre que cuidaría de vos, como también juré a vuestro esposo que os haría feliz. No sé si soy merecedor de tal honor, solo

sé que yo no puedo olvidar la razón por la que espero con ansia las noches. A vuestra pregunta, os diré que sí, que esta noche acudiré a nuestra primera cita. Allí me tendréis. Ansío más que nunca ver las estrellas en vuestros ojos.

*Siempre vuestro,
Shylock*

Isabel leyó la carta varias veces y se la llevó al pecho. Estaba ansiosa por todo lo que tenía que contarle, porque muy pronto serían libres para amarse. Había conseguido que alguien les hiciera un salvoconducto para él y su hijo Gabriel sin hacer ninguna pregunta. Había pagado por ellos muchas onzas de oro, pero la libertad bien las valía. Cuando vivieran en Inglaterra, podrían tener una familia, algo que, de ninguna de las maneras, nadie entendería en Mallorca.

A media tarde, Isabel llamó a Carmen para hablar con ella. Quería que su nodriza tuviera la opción de que eligiera qué deseaba hacer. Ella iba a asumir el riesgo de marcharse con Biel y los dos hijos de ambos, pero no quería obligarla a hacer algo que no quisiera.

Cuando Carmen entró en el pequeño saloncito, Isabel permanecía de espaldas a la puerta. Le hizo un gesto para que se sentara.

—*Vossa mercè*, si vos no os sentáis, yo no podré tomar asiento. No me pidáis tal cosa. Soy una deslenguada, pero sé dónde está mi sitio.

—Déjate ahora de formalidades. Nadie nos está mirando.

Isabel se giró hacia ella. La nodriza sintió cómo el corazón se le encogía porque sabía a qué venía aquella charla. Aun así, dejó que su señora hablara y se explicara.

—Ya sabes por qué te he mandado llamar. —Tenía los ojos húmedos.

Carmen asintió. Desde hace unos días, estaba más sensible de lo normal, aunque dado su estado, era lo normal. La noticia le llegó de sopetón, porque no había tenido ninguna molestia, ni tampoco se había levantado ninguna mañana con vómitos. Estaba embarazada de cuatro semanas.

—Sí, *vossa mercè*.

—Me conoces mejor que nadie. Has sido como una madre para mí. —A ella también se le saltaron las lágrimas—. El día en que murió Bernat, mi señor esposo nos hizo prometer que nos iríamos de aquí.

—Era un gran hombre.

—Lo sé. Estaba enfermo y yo no supe verlo, no pude cuidar de él.

—No habríais podido.

Isabel alargó el brazo para agarrar la mano de su nodriza.

—Nos vamos a marchar —se acercó a ella y le murmuró en la oreja. Temía que las paredes tuvieran oídos—. Aún no sabemos cuándo, pero he conseguido que alguien nos prepare unos salvoconductos. En un mes o mes y medio, como máximo, saldremos de Ciutat. Me gustaría que nos acompañaras.

—¿Viajar con un niño tan pequeño? Es una temeridad.

—Corren malos tiempos. No podemos arriesgarnos a quedarnos en Ciutat. Tengo miedo de que alguien denuncie a Biel y a su familia.

Carmen aún no le había dado la buena nueva. Si de ella hubiera dependido, la seguiría hasta los confines del mundo, aunque ahora sus circunstancias habían cambiado y tenía que mirar por el bien de su hijo.

—*Vossa mercè*, nada nos gustaría más que acompañaros, pero en estos momentos tengo que velar por este hijo que hay en mi vientre.

Isabel se cubrió la boca con una mano y soltó la primera risa desde que murió Bernat.

—¿Pero cuándo ha sucedido? Eso es una estupenda noticia.

—Dios nos ha bendecido muy pronto. Queríamos que pasaran unos días para poder anunciarlo.

—No sabes cómo me alegra escuchar esta noticia. Vas a ser madre. Me gustaría que pudieran criarse juntos. Bernat compró una casa en Inglaterra y la puso a nombre de nuestro hijo. A mí me ha dejado una renta para que no tenga que preocuparme nunca. En estos meses he aprendido a llevar el negocio de mi marido. En Inglaterra podremos empezar de nuevo.

—Vuestra oferta resulta muy tentadora, aunque también conlleva algún riesgo.

—Siempre podríais venir una vez que tuvieras a tu hijo —murmuró—. Dime al menos que lo pensarás. Yo aún te necesito.

—Lo sé, mi lucero. Lo pensaremos, pero no os podemos prometer nada. —Besó las manos de Isabel con cariño—. Nuestro sitio está aquí. Ya somos mayores para viajar.

Sacó un pañuelo para enjugarse las lágrimas.

—No estés triste. —Se abrazó a la mujer—. Entiendo que no quieras acompañarnos. No puedo obligarte, porque sois vosotros quienes tenéis la

última palabra.

Se quedaron calladas durante unos minutos, abrazadas la una a la otra, como cuando Isabel era pequeña y Carmen la consolaba.

—Debo atender mis obligaciones, *vossa mercè* —dijo con un nudo en la garganta—. Pere me reclama.

Carmen se levantó con pesar. Arrastró los pies hasta la puerta, aunque antes de abrirla, se giró hacia Isabel.

—Lo siento, *vossa mercè*, este viaje lo tendréis que hacer sola —musitó—. Os deseo que encontréis la calma allá donde vayáis.

Isabel pasó toda la mañana pensando en las palabras de su nodriza. Faltaba tan poco para encontrar la calma, que no veía el momento de poder abrazar a Biel sin que nadie los mirase mal.

Se acercaba la hora de su primera cita con Biel e Isabel no encontraba nada que calmara sus nervios. Amamantó a Pere, jugó con él en su lecho, pero la inquietud iba por dentro. Desde hacía unos días, un ama de cría atendía a su hijo por las noches, por lo que no tenía que preocuparse por él. Se encontrarían en las cuadras, como tantas veces hizo Bernat con su amante. Ella le había hecho llegar una llave de la puerta del huerto. Después de mandar a descansar a todos los criados, Isabel cogió su ejemplar de *El mercader de Venecia*, bajó hasta el primer piso con sigilo y se dirigió a la puerta que daba a la parte de atrás. Prendió la llama de un candil para ver en la oscuridad de la noche. Llegó al huerto y corrió hasta las cuadras recogiendo los bajos de la falda y de las enaguas. Un destello le llegó desde una de las ventanas y corrió más aprisa. Tal como le había pedido a Biel en la carta, él había encendido un candil que había al lado de la puerta. Empujó la puerta sin temor y lo llamó.

Biel salió a su encuentro y dejó el candil en el suelo. La estrechó entre sus brazos y se quedaron unos minutos sintiéndose el uno al otro. Se respiraron con calma y sus labios se buscaron hasta encontrarse. Se besaron sabiendo que esa era la primera de muchas noches en común que pasarían juntos. Pero la calma dio paso al deseo que ambos sentían por sentir la piel desnuda de él contra la de ella.

—Os he echado tanto de menos... Necesitaba tocaros, necesitaba besaros. —Escondió su cabeza en el hueco del cuello de ella, le lamió el lóbulo de la oreja—. Llevo días soñando con este momento. Me gustaría fundirme en vuestro cuerpo.

—Hazlo, no pares. Yo también he soñado despierta con este momento. —
Le faltó el aliento cuando notó los labios de Biel recorrerle el cuello.

La tomó en brazos y la llevó hasta la única cuadra que estaba vacía, además de limpia. La posó sobre la paja. Le desató la falda y dejó que cayera al suelo. Desde abajo, él la contempló. La luz del candil se reflejaba en sus ojos verdes.

—Sois todo un espectáculo.

Biel se deshizo con algo de torpeza de las dos enaguas que llevaba. Estaba nervioso por aquella primera vez. Besó sus piernas desnudas hasta llegar a sus rodillas, donde los calzones se le ajustaban. Los bajó sin dejar de mirarla a los ojos. Isabel se estremeció. Aunque todas las noches se encontraba con Biel, Isabel no pudo evitar sonrojarse cuando él la despojó de su pieza más íntima. Biel fue ascendiendo y sus besos fueron haciendo un camino hasta llegar hasta el pubis. Isabel notó un temblor, y no fue por el frío de esa noche. Él besó con delicadeza esa parte que prometía un placer sin fin e Isabel ahogó un gemido. Biel se colocó de pie para desatar los botones de su sayo. Volvió a buscar sus labios, con desesperación, hasta que se quedaron sin aliento.

—Os deseo tanto —murmuró en su oído.

—No me dejes nunca —dijo sin apenas respirar—. Hazme tuya.

Antes de prescindir de la única prenda que la dejaría desnuda, besó el hueco de su cuello, lamió el mentón y subió hasta alcanzar su boca. Se recreó en cada recoveco. Saboreó esos labios con los que soñaba todas las noches. Ella le quitó el jubón, al tiempo que él se deshacía de sus calzas. Por último Biel se despojó de su camisa. Estaban completamente desnudos. Antes de tumbarla sobre la paja, atrapó un pezón con los dientes y jugó con él. Isabel echó la cabeza atrás y soltó un gemido largo. Él volvió a subir la cabeza para encontrar en la boca de Isabel ese aroma que tanto le gustaba. Aunque sus cuerpos gritaban lo mucho que se deseaban, Biel quiso ir con calma. Necesitaba besar cada porción de su cuerpo. Biel se colocó sobre ella. Se miraron a los ojos, él advirtió en su mirada todo el mundo que deseaba recorrer y ella se zambulló en esas aguas cálidas que eran sus ojos. El tiempo se detuvo por un segundo, el tiempo para decirse que eran todo cuanto necesitaban.

Isabel acarició su rostro, hundió sus manos en su cabello y lo atrajo hacia sí, con decisión.

Biel tembló. Quería hacerla suya, aunque aún le asaltaban las dudas.

Deseaba gritar su nombre cuando se derramara sobre ella, pero tenía que estar seguro de que Isabel estaba preparada.

—No te demores más —susurró Isabel—. No voy a romperme. Te amo.

Sus palabras se le habían clavado en el corazón. Biel asintió con la cabeza. No quería olvidar esta primera vez, quería grabar en su piel todos los besos que no se habían dado desde que se conocieron.

—Para siempre, Biel.

—Para siempre, Isabel —dijo con voz ronca.

Biel le separó las rodillas con suavidad. Su miembro tentó el sexo de ella. Isabel elevó las caderas para ir a su encuentro. Ardía por dentro, no podía aguantar más. Necesitaba que él se hundiera en ella hasta llegar a ser uno, hasta notar toda la inmensidad de lo que significaba amarse. Poco a poco Biel se fue abriendo camino en su sexo, al tiempo que ella no dejaba de temblar. Se besaron tantas veces que perdieron la cuenta.

—Esto es solo el principio, Biel.

—Nunca dejaré de amaros.

Isabel arqueó la espalda cuando Biel se hundió en ella hasta lo más profundo.

—Si el mundo termina mañana, que no nos pille dormidos —gimió Isabel en los labios de Biel—. En esta noche, solos tú y yo.

Biel se movió con tranquilidad. El cuerpo de Isabel se acoplaba como una segunda piel al suyo. Le dolía el corazón de tanta felicidad, que latía solo por ella. Estaban donde querían estar, se amaban con delirio. Las embestidas se sucedieron hasta que Isabel arqueó la espalda y se quedó sin aliento.

—Mírame a los ojos —le pidió él con la voz estrangulada por la emoción.

Ella encontró una placidez desgarradora cuando alcanzó el clímax. Tembló y soltó un grito que rompió el silencio de la noche. Biel llegó un segundo después. Un latigazo le recorrió la espalda al tiempo que sentía cómo se rompía por la mitad.

—Isabel, Isabel, Isabel —murmuró una y otra vez.

—Estoy aquí. No me voy a marchar.

Ambos se quedaron quietos. Isabel temblaba en los únicos brazos en los que había deseado estar desde que lo conoció.

—No quería que pararas —susurró Isabel—. Ha sido delicioso.

Cuando Biel recuperó el aliento, se colocó a su lado. Acarició su vientre, que ya había recuperado su tersura después del parto.

—Temí que esto fuera otro sueño.

—No, estamos aquí. —Isabel apoyó la cabeza en su pecho.

—Qué raro se me hace teneros entre mis brazos.

—Acostúmbrate, porque esto es el inicio. He conseguido unos salvoconductos. En un mes y medio saldremos de aquí.

—No veo el momento. Contaré los segundos para no tener que escondernos. El amor se muestra a veces de manera esquiva.

Biel la estrechó con fuerza, quizá temiendo despertarse del mejor sueño que había tenido en su vida. Besó su frente.

—Os amo.

—Te amo, Biel. —Isabel apoyó sus brazos sobre su pecho desnudo—. Dime, ¿dejarás algún día de tratarme con tanta cortesía?

—No, hasta que no salgamos de aquí.

—¿Y si yo te lo pido? —Se colocó a horcajadas sobre él—. Aquí somos tú y yo.

—No me convenceréis.

—Entonces yo también os hablaré de la misma manera.

En un movimiento rápido, Biel la tumbó otra vez en la paja, agarró sus muñecas y se las sujetó con una mano, mientras que con la otra comenzaba a hacerle cosquillas.

—Parad, parad antes de que despertéis a los criados —suplicó Isabel.

—Si dejáis de tratarme así.

—Está bien, os llamaré *Shylock*.

—Como gustéis.

Volvieron a tumbarse, protegiendo sus cuerpos del frío de la noche con las enaguas de Isabel.

—Lo he estado pensando y no sería conveniente partir en uno de los jabeques de Bernat. Mi cuñado sospecharía algo. Habrá que pagar a otro comerciante para que nos saque de la ciudad.

—Lleváis razón. Es peligroso. Vuestro cuñado no se caracteriza precisamente por su torpeza a la hora de llevar sus negocios. Dejadlo en mis manos.

—Hay que encontrar un comerciante extranjero.

—Ya veo que habéis pensado en todo.

Isabel inspiró con calma. Ese era el aroma que quería todos los días cuando se levantara.

—¿Sabes? A veces me imagino cómo será nuestra vida en Inglaterra. Dicen que los campos son tan verdes...

—Como vuestros ojos.

Isabel se sonrió.

—Son tan verdes como las esmeraldas.

—Yo también me imagino cómo será nuestra vida allí —siguió fantaseando Biel—. He pensado que podría ofrecer mis servicios un día a la semana en algún hospital de caridad.

—Si os hace feliz, yo también lo seré. —Buscó junto a sus prendas el ejemplar de *El mercader de Venecia*—. Quiero que lo tengáis vos.

—No debéis regalarme nada.

—Lo sé, pero deseo hacerlo.

Volvieron a quedarse en silencio.

—También he pensado cuántos hijos podríamos tener —comentó Isabel—. Me gustaría llenar la casa de niños.

—¿Os parecen bien cinco?

—Me parece perfecto.

—Veo que es fácil que nos pongamos de acuerdo.

—Soy una mujer fácil de convencer. Solo has de decir las palabras adecuadas.

—¿Sí? En este momento se me ocurre solo una cosa.

Isabel palpó su miembro, que volvía a estar preparado. Biel alzó una ceja y la miró con una sonrisa ladeada.

—¿Preparada para un segundo envite? Me muero por fundirme de nuevo con vos.

—Y yo. No veía la hora de recuperar el tiempo perdido.

Él llevó su mano de nuevo al pubis de Isabel y le acarició el vello con suavidad. Notó la humedad de su sexo. Lamió su cuello y fue bajando con placidez, besando cada porción de su cuerpo hasta llegar al centro de su ser. La miró desde abajo e Isabel contuvo el aliento. Posó su lengua en esa intimidad tan ardiente como seductora. Ella soltó una risa, que a Biel se le coló hasta las entrañas. Aquella noche, Biel descubrió con asombro que nada había más hermoso que su sonrisa. Y quería que se sucediera día tras día.

—Que las mañanas nos alcancen siempre amándonos —murmuró Biel en su oído.

—Espérame siempre.

—Ni el tiempo detendrá esto que siento por vos.

Capítulo 28

Me falta el aliento y necesito calmarme porque me tiemblan hasta las pestañas. Subo el escalón y entro en casa, pasando por su lado, sin mirarlo a la cara. Me apoyo en la pared y dejo descansar una pierna en el asidero para las manos de mis muletas.

—Hola, Isabella. —Noto que su voz es diferente, algo rasgada. Ya no me resulta tan seductora.

Me quedo mirándolo. Parpadeo varias veces porque no termino de creerme que esté frente a mí. Aunque muestra una sonrisa, sus ojos están tristes.

—Pensaba que llegabas mañana.

—Para la prensa llego mañana, pero le pedí a John que me dejara regresar hoy. Tenía ganas de llegar a casa.

Escucho a Eros gemir. Voy a la cocina para abrirle la puerta del patio de atrás. Salva me sigue. Cuando Eros entra en la cocina, agita la cola, se abalanza sobre mí y le doy un beso en los morros. Esta es una costumbre que no quiero perder. Acaricio su cabeza. Lo tranquilizo porque aún no conoce a Salva. Me aferro a él, porque siento en mi perro la fuerza que me falta a mí.

—No sé quién es John —le suelto.

—No hace falta que lo sepas. Es un nombre en clave.

Le echo un vistazo de pies a cabeza. Avanza los tres pasos que me separan de él. Se acerca a darme un beso en los labios, aunque yo aparto la cara y le ofrezco la mejilla. Ahora no deseo ni que me toque. También tiene la intención de abrazarme, pero lo rechazo.

—Esperaba un recibimiento más caluroso.

—Sí, perdona que no me ponga a bailar, es que no me he traído los zapatos de claqué.

—No seas cínica.

Parpadeo porque no me esperaba que saliera con esto.

—¿Cómo dices? ¿Me hablas de cinismo?

—Te veo diferente.

—Tal vez sea porque no soy la misma.

Desde que él se marchó, mi silueta se ha estilizado, ya no me plancho el pelo e incluso mis ojos han cambiado de color. Pero no solo he cambiado a nivel físico, también siento que ya no soy la misma mujer que era cuando nos conocimos.

—Isabella... —Oigo que Biel me llama desde el porche.

Hay algo en su voz que me perturba de tal manera que tiemblo cuando me nombra. Creo que nunca me cansaré de escucharlo.

—Estoy aquí, en la cocina. Pasa, estoy dentro, con Salva. Es la primera puerta a la derecha.

—¿Quién es? —me pregunta Salva. Se pone en tensión, apretando el puño de su mano derecha.

—Alguien que de verdad me importa.

Muchas veces imaginé cómo sería el regreso de Salva. Oiría cómo entraba en casa, yo bajaría por las escaleras, lloraría e incluso me abrazaría a él con fuerza. Pero nunca pensé que cuando llegara deseara con todas mis fuerzas cerrar la puerta que me unía a él. La vida no deja de sorprenderme.

Veo que Salva aprieta los dientes y se queda mirando a Biel con arrogancia.

—Salva, este es Biel. —Ambos se dan la mano sin dejar de observarse en silencio. Se sostienen la mirada y aguantan ese apretón de manos que se han dado más de lo que es necesario. Hacen una demostración de machos alfa que me molesta.

—Soy el marido de Isabella. —Se acerca a mí y me agarra de la cintura.

Yo me aparto un poco, pero con las muletas apenas tengo libertad de movimiento. Noto el calor de su piel, que traspasa mis mallas. Si en el pasado me gustaba sentir su contacto, ahora el simple hecho de que me toque me molesta y me enerva.

—Biel, por favor, ¿podrías sacar a Eros? Necesito hablar con Salva.

Observo de reojo que Biel también aprieta la mandíbula. No sé si son imaginaciones mías, pero juraría que sus dientes rechinan. No quiero que piense que me he aprovechado de él, porque no es cierto. No he jugado con sus sentimientos ni tampoco lo he usado para tapar una herida que dejó de sangrar hace un tiempo. Pero antes de darme una nueva oportunidad, necesito cerrar esta puerta. Se gira, llama a Eros, que sube las patas delanteras a su pecho y sale de casa.

—Biel —le digo antes de que se marche—, por mi parte sigue en pie el

plan de esta tarde.

Él asiente sin mirarme a la cara al tiempo que relaja los hombros. Suspiro de alivio cuando veo a Biel desde la cocina cerrar la verja.

Suelto la mano de Salva de mi cadera y le hago un gesto con la cabeza para que me siga hasta el comedor. Necesito sentarme en un sillón, mientras que él se queda de pie, apoyado en la mesa. Veo que está más delgado y que se ha dejado crecer la barba. Aunque ya no siento nada por Salva, sigue siendo un hombre atractivo. Tiene una vieja herida en la ceja izquierda que no tenía cuando se marchó. Las heridas que se ven son más fáciles de olvidar, sin embargo, están las otras, las que no se ven, las que cada día te recuerdan que alguien te hizo daño, y Salva me lo hizo. También observo unos tatuajes en el pecho cuando se quita la camiseta que lleva. No entiendo por qué lo hace. Creo que ha quedado claro por mi parte que no quiero que me toque.

—No sabía qué iba a encontrarme cuando llegara a casa.

—¿Sí? Vaya, pues yo ni siquiera tenía claro que estabas vivo. Me he pasado tres años esperando una maldita llamada de alguien que me dijera cómo estabas.

—El trato era que yo no podía ponerme en contacto con nadie.

—¿Tampoco podías llamarme en ese mes en el que estuviste localizable? Te agradezco este detalle por tu parte.

—No, no llamé a nadie, pero nunca he estado en peligro, si eso te tranquiliza.

Odio que me mienta. Me pregunto cuántas mentiras hubo en nuestro matrimonio.

—Si te digo la verdad, ahora ya me da igual. ¿Y sabes por qué? Porque ahora que te tengo delante puedo ver que no hay dolor en tus ojos, que has vuelto a casa y sigues siendo la misma persona que se marchó. Me habría tranquilizado hace tres años, cuando lo necesitaba. Pero a toro pasado, no me vale.

—Tú no entiendes todo lo que he tenido que hacer para conseguir el mejor reportaje de mi vida.

Abro la boca, desconcertada.

—¿Y qué me quieres decir con esto? ¿Que cuando te fuiste ya sabías a lo que ibas y que no había necesidad de sufrir por ti? Porque si es esto lo que me estás diciendo, déjame que te diga que eres el mayor cabrón que he conocido nunca. Tu madre murió y ni siquiera viniste a su funeral, pero ya veo que eso

a ti te da igual.

—No me da igual. Sabía que esto podría pasar. Era un riesgo que tenía que asumir.

—Y aun así te marchaste. No sé si todo sería jodidamente diferente si en vez de elegir tu carrera hubieras elegido tu matrimonio.

—No es justo lo que me estás diciendo.

—La vida no es justa, querido, pero es lo que hay, alguien te lo tenía que decir.

Salva aprieta la mandíbula y chasquea la lengua.

—No sabes lo he tenido que hacer, cuánto he tenido que mentir para llegar adonde he llegado.

—Si estás esperando una palmadita en la espalda por mi parte, no la vas a tener. Te marchas tres años y vuelves como si no hubiera pasado nada. ¿Qué esperas encontrar ahora? He tenido que pegar los pedazos en los que se había convertido mi vida. ¿Sabes? Por la noche me despertaba y te llamaba a gritos. No sabes lo duro que ha sido pensar que podías estar muerto, pensar que no podía pasar página porque no había un lugar donde pudiera ir a llorarte.

—También ha sido duro para mí. Han sido tres años en los que no he tenido conexión con el exterior. Pero ahora estoy aquí. He vuelto y te necesito.

No creo nada de lo que dice. Si nunca corrió peligro, no me trago lo de que no ha tenido conexión con el exterior.

—No, no estás aquí y no me necesitas. Nunca me has necesitado. No sé dónde te has quedado, pero sigues estando muy lejos de aquí.

No sé si es que no ha escuchado lo que le he dicho, pero sigue hablando para sí mismo.

—Una editorial me ha pagado un pastón por la novela que les entregué hace una semana sobre el Ejército de Liberación del pueblo de Sudán. Ahora podremos hacer esos viajes que siempre quisimos hacer. Tengo una propuesta desde una cadena de televisión como reportero en América. Quiero que vengas conmigo.

Aquí está la prueba de que ha tenido un enlace.

—Felicidades —digo con ironía, aunque sin acritud—. Si te ha merecido la pena, te felicito. Para mí no han merecido la pena. Los tres años que me he pasado esperándote han sido una mierda. Me los podría haber ahorrado.

—¿Me estás echando algo en cara, cuando he sido yo quien ha hecho algo

por lo nuestro?

No aguanto su cinismo. Me estoy ahogando por estar en la misma habitación que él. No puedo soportar que solo hable de él.

—Hace más de media hora que he llegado y aún no has preguntado por nuestro bebé, ni tampoco me has preguntado qué me ha pasado en el pie.

—Lo del pie es evidente. Lo del bebé también lo sé. Era lo mejor, no estabas preparada. John me dijo que lo habías perdido —lo comenta con una frialdad que me sorprende.

—Guárdate tus opiniones para ti, porque yo no te las he pedido. —Tengo que tomar aire con calma si no quiero ahogarme—. ¿Desde cuándo estás aquí?

—He llegado esta mañana.

Agito la cabeza.

—No me refiero a cuándo has llegado a Valencia. Sabes a lo que me refiero.

—John me dijo que no estabas con nadie, y que incluso tuviste dos citas en Madrid que no pasaron de una cena.

Me muerdo el labio inferior, con rabia, con mucha impotencia. No dejo de preguntarme cómo pude estar enamorada de él. Desde luego el tiempo es el mayor sabio que hay. Pone a cada uno en su lugar, y desde la distancia, nos hace ver a las personas tal y como son.

—No es eso lo que te he preguntado.

—No me importa lo que haya pasado entre tú y ese tipo.

Salgo del comedor y subo a la habitación. Si me quedo un segundo más a su lado voy a terminar gritando. Necesito respirar un aire que él no haya contaminado con su ponzoña.

—¿Se puede saber qué te pasa? —suelta detrás de mí.

—¿Que qué me pasa a mí? —Saco una camisa y unos pantalones vaqueros del armario y una muda seca de un cajón para ducharme—. Querrás decir que qué te pasa a ti. Regresas como si no hubiera pasado nada. ¿Tanto te costaba hacer una llamada, una simple llamada para decirme que estabas vivo? ¡Cuántas veces he tenido que escuchar lo de que no ibas a salir vivo de Sudán! Estabas escribiendo una novela y pasaste de mí. ¿Y yo tenía que adivinar lo que estabas haciendo en un país que lleva años en conflicto?

—Pero ya he vuelto.

—¿Y qué esperabas encontrar? ¿Esperabas que no rehiciera mi vida? Te

fuiste sin mirar atrás.

—Era importante para mi carrera. ¿Es que no lo entiendes? Cualquiera habría hecho lo mismo que yo.

—No busques excusas, porque cualquiera no lo habría hecho. —Bajo el volumen de voz, porque me he dado cuenta de que estamos gritando—. Yo no lo habría hecho. Yo no antepuse mi carrera a nuestro matrimonio.

—¿Cuál es esa carrera tan importante que tienes tú? Solo eres una profesora de literatura. —Se moja los labios resecos—. Sigues sin entenderlo.

—Claro que lo entiendo, lo entiendo perfectamente, pero el que no lo quiere entender eres tú. Hace tres años decidiste volar, hiciste tu elección. Todo ha cambiado, yo no soy la misma. —Entro en el cuarto de baño y dejo la ropa en un taburete—. No quiero recordar nada de lo que pasó. Lo único que quiero es pasar página.

Me encierro en el cuarto de baño y cierro la puerta con el pestillo. Me apoyo y me deslizo por la madera hasta sentarme en el suelo. Me llama varias veces, pero necesito tranquilidad, pensar en lo mucho que ha cambiado y que ya no lo reconozco. Este no es el Salva que se marchó de casa, ni tampoco es el hombre del que yo me enamoré. Puede que siempre fuera así y yo no me diera cuenta. Me doy una ducha con calma y me seco el pelo con el secador. No tengo prisa por salir.

Cuando salgo del baño, lo encuentro sentado en nuestra cama. Tiene las piernas cruzadas y sostiene en sus manos nuestros dos primeros móviles. Está leyendo los mensajes que nos dejábamos.

—¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Me hiciste que te leyera todas las noches una página de *Orgullo y prejuicio*.

Eso es un golpe bajo, porque no es así como yo lo recuerdo.

—Sé que vivimos momentos duros, pero también hubo muchos que fueron especiales —me dice sin mirarme a la cara.

No entiendo por qué insiste en salvar una relación que está rota y a qué viene este numerito de hombre despechado.

—Pero a mí ya no me sirven esos momentos que tú dices. —Me siento en el borde de la cama—. Los buenos momentos no superan a los malos. Hace años que tú hablabas y hablabas, y yo te escuchaba. Creo que al principio me gustaba hacerlo, aunque llegó un momento en que dejaron de ser una

conversación de dos para convertirse en monólogos en los que solo eras tú y solamente tú.

—Empecemos otra vez de cero. Siempre nos ha funcionado.

—Esta vez no va a funcionar. Ya no te quiero.

—Volveré a enamorarte.

Niego con la cabeza.

—Déjame intentarlo.

Me levanto y dejo mi ropa sucia en el cesto. Vuelvo a bajar la escalera. Las muletas no me lo ponen nada fácil. Salva me sigue hasta su despacho. Abro el cajón donde vi la demanda de separación. No quiero comentarle que mi hermana le dijo a mi abuela que quería separarse, así que esta es la baza que me queda para que no se empeñe en rescatar una relación que no quiero retomar.

—¿Has estado hurgando en mis cosas?

—Buscaba una pista que me hablara de ti. Creí volverme loca cuando los días pasaban y no recibía noticias tuyas.

Encuentro los papeles. Él se queda lívido, y por una vez desde que ha llegado veo la duda en su mirada.

—No tenías que haber visto esos papeles.

—¿Qué esperabas que hiciera con esto? ¿Esperarte cuando no sabía si estabas vivo? Es absurdo que me pidas que volvamos a intentarlo, que no entiendas que te no esperara cuando todo hacía indicar que no me querías y cuando todo el mundo pensaba que estabas muerto.

—Esos papeles no significan nada.

—Para mí sí que significan. Lo significan todo. —Me mojo los labios—. Tenía la estúpida idea de que podríamos arreglar lo nuestro, pero ni siquiera un hijo consiguió unir lo que ya estaba roto.

—Tú querías obligarme a tener ese hijo.

Siento que me falta la respiración. Esto es lo que me faltaba por oír. Sigue echando balones fuera.

—Yo no busqué ese hijo, y lo sabes, pero sucedió. Usábamos condones. Y una vez que fue un hecho no estaba dispuesta a abortar. ¿Me estás acusando de pincharlos?

Se queda callado. Ha respondido a mi pregunta y ni siquiera ha pestañeado.

—Quizá me equivocara en no decirte cuáles eran los motivos por los que

me fui, pero cuando leas la novela me entenderás. Lo he hecho por nosotros.

—Se muerde el labio inferior hasta hacerse sangre.

—Lo has hecho por ti, no por mí. Yo no te pedí que te fueras.

—No, pero sí que me pediste que no regresara.

Contengo la respiración.

—Es lo único que me ha pesado en estos tres años. Nunca quise que te pasara nada malo.

—No ha pasado un día en el que no haya pensado en ti.

Niego con la cabeza. Aunque fuera verdad, ya no me importa.

—¿Tanto como para hacerme una simple llamada? Dime que en todo este tiempo no has llamado a nadie —insisto.

Por segunda vez me lo niega.

Su respuesta me duele. Bajo el mentón. Observo los papeles que están encima de la mesa. Cojo un bolígrafo y los firmo con rabia, marcando tanto mi letra que traspasa el papel, y después lanzo el bolígrafo contra la pared. Me da igual que tengan validez o no. Es mi manera de decirle que lo nuestro ya se ha acabado. No soporto más sus mentiras.

—¿Por qué lo has hecho?

—No quiero discutir más contigo. Es una pérdida de tiempo.

—Claro, huye. Te estoy pidiendo una oportunidad y no quieres escuchar.

Se pasea nervioso por el pasillo. Se toca el mentón y me lanza una mirada que hace que se me hiele la sangre. Nunca le había visto esa rabia que contiene. Se acerca hasta mí y me empuja contra la pared. Trata de besarme, pero yo lo aparto con la mano.

—Salva, suéltame. ¿Qué coño estás haciendo?

Me da asco su sabor. No es como recordaba, ni siquiera lo es su olor. Salva no huele a mar, a limón y a especias que tanto me gusta; huele a algo que no sé bien cómo definir, aunque sí puedo decir que no me gusta nada.

—No esperaba este recibimiento. He soñado con este momento. ¿Por qué lo tienes que hacer todo tan difícil?

—Y yo no esperaba que te comportaras como un cerdo.

Trata de volver a besarme. Le pego un bocado en la lengua y noto el sabor de su sangre en mis labios. Me empuja con rabia hacia la pared. Las muletas caen al suelo. Me mete una mano por la cinturilla del pantalón y llega hasta mi sexo.

—Para, Salva. No sigas —le digo con una tranquilidad que me sorprende.

—No digas que tú no lo deseas.

—Yo no quiero esto, para ya —vuelvo a decirle con calma.

Alargo la mano y agarro lo primero que pillo en la mesa. Encuentro uno de los tantos ceniceros que regalamos en nuestra boda. No me lo pienso dos veces y le golpeo en la nariz.

—¡Joder, eres una maldita zorra! —Su nariz no deja de sangrar. Creo que le he roto el tabique—. Tú también lo deseabas. Desde que has entrado por esa puerta me lo has estado pidiendo a gritos.

—No sabes lo que dices. ¿Dónde has estado? ¿Es así como tratan a las mujeres en ese sitio donde has estado?

—No quieras saberlo.

—¿Desde cuándo te has convertido en un animal?

Su mirada me habla por primera vez de dolor. Me sujeta por el cuello, aprieta los dientes y traga saliva. Le ofrezco una mirada gélida, una mirada desprovista del cariño que nos unió en otro tiempo.

—Lo siento. No sé qué me ha pasado.

Cae de rodillas al suelo y se cubre la cara con las manos.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —no deja de murmurarlo.

—Será mejor que marche —digo pasando por su lado.

Salva me sujeta un pie y me mira desde abajo con una mirada suplicante.

—Quédate conmigo esta noche. Solo te pido esta noche. Te prometo que no pasará nada. Será como antes. Solo te tengo a ti.

No quiero que se rebaje y tampoco quiero que me suplique, porque no puedo consolarlo. Aún siento mucho dolor en el pecho.

—No puedo, aunque no pasara nada entre nosotros, no podría. —Por primera vez en mucho tiempo no me ahogo cuando pienso en él—. No puedes negarme el derecho a elegir lo que deseo. Tú ya lo hiciste hace tres años. Ahora hago yo mi elección. No me pidas explicaciones si tus planes no han salido como tú querías.

—¿Es por él?

—No, Salva, no es por él, es por mí. Necesito cerrar lo nuestro de una maldita vez. —Siento que el peso de los trece años que hemos pasado juntos, más los tres que ha estado desaparecido, se escurren por el desagüe de la indiferencia.

Cuando salgo de su despacho, busco el móvil en mi mochila y veo que no tengo mensajes de Biel, aunque sí varias llamadas perdidas de mi hermana.

Miro la puerta de la calle y me asaltan los recuerdos. Esta vez seré yo quien salga por ella sin mirar atrás. Hace tiempo que deseaba pasar página, deseaba cerrar todo lo que me ataba a mi pasado. Miro esa fotografía que sigue estando apoyada en el sillón de la entrada y le digo adiós a esa Isabella que amó a la persona equivocada durante muchos años.

—Ya vendré a por mis cosas. Yo no quería que esto terminara así. —Trago saliva e intento que no me tiemble la voz—. Adiós, Salva, cuídate mucho.

Cierro de una vez esa puerta del pasado y me cuelgo la mochila a la espalda. Una vez que piso la acera, me tiembla la barbilla. Me sujeto a las muletas con decisión y doy un paso y luego otro y otro más. No quiero llorar, aunque me doy cuenta de que se me han enturbiado los ojos. Una pareja que pasa por mi lado se me queda mirando. Dudan, pero ante mi negativa, siguen caminando. Llego al portal de Biel, temblando. Antes de llamar al timbre, trato de calmarme. Cuando creo que he conseguido controlar mi llanto, llamo a su casa.

—Biel... —Suelto un gemido ahogado.

Me cuesta abrir la puerta con una sola mano. Me cuelo en el portal y necesito sosegar mi respiración. Oigo cómo baja la escalera a la carrera, y antes de que me dé cuenta, lo tengo a mi lado. Posa sus manos en mis mejillas, y aunque me había hecho el firme propósito de no llorar, no puedo evitarlo. No quiero mostrarme débil ante él ni ante nadie, pero siento que necesito soltar esta angustia que me reconcome por dentro.

—No te marches de mi lado —le pido.

—Nunca.

—Abrázame fuerte. No me dejes caer.

Me estrecha contra su pecho como le he pedido. Huelo ese aroma que me lleva a casa y siento que no me quiero marchar.

—Estoy aquí —me susurra en el oído—. No te voy a soltar.

Cuando mi respiración se calma y se acompasa con la suya, nos miramos a los ojos.

—Dime que esta sangre no es tuya —dice entre dientes.

Niego con la cabeza, porque no me salen las palabras.

—Le voy a romper la cara. —Abre la puerta del portal.

—Biel —musito—, no es mía. Es de él.

Él me mira sin saber qué le he querido decir. Aunque no sabe qué ha sucedido, su mirada me dice que me apoyará en todo.

—¿Qué ha pasado?

Como advierte que no dejo de temblar y que no me salen las palabras, me pide que subamos a su casa. Cuando llegamos, enseguida me ofrece un vaso de agua, que yo me tomo de dos tragos. Tanto Eros como Afrodita se abalanzan sobre nosotros.

—Tranquilo —le digo a mi perro—. Estoy bien —le pido a Biel otro vaso porque sigo teniendo mucha sed.

Tomo aire antes de hablar. Me siento en el sofá y él se coloca a mi lado. Busco su mano y mis dedos rozan su palma. Es increíble cómo me gustan sus caricias. Me recuesto en su hombro y termino cerrando los ojos.

—Se nos ha ido de las manos. No sé cómo ha sucedido, pero hemos terminado gritándonos. Salva ha intentado —trago saliva, porque aún no puedo creer que se haya comportado como un cerdo—, Salva ha intentado propasarse conmigo, y yo le he golpeado la nariz con un cenicero.

—¿Que ha intentado qué?

Se levanta, se pasea nervioso por el comedor y termina pegándole un puñetazo a la pared. Si se ha hecho daño, no lo manifiesta. Sigue de espaldas a mí, aunque veo que tiene los hombros en tensión.

—¡Biel, para! No ha pasado de un beso, y ni siquiera eso.

Relaja los hombros y vuelve a buscar mi mirada. No me cansaré de ver ese azul que tanto me recuerdan al mar.

—Si me dices que no ha pasado de un beso, te creeré, pero si ha pasado a más...

—No, créeme.

Se arrodilla frente a mí. Con la mirada me pide que me quede con él, pero lo que quizá él no sepa es que ya he hecho mi elección. Quiero saber hacia dónde nos lleva lo que he dejado a medias en mis sueños.

—Dime qué ha pasado.

Ahora estoy preparada para contarle cómo nos conocimos y cómo me enamoré de él. Mientras hablo, a veces encuentro recuerdos que me hacen reír, aunque enseguida observo otros que me duelen mucho. En ningún momento me interrumpe, solo me consuela con la mirada, un detalle que le agradezco. A medida que voy hablando, me voy sintiendo más liviana. Solo cuando termino de hablar, me permito soltar un suspiro, que me alivia.

—Deja que te cuide. —Se coloca frente a mí—. ¿Me dejarás que te haga feliz?

—Sí —asiento también con la cabeza.

No sé en qué momento me quedo dormida, pero cuando abro los párpados, Biel me está observando desde una butaca. Alargo la mano para que se siente junto a mí en el sofá. Se levanta y camina con calma. Aparto los pies y después me los vuelve a colocar sobre su regazo.

Para que esto funcione necesito conocer sus sombras. Habló de ellas la primera vez que estuve aquí.

—Háblame de ti.

No gira la cara hacia mí, pero observo cómo le tiembla una mano y cómo contiene el aire que no puede dejar escapar de sus pulmones. Sé que hay dolor en ese mar embravecido, aunque no pueda mirarle a los ojos. Carraspea, pero las palabras no le salen. Busco su mano y le regalo unas caricias en la palma. Me incorporo para sentarme sobre su regazo. A pesar de nuestra proximidad, deja vagar su mirada hacia un punto muy lejano de sus recuerdos.

—No me importa lo que haya pasado. No me voy a ir.

No termina de creer mis palabras, porque en sus ojos hay duda y un dolor infinito. Me coloco a su lado y recuesto mi cabeza sobre su hombro.

—Por favor, ábreme esa puerta...

Se muerde los labios antes de comenzar a hablar.

—Mi familia vive en Palma de Mallorca, pero quise estudiar medicina en Valencia, como hicieron mi padre y mi abuelo. Siempre soñé con ser cirujano. —Observo cómo se le mueve la nuez al tragar saliva—. Conocí a Marta en el último curso de la facultad. Ella, además de ser una mujer muy inteligente, también era muy guapa. Mi mejor amigo estaba loco por ella, pero Marta solo tenía ojos para mí. Por aquel entonces empecé a tener sueños extraños con una mujer que perturbaba mis noches. Bueno ya sabes de quién te hablo. —Tiene la boca seca y se levanta un momento para ir a la cocina. Regresa al comedor con una botella de dos litros de agua y con un vaso. Me ofrece agua y se pone otro—. Mario me pidió que le diera una oportunidad, ya que ella solo quería salir conmigo. Acepté su propuesta, pero porque fue Marta quien me lo pidió. Me dejé querer. Me engañé porque creí que yo también la querría con el paso del tiempo, pero los meses pasaban y yo no podía amarla. En cambio, a pesar de que entonces tú solo eras parte de un sueño, te quería y todas las noches iba a tu encuentro para amarte hasta perder la cabeza. Creí volverme loco porque amaba a una mujer que no era

real. Le conté lo de mis sueños extraños a Marta, y aun así quiso que nos casásemos. Ella creyó que podría hacer que yo te olvidase.

»Cuando terminamos el MIR, nos casamos. Volví a equivocarme, porque no amaba a Marta y tampoco podía olvidarte. Antes de seguir mintiéndome, le propuse a Marta que nos separásemos. Yo nunca podría hacerla feliz como ella se merecía. No lo supe hasta aquel momento, pero Marta me oía gemir todas las noches en sueños el nombre de Isabel. Ella aguantó todos aquellos años pensando que me olvidaría de ti. Después de proponerle que nos separásemos, a la mañana siguiente, cuando desperté, ella se acababa de marchar de nuestra cama. La llamé, pero no contestó. Solo escuché cómo se cerraba la puerta de casa. —Le tiembla el labio y tiene que beber de nuevo agua—. Salí detrás de ella, bajé corriendo la escalera de casa y corrí descalzo hasta alcanzar nuestro coche, que ya estaba en marcha. Ella tenía la mirada perdida y lloraba. Le pedí que detuviera el coche, pero no quería escucharme. Solo me preguntó que por qué no podía amarla, por qué amaba a alguien que ni siquiera existía. Intenté amarla, pero no pude. Y después de eso, salió disparada sin mirar a ningún lado... —pierde la voz—, un autobús la arrojó y su cuerpo quedó atrapado en un amasijo de hierros. —Se mira las manos al tiempo que niega con la cabeza—. Murió en la mesa de operaciones. A pesar de ser un buen cirujano, no pude entrar, no me dejaron... No he vuelto a ejercer como cirujano desde entonces.

—No murió por tu culpa.

—No, pero sí precipité ese final. —Su mirada tropieza con la mía—. ¿Entiendes ahora por qué no podrá haber otra mujer que no seas tú?

Me tumbo en el sofá y le pido que nos acoplemos. Se coloca detrás de mí y me abraza desde atrás. Respeto su silencio. En algún momento nos quedamos dormidos. La luz de la luna se cuele por la ventana, me giro hacia él. Está despierto. Nuestras miradas se encuentran, aspiro su aroma y por fin noto que he encontrado mi hogar. Nunca pensé que con tan poco pudiera ser tan feliz.

Capítulo 29

La noche antes de partir, Isabel y Biel se amaron como nunca antes lo habían hecho; la pasión nunca se les agotaba, nunca se daban los suficientes besos, nunca tenían bastante con las caricias que se prodigaban. Biel se marchó de su lado antes de que salieran los primeros rayos de sol. Habían pasado la noche en vela contando las horas que les quedaban en la isla.

Biel había encontrado la solución para salir de Ciutat. El rabí Rafael Valls, tío por parte de madre, había hecho las gestiones necesarias para que viajaran no solo ellos, él, Isabel y los dos hijos de ambos, sino también un grupo de judíos que deseaban abandonar la isla en busca de nuevas oportunidades. Un navegante inglés los sacaría antes de que anocheciera. Partirían con la luna ya en el cielo.

Isabel se juró que jamás iba a olvidar la fecha en la que abandonaría su casa y a su *senyora avia* para encontrar la libertad. El día sería un siete de marzo, unos días antes de cumplir los diecisiete años. Cuando subiera a ese jabeque su vida cambiaría para siempre. Le había pedido a Carmen que le cosiera en la falda y en la faltriquera algunas de las joyas que tenía, además de unas cuantas onzas de oro. Antoni había logrado sacar de la casa, sin que nadie se apercibiera de ello, un baúl con parte de su ropa y con todo el dinero que había conseguido reunir para el viaje. En ese baúl, que ya se encontraba a bordo del barco, iban también las escrituras de la casa de Inglaterra. Aunque antes de ir hacia su nuevo hogar, el jabeque los llevaría hasta Livorno, un puerto franco de la Toscana.

El día amaneció frío. El cielo estaba encapotado, aunque lo más preocupante eran las rachas de viento que venían de levante. A pesar del mal tiempo, la mañana transcurrió tranquila. Isabel fue la primera en llegar a misa, como hacía desde que había decidido marcharse, se confesó y después se paseó una última vez por las callejuelas para dar unas limosnas a los pobres que se arremolinaban en la puerta de La Seu. Cuando llegó a casa, amamantó a su pequeño, bordó unas toallas y le dio las instrucciones a Roser para la comida. Después de comer, se tumbó un rato. Necesitaba encontrar

algo de paz. Estuvo haciendo tiempo para salir de la casa. Carmen entró en la alcoba después de tocar a la puerta.

—*Vossa mercè*, Antoni también nos acompañará al puerto.

Isabel asintió con la cabeza porque las palabras no le salían.

—He preparado un hatillo con pan, cocas, queso y embutidos. Le he pedido también unos cuantos dulces. Le he dicho a Roser que eran para repartir entre los mendigos —dijo con una sonrisa triste—. Figuraos lo que me ha respondido, que menudo pico de oro tenían esos que solo saben poner la mano.

—Has pensado en todo. ¡Cómo te voy a echar de menos! Inglaterra no será lo mismo sin ti. —Soltó un suspiro—. Bernat me decía que allí los criados son menos deslenguados que aquí.

—No me lo tengáis en cuenta.

Isabel le pasó a su pequeño antes de levantarse. Buscó el libro de María de Zayas para entregárselo.

—Quiero que lo tengas tú. Es un pedazo de mí. Aquí está parte de la Isabel que se atrevió a amar a un hombre perseguido por su religión. Esta ciudad los rechaza.

Carmen se santiguó.

—No os vais a echar atrás, ¿verdad?

—El tío de Biel teme que se abran nuevos procesos. No hace tanto de los cinco autos de fe y de la confiscación de bienes a muchas familias. Van a volver a por ellos.

La nodriza negó con la cabeza. Por una vez a Isabel le satisfizo que Carmen se guardara sus opiniones y que no la sermoneara. Si la descubrían huyendo con un converso sería su perdición. La llevarían a la Casa Oscura y muy probablemente le darían tormento. Solo un milagro la salvaría de la hoguera.

—No, ha llegado la hora de no mirar atrás —repuso con determinación en su mirada—. Mi hermana está pensando en buscarme un nuevo marido. Cree que es lo más conveniente, dado que aún soy muy joven. No podría soportar que otro hombre me tocara.

Carmen asintió, y por una vez la entendió.

—Saldremos por el huerto. Antoni se ha adelantado con el hatillo.

Antes de abrir la puerta de la alcoba, Isabel la abrazó. Permanecieron un rato sintiéndose, porque había abrazos que decían mucho más que las

palabras.

—Nunca te he agradecido que permanecieras junto a mi madre el día en que yo nací.

Carmen intentó tragar saliva, pero tenía un nudo en la garganta que se lo impedía. Siempre pensó que Isabel era la única cosa buena que había salido de aquella maldita noche. Y aunque nunca había creído en cosas de brujerías, en Isabel se cumplió la maldición de la luna de sangre. Su señora no había podido escapar del maleficio que la condenó a amar a la persona equivocada. Para su desgracia, se fueron cumpliendo una por una las palabras de aquella criada negra.

Una vez que salieron de casa, Isabel se abrazó con fuerza a su hijo y miró por última vez la vivienda. Carmen le ajustó la capa, porque empezaba a hacer frío. Caminaron en silencio, callejeando por aquellos empedrados por los que tanto había paseado. De vez en cuando les salía al paso algún mendigo, que la nodriza se quitaba de encima con alguna moneda. Cruzaron a pie la Puerta de Santa Catalina. Muy pronto dejaron atrás las murallas de la ciudad. Bajaron por el camino que daba al puerto. A lo lejos se podía ver el castillo de Bellver, solitario sobre una colina que dominaba la bahía de la ciudad.

A pesar de que podía acariciar la libertad con los dedos de la mano, Isabel caminaba intranquila. El tiempo parecía que había empeorado y las rachas de viento iban a más. A medida que iban llegando a Porto Pi, el fuerte olor a pescado putrefacto y el salitre de la brisa del puerto les fue dando la bienvenida. A lo lejos, Isabel distinguió a un grupo de personas que, como ella, buscaban la libertad. Contó cerca de veinte, más de las que en un principio le había dicho Biel. Quiso correr hacia él, que no apartaba la mirada de ella. Junto a él se encontraba su hijo. Había crecido mucho desde la última vez que lo vio. Carmen la sujetó de un brazo.

—*Vossa mercè*, tranquilizaos. No llaméis la atención.

Isabel asintió con la cabeza, pero aceleró el paso. Faltaban solo unos metros para llegar al grupo. Ella buscó una caricia cuando su mano se encontró con la de él. Las mujeres la miraron de arriba abajo, arrugaron la nariz y se giraron.

—Como si ellas no olieran a fritanga —rezongó Carmen.

—Déjalo, no me importa lo que piensen. No les debo nada. Solo deseo que en este viaje haya armonía.

Solo un hombre dio muestras de amabilidad. Recordaba haberlo visto la primera vez que se encontraron Biel y ella.

—*Vossa mercè*, os agradecemos todo lo que habéis hecho por nosotros — la agarró de una mano y se la besó.

Isabel le quitó importancia con un gesto de cabeza. Solo había puesto en contacto a la persona que le había conseguido los salvoconductos con Rafael.

—He hecho lo que creía que era mi deber.

—Caterina —el hombre llamó a una mujer—, cuida de ella. Que no se diga de nosotros que no somos hospitalarios.

La mujer se acercó con una sonrisa hueca en los labios, pero era lo único que podía ofrecerle a aquella gentil.

Había llegado la hora de despedirse de Carmen y de Antoni, las dos únicas personas que habían compartido el secreto de su huida. El adiós fue rápido, porque Isabel no quería lágrimas.

Biel tomó a Pere entre sus brazos.

—Deja que me ocupe de él.

—Cuida de él —le suplicó Carmen pasándole al pequeño—. Hazlo como si fuera tu propio hijo.

—Ahora es mi hijo, como me pidió el señor esposo de Isabel. Cuidaré de él, aunque me vaya la vida en ello.

Una barca los esperaba. Rafael fue quien organizó la fuga hasta el jabeque. Primero subirían los niños y las mujeres más jóvenes. En segundo lugar irían las otras mujeres y los más ancianos. Por último subirían los hombres. Isabel prefirió esperar al último turno e ir junto a Biel. Se sentía más a gusto con Biel que con las mujeres, quienes mantenían las distancias con ella.

Vieron partir al primer turno. La tarde aún no había caído y a cada minuto que pasaba, el viento soplaba con más fuerza. El segundo turno se hizo esperar porque las mujeres que habían viajado en primer lugar no dejaban de quejarse y de moverse en el bote. Cuando llegó de nuevo el bote, Isabel fue la primera en subir. Biel le pasó a Pere y después le dio el hatillo con la comida que había llevado Antoni hasta el puerto. Los hombres que quedaban fueron subiendo. Las olas eran cada vez más amenazantes, daban bandazos en la barca en la que iban seis adultos y un niño de teta. Biel sujetó entre sus brazos a Isabel.

Conforme se alejaba del puerto, Carmen y Antoni agitaron sus manos. Se quedaron hasta que vieron con sus propios ojos cómo Isabel era izada al

barco. A lo lejos, Ciutat era una mancha pequeña.

Cuando Isabel subió al jabeque, Rafael Valls alababa la misericordia de Adonay por concederles la libertad. Ella, en cambio, rezó al único Dios que conocía.

—Acompañadnos —le pidió un marinero.

El mar estaba mostrando su cara más desafiante. El jabeque no dejaba de moverse y Biel tuvo que sujetar a Isabel para que no se cayera. Ella se percató de que el capitán caminaba nervioso por la cubierta.

—¿Qué pasa? —Quiso saber señalando a un hombre que daba órdenes—. ¿Algo no va bien?

—Tranquilizaos, acabamos de levar anclas —respondió Biel.

—Me tranquilizaré cuando hayamos perdido de vista la costa y no haya vuelta atrás.

Isabel y Biel siguieron al marinero, aunque antes de bajar, echó un último vistazo a la ciudad. El marinero los condujo hasta una bodega oscura que apestaba a salazones y a salitre que, junto con la mezcla intensa de las especias, del azúcar y de la melaza del aceite, hacía que el aire fuera sofocante.

Casi todas las mujeres permanecían abrazadas y gemían.

—No hemos pagado por este sitio appestoso —dijo Isabel cuando el capitán se presentó en la bodega.

En una mano llevaba una pipa. Unas oes salieron de sus labios cuando expulsó el humo. Aunque había sido Isabel quien se había dirigido al capitán, este le respondió a Biel.

—El acuerdo era que solo viajarían la mitad de personas. —Se encogió de hombros—. No puedo hacer nada más.

—Claro que se puede hacer algo más —le rebatió Isabel—. Podemos repartirnos en los camarotes. Acordamos un buen precio por ellos. ¿Dónde están?

—Cuando hayamos partido, daré órdenes para que os alojen en los camarotes. Mientras tanto, permanecerán aquí.

El capitán salió con el gesto contrariado. Desde la bodega, oyeron cómo daba órdenes a unos y a otros. Se escucharon pasos apresurados, maldiciones a todos los dioses habidos y por haber y el batir incesante de las olas contra el casco del barco.

No pasaron ni tres horas cuando el capitán bajó de nuevo. Llamó a Biel y a

su tío para hablar con ellos. Les hizo pasar a un camarote pequeño y desordenado, que olía a sudor y a tabaco de pipa.

—Me temo que no tengo buenas noticias —les ofreció un asiento—. El viento no nos da tregua, y no podremos partir hasta que el temporal amaine. Hay que desembarcar.

—Cumplid vuestra palabra —dijo entre dientes Biel—. Es mucho lo que nos jugamos esta noche.

—En estas condiciones no podemos viajar. El viento rajará las velas. Regresad a vuestras casas.

—¿No será una treta para deshaceros de nosotros?

—No, os aseguro que no. Yo también me estoy jugando el cuello, aunque sea un extranjero, el alguacil me prenderá si os encuentran aquí.

Biel dejó caer los hombros. El capitán llevaba razón, él tampoco correría mejor suerte si descubrían cuáles eran sus intenciones. Tenían que regresar no solo a casa, también tenían que atravesar las murallas sin levantar sospechas. Fue Rafael quien dio las malas noticias. Las mujeres se golpearon el pecho y clamaron al cielo por la poca misericordia que había tenido el Sin Nombre con ellos. De nada les habían valido las plegarias a Adonay, las súplicas a Dios, ni tan siquiera la pericia del capitán para capitanear un jabeque.

Después de casi seis horas de incertidumbre, las mujeres fueron las primeras en salir del barco. En esta ocasión, Biel no quiso que Isabel fuera en el último turno. Fue la última en bajar a la barca. A pesar de las súplicas del marinero que llevaba los remos para que se mantuvieran quietas, las mujeres no dejaban de moverse. La más anciana de todas se levantó en el mismo instante en el que Biel le pasaba el niño a Isabel, que iba en un capazo.

—Os ruego que volváis a sentaros —ordenó el marinero—. El bote podría volcar.

Antes de que Isabel agarrara a Pere, el pequeño cayó al mar.

Isabel tuvo que parpadear dos veces para darse cuenta de lo que había ocurrido. Se había quedado paralizada, muda. Biel no se lo pensó dos veces y se lanzó al mar antes de que las olas se tragaran el capazo con el pequeño.

—¡Pere...! —exclamó Isabel—. No... Pere, no, que alguien lo saque...

Aún no se había dado cuenta de que Biel se había tirado al agua.

Una mujer la sujetó para que se mantuviera quieta.

—Es la voluntad de Adonay. —La mujer le señaló una cabeza que se

debatía entre las olas—. Fijaos, es un hombre valiente.

—Biel, te lo suplico, saca a mi hijo. —Isabel no escuchó las últimas palabras de la mujer.

—Esperadme en el puerto...

Ella creyó escuchar unas palabras de Biel, pero con el alboroto de las mujeres no pudo entender qué le decía.

El bote se fue alejando y las lágrimas y la oscuridad no la dejaban ver ni a Biel ni a su pequeño. Rezó para que se salvaran, para que Biel encontrara a su Pere. Se preguntó si Dios la había castigado por querer tanto a Biel y por ser soberbia. Cuando llegaron al puerto, las mujeres tiraron de ella.

—Hemos salido a pasear —dijo una de ellas—. Eso diremos si alguien nos pregunta.

—No puedo marcharme. No puedo dejar a mi hijo... —Isabel no dejaba de llorar—. No puedo regresar a mi casa sin mi hijo.

—Lo que no podéis es no regresar a vuestra casa. Llamarán a la ronda y al alguacil.

Una mujer joven le enjugó sus lágrimas.

—Si alguien os pregunta, habéis salido a pasear y unos hombres nos han atacado. En el forcejeo el niño ha caído al mar.

Las mujeres seguían tirando de ella, mientras escurrían sus faldas porque con el oleaje se habían mojado de arriba abajo. Miraban al cielo y le pedían explicaciones al Sin Nombre. Las más jóvenes lloriqueaban, mientras que las más mayores trataban de darse consuelo. Cada pocos metros se detenían haciendo tiempo para que el otro grupo que iba detrás de ellas les diera alcance. Gabriel, el hijo de Biel, se había quedado rezagado. Esperaba que su padre apareciera en cualquier momento. A pesar de los ruegos de los hombres que iban en el último turno, al niño no había quien lo moviera del puerto.

—Eres tan tozudo como tu padre.

Gabriel se encogió de hombros.

—Me ha dicho que lo espere.

—Me temo que tu padre ya no... —Rafael negó con la cabeza—. Es la voluntad de Adonay.

—Mi padre vendrá.

Gabriel observó cómo se alejaban con paso ligero. Los más viejos y las mujeres se reunieron con el último turno que había llegado a puerto. El grupo al completo cruzó la Puerta de Santa Catalina. Se fueron separando para no

levantar sospechas. Mientras caminaban por las callejuelas, miraban hacia todos lados. Huían de la ronda y permanecían quietos cuando escuchaban cascos de caballos.

Antes de que el primer grupo alcanzara La Calle se escucharon las voces perturbadas de una mujer. Era Antonia, que venía corriendo hacia ellos.

—¿Dónde está esa mujer que ha traído la desgracia a mi casa? —Se golpeó el pecho con ambas manos—. No te escondas. Me has quitado a mi hombre.

Rafael se colocó a su lado y trató de calmarla.

—Tranquilízate. Acaba de perder a su hijo.

Antonia lo apartó de un manotazo.

—¿Pensabais que no me iba a enterar de que queríais huir? Pero yo lo sé todo —gritó Antonia abriendo los ojos con desmesura—. Adonay os ha castigado a ti —señaló a Isabel— y a todos vosotros por permitir que una gentil ame a un hijo de Abraham. Somos el pueblo de Israel, somos el pueblo elegido. ¿Cómo habéis permitido que viaje con vosotros? ¿Cómo la habéis acogido como una más de los nuestros? Merecéis un castigo.

—Calla, Antonia, no sigas hablando. —Rafael la zarandeó—. La ronda viene hacia aquí.

Los cascos de los caballos se oían cada vez más cerca. Algunas mujeres llamaron a las puertas de sus vecinos suplicando clemencia y para que las acogieran antes de que llegara el alguacil, pero tras los muros de las casas nadie movió un dedo para socorrerlos.

Fue el alguacil el que llegó en primer lugar a La Calle, seguido por varios hombres de la partida. Desmontó del caballo y se dirigió a uno de los niños.

—¿A qué vienen estos gritos! ¿De dónde venís?

El niño se fue encogiendo sobre sí mismo.

—Contesta cuando te hablan. —Le pegó un pescozón.

—Hemos ido a pasear al puerto. Hemos merendado allí unas cocas de sobrasada.

—¿Qué se os ha perdido en Porto Pi? Estas no son horas para que las personas decentes paseen por las calles.

—Señor, se nos ha hecho tarde —el niño se retorció la camisa con nerviosismo y evitaba levantar la mirada—, nos han atracado y esa mujer ha perdido a su hijo.

Isabel tenía la mirada perdida, gimoteaba palabras sin sentido y no entendía lo que estaba sucediendo a su alrededor. El alguacil se acercó hasta

ella. Abrió los ojos al reconocerla al instante. Una mujer se interpuso en su camino.

—Os lo suplicamos, dejadnos volver a nuestras casas. Estamos cansados.

La más vieja de ellas también se colocó al lado del alguacil.

—Somos buenos cristianos. Todos los días cumplimos con nuestro deber. Dejadnos regresar a casa.

Antonia había permanecido muda, pero de repente estalló otra vez en gritos.

—Estáis mintiendo todos. —Agarró al alguacil de la pechera de la camisa—. No creáis a estas mujeres. Querían huir. En el puerto les esperaba un jabeque.

—¿Es eso cierto? —preguntó el alguacil a uno de los niños.

El más pequeño de ellos se echó a llorar.

—No sé.

—¿De qué se nos acusa? —preguntó Rafael sin perder la compostura—. Solo hemos ido a pasear por el puerto. ¿Desde cuándo es un delito pasear con la familia? Nosotros no practicamos el *sabbath*.

Antonia negó a voz en grito varias veces.

—Mentís, todos estáis mintiendo. Todo es culpa de esa mujer que ha embrujado a un buen hombre.

El alguacil levantó una mano para hacerse oír.

—Decidme, pues, *vossa mercè*, ¿de dónde venís?

Isabel levantó el mentón.

—¿Dónde está mi hijo? —balbuceó. Miró a ambos lados—. ¿Lo habéis encontrado?

—Tened misericordia por esta pobre mujer que acaba de perder a su hijo. Nos han asaltado.

—Hablad —le ordenó a Isabel—. ¿Qué ha sucedido?

—Nos han atacado —dijo con un hilo de voz—. Mi hijo cayó al agua...

—Todo es mentira. No la creáis. Mirad en sus bolsillos. —Antonia agarró del brazo a una de las mujeres más jóvenes y la empujó contra el alguacil—. Han cosido a sus faldas todas las joyas que tienen. Iban a huir. Viajaban a Livorno.

—No digas tonterías, Antonia —replicó Rafael.

—Responde solo cuando se te pregunte, sucio judío.

Uno de los hombres de la partida lo golpeó en la sien con un arcabuz. Un

hilo de sangre le bajó por la sien. La más anciana de las mujeres corrió a su lado para protegerlo.

—Os lo suplico, es un hombre mayor.

Enseguida llegaron más refuerzos. Las mujeres no dejaban de temblar y los hombres se sentían derrotados. Nadie encontraba las fuerzas para enfrentarse a la ronda.

—Por caridad, no hemos hecho nada —repuso una de las mujeres arrodillándose frente al alguacil.

Los hombres que habían llegado junto al alguacil fueron registrando los jubones de los hombres y las faldas de las mujeres hasta dejarlos desnudos, salvo por la camisa. En cambio, con Isabel consideraron que le dejarían, además de la camisa, los calzones puestos. Algunos también llevaban las escrituras de sus casas cosidas en la entretela del jubón, por si regresaban algún día a Ciutat. Todos lloraban en silencio conforme iban cayendo las joyas y las onzas de oro al suelo. Sus sueños de libertad se habían desvanecido.

—Sí, Adonay os ha castigado. —Antonia no dejaba de gritar.

Fue el alguacil, que harto de sus alaridos, le golpeó en el estómago con un arcabuz. Antonia cayó al suelo doblada por la mitad y sin aliento.

—Llévatela —le ordenó al hombre que estaba a su lado—. Esta noche la pasará en la Casa Negra.

—No, a la Casa Negra no. Gracias a mí habéis apresado a estos traidores.

Un hombre la amordazó al tiempo que otro le sujetaba las manos a la espalda.

—Camina si no quieres que te rompamos las piernas.

Antonia echó un último vistazo al grupo. Isabel creyó ver un atisbo de sonrisa en su rostro, pero enseguida desechó esa idea porque le parecía inconcebible considerar siquiera tal posibilidad.

—Tened piedad con esta pobre mujer —dijo Rafael con el dedo apuntando hacia Isabel—. Dejad que regrese a casa. Bastante castigo ha recibido por haber perdido a su hijo. ¿No veis el poco juicio que tiene? La hemos encontrado deambulando en el puerto y la estábamos acompañando hasta su casa.

—¿Misericordia cuando pretendía huir con un perro judío? —respondió el alguacil, quien lo apartó de un manotazo. Rafael cayó al suelo.

—Piedad para los niños. No sabían qué hacían. Están cansados. Que

duerman esta noche en casa. Misericordia para los más pequeños.

Un hombre empujó a la mujer que había hablado.

—¡Calla ya, perra!

—Solo el inquisidor tiene el poder suficiente para mostrar misericordia — dijo el alguacil—. Encomendaos a la gracia de nuestro señor Jesucristo. Solo él os podrá salvar del fuego del infierno. Nos espera una noche larga.

El alguacil dio la orden para que comenzaran a caminar.

—Dormiréis en la Casa Negra.

—¿Qué hacemos con ella? —quiso saber un hombre señalando a Isabel con la antorcha que llevaba en una mano.

—También irá a prisión.

El alguacil empujó a Isabel para que comenzara a caminar. Ella, al igual que los demás, vagaba como un alma en pena. Nada se escuchaba por las calles, salvo los cascacos de los caballos de los hombres de la ronda y los murmullos ahogados de las mujeres. Las puertas de la Casa Negra permanecían abiertas. Al tiempo que se alejaban de La Calle, las campanas de La Seu empezaron a tocar a Rebato.

—En esta celda dormirá esta perra —dijo el alguacil pegándole una patada a Isabel en el trasero.

Ella cayó al suelo, golpeándose las rodillas. Echó un vistazo a la celda. Se tapó la boca con una mano. No se veía capaz de soportar aquel olor tan hediondo. Olía a orines, en un rincón había un cubo con restos de excrementos y la paja del suelo estaba húmeda. Le sobrevino una arcada y contuvo las ganas de vomitar. No solo olía a podredumbre, sentía la pestilencia de lo peor del alma humana. Tembló de miedo por primera vez en su vida. La prisión del Santo Oficio era mucho peor de lo que hablaban las malas lenguas. Se acurrucó al lado de la puerta y rezó, no por ella, sino por su hijo y por Biel. En la noche se sucedieron los gritos clamando piedad, mas las palabras se las llevó el viento.

Capítulo 30

Tras permanecer un tiempo mirándonos a los ojos, nos vamos a dormir a su habitación. Me coge en brazos y me tumba en la cama. Enseguida nos quedamos otra vez durmiendo. Estamos demasiado cansados para hablar. La luz del sol se cuele por la ventana, que está a medio bajar. Oigo la respiración de Biel. Tiene una mano apoyada en mi cadera. A los pies de la cama están Eros y Afrodita, que dormitan con placidez. Vuelvo a dormirme en algún momento de la mañana.

El sonido de mi móvil me despierta. Miro a mi alrededor y me cuesta ubicarme. Como Biel no está en la cama, lo llamo, aunque no me responde. Encuentro una nota en su almohada. Me recuerda que esta semana tiene turno de mañana, o sea, que no lo voy a ver hasta la hora de comer, y que no me preocupe por la comida. Mi móvil sigue sonando, así que me hago el ánimo de levantarme y buscarlo. Voy hasta el comedor a la pata coja y encuentro que la mochila está encima de la mesa. Como no me ha dado tiempo a contestar, observo la pantalla. Suelto un suspiro porque son las once y cuarto de la mañana. Hacía mucho tiempo que no me levantaba tan tarde, aunque bien mirado, me hacía falta dormir sin preocuparme de nada. Tengo tres llamadas perdidas de mi hermana, cuatro de Carmen, cinco de mi abuela y una de mi madre. Carmen vuelve a insistir.

—Dime.

—¿No estás en casa?

—No, anoche dormí en casa de Biel. —Pega un gritito y tengo que separarme el móvil de la oreja. Esto es lo que ha terminado de despertarme —. No pasó nada, por si te lo estás preguntando.

Oigo como suelta un suspiro.

—Porque no habrás querido.

—Porque no ha surgido, guapa.

—¿Eso quiere decir que te apetece?

—Carmen, ¿tú has visto cómo está Biel? Claro que me apetece, pero aún no ha surgido.

—El día que folles te va a cambiar la cara —me suelta a carcajadas—, porque a follar en sueños no se le puede llamar follar.

Me río. Carmen no tiene solución.

—Supongo que no has llamado para sacarme de la cama o para hablar si ya nos hemos acostado.

—No, te he llamado por otra cosa. Llevan toda la mañana con el mismo tema. ¿Has encendido la tele?

—No. ¿Qué pasa?

—Pasa que Salva acaba de llegar a Manises.

—¿Cómo? —Me tiembla la mano—. Espera un momento que la encienda —me resulta complicado hacer varias cosas a la pata coja. Dejo el teléfono sobre el sofá y busco un mando de la tele, que está en una mesita de centro—; dime, qué busco.

—Pon la primera.

Como dice Carmen, parece ser que la noticia del día es que Salva ha llegado a Manises y está concediendo alguna entrevista. Todo es un maldito montaje, como estos últimos tres años. Lleva la nariz cubierta por unas vendas. Puede que se la haya roto, aunque también me quedé con las ganas de patearle las pelotas. Algunos periodistas se cuestionan el porqué yo no he ido a esperarlo al aeropuerto y por qué no he ido a abrazar a mi maridito, que ha estado recogiendo información sobre cómo se vive la guerra desde dentro. No solo ha estado en Sudán, al parecer también ha viajado a Nigeria, Camerún y Uganda para reunir información. Uno de los periodistas está alabando el trabajo de Salva, porque ha sido los pocos privilegiados que ha podido leer el libro. Se refiere a *Sal negra* como una novela desgarradora que va a remover muchas conciencias.

—Todo eso es mentira, Carmen. Salva regresó ayer. Estuvimos hablando.

—¿Que llegó ayer? ¿Qué habéis estado hablando? ¿Por qué no me llamaste?

—Porque prefiero contártelo en persona. No fue un buen día.

—¡Oh, vaya! Lo siento.

Presto atención a lo que está soltando por la tele y todo lo que van diciendo sobre mí. De todo lo que ha dicho Salva, lo que más me ha molestado es que ha dejado claro que estos tres años han sido muy duros para él.

—No lo habría soportado si no fuera porque mi mujer me animó a hacer este reportaje. Fue de mutuo acuerdo el que yo me fuera.

Al igual que yo, Carmen está escuchando lo mismo que yo.

—Será cabrón —suelta Carmen—. Me están dando ganas de llamar a la tele y dejarle con el culo al aire.

—No lo hagas. Me da igual lo que piense la gente.

Casi puedo decir que es una suerte estar en estos momentos en casa de Biel y no en el instituto. Fernando ha salido a la puerta para dar un comunicado a los tres periodistas que llevan un tiempo esperando. Después de decirles que voy a estar unos días de baja, vuelve dentro sin decir ni una palabra más. Está claro que las mentiras y el sensacionalismo venden.

Apago la tele. Me estoy poniendo mala con tantas mentiras.

—Y tú, ¿cómo estás? —le pregunto.

—Estoy esperando al médico para que me diga que me puedo marchar a casa. Por cierto, ¿has leído ya el libro que te dejé?

—No, aún no me ha dado tiempo. Esperaba hacerlo esta mañana.

—Estupendo. Tengo ganas de que conozcas a Isabel. Tienes mucho de ella.

—¿Tú crees?

—Sí, te parece mucho, aunque cuando lo lees piensas lo contrario.

—¿Tú has averiguado algo más sobre ella?

—Sobre ella no, aunque sí sobre lo que pasó después, pero como tú dices, prefiero hablarlo cuando vengas a casa. ¿Al final qué vas a hacer? ¿Vendrás unos días?

—Sí, cuando te den el alta, le pediré a Biel que me acerque.

—Entonces, luego nos vemos. —Me cuelga.

Si por algo se caracteriza Carmen es por su entusiasmo. Espero que le den el alta. Tengo muchas cosas que hablar con ella. Pienso en nuestra amistad. Es como si fuera nuestra tercera hermana y desde el mismo momento en que conocimos ya no nos separamos. Nunca me ha defraudado, siempre ha estado a mi lado cuando la he necesitado, como ella me ha tenido a mí cuando ha pasado por malos momentos, como cuando sufrió sus dos abortos. Es cierto que nos hemos peleado en muchas ocasiones, pero nunca hemos estado más de una semana enfadadas. A pesar de que Salva no la soportara, eso jamás afectó a nuestra amistad. Recogió mis pedazos cuando creí que me había roto del todo. Ella y Romina fueron las que un día me sacaron de casa cuando llevaba más de un mes compadeciéndome de mí misma.

Suelto aire.

Es hora de desayunar.

Cojo las muletas, que están al lado de la puerta de entrada. Biel me ha dejado varias notas por la casa para que no me sienta tan perdida. En la cocina, sobre la encimera, y junto a un plato con unos almendrados y unos trozos que parecen bizcochos, hay otra nota que me indica que en la nevera hay una jarra de leche de almendras. Se me encoge el corazón porque me encantan tanto esta bebida como los almendrados. Le pego un mordisco al bizcocho, aunque es mucho más esponjoso y se deshace en la boca. Cierro los ojos y noto que se me saltan las lágrimas. No entiendo por qué me he puesto a llorar por una tontería, como el simple hecho de comer un bizcocho. Abro la nevera y enseguida encuentro una jarra de cristal con un *posit* amarillo en el que pone: *Bébeme*. Busco un vaso y lo lleno hasta arriba. Saboreo su sabor.

—Me recuerda a la que hacía Xisca... —digo sin pensar.

Hay algo dentro de mí que se rompe, porque de pronto me doy cuenta de que no conozco a nadie con ese nombre. No sé por qué he dicho lo que he dicho. Me siento en una silla que hay en la cocina porque me tiembla tanto la pierna que me sostiene, que si no lo hago creo que voy a caer redonda al suelo. Me pongo lo que ha sobrado de la jarra para saborearla con algo más de calma. Sigo pensando que me recuerda a la que me hacía Xisca. Puede que haya olvidado quién es porque puede que la conociera cuando era pequeña en Boston. Sigo con los almendrados, que tienen un sabor exquisito. Por más que intente recordar, no sé cuándo fue la última vez que me comí uno. No quiero darle más vueltas.

Después de desayunar, friego el plato, la jarra y el vaso.

Llamo a mi hermana, a mi madre y a mi abuela para comentarles que estoy bien y que Salva vino ayer. No entro en detalles con ninguna de las tres, porque prefiero hablar con ellas cuando nos veamos.

Después de colgar, desconecto el móvil, ya que no quiero estar disponible para nadie. Doy vueltas por la casa sin saber muy bien qué hacer. Sé que debo enfrentarme al libro que me ha dejado Carmen, aunque me da miedo. No sé qué voy a encontrarme. Al final decido sacarlo de la mochila y leerlo con tranquilidad en el sofá. El reverso de la tapa y de la contratapa están rasgadas y hay páginas a las que se les nota que han estado pegadas. Hay muchas cartas sueltas, que Carmen ha ordenado. Porque por una parte está lo que Isabel escribió en los márgenes, y por otra parece ser que escondió sus secretos más inconfesables en papeles separados. Enseguida descubro quién

es Xisca y cómo a Isabel le gustaba pasar horas junto a ella en la cocina. Trago saliva porque de repente me doy cuenta de que posiblemente Biel haya deducido lo que me gustaba porque a esta mujer también le agradaba. Leo lo a gusto que se sentía en Petra, en su casa, como también le satisfacía pasear con Cupido, su perro, y cómo lee una y otra vez este libro que yo sostengo en mis manos. En alguna ocasión, tengo que parar de leer porque me puede la emoción, sobre todo las partes en las que se refiere a Shylock. Entonces es cuando me doy cuenta de que en todo momento se está refiriendo a Biel, pero oculta su nombre posiblemente por miedo a que descubran este diario oculto en este libro. Conforme la voy conociendo, me gusta más esta mujer, como también es cierto que me siento más unida a ella. Una llama va prendiendo en mí, se me van despejando todas las dudas que tenía con respecto a si sería suficiente para Biel. Ya no me preocupa si soy lo que él puede esperar de mí. Quiero ser como esa Isabel que luchó con uñas y dientes para amar. Es a esa mujer, de la que formo parte, a la que no puedo decepcionar. Con tan solo dieciséis años plantó cara a una sociedad que no entendió el amor que existía entre ella y Biel. Estuvo dispuesta a abandonar una vida por el hombre que amaba. Las horas se me pasan volando leyendo. El diario acaba dando las gracias a esa Isabel del futuro que soñó una habitación para que Biel y ella se amaran todas las noches en sueños. De alguna manera ella tuvo una visión y se aferró a ella todas las noches. El diario termina un día antes de que ella se marchara de Palma de Mallorca.

No sé cómo les fue la vida a ella y a Biel en Inglaterra, ni sé si tuvieron los cinco hijos que se juraron. Necesito saber cómo acaba su historia de amor.

Cuando Biel regresa, me encuentra llorando abrazada a ese libro, junto con Eros y Afrodita, que gimen a mi lado. Él deja todo lo que lleva en las manos en la mesa del comedor y se acerca hasta mí. Su perra sale a su encuentro y busca unas caricias. Él se arrodilla frente a mí y toma mi mano.

—¿Qué pasa? Dime que esas lágrimas no son porque acabas de descubrir la muerte de la madre de Bambi.

Suelto una carcajada. Me gusta cuando trata de desdramatizar el momento.

—No, no es eso, es solo que... Aún faltan piezas en el puzle. No sé qué pasó con ellos. ¿Sabes cómo acaba esta historia?

Biel se muerde un labio. Me mira por un instante, que se me antoja que es eterno. Sus ojos son luminosos, y resultan tan magnéticos que no puedo, ni quiero, alejarme de ese bienestar que parecen ofrecerme.

—Sé una parte, pero no toda.

—Necesito saber cómo acaba.

—Solo puede hablarte de lo que sé de él, de Biel.

—¿Y?

Traga saliva. No quiere responderme.

—Por el gesto que has puesto creo que no terminaron bien.

—No, no tuvieron un final feliz.

—¿Por qué? Si parecía que lo tenían todo. ¿Ella se echó atrás? ¿Fue él? El amor es tan complicado.

Antes de responder niega con la cabeza.

—¿Quién lo dice? O amas o no amas. No hay medias tintas. Nunca funcionan. Es tan sencillo como eso. Mientras ellos estuvieron juntos, se amaron con intensidad. ¿Tienes dudas?

—No —respondo mirándolo a los ojos.

—Vamos a ver hasta dónde nos lleva esto.

Se produce un silencio tenso, quizá porque espera que sea yo quien responda.

—No te voy a mentir —sigue hablando—. No te voy a prometer un para siempre, porque no creo en algo que implique tanto tiempo. Solo te voy a prometer este instante, el que estamos compartiendo ahora, porque esos son los momentos que quiero. —Mientras Biel habla, contengo la respiración—. No quiero saber qué va a pasar mañana, quiero dejar que me sorprenda. Ahora, en este momento, lo quiero todo contigo. Lo quería incluso cuando no sabía que fueras real y formabas parte de mis sueños. No voy a conformarme con menos, ni tampoco quiero que dudes de mí. Vamos a concedernos una oportunidad.

Suelto un gemido cuando termina. No me puedo mover porque aún siento su mirada sobre mis labios y cómo ha acariciado mi piel. ¡Ay, esos ojos que curan! Biel tiene ese poder mágico sobre mí. He tenido que cerrar las piernas porque he sentido un latigazo que me ha sacudido de pies a cabeza. Hasta noto el sonrojo de mis mejillas.

Sé que él ha sentido esta misma conexión que yo. Su turbación parece igual a la mía. Me pierdo en su boca. Creo que intuye que por dentro mi sangre hierve, pero no hace nada por aliviar este deseo que me consume por dentro. Antes de que suceda algo entre nosotros, se levanta y se gira.

—Voy a sacar un momento a Afrodita y a Eros. ¿Te apetece un poco de

comida china? También puedo pillar una pizza.

—No, comida china me parece un plan perfecto, a no ser que quieras arriesgarte a que queme el arroz o que la pasta se pase hasta parecer un puré.

Biel suelta una carcajada.

—No sé si me alegro de que no me hayas hablado antes de tus dotes culinarias.

Le tiro uno de los cojines que hay en el sofá.

—Bueno, en mi defensa te diré que hago el mejor bizcocho de calabaza del mundo. La repostería se me da bien.

—Con eso me vale.

—También preparo zumos muy ricos de verdura y ensaladas estupendas.

—Estoy deseando probarlas. —Coge las correas de los perros—. Entonces, ¿arroz o tallarines? ¿Pollo, cerdo o ternera? ¿Ensalada, pan chino?

—Me da igual. Aunque creo que prefiero unos tallarines y pollo con curri.

—Está bien. Pediré también un pan chino.

Biel se marcha. Mientras él está fuera, preparo la mesa. Encuentro un mantel que me parece muy mono en un cajón de la cocina. Es rojo y tiene unas flores bordadas en el centro. No sé cocinar, pero sí que sé hacer figuritas de papel, así que con las servilletas hago dos pajaritas.

Mientras él está fuera, llaman al teléfono fijo de su casa. Decido responder después de que insista varias veces.

—¿Por qué tienes el móvil desconectado?

A veces Carmen parece mi madre.

—Porque ya he hablado con quien tenía que hablar y no quiero que Salva insista en que tenemos que seguir hablando.

La oigo cómo chasquea los labios.

—Llevas toda la razón. Por cierto, ¿sabes dónde estoy?

—No —hago que pienso—, espera, estás en Nueva York, frente a la casa de Mónica y Rachel, o no, mejor, estás paseando por Central Park, o quizás tomando un café en el Central Perk.

Sé que ese es su viaje soñado, así que me lo imagino por ella.

—Ojalá, pero no. Estoy en casa. —Suelta un grito—. Y mi madre me ha preparado comida rica. ¿Por qué no os venís Biel y tú a cenar a casa esta noche?

—Por mí, estupendo. Cuando vuelva de la calle se lo comento. Supongo que se apuntará al plan.

—Entonces, os espero a las ocho. Así hablamos. No se te ocurra traer nada.

—No pensaba cocinar nada.

—Mejor. No quiero tener que volver al hospital por una indigestión.

—Eres una exagerada. Puedo preparar perfectamente una ensalada.

—Sí, pero por las noches no me sienta bien la lechuga, así que nosotros ya nos encargamos de todo.

—Está bien, nos vemos esta noche.

Biel no tarda más de quince minutos en regresar. Eros y Afrodita parece que viven su particular idilio, no se separan el uno del otro. Solo espero, como le dije días atrás, que su perra no esté en celo. Deja la comida en la mesa después de colgar las correas al lado de la puerta.

Ha comprado bastante comida, que deja encima de la mesa.

—Dame dos minutos. Necesito cambiarme.

Antes de que nos sentemos a comer, le suelto:

—Acaba de llamar Carmen y nos ha invitado a cenar esta noche. ¿Te apetece?

—¿Te apetece a ti? —me pregunta desde su habitación.

—Sí, la verdad es que sí.

—Por mí bien.

—¿Sabes que es vegana?

—Sí, lo sé.

Sale al comedor con el pelo recogido en un pirri. Lleva unos pantalones de color negro y una camiseta blanca. Está claro que, se ponga lo que se ponga, a este hombre todo le sienta bien. Podría pasar perfectamente por un modelo de pasarela.

Biel empieza a repartir la comida. Hay una duda que me asalta sobre él.

—Dispara —me dice, sorprendiéndome antes de que haya abierto la boca.

—Espero que no te moleste, pero ¿eres judío?

—¿Supondría un problema?

—No, para mí no, pero es que quiero conocerlo todo de ti. No quiero meter la pata y decir algo que te pueda molestar.

—No lo soy, aunque la mitad de mi familia sí que lo es. Hace años que dejé de creer en cualquier idea religiosa y que un Dios pudiera salvarme. Ninguno ha hecho nada por mí ni por mi familia. Hay quienes no entienden mi decisión y el porqué no me he aferrado a las convicciones de mis antepasados con todo lo que han sufrido. Esto mismo es lo que hizo que me

replanteara mis ideas. La religión ha aportado más sufrimiento que felicidad a los míos. Mi abuelo estuvo en Auschwitz. La maldita casualidad quiso que su familia pasara unos días en Polonia antes de que se iniciara la guerra. De aquel campo de concentración solo salieron con vida él y una hermana. Después de aquello, mi abuelo y su hermana regresaron a Mallorca para reunirse con unos tíos, que los acogieron como a sus hijos. Acabó Medicina en Valencia. Aquí conoció a mi abuela, que venía de una familia muy católica, pero pese a todos los problemas que tuvieron, al final se casaron. — Se moja los labios—. Menudo carácter tiene mi abuela, cualquiera le decía que no. Mi abuelo transigió y se casó por el rito católico, aunque jamás haya escuchado una misa, salvo la de su boda. Con el tiempo, mi abuelo consiguió una plaza para trabajar en el hospital de Palma, así que se marcharon a la isla a vivir. Allí nacieron mi padre y mi tía, y allí nacimos mis dos hermanas y yo.

—En mi familia no somos muy religiosos. Ni mi hermana ni yo hicimos la comunión y ambas nos casamos por el juzgado.

—Mis hermanas y yo tampoco la hicimos. Sin embargo, Esther y Margarita sí que son judías.

—Tiene que ser divertido celebrar las pascuas en tu familia.

—Sí, lo es.

Seguimos comiendo en silencio.

—¿Sabes? —cambio de tema—, hay algo que siempre he querido hacer, pero que me he negado porque no tenía nada que contar.

Biel deja de comer para atender a mis palabras.

—Nunca he hablado de este tema con nadie. Desde que era pequeña he escrito en diarios, que están en casa de mi madre, aunque ahora que he conocido la vida de Isabel, siento la necesidad de escribir cómo amó esta mujer en un tiempo tan difícil. Carmen me habló de que quería contar esta historia, y yo le dije que sí, aunque ahora sé que soy yo quien debe hacerlo. Sin embargo, aún no sé cómo acaba. ¿Sabes que esta mujer también quiso escribir?

A Biel parece no sorprenderle lo que le acabo de contar.

—Lo descubriremos juntos. Sé qué les pasó a todos los que huyeron aquella noche. Llevo escuchando esa historia desde que era pequeño. Hay algunos libros que han hablado de ello, e incluso lo puedes investigar en Internet.

—Este diario acaba una noche antes de partir. Todo parecía que iba a

acabar bien.

—Sí, sin embargo no fue así. Todo se les puso en contra para que no pudieran salir de Palma.

Biel me cuenta qué pasó aquel día y cómo las desgracias se fueron sucediendo una tras otra.

Necesito beber un poco de agua antes de hacerle pregunta.

—¿Murieron en la hoguera?

—Sí —baja la mirada y, como yo, tiene que beber agua—. A tres de ellos los quemaron vivos porque no quisieron abjurar de su fe. Uno de ellos fue un antepasado mío. A otros les sometieron al garrote vil y, una vez muertos, los quemaron. Incluso también quemaron los cuerpos de los que murieron en las cárceles.

—¡Qué horror! No entiendo por qué.

—Mejor quemarlos en la hoguera antes de que se condenaran en el fuego del infierno hasta el fin de los tiempos. Creían salvar sus almas. Sin embargo, en aquella lista no están los nombres ni de Biel ni de Isabel.

—¿Qué pasó con ellos? Antes me has dicho que conocías la versión de Biel.

Asiente. Se levanta para sacar de la estantería el libro que me mostró el otro día. Es un ejemplar que está en muy mal estado.

—En este libro hay solo cartas de amor. Al final de la novela hay una carta que firma Shylock.

Me señala lo que hay escrito:

Ciutat de Palma, 1721,

A mis queridos hijos Gabriel, Pere y Catalina:

Mis días han llegado hasta aquí sin mi amada Portia. Estoy cansado, muy cansado de luchar por una vida que no he merecido. Ella debió vivir, mas la desgracia se cernió sobre nosotros aquella noche que quisimos cambiar el mundo. La extraño mucho, aunque esto no es nuevo para vosotros. Nada es comparable a sus manos cuando me amaban, nada es comparable a cuando la miraba a los ojos, nada es comparable a las noches que nos amamos. Sus besos siempre fueron mi refugio, como su vientre fue mi hogar. Puso luz a mis noches oscuras. Hace años que se marchó, mas su recuerdo pervive en mí tan radiante como el primer día. Ella no debió morir tan joven. Habría cambiado todos estos años por

poder vivir una hora más con ella. Ojalá se me hubiera concedido este deseo. Me quedaron tantas palabras por decirle, no hubo suficientes te quiero. No ha habido ni una noche que me arrepintiera de amarla, y por querer hallar una vida mejor para nuestros hijos, ella pagó con su vida. Aún me pregunto qué pecado cometimos para que el Sin Nombre y su Dios me la arrebataran tan pronto. Me marché sabiéndome querido, me marché con la pena de no haber podido cuidar de la única mujer que he amado. En estos años no he encontrado el valor de contar qué pasó y ahora me fallan las fuerzas. Confío en que vosotros sabréis encontrar las palabras que a mí me faltan. Hablad de ella con amor, el mismo amor que siempre dio. Si volviera a la vida, la volvería a elegir siempre a ella. El amor es así. No hay más misterio. Cuando llega no hay quien escape de él. Dejadme que os diga unas últimas palabras: me voy sin temor, me voy confiando en que me está esperando. Mis labios ansían los suyos, mi piel clama sus caricias.

Amada Portia, regreso a vuestros brazos. La noche se cierne sobre mí. Marcho feliz, porque sé que la muerte no es nuestro final. Ahora más que nunca creo en las palabras de Salike. Nos vemos en otra vida. Búscame en sueños. Allí me encontrarás.

*Vuestro Shylock
Soy simplemente un hombre que amó.*

Me cuesta contener las lágrimas.

—Esto quiere decir que Biel logró salvar al hijo de Isabel.

—Sí, creo que Pere era el hijo Isabel.

—¿Crees que puede haber otra novela perdida por ahí que cuente qué pasó con ella?

—No lo sé, no puedo asegurarlo. Mi familia no la tiene.

—¿Y quién es esa Catalina?

—Tampoco lo sé. Puede que una hija. No sabemos dónde murió Isabel y cómo fue.

—¿Cómo vamos a saber qué le pasó?

Hay preguntas para las que ni él ni yo tenemos respuestas.

Capítulo 31

Llevo una semana viviendo con Carmen, desaparecida. En estos días no he pasado por casa porque los periodistas están como locos por hacerme una entrevista que no quiero conceder. Salva también ha intentado ponerse en contacto conmigo, pero para él nunca he estado disponible. Le he colgado cada vez que veía su número en la pantalla del teléfono. Quiero que todo se calme y que entienda que no vamos a volver.

Estos días que hemos estado juntas hemos investigado por las redes. Carmen y yo hemos descubierto el tormento y la tortura que tuvieron que pasar aquellos judíos. No es solo que se les quemara en la hoguera cuatro años después de que se les apresara, sino en qué circunstancias tan penosas vivieron. La condición humana y todas sus formas de maldad no dejan de sorprenderme cada día. Al parecer corrieron peor suerte que Isabel, porque de ella todavía no hemos logrado saber qué le pasó, salvo que murió muy joven.

En una de nuestras charlas, le he pedido que me deje contar la vida de Isabel. Sé que es lo que necesito. Ahora siento que tengo algo que contar. No sé si alguien querrá publicar algo así, pero Carmen me está animando todos los días para que empiece. Aun así, necesito tranquilidad porque quiero hacerlo bien. Ella, por su parte, está escribiendo una historia de amor entre una nodriza y un criado en el siglo XVII.

Carmen está sorprendida con que lo primero que esté aprendiendo a cocinar sea comida vegana, con lo que me gusta la carne. Reconozco que no se me da mal, pero tengo ayuda de ella. Nos pasamos las horas en la cocina probando recetas, hasta que viene Roberto a comer. He descubierto lo mucho que me gusta estar entre fogones. De momento no se me ha quemado ninguna de las comidas que he hecho ni se han quejado de nada de lo que he preparado.

—Los papeles están preparados —me dice Roberto cuando nos sentamos a comer—. Solo les falta la firma.

Le pedí que me llevara el tema del divorcio. Puedo alegar que Salva y yo hemos pasado los últimos tres años separados y que abandonó el hogar.

—¿Has hablado con Salva? —pregunto.

—Sí, pero parece que no está muy conforme. Antes de firmarlos, quiere hablar contigo.

—Me da igual lo que piense. ¿Hablar de qué? No tiene derecho a pedirme explicaciones.

—Pues no, no tiene —responde Carmen—. Hay que ser borde para hacer las cosas como las está haciendo él.

Ella y Roberto cruzan las miradas. No sé si me estoy perdiendo algo.

—¿Qué os pasa? Cada vez que sacamos este tema vosotros estáis de lo más misteriosos.

—No pasa nada —resuelve Carmen—. ¿Es que no puedo mirar a mi marido?

—Claro que lo puedes hacer, pero te conozco. Estás tramando algo.

—No seas susceptible. Solo nos preocupamos por ti —me dice Roberto.

—Por eso mismo pienso que me estáis ocultando algo, y quiero saber qué es.

—¿Qué tal está la lasaña? —quiere saber Carmen acariciándole el brazo a Roberto—. Anda, cariño, dile que está buena, por favor. Nos hemos pasado tres horas para hacerla. Aprende despacio, pero hay que decir que todo le sale muy rico.

Carmen es una experta en cambiar de tema. A mí no me engaña. Hay algo que trama, pero por ahora no quieren que me entere de qué se trata. Aun así, seguro que es algo que me beneficia.

—Está perfecta. —Mira a Carmen, aunque enseguida le hace un gesto como que no hay ninguna que se pueda comparar con la suya.

Suelto una carcajada.

—Te he pillado. Sabes que no me voy a enfadar porque le digas que sus lasañas están más buenas que las mías.

Roberto eleva los ojos al techo.

—Por cierto —dice él mientras va a la cocina para traer el postre—, tengo una amiga que va a dejar un piso por un tiempo. Igual te interesa. Es un piso de portería. Lo dejaría por doscientos euros y sería para entrar a vivir ya. No le he confirmado nada porque antes quería hablarlo contigo.

—¿Doscientos euros? Claro que me interesa, menudo chollo. He estado mirando en Internet y todo lo que encuentro es de trescientos cincuenta como mínimo. ¿Por qué zona está?

—Por la zona del AVE.

—Es perfecto. ¿Cuándo podemos ir a verlo?

—Me ha dicho que esta tarde le vendría bien. Le corre prisa. En unos días se va a Madrid.

—¿Esta tarde? Vaya, es la mejor noticia que he escuchado hoy.

—La llamo y quedamos con ella esta tarde.

Después de comer, me visto y me maquillo. Llevo unos días poniéndome ropa de Carmen, cosa que no me disgusta, salvo la ropa interior, que me he dado el capricho de renovarla por completo. Aunque usamos tallas diferentes, me visto con lo que se le quedó pequeño hace más de seis años. Parezco otra persona con sus falditas de volantes y de pliegues, de todos los colores, y sus camisas de lunares y flores. Hoy me he puesto la que más me gusta, que es una que tiene de pajaritos, que suelo combinar con una falda de color verde. Incluso me he decidido por ponerme sus pendientes. Me gusta la idea de dejarme llevar por mi estado de ánimo para elegir los complementos. Hoy me he puesto unos de corazones y un colgante de búho. Tengo que celebrar que por fin puedo apoyar el pie, aunque tengo que ayudarme de las muletas para caminar.

Biel llega sobre las cinco de la tarde con los dos perros y salimos a pasear un poco por el parque que hay debajo de la casa de Carmen antes de ir a ver el piso. Hasta que yo no encuentre una casa, Eros se queda con Biel, ya que Carmen es muy alérgica a los perros. Cuida de él con el mismo cariño con el que lo hago yo.

Hoy parece melancólico y su mirada es triste. No me gusta verlo así de apagado.

—¿Me acompañas a ver el piso? Hemos quedado a las seis.

Mira el reloj y niega con la cabeza.

—No me va a dar tiempo. Tengo cosas que hacer.

Se levanta del banco y les tira una pelota a nuestros perros. Eros ha aceptado muy bien a Biel. Al igual que Carmen y Roberto, siento que él me está ocultando algo. Por lo general suele ser bromista, pero desde que ha llegado solo me ha dado un beso en los labios.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Te encuentro un poco distraído hoy.

—No es nada —se mete las manos en los bolsillos—, a veces cuesta tomar decisiones.

No quiero insistir más. Tampoco quiero pensar que esas decisiones de las que está hablando se refieran a nosotros. No sé si no termina de ver que no quiera ir a vivir con él, aunque me haya dicho que no le molesta.

—Si quieres luego podemos cenar en casa —me dice sin girarse y con algo de temor en su voz—. Hago la mejor tortilla de patatas del mundo.

—Me encanta la tortilla de patatas. —Noto un pellizco en el estómago—. Yo hago la ensalada.

—Me gustan las ensaladas. —Se gira hacia mí y me ofrece una sonrisa triste—. Entonces, está decidido. Paso a recogerte sobre las nueve y media.

Caminamos en silencio. Nos observamos de reojo.

—Isabella. —Me detiene antes de salir del parque.

—¿Qué pasa?

Me giro hacia él. Me agarra de la cintura y me planta un beso de esos que me dejan sin aliento. Gemimos el uno en los labios del otro.

—Me pasas tú. Pasa que a veces temo que se trate de otro sueño —se toma unos segundos—; dime que no es un sueño, y si lo es, miénteme. Ahora que estás en mi vida, no quiero que salgas de ella. Estoy completamente enamorado de ti.

Contengo la respiración cuando sus labios rozan los míos.

—Pues no, ya ves que esto ya no es un sueño. Yo tampoco quiero que salgas de la mía.

—Tendré que creerte.

Había olvidado lo que era sentir cosquillas en el estómago, estremecerme como cuando él me besa o que alguien me mire con ese deseo con el que me mira él. Con Salva solo recuerdo esta sensación al principio de nuestra relación. Nos acostábamos, y creo que nuestro sexo no estuvo mal, pero no sé en qué momento dejé de sentir esto que siento por Biel ahora. Nos relajamos y dimos por supuesto que el hecho de estar casados era ya motivo suficiente para amar a la otra persona. Nos acomodamos a la rutina.

¡Qué equivocada estaba!

—Sea cual sea la decisión que tomes, yo te apoyo —le digo antes de que se marche.

Él asiente con la cabeza.

Cuando llego a casa de Carmen, Roberto me está esperando en el portal. Ayuda a Carmen a sentarse en el asiento del copiloto y después pliega la silla de ruedas para guardarla en el maletero. Enseguida encuentra aparcamiento.

Una chica rubia, con unos ojos azules muy claros y de no más de treinta años, nos está esperando en el portal. Miro hacia arriba y cuento cinco pisos. Desde luego, si me lo quedo, se me va a poner un buen culo. No hay mal que por bien no venga.

Nos presenta Roberto.

—Amparo, esta es Isabella.

—Encantada. Pues vamos a ver el piso. Es el primero que visito —le digo.

—Estoy buscando a una chica que se haga cargo de mi casa mientras estoy en Madrid. No es grande, pero está muy bien aprovechada.

—Estoy deseando verlo.

Mientras ellos suben por el ascensor, yo me hago el ánimo de ir poco a poco por la escalera con las muletas. Aunque estoy acostumbrada a hacer deporte, me falta la respiración. Antes de llegar al último piso, oigo a Carmen pegar grititos. Parece emocionada. Si a ella le gusta, estoy convencida de que a mí también me gustará. Cuando Amparo me oye llegar, sale a la puerta. Lo que me gusta nada más entrar es que sea un *loft* abierto, pintado de un color crema que le da amplitud. La casa huele a galletas de vainilla y a café recién hecho. La cocina está integrada dentro de lo que es el comedor. Tiene un cuarto de baño con plato de ducha y dos habitaciones, una en la que solo cabe una cama de matrimonio muy grande, con un cabecero de forja y una mesilla, mientras que la otra la utiliza como vestidor. No puedo evitar pensar en lo que podría hacer en esa cama con Biel. Estoy deseando estrenarla.

—Yo también he pensado en lo que haría en esa cama —me comenta Carmen cuando sabe que nadie la va a escuchar.

Me quedo mirándola. ¿Tan transparente soy? Las ganas de sexo me están volviendo loca.

—Cualquier sitio es bueno para ti —le respondo.

El *loft* tiene una terraza, que aunque no es muy grande, sí que cabe una mesa de teca con seis sillas y una hamaca. A Amparo le gustan las plantas.

—Sé que te pido mucho, pero solo tienes que regarlas una vez por semana, salvo los geranios. Si te quedas con la casa, te lo dejaré apuntado en un papel.

Se marcha un segundo y regresa con una bandeja de galletas, que tienen buena pinta.

—¿Queréis una? Llevan leche de avena.

Carmen es la primera en pillar una.

—Están muy ricas. Ya me pasarás la receta.

Yo también cojo una y dejo que se deshaga en mi boca. Tienen un sabor exquisito.

—¿Cuándo puedo venir a vivir? —le digo después de comérmela—. Me encanta este piso.

—El lunes termino de guardar algunas cosas que voy a llevar a casa de mi madre y puedes venir a vivir el martes.

—¿El martes? —No puedo creer la suerte que estoy teniendo—. Me parece perfecto.

Solo hay una cuestión que me queda por aclarar.

—¿Admites perros?

—Sí, siempre que te hagas cargo de cualquier desperfecto que haga.

—Entonces no hay más que hablar. Me lo quedo.

Hablamos de las condiciones. Tengo que dejar solo un mes de fianza, además de pagar el primer mes por adelantado.

—Roberto es amigo de la familia y sé que no habrá ningún problema.

—Cuidaré de tu casa. Me ha encantado.

Nos despedimos de Amparo. El lunes hemos quedado para firmar el contrato. Estoy deseando empezar una nueva etapa en mi vida.

Cuando Biel me recoge en coche, parece que le ha cambiado la cara desde esta tarde. En la guantera hay un sobre, que me pide que abra. Posa una mano en mi pierna y la desliza con suavidad de arriba abajo.

—¿Qué es?

—Desde que vine de Barcelona lo llevo meditando. Quiero que le eches un vistazo.

Abro el sobre con las manos temblorosas. Empiezo a leer y entonces me doy cuenta de lo que significan estas palabras. Al igual que yo, deja atrás algunas sombras en su vida.

—¿Cuándo lo has decidido?

—Llevo unos días hablando con un amigo. Nunca creí que tuviera el valor de volver. Me he ganado la vida como fisioterapeuta y como auxiliar de enfermería en Barcelona, pero no me llenaba. Yo no estudié para eso.

—¿Esto es lo que tenías que hacer esta tarde?

—Sí, esta tarde he ido al colegio de médicos. Un antiguo compañero de facultad me lo ha facilitado todo.

Vuelvo a leer las primeras palabras. Después de cinco años, Biel recupera su plaza como cirujano.

—Empiezo la semana que viene en la Nueva Fe.

Me emociono y me echo a llorar porque siento que tanto en mi vida como en la suya empiezan a encajar las piezas.

—No puedo negar que me gustaba ser cirujano. Ahora me tocará ponerme al día. Estoy un poco oxidado.

—Estoy muy contenta por ti.

Biel sube la escalera conmigo. Entre piso y piso me apoyo en la pared. Él se acerca a mí, me acaricia las mejillas con los pulgares. Noto un estremecimiento en el estómago que me sube hasta los labios. ¿Cómo una simple caricia puede afectarme tanto? Me besa despacio, y dejo que su lengua recorra con pausa mi boca. Me quedaría pegada a sus labios ardientes y sin importarme que se acabara el mundo. Al entrar en su casa, huele a tortilla de patatas con cebolla, pero sobre todo huele a hogar. Eros me recibe como suele hacer él. Me pega un lametón en la cara y me deja que lo abrace. Afrodita hace lo mismo con Biel. Después regresan a su particular luna de miel y nos dejan solos en el comedor. Voy al lavabo para lavarme las manos y la cara. Observo mi reflejo en el espejo. Aún me cuesta aceptar que mis ojos han cambiado de color. Ni siquiera Biel, que es médico, encuentra una explicación a este hecho.

Cuando salgo, la mesa está preparada en el comedor. Le había dicho que yo traería una ensalada, pero ha sido él quien la ha hecho. También veo unos palitos anaranjados, que parecen estar rellenos de queso. Le pego un mordisco. Tiene un toque de albahaca, como a mí me gusta.

—¿Los has hecho tú?

—Sí.

Le pego otro bocado. No recuerdo haberlos probado desde hace mucho tiempo. Me sorprende que siga pensando en complacerme. Parece conocerme mejor de lo que pensaba.

—¿Sabías que me gustaban? —Sé que es una pregunta retórica, porque ya sé cuál es la respuesta.

Asiente con la cabeza.

—Claro que sí.

—¿En qué piensas?

—En ti. ¿Acaso tengo otra opción?

—Pensaba que íbamos a cenar, aunque siempre se pueden hacer otras cosas.

—Sí. Podemos hacer tantas cosas, pero créeme, tratándose de ti, no hay más.

—¿Qué estás pensando? —Lo miro desde abajo. Tiro las muletas al suelo.

—En que es hora de vivir lo que hemos soñado.

Me desabrocho el primer botón de la camisa. Biel se me queda mirando, aunque creo que no es el color de mi sujetador lo que le llama la atención. Chasquea los labios y advierto un brillo en su mirada. No puedo evitar tirarme a sus brazos y caer sobre él en el sofá. Le doy un beso en los labios, que él corresponde. A veces sus besos resultan dulces, otras parecen excitantes y este, sin duda, es devastador, tanto que no me importa quedarme sin aire porque cada vez que nos quedamos sin aliento, vamos al rescate el uno del otro. Su lengua se abre paso en mi boca, se demora en degustar mis labios. Juguetea con ellos, los muerde, los atrapa y nos reímos juntos. Ahora sé con toda seguridad que no hay nada que me guste más que estar en los brazos de Biel y que me bese como lo hace hasta perder la cabeza.

—Siento que tú sabes mucho más de mí que yo de ti —le digo cuando me he quedado sin aliento.

—Han sido muchos años soñando contigo.

—Estoy en desventaja. Quiero conocerlo todo de ti.

—Eres el único sueño del que no he querido despertar jamás —me dice con la voz ronca.

—¿Y ahora?

—Ahora tú eres el motivo por el no quiero dormir.

Sus palabras siguen teniendo ese efecto que me hechiza, al mismo tiempo que me provocan una paz increíble. Ahora entiendo que jamás podría volver a estar en brazos de otro hombre que no fuera él.

Sus manos se han colado por debajo de mi camisa y me acaricia la espalda. Echo la cabeza hacia atrás cuando sus dedos alcanzan mis pechos. Los acaricia por encima del sujetador. Hundo la cabeza en su cuello y le pego un mordisco. Siento la humedad en mis bragas, como también siento su miembro en mi entrepierna. Me pego más a él, para poder sentirlo más.

Se levanta del sofá con mis piernas rodeando su cintura y sin dejar de besarnos. Me lleva hasta su dormitorio y nos tumbamos en la cama. Rodamos hasta llegar al borde. Cuela unos dedos por mis bragas y yo arqueo la espalda, buscando un beso que se demora. Mis ojos suplican sus caricias, mis labios ansían su boca, toda yo deseo que nos fundamos en uno. Cuando me

acaricia con suavidad el clítoris, pego un respingo. Gimo de placer, mi cuerpo tiembla de dicha. No podría ser más feliz de lo que soy en estos momentos. Con la otra mano me desabotona la camisa. Retira la tela de mi sujetador para jugar con el pezón derecho. Mi respiración es cada vez más frenética porque el movimiento de sus dedos es cada vez más rápido y yo cada vez estoy más húmeda.

Baja poco a poco su cabeza. Se detiene en besar mis pechos, en chupar mis dos pezones hasta que duelen de placer. Besa mi ombligo, se detiene unos segundos y dibuja palabras de amor. Llega a mi vértice. Me quedo quieta cuando noto la humedad de sus labios en el centro de mi intimidad, al tiempo que él se estremece entre mis piernas.

—Por favor...

—¿Por favor, qué? —me dice sin dejar de mirarme.

—Lo quiero todo y lo quiero ahora.

—¿Qué quieres ahora?

—A ti.

Su lengua besa y juega con mi sexo, al tiempo que introduce un dedo dentro de mí. Acelera el ritmo de sus besos y yo me muevo con él. La pasión nos desborda, nuestras pieles arden, y en un arrebato, Biel mordisquea mi sexo con delicadeza. Gimo. Es como si nuestros cuerpos al fin se reconocieran, porque creo que voy a morir de placer.

—Biel...

Él me mira desde abajo. Si sigue así, no voy a tardar en correrme.

—¿Dime, qué es lo que necesitas ahora? Así, como estás, me gustas mucho.

—Te quiero a ti. Quiero que nos vayamos juntos, que me mires a los ojos mientras gritamos nuestros nombres.

Sube de nuevo hasta alcanzar mi boca. Huele a mar, huele a sexo, siento el sabor de su lengua. Nuestras bocas se encuentran, nos devoramos con ansia. Sujeta mis manos por detrás de mi cabeza. No deja de besarme el cuello, el lóbulo de mi oreja hasta alcanzar otra vez mi boca. Separa un poco más mis piernas con sus rodillas. En algún momento se deshace de mis bragas. Se pone de rodillas para quitarse la camiseta. Yo le ayudo a desabrochar el botón de sus pantalones. Se los quita en dos movimientos rápidos y quedan tirados en el suelo. Bajo sus calzoncillos con una mano y con la otra acaricio su miembro. Me lo llevo a los labios. Biel adelanta su cadera. Enreda sus dedos

en mi pelo y tira de él cuando su pene llega hasta el fondo de mi garganta. Lamo una gota sin dejar de mirarlo a los ojos. Ahora es él quien está en mis manos.

—Te he añorado tanto, Isabella.

—Estoy aquí.

Vuelve a tumbarme en la cama. Antes de seguir, se coloca un preservativo. Se deja caer sobre mi cuerpo, hundiendo la cara en el hueco de mi cuello. Cuando su pene me penetra lanzo un grito y contengo la respiración. Acelera el ritmo y yo me dejo llevar por sus embestidas. Gimo de anticipación. No puedo evitar clavar mis uñas en su espalda, al igual que él tampoco puede evitar mordirme el hombro. Empuja hasta el fondo. Creo que el corazón se me va a salir por la boca por todo lo que siento, que es una mezcla de amor, de felicidad, ternura y placer.

—Biel... —Contengo el aliento.

Estoy a punto de llegar. Siento cómo mis músculos se contraen. Jadeo y sigo su ritmo. Sus manos se deslizan por mis pechos, bajan y se aferran a mis caderas. Nunca había estado tan excitada como lo estoy ahora. Nos movemos como si fuéramos un solo cuerpo. Mis labios y los suyos se devoran de pura necesidad. Rodeo con mis piernas sus caderas, y entonces grito al notar un latigazo que me alcanza hasta las pestañas. Segundos después él termina nombrándome.

—Isabella... —Se relaja sobre mi hombro.

No dejo de notar espasmos mientras él está dentro de mí. Me cuesta ponerle nombre a todas las emociones que siento. Nuestras caricias hablan sobre nuestros cuerpos sudorosos.

—Nunca me había sentido así de bien —le digo cuando se retira de mí.

—Esto no ha hecho más que empezar. Y esta vez saldrá bien.

Biel se sonríe. Se ha colocado a mi lado. Apoya la cabeza sobre su brazo y acaricia mi vientre desnudo. Me giro hacia él para apartarle un mechón de la cara.

—¿Cómo lo haces para gustarme tanto? —me dice rozando mis labios con los suyos—. Contigo no voy a tener suficiente con una vida.

—¿Estás haciendo tiempo para un segundo asalto?

—¿Crees que necesito tiempo? —responde con una sonrisa de medio lado.

Suelto una carcajada cuando advierto que vuelve otra vez a la carga. Porque después de este primer encuentro, perdimos la cuenta de todas las

veces que nos amamos durante ese fin de semana. Solo paramos para comer, beber, sacar a los perros a pasear y descansar el uno en brazos del otro.

Capítulo 32

El lunes por la mañana he quedado con Amparo para firmar el contrato de alquiler de su casa. El viernes pasado acordamos vernos en el despacho de Roberto, porque desde hace un tiempo su bufete también gestiona contratos de alquiler y comunidades de vecinos.

Amparo me entrega las llaves de su piso y me desea que sea feliz en él.

—Esta tarde ya puedes empezar a llevar cosas al piso. He dejado unas cuantas galletas de avena.

—Muchas gracias. Suerte en Madrid.

—Eso espero yo también —me dice cruzando los dedos—. Si todo sale bien, es posible que no regrese. Estoy muy emocionada.

—Entonces te deseo que todo te salga genial.

Una vez que Roberto y yo nos quedamos solos, él saca un sobre de uno de los cajones de su mesa.

—¿Sabes por qué somos uno de los mejores bufetes de toda Valencia?

—Porque trabajáis duro.

—Sí, pero además de trabajar duro, también somos escrupulosos con cada caso que nos llega.

—¿Adónde quieres llegar?

—No te queríamos decir nada hasta no estar seguros al cien por cien de nuestras sospechas.

—¿De qué hablas?

—Hablo de que llevabas razón, de que Carmen y yo tramábamos algo. Ábrelo. —Hago lo que me pide y veo algunas fotografías de Salva en brazos de otra mujer. Ella es rubia, casi tan alta como él y con un cuerpo de modelo diez. A él me cuesta reconocerlo en algunas imágenes porque se ha teñido el pelo de rubio y lleva gafas de sol, aunque sus gestos son inconfundibles. En otra fotografía veo que se ha rapado el pelo y está abrazado a la misma mujer —. En el despacho llevamos muchos casos de divorcios, así que esto no es nuevo. Algo nos olía muy mal cuando Salva te montó una escena, y más cuando hace tres años nos metió prisa para acelerar los trámites de la

separación. No nos cuadraba. No era lógico.

—A mí tampoco, aunque ya sabes que Salva puede salirte por donde menos te lo esperas.

—Lo hablamos con un detective que trabaja para nosotros. Fue policía hace años y sabe dónde tiene que buscar. Cuando no vemos claros según qué asuntos, se lo pasamos a él, y nos ha confirmado que Salva lleva con esta mujer más de tres años.

—¿Tres años? No entiendo nada. —Se me seca la boca.

Observo otra foto. Salva se oculta tras una gorra y unas gafas de sol, y sostiene un cigarrillo en una mano. En otra lo veo tumbado en una hamaca, tomando una bebida y disfrutando de lo que parecen ser unas vacaciones de lujo en algún lugar paradisíaco, que con toda posibilidad yo nunca pueda pagarme en la vida.

—Ella se llama Nadia y es editora del mismo sello que va a publicar a Salva. Hemos *hackeado* ambos teléfonos...

Abro los ojos como platos.

—Eso es ilegal.

—Sí, lo sé perfectamente, como también es ilegal viajar con pasaporte falso. —Se calla un instante—. En el móvil de Salva no hemos encontrado nada. En estos tres años apenas lo ha utilizado. Descubrimos que tiene otro terminal con otro número. Casi todas las fotos las hemos sacado del móvil de ella.

Aún sigo sin ver por qué me montó una escena de celos.

—Nuestro detective tiene pruebas que demuestran que Salva no solo ha estado en África estos tres últimos años. Ha pasado algunas temporadas en España, pero ha estado yendo y viniendo de Sudán, Nigeria, Camerún y Uganda con cierta frecuencia.

—¿Y dónde se supone que ha estado aquí, en España?

—Ha vivido en un pueblo de Girona con esta mujer.

—¿Cómo que ha estado conviviendo tres años con esta mujer y nadie se ha dado cuenta de ello? ¿Cómo puede ser? —Sigo sin entender cómo se ha podido esconder así de bien—. Joder, que la imagen de Salva estuvo saliendo durante dos meses en la tele.

—Con un pasaporte falso. Ha estado viviendo en una casa perdida en la montaña. Cada vez que él y Nadia viajaban, lo hacían con el avión privado de la compañía.

Roberto me pone un vaso de agua porque no me salen las palabras. Después de beber, me mojo los labios.

—No estoy segura de entenderlo del todo. Salva no ha permanecido siempre en África, pero según él sí que ha estado. —Miro otras fotografías que han estado saliendo por la tele de su estancia en África. Hay una en la que está rodeado de guerrilleros—. Lo que sí es cierto es que ha estado escribiendo un libro, que parece ser la bomba, en una casa perdida y libre de miradas que lo puedan identificar. —Roberto asiente—. Desde hace una semana la tele no para de anunciar esta novela que va a remover conciencias.

Sin embargo, me quedo callada porque sigo sin ver la conexión.

—¿Qué poder tiene esta mujer si es solo una editora?

—No es cualquier editora. Es hija del presidente de la compañía. ¿Qué canal ha estado bombardeando con el nuevo *bestseller* que se ha vendido a más de treinta países? ¿Para qué canal ha concedido Salva las primeras entrevistas? Esta misma editorial tiene acciones en una compañía aérea. Hasta se está preparando también una miniserie.

—¿Y? Me pierdo con tantos canales. Apenas veo la tele.

—Este canal pertenece al mismo grupo editorial que le publica la novela a Salva. Creemos que todo es una campaña de marketing para vender más novelas. Pero se equivocó en un punto. —Saca los papeles que le preparó hace tres años por el tema de la separación—. Esto fue lo que nos hizo sospechar que sus intenciones no eran del todo claras contigo.

—Esto no se prepara de un día para otro, para gestar algo así se necesitan años.

—Exacto, ha tenido tres años para prepararlo. No ha pasado tanto tiempo como para que el público se haya olvidado de él y ahora regresa con una historia fabulosa debajo del brazo. Por eso te necesita a ti.

Una idea empieza a colarse en mi cabeza, pero es tan descabellada que no me atrevo ni siquiera a decirla en voz alta. Salva no podría hacerme esta putada. ¿O sí? Aunque con él ya no estoy segura de nada.

—O sea, lo que me estás queriendo decir es que Salva me montó toda esa escena de celos porque tenía un propósito.

—Sí, eso mismo te estoy diciendo.

Me muerdo el labio inferior, arrastrando el carmín.

—Venderá muchos más ejemplares si es un hombre al que su mujer le ha dado la patada después de haber estado tres años perdido en África que si se

presenta como el cabrón que me dejó plantada con un embarazo de tres meses. —Mi voz se quiebra—. Eso es lo que quiere, dar la imagen de hombre desvalido, que cualquier mujer acogería con gusto después de pasar por una experiencia traumática en África, después de sufrir una separación para la que no estaba preparado. Y encima dejó claro que se había ido porque yo estaba de acuerdo.

Roberto asiente con la cabeza.

Cierro los ojos porque, aunque me cueste entender que pasara de mí, no puedo entender que ni siquiera viniera al entierro de su madre. Sin embargo, ya no soy la misma mujer que abandonó hace tres años. No voy ser cómplice de sus mentiras, de esta farsa que se ha montado a costa del sufrimiento de mucha gente.

—Se quiere asegurar de que sea yo quien dé el paso, porque si lo da él no le beneficia en nada. Ha esperado tres años para venir.

—A esa misma conclusión hemos llegado Alberto y yo. Nuestro detective también lo ve de la misma manera que nosotros dos.

—Aun así, ¿qué habría pasado si yo hubiera estado dispuesta a volver con él? Se lo ha jugado a una carta. Tenía que estar muy seguro de que no íbamos a volver.

—¿Crees realmente que habrías vuelto con él en las condiciones en las que se marchó? Tú sabes que no. —Le tengo que dar la razón—. Carmen me dijo que habías descubierto unos papeles en su despacho. Creo que no fue casual que los dejara en un cajón. Ha regresado cuando has empezado a rehacer tu vida, no antes. Si hubieras vuelto, supongo que una vez que hubiera terminado la promoción del libro, te habría pegado la patada.

—Es un malnacido. —Antes de dejarme llevar por la ira, prefiero pensar las cosas con calma—. ¿Qué me recomendáis que haga ahora?

—Eso depende de ti. Depende de si estás dispuesta a plantarle cara y desmontar su mentira o si quieres dejar las cosas como están. En cualquier caso, no te vas a poder librar de la prensa.

—Adelante. Que se joda y que apechugue con sus mentiras. No quiero que me siga pisoteando más.

Salva conocía a la Isabella con la que se casó, pero yo también sé plantar cara. Es hora de mostrarle cuánto he cambiado.

—Podemos hacer llegar de manera anónima todas estas fotos a los canales de la competencia.

Asiento. Aún hay otra pregunta que me queda por hacerle.

—¿Quién es John? Me dijo que era un nombre en clave, que era su contacto con el exterior para saber de mí.

—¿John? Puede que se trate de Nadia, aunque lo de este tipo me suena más a película americana. —Guarda todas las fotos que me ha enseñado—. Ahora tienes que aprovechar la información que sabemos de él para que no salgas malparada. Hay que adelantarse a sus movimientos. Desde luego no se espera que alguien le desmonte esta historia. No me extrañaría que algunos periodistas estuvieran también en el ajo, así que hay que ir con cuidado.

Sigo sin poder creer que Salva sea tan mezquino. No tiene medida con su deseo de hacerse famoso y no le importa a quien tenga que pisar.

El sonido de mi móvil me saca de mis pensamientos. Miro el número de la pantalla y se la enseño a Roberto.

—Es él.

—¿Quieres que te deje sola?

—No, va a ser breve.

—Hola, Salva —contesto—. ¿Qué quieres?

—Por favor, no me cuelgues. Llevo una semana queriendo hablar contigo.

—Se calla—. ¿Dónde estás?

—En casa de Carmen. ¿No te dijo John que se había roto la cadera?

—No, no me dijo nada —me responde con sequedad—. Quiero verte. Sé que aún podemos arreglar lo nuestro.

Siento un profundo desprecio por este hombre. Aun así, le tengo que hacer entender que no he cambiado de idea. No quiero que sospeche nada de lo que me llevo entre manos con Roberto.

—¿Sobre qué? Ya no hay vuelta atrás. Tienes que entenderlo. Esta tarde pasaré por casa. Voy a llevarme toda mi ropa y mis libros —se lo suelto deprisa para que no me interrumpa—. Puedes hacer con todo lo demás lo que te dé la gana. No lo quiero.

No deseo nada que haya compartido con él.

—No hagas que te lo vuelva a suplicar de nuevo.

—No, a ti no se te da nada bien lo de suplicar. Eso me tocaba siempre a mí, así que tranquilo, no va a suceder.

Oigo cómo inspira, como si estuviera cansado. Nunca habría pensado que se le diera tan bien la interpretación.

—Quiero que tengamos un hijo. Esta vez será para siempre.

Esto me ha dolido, porque ha atacado donde más me duele. Sabe cuánto deseo ser madre.

—Sí, yo también quiero tener un hijo, pero no será contigo. Tú no estás preparado para ser padre. —Necesito respirar aire y voy hasta la ventana que hay en el despacho para abrirla—. Esta tarde me acompañará Biel.

—Está bien. No sabes cuánto me pesa esta decisión —me dice como si le doliera realmente—. No voy a insistir más. Dile a Roberto que me envíe los papeles.

—A mí también me pesa. Han sido trece años juntos. Estos tres últimos años no los puedo contar.

—No he dejado de pensar ni un día en ti. Te sigo queriendo.

Me tengo que morder la lengua para no ponerme a gritar. Quisiera decirle que es mentira, que no sabe lo que significa amar. Lo sabría si hubiera sentido lo que siento yo cuando estoy con Biel, cómo mi alma está enlazada a la suya desde el mismo momento en el que nuestros labios se encontraron o cómo se desata la tormenta cada vez que nos amamos. Me pregunto si se cree esta mentira que se ha montado.

—Dime sobre qué hora vendrás. Te dejaré espacio —me dice Salva—. No quiero que me recuerdes como el hombre que no soy.

—Si te parece bien, iré sobre las cinco y media.

—¿Crees que con tres horas tendrás suficientes?

—Sí, creo que sí.

—Nunca pensé que esto nos sucedería a nosotros.

—Ni yo tampoco. —Me mojo los labios—. Adiós.

Le cuelgo antes de seguir escuchándolo.

—Le enviaremos los papeles antes de mandar toda esta información a los medios.

—Muchas gracias. —Le doy un abrazo. Me siento muy afortunada de tenerlos a ellos como amigos—. Esto os habrá costado una fortuna...

—No te preocupes por esto. Ya está todo arreglado. Carmen ha insistido que es nuestra manera de pedirte perdón.

—No sé si puedo aceptarlo.

—Lo tendrás que hablar con tu amiga. Yo no discuto nunca con ella. Siempre salgo perdiendo.

—Ya se me ocurrirá algo que regalaros.

A media tarde he quedado con Biel para que me ayude con lo poco que me

voy a llevar de esa casa. Me parece ver a un fotógrafo escondido en la esquina de una calle. Biel se gira con los dientes apretados.

—Esos buitres buscan carnaza.

—Déjalos que hagan todas las fotos que quieran. —Hago que me mire a los ojos—. A estas alturas ya me da igual.

Por suerte, tal y como me había dicho, Salva no está. Tengo tan claro lo que me voy a llevar, que no tardo más de dos horas en sacar mi ropa y mis libros de su casa. Me llevo además mis muñecas, una máquina de coser, las pocas joyas que tengo y todas mis fotos de cuando era pequeña. Antes de salir por la puerta, vuelvo a mirar a la Isabella de cuando tenía diecinueve años. Salva no ha quitado el retrato de donde yo lo dejé. No sé si quiere jugar esta última baza.

—¿Qué vas a hacer con él? —quiere saber Biel.

—Me lo voy a llevar. Pensaba dejarlo, pero gracias a esta foto y a la que tienes en tu habitación, tú supiste que yo no era un sueño. Tuviste fe en que lo nuestro tenía futuro. Tú apostaste por ti y por mí cuando ni siquiera sabías que yo existía.

Miro por última vez la casa donde creía haber sido feliz. Sin embargo, ahora sé que nada de lo que pudiera sentir por Salva se puede comparar al amor que siento por Biel. Cierro la puerta con suavidad y entonces respiro con calma.

La tarde está cayendo cuando Biel termina de guardar todas las cajas en su coche. El sol se refleja en el azul de su iris. Cuando nuestras miradas se encuentran, me veo brillando en sus ojos. Siento el sabor de la brisa en mis labios, que no es otro que su aroma a mar.

—Quiero besar todas tus sonrisas. —Posa sus labios sobre los míos.

—Toma las que quieras.

Nos besamos, olvidándonos de que hay gente que pasa por nuestro lado. Sus besos, como todo lo que tiene que ver con él, son pura magia.

Antes de ir a mi nueva casa, sacamos a Eros y a Afrodita a pasear un rato por el bulevar sur. Dejamos que correen y que jueguen. Me gusta ver la complicidad que hay entre ellos.

Biel y yo nos hemos sentado en un banco apartado, donde apenas hay luz.

—¿Nos pillamos una pizza y te quedas a cenar en mi piso?

—Me gustan tus sugerencias. —Posa una mano sobre mi rodilla.

—Se me ocurren algunas más.

—¿Ah, sí? ¿Qué se te ha ocurrido?

Me acerco a su oreja y le murmuro:

—Me encantaría que me desnudaras...

—Eso es solo cuestión de tiempo —me dice buscando mis labios—. ¿Qué más propones?

Sigo susurrando.

—Quiero que primero me quites la camisa y después la falda —a medida que le voy diciendo cosas en el oído, su mano se desliza por debajo de la falda y sus dedos se han colado por dentro de las bragas—; deseo que tus manos acaricien mis pechos, que tus dedos bajen hasta mi sexo.

Cierro los ojos y mi cuerpo sufre una sacudida. Gimo cuando siento cómo sus caricias se vuelven más intensas.

—¿Lo dejamos aquí o seguimos? —dice con voz ronca—. Nunca lo he hecho en un lugar público.

—Mejor nos vamos.

Mira hacia un lado y hacia otro. Se coloca de rodillas y me saca las bragas.

—¿Y ahora qué? —quiero saber.

—Tendrás que esperar a tu trofeo.

Dejamos a Eros y a Afrodita en casa de Biel y salimos con prisas hacia mi nuevo piso. Mientras Biel hace varios viajes, subiendo en ascensor las cajas y las dos maletas, yo me lo tomo con calma por la escalera. Biel ha llevado mis maletas hasta el vestidor. Antes de que pueda ponerme a colocarlo todo, se abalanza sobre mí sin darme opción a que haga nada. Deja las muletas al lado de la puerta. Me baja la cremallera de la falda y la lanza lejos. Yo le ayudo a quitarse los pantalones. Me empuja con suavidad contra la pared y me sujeta con una mano mis dos muñecas. Apoyo la pierna derecha en la pared y cargo el peso con la otra. Busca mis labios, los devora y me sube a horcajadas sobre él para que mi pierna no se resienta. Rodeo con mis piernas sus caderas y me aferro con las manos a su cuello.

—¿Me estás queriendo decir algo? —le pregunto.

—Sí, que es hora de estrenar este piso —me dice mordiendo mi hombro.

Lanzo un gemido.

—¿Por dónde empezamos?

—Esperaba que lo siguiente me lo quitaras tú.

—Lo estoy deseando —me dice deshaciéndose de sus calzoncillos.

—Por saborearte muy lentamente.

Está tan caliente como yo. Sus besos son pura pasión. Ni él ni yo podemos esperar, y cuando me penetra de un solo movimiento, ambos nos quedamos quietos, y asiento con la cabeza. Aunque no me ha quitado la camisa, ha desabrochado mis botones. Me besa el cuello, mientras que sigo el ritmo de sus caderas. Mi cuerpo se estremece cuando siento su lengua jugar con mis pezones. Nos dejamos llevar por el deseo.

Después de esa primera vez, volvemos a amarnos, nos volvemos a besar y volvemos a conquistarnos sin contar las horas. Suspiro de felicidad, porque durante años fuimos náufragos en el tiempo, sin embargo, siento que ahora hemos encontrado una isla donde refugiarnos.

Capítulo 33

Este mes ha sido de auténtica locura. Las llamadas de varias cadenas de televisión se han sucedido día tras día, así como el acoso constante por parte de los periodistas. Desde que se lanzaron a los medios todas las fotografías que había de Salva, la prensa ha querido saber mi versión. Sin embargo, hasta hoy me he mantenido callada. He dejado pasar un tiempo hasta que la cosa se ha calmado un poco. Al final he considerado que tenía hacer un comunicado por medio de una carta, en la que agradecía el poder explicar la otra parte de la historia. También he expresado claramente que no quería hablar más del tema y que se respetara mi derecho a la intimidad.

Lo bueno de estos días es que al fin hemos firmado los papeles del divorcio, por lo que ya no me une nada a él. Después de eso, Salva ha desaparecido y no he vuelto a saber de él desde que salieron las fotografías que demostraban que la historia que pretendía vender era una mentira. Lo único que sé de él es que se ha retrasado por un tiempo la salida de su novela, y muchos dudan de que vaya a salir. En cualquier caso, me da igual lo que sea de ella. No tengo tiempo de pensar en él; estoy demasiado ocupada amando a Biel.

Hoy también hace un mes que llegué a esta nueva casa. Si bien es cierto que duermo casi todas las noches en la cama de Biel, salvo las que tiene guardia, es en mi nuevo piso donde he encontrado la paz para escribir la historia de Isabel. Las palabras fluyen de una manera asombrosa y me siento más unida a ella que nunca. Sé que es Isabel quien, de alguna manera, me está contando cómo fueron los hechos. No obstante, ha llegado un momento en el que no puedo avanzar. No sé cómo termina, y me siento impotente porque me queda por saber qué fue de los últimos días de Isabel.

Esta noche Biel tiene guardia y no lo veré hasta mañana. Cuando eso ocurre, Eros y Afrodita duermen conmigo en mi piso, cada uno a un lado de la cama. Después de tomarme una infusión y un trozo de chocolate, me meto en la cama con la novela que acaba de terminar Carmen y que ha imprimido en una copistería. Como mañana es sábado, me dan hasta las dos leyendo.

Además, voy anotando algunas sugerencias que tengo que hacerle sobre la novela. Antes de cerrar los ojos, pienso en lo mucho que echo de menos a Biel en las noches que no duerme conmigo, como también echo de menos la frase que me dice antes de dormir y que tanto me gusta: «Hasta mañana...».

En aquellas primeras horas de la noche, Isabel permaneció encogida en un rincón de su celda. El llanto continuado de algunas mujeres se escuchó sin cesar. Muy pronto la harían declarar a ella. En mitad de la madrugada llegó un carcelero, un hombre mayor, rubio, corpulento y de mirada dulce, quien le entregó parte de la ropa que le habían quitado. La encontró cantando una nana. Sus brazos desnudos mecían a ese niño que acababa de perder:

*A la nanita nana,
Duerme mi niño;
Va entornando los ojos,
Tiene sueñito...*

—Señora, el juez de bienes reclama vuestra presencia.

Isabel lo miró con un nudo en la garganta. Esa mirada dulce que tenía él le recordó a la de Biel. Supo entonces que ese hombre velaría por ella como lo haría uno de los cuatro arcángeles. Echó otro vistazo a la celda en la que estaba. Aquello no era una parte de una pesadilla.

—Os tenéis que vestir. Os ruego que no os demoréis.

El tono de su voz era calmado en contraste a los gritos que se escuchaban entre aquellos muros. Isabel se puso de pie para terminar de vestirse. El carcelero le hizo una señal con la cabeza, y ella lo acompañó por una serie de pasillos estrechos y mal iluminados hasta una sala en la que se podía oler el miedo de las mujeres que se encontraban allí. Un hombre de rostro enjuto mojaba una pluma en un tintero, mientras el juez de bienes tomaba declaración a las mujeres. Un cura examinaba con minuciosidad las ropas.

—¡Ya hemos escuchado suficientes lloros por esta noche! —exclamó el juez de bienes. Señaló a uno de sus hombres—. Hazlas callar.

Como le había pedido, se acercó hasta la mujer más mayor y le propinó un guantazo que la hizo trastabillar. Agarró una correa que había sobre una silla.

—¿Alguna de vosotras quiere probar esta medicina? —preguntó

sacudiéndola sobre la mujer que había ido a socorrer a la más mayor.

Inmediatamente después todas las demás dejaron de llorar. Isabel tragó saliva, pero no se dejó amilanar.

—¿Quién te crees que eres para tratarlas de esa manera? —preguntó corriendo hasta la mujer que se había llevado una mano a su mejilla dolorida—. ¿Sabes quién soy o tal vez te lo tengo que recordar?

—¡Por supuesto que sabemos quién sois! —respondió el juez de bienes mojándose los labios.

—¿De qué se me acusa? —Levantó el mentón tratando que no le temblara la voz.

Uno de los hombres le levantó la mano, y aunque Isabel tenía miedo, no apartó la mirada de él. Después de recibir el primer bofetón, lo siguió mirando a los ojos. Le ardía la mejilla, pero no bajaría la cabeza.

—Hablaréis cuando os llegue el turno. Ni antes ni después. ¿Habéis entendido?

—¿Es así como tratáis a las señoras grandes de Ciutat?

—Sabed, señora, que aquí no os valdrá vuestro título. Aquí manda la Santa Inquisición —contestó el juez de bienes.

Isabel permaneció callada. La mujer a la que había abofeteado en primer lugar la estrechó en sus brazos.

—Empecemos —dijo el juez de bienes.

Señaló a una de mediana edad para que se acercara.

—Caterina Benet Tarongí, casada con Guillem Tarongí Tarongí, natural de Ciutat de Palma, de edad 41 años —comentó el cura al escribano—. Se han encontrado unas arracadas de oro con tres zafiros engarzados y un anillo de oro con dos rubíes en la faltriquera. Tres pulseras de oro y diez sueldos cosidos a los bajos de las faldas. Treinta onzas de oro en un bolsillo oculto en las enaguas. Cuatro faldas de seda y cinco botonaduras de oro en la camisa de hilo.

—¿Qué pensabais hacer con esto? —Le mostró un salvoconducto para salir de la isla—. ¿Adónde os dirigíais?

—Su eminencia, solo estábamos paseando por Porto Pi.

—Estás mintiendo. ¿Qué se puede esperar de unos perros que vendieron a nuestro Señor Jesucristo por treinta monedas?

—Os entregaremos todo cuanto tenemos, pero os rogamos que nos dejéis marchar a casa.

Caterina se acercó hasta él para besarle la mano. El juez de bienes la apartó de un manotazo y después le propinó una patada en el estómago.

—Todos vuestros bienes han pasado a manos de la iglesia.

El juez de bienes sonrió.

—Pagaremos lo que nos digáis —comentó Caterina—. Nuestras familias pagarán lo que sea.

—Solo los falsos cristianos tienen intereses pecaminosos fuera de esta isla.

—El juez de bienes le estrujó las mejillas—. Huíais para cumplir mejor con vuestras leyes. Pero solo hay un Dios en el cielo. Ese al que vosotros adoráis es tan falso como vuestros testimonios.

La mujer negó con la cabeza.

—¿Acaso lo niegas?

—No, su eminencia. Os doy la razón. Solo hay uno en el cielo.

Algunas mujeres se santiguaron, aunque no fue el caso de Caterina.

Después de Caterina, las demás fueron pasando por las manos del cura, que examinaba con minuciosidad todas las ropas que llevaban. Isabel fue la última a la que se le tomó declaración.

—Isabel Catalina de todos los Santos Vallespir i Despuig, viuda de Bernat Joan Barceló i Munar, marqués de Vivet, de edad 16 años. Se han encontrado tres arracadas de oro con rubíes y zafiros engarzados, cosidos a los bajos de unas enaguas. Dos collares de oro, uno de esmeraldas y otro de rubíes en la faltriquera de la falda. Cuarenta onzas de oro en los bajos de la basquiña. Treinta y cinco maravedís de plata en el sayo.

—No hay ninguna ley que me prohíba viajar.

—¿Aún os atrevéis a hablar? Vos habéis abjurado de la única fe verdadera.

—Su eminencia, me tengo por buena cristina. Juro por mi Señor Jesucristo...

—Calla, mala mujer, perra judía. No profanes el nombre de Dios en vano —ordenó el juez de bienes poniéndose de pie—. Nosotros perseguimos a los falsos cristianos que le dan la espalda a la palabra de Dios. No habéis sabido ser una buena cristiana —dijo en tono melifluo—. Sin embargo, no es vuestra culpa. Las mujeres sois necias de entendimiento, os falta cerebro para discernir el bien del mal. Vuestro sexo es inferior al nuestro y sois ineptas y débiles por naturaleza. Sois unas inútiles en cuanto a intelecto.

—Entonces, su eminencia, podréis disculpadnos a todas nosotras, porque

mujeres nacimos y no es menester preveniros de la piedad que debéis mostrar —respondió recordando unas palabras de María de Zayas—. La virtud está en el perdón, no en el castigo.

Se acercó hasta ella y la miró a los ojos. Isabel le sostuvo la mirada. Quiso dar un paso atrás, porque no soportaba su olor, pero se mantuvo en el sitio.

—No me gusta tu soberbia. ¿Puedes jurar que no intentabas abandonar la isla junto con todos estos perros judíos?

—No, eso no os lo puedo jurar, su eminencia. —Se sacó un crucifijo de oro que aún no le habían arrebatado—. Puedo jurar que sigo siendo una buena cristiana.

—¿Vuelves a profanar el nombre de Dios en vano? —gritó tirándole del cabello para que lo mirara a los ojos—. Ya veo lo que te propones. Quieres confundirme. No solo eres una mala cristiana, también te crees en posesión de la verdad. Y no hay más verdad que la palabra de nuestro Señor Jesucristo. Mañana será otro día. —Hizo un gesto con la mano para que se llevaran a todas las mujeres salvo a Isabel.

—Su eminencia, tened piedad de esta pobre mujer, os lo ruego —Caterina se arrodilló ante él para volver a besarle la mano—: acaba de perder un hijo. Dejad que descanse y que llore a su pobre niño.

Le pegó otro puntapié en el estómago y Caterina se encogió sobre sí misma.

—Sacadlas a todas de aquí.

—Sois un hombre virtuoso, mostrad clemencia con ella —insistió la mujer.

Uno de los carceleros la sacó a rastras de la sala. El juez de bienes dio una vuelta alrededor de Isabel. Ella notó el aliento espeso y avinagrado cerca de su oreja.

—No se puede decir de ti que seas una mujer virtuosa —dijo cuando se quedaron solos.

Isabel dio un paso hacia atrás.

—No me temas. Soy un hombre de Dios. La verdad está en mis labios. —Se calló un segundo—. Eres una mujer ciertamente hermosa. —Se acercó hasta ella para oler su cabello—. Lo que decían de vos era cierto.

El juez de bienes volvió a tratarla con cortesía y le ofreció la mano para que se la besara. Ella, venciendo la repugnancia que le producía su olor agrio, rozó con los labios su piel húmeda. Se estremeció, sofocando una

arcada.

—Me gustaría daros una oportunidad. —La miró de arriba abajo con deseo.

Isabel negó con la cabeza.

—Entregadme lo que a ese perro judío le ofrecéis todas las noches.

—No sé de qué habláis.

—Os lo he visto en la mirada.

El juez de bienes se abalanzó sobre ella, atrapó sus pechos y los estrujó. Rasgó la camisa para dejarlos al aire. Bajó su cabeza como un lobo hambriento, clavó sus dientes en ellos y sufrió un espasmo cuando Isabel lanzó un grito de dolor. Aunque ella trató de apartarlo, él la tenía bien sujeta por un brazo.

—Yo os podría librar del tormento.

Isabel lo apartó de un empujón y después le escupió a la cara.

—No sois más que un animal que se aprovecha de una pobre mujer indefensa.

El juez de bienes la derribó de un guantazo y el golpe la dejó sin aliento.

—Dejad que salve vuestra alma. Me lo agradeceréis.

Se colocó sobre ella, y al tiempo que subía sus enaguas con una mano, apresaba sus muñecas con la otra. Isabel intentó girar sus caderas, pero no podía moverse, porque el hombre era mucho más grande que ella. Él invadió con sus dedos la intimidad de Isabel. Ella pegó un respingo. Notó cómo el corazón le palpitaba en las sienes y cómo el estómago se le encogía por momentos.

—No os resistáis. —Se precipitó sobre su boca y se abrió paso con su lengua maloliente—. Dejadme que pruebe la miel de vuestros labios.

—Sois repugnante. —Alcanzó a decir cuando él retiró sus labios de ella—. Os lo ruego, no sigáis.

Isabel contuvo las ganas de llorar. Se le escaparon unas gotas de pis cuando sintió su miembro duro en la entrepierna. Le mordió el labio y sintió el sabor de la sangre que no era suya.

—Yo os enseñaré a mostrar respeto a un hombre. Dejad que os salve del fuego del infierno.

—No seré yo quien arda en el infierno, seréis vos. —Consiguió librarse de ambas manos. Golpeó el pecho de él, pero él volvió a apresar sus brazos—. Os valéis de la palabra de Dios en vuestro beneficio. No sois mejor que esos

infelices a los que pretendéis salvar.

Le propinó otro bofetón que la dejó aturdida.

—Os lo ruego, no sigáis...

—No sigáis gritando. Sé muy bien lo que necesitáis —le tapó la boca con una mano—, todas buscáis lo mismo, todas sois hijas de Eva, y tú eres la peor de todas por darle la espalda a nuestro Señor Jesucristo.

—Dejadme, os lo ruego...

—Callad. —Volvió a propinarle varios guantazos hasta que Isabel se calló—. Me gusta que os resistáis. El Señor me recompensará al mostraros el camino de nuevo.

La puerta se abrió de par en par. En la sala entró el carcelero que había acompañado a Isabel.

—Disculpad, su eminencia. —Exageró la inclinación de su cabeza.

El juez de bienes volvió a soltarle otro bofetón, que la dejó por unos segundos inconsciente.

—¡Mujer, eres una pecadora! —gritó incorporándose y atusándose el cabello revuelto. Se secó las babas que tenía en la comisura de los labios con la manga de la camisa—. ¿Has visto lo que esta mujer ha querido hacer conmigo? Ha jugado con mi virtud. Es una depravada. ¿Has podido ver cómo ella me ha incitado con su lujuriosa mirada?

El carcelero se encogió de hombros.

—Te he hecho una pregunta. —Agarró a Isabel del pelo y la arrastró hasta la puerta—. Has visto con tus propios ojos cómo se ha mostrado ante mí desnuda y se ha ofrecido como una vulgar mujerzuela.

—Sí, su eminencia.

El juez de bienes se dio media vuelta, tratando de recuperar la compostura.

—Dime qué te ha llevado a interrumpirnos.

—Acaba de llegar el virrey —dijo ofreciéndole un trozo de tela para que pudiera limpiarse los rastros de sangre de sus labios—. Desea una audiencia urgente con su eminencia.

—Me has interrumpido cuando trataba de darle un correctivo a esta mujer —dijo arrastrando las palabras—. El virrey puede esperar, no así la palabra de Dios. —Se giró hacia el carcelero—. ¿Me has entendido? Es la última vez.

—Sí, su eminencia.

Isabel soltó un suspiro de alivio. Se encogió sobre sí misma y se llevó las manos a sus pechos desnudos.

—Llévatela de aquí. Ten cuidado con ella y no te dejes seducir. Mira lo que ha hecho de mí. —Le hizo besar una cruz de madera—. Júrame que serás fuerte.

—Os juro por nuestro Señor Jesucristo que resistiré la tentación.

Cuando el juez de bienes se marchó, el carcelero la ayudó a levantarse.

—¿Estáis bien? Yo os ayudaré a caminar.

Isabel intentó tragar saliva, pero el nudo que tenía en la garganta no la dejó.

—Solo quiero regresar a mi casa.

—Me temo que eso no será posible.

El carcelero la llevó hasta una celda donde había varias mujeres.

—Cuidad de ella —dijo antes de cerrar la puerta—. Luego os traeré una jarra de agua.

Caterina se acercó hasta ella y la acogió en sus brazos para consolarla. Aunque Isabel no deseaba llorar, se abandonó a un llanto ahogado. Entre varias mujeres la llevaron hasta un montón de paja húmeda y apestosa.

—¿Os ha violentado?

Isabel negó con la cabeza.

—No ha podido...

Me despierto en mitad de la noche, sudando. Estoy temblando por lo que acabo de soñar. He podido sentir su miedo, como también he notado el aliento rancio de ese hombre sobre ella y cómo sus manos sudorosas estrujaban sus pechos. Eros se acerca hasta mi mejilla y me pega un lametón. Me abrazo a él hasta que mi respiración se calma. Me paseo por la casa, voy hasta la cocina para comer algo dulce, pero no hay nada que me tranquilice. Solo encuentro paz en la terraza, al relente de la noche. Me tumbo en la hamaca con una manta y Eros se recuesta a mis pies. El cielo oscuro y sin luna es como un tapiz de terciopelo en el que brilla alguna estrella. En algún momento de la noche vuelvo a quedarme dormida.

Hacía tiempo que Isabel había perdido la cuenta de los días que llevaba encarcelada. Al igual que sus compañeras de celda, apenas dormía por los gritos que se escuchaban día y noche. Además, se sentía tan seca y marchita

por dentro, que ya no podía llorar. A veces, para no perder la cabeza, contaba los pasos que iban desde la puerta hasta la pared; otras, calculaba los minutos que tardaban en traer a una de sus compañeras de celda después de que se le aplicara el tormento. Ella era la única, hasta el momento, que se había librado.

En una de aquellas noches en las que pudo dormir varias horas seguidas, apareció Biel en sus sueños. Suspiró de alivio cuando supo que se habían salvado tanto él como su pequeño. Lloró en los brazos de él. Biel le contó que apenas pudo alcanzar la costa y un pescador lo rescató. Permaneció varios días a las puertas de la muerte, pero fue el llanto de Pere quien lo trajo de nuevo a la vida. Cuando Isabel se despertó, lo hizo con una sonrisa. Saber que él estaba vivo era todo cuanto pedía en esos instantes.

Después de varias semanas sin que las mujeres recibieran tormento, Caterina pidió un balde de agua limpia y agua de cenizas para adecentar el suelo y las paredes. La pestilencia se había hecho inaguantable en la celda. Mientras esperaban a que uno de los carceleros atendiera el ruego de Caterina, las demás empezaron a mirarse las cabezas infestadas de piojos.

—¿Habéis visto este piojo? Tiene la misma cara que el juez de bienes —dijo chafándolo en el suelo.

Entre tanta miseria, encontraron un motivo para reír. Eran risas que sofocaban cubriéndose la boca con las manos para que los carceleros no les llamaran la atención. Sin embargo, eso les daba fuerza para seguir adelante.

—Este se parece a ese hombre que no levanta la vista del papel —comentó otra.

Un hombre les entregó un balde con agua limpia, un trapo y agua de cenizas para limpiar aquel cuarto inmundo. Otro les trajo una palangana y un poco de jabón para que pudieran asearse.

—Esto está hecho una pocilga —dijo Caterina levantando a todas las mujeres—. Vamos a dejar estas paredes como los chorros del oro.

Isabel llevaba varios días algo más pálida de lo normal.

—Venga, limpiar os distraerá —dijo otra de las mujeres entregándole el balde.

Cuando Isabel se levantó, le sobrevino una arcada y corrió hasta uno de los cubos donde hacían sus necesidades para vomitar.

—¿Se puede saber qué os pasa? ¿Es que nunca habéis limpiado?

Isabel se llevó una mano a la frente para secarse las gotas de sudor que le

caían.

—Sí, pero hace días que no me encuentro bien.

La mujer se mojó los labios y abrió la boca, asombrada.

—Ahora que os observo, ¿creéis que podéis estar encinta?

—¿Encinta? No puede ser. ¿Cuántos días llevamos aquí?

—Claro que puede ser. Si no habéis guardado la cuarentena puede que estéis encinta.

Isabel se llevó las manos a los pechos, tiempo atrás colmados de leche, y notó cuánto habían crecido. Su vientre aún estaba firme, pero algo parecido a una llama la hizo estremecerse de arriba abajo.

—¡Estoy encinta! —exclamó.

No sabía si alegrarse por estar embarazada de Biel o llorar porque nunca podrían disfrutar juntos de este nuevo hijo.

—Nosotras cuidaremos de ti —dijo Caterina.

—Es un milagro que la vida se abra paso en un lugar como este —señaló otra mujer.

Isabel cerró los ojos. Posó una mano en su vientre y supo que ese hijo que pronto vería la luz era una niña.

—Se llamará Catalina, como mi madre.

—¿Cómo sabéis que será una niña?

Isabel no podía explicarlo, y sin embargo estaba tan convencida de ello que no tenía ninguna duda.

—Vuestra madre estaría orgullosa de vos —respondió Caterina.

Isabel dejó vagar su mirada al infinito.

—Ven a mí...

—¿Con quién habláis? —Quiso saber Caterina...

—Sí, iré donde me digas —digo con la voz entrecortada—. Allí me tendrás...

Siento una mano cálida acariciar mi mejilla.

—Isabella, despierta. Solo es un mal sueño.

Abro los ojos, que todavía están anegados por mis lágrimas. Mi mirada se enreda con la suya, y ahora sé que no podría romper este vínculo que hay entre nosotros aunque quisiera.

—Me tienes aquí. No voy a marcharme —me dice.

Me abrazo a Biel, que está sentado en el borde de la hamaca mirándome

con una ternura que me desarma.

—Cuéntame, ¿por qué llorabas?

Me cuesta tragar saliva porque se me cierra la garganta.

—He soñado con ella, y ha sido horrible estar en su piel.

—Ahora estás aquí. —Besa mi piel mojada—. Nada nos detendrá.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto —me acaricia con la voz, me atrapa con sus palabras, de esa manera que me hace sentir única y especial—, no podría hacer otra cosa que amarte. ¿Aún no has entendido que ya nada puede detener este amor?

Las lágrimas que me caen son de felicidad.

—Te amo, Biel. Te amo desde el primer momento en que te llamé en sueños.

Oigo su respiración suave.

—Te amo. Siempre lo he sabido —roza sus labios con los míos—, te amo ahora, te amaré mañana y te amaré siempre. Este es nuestro tiempo.

Es extraño, porque desde que estoy con él no pienso en cómo era mi vida antes de que llegara. Biel llegó como un huracán y arrasó con todo. Mis vacíos ya no lo son, ha llenado todos mis huecos de caricias, de amor.

—Hasta ahora he creído que era el destino el que nos había elegido, aunque ahora sé que no es cierto. Somos nosotros los que nos hemos elegido.

Él inspira y expira con tranquilidad.

—Te tengo a ti y puedo decir que lo tengo todo. —Me acaricia las mejillas con los pulgares.

Cuando mi llanto se calma, le digo:

—Hay algo que me dice que tengo que viajar a Mallorca. Necesito saber qué fue de ella. He sentido cómo Isabel me llamaba.

Biel asiente con una sonrisa de esas que me derrite por dentro.

—Iremos a Mallorca.

—Podríamos pasar las Navidades allí.

—Sí, así conocerás a mis padres y mis hermanas. —Piensa un momento—. ¿Quizás es un poco pronto para presentarte a mi familia?

Reflexiono sobre su propuesta. No me parece nada descabellado conocer a su familia.

—Quiero conocer a tus padres y hermanas.

—Nuestras navidades son un poco extrañas. Este año el Hanukkah empieza el día de Nochebuena.

—Me encantará compartir con tu familia vuestras fiestas.

Inspiro con tranquilidad en los brazos de Biel, porque he hallado la felicidad en sus brazos.

Capítulo 34

El barco en el que viajamos está a punto de atracar en el puerto de Palma. Ha sido un trayecto placentero y calmado. Hemos dormido en una cama estrecha, tan juntos que a veces no sabía dónde acababan mis brazos y dónde empezaban los suyos. Biel y yo nos hemos despertado muy temprano para ver cómo entramos en la bahía. Algunas gaviotas sobrevuelan el cielo, mientras que otras son mecidas por las olas del mar. Me puede la emoción al ver en un extremo de la bahía el castillo de Bellver y por otra parte la catedral dominando la ciudad. Los recuerdos de la vida de Isabel se agolpan en mi mente.

—¿Estás preparada?

—Sí, lo estoy.

Llevo casi un mes esperando a que llegue este momento, y aunque estoy hecha un manojo de nervios por todo lo que me espera en Palma, a la vez también estoy ansiosa por encontrarme de nuevo con ella.

Una vez que salimos del barco, Biel conduce por el paseo marítimo. Tengo que parpadear para no terminar llorando al contemplar el puerto en el que están fondeados cientos de barcos. Este paseo en nada se parece a aquel por el que anduvo Isabel el día en el que quiso marcharse. El coche gira hacia la izquierda, dejando la antigua muralla a la derecha y me lleva hasta la parte antigua de la ciudad. Observo en una placa que subimos por la avenida Argentina.

Podría nombrar perfectamente las calles que recorrieron Biel e Isabel en otra época. Mi corazón se desboca cuando siento que él se dirige a lo que en otro tiempo fue La Calle. Le señalo una puerta de madera.

—Aquí vivió Biel.

Busco su mirada y él me lo confirma.

—Esta casa pertenece ahora a mi tío.

Biel sigue callejeando hasta llegar a otra casa tan grande como la que hemos dejado atrás. Una mujer de unos sesenta años, y tan rubia como Biel, sale a recibirnos después de que él haya tocado una vez el claxon. Detrás de

ella vienen dos chicas más jóvenes, que se tiran a los brazos de Biel cuando sale del coche. Eros y Afrodita ladran desde sus trasportines para llamar nuestra atención.

—¿Vosotros también estáis impacientes? —Me giro hacia los dos perros.

—Te estábamos esperando para desayunar —dice la chica que parece más joven—. Mamá ha preparado chocolate a la taza y unos cuartos.

—No atosiguéis a Biel, que acaba de llegar —les reprende la mujer mayor.

Biel la toma de la mano y la lleva hasta mí. Ella contiene el aliento y lo mira apretando los labios.

—Eres tal y como... —traga saliva— mi hijo te describió. —Me da dos besos—. Soy Maite. Bienvenida a nuestra casa. Estamos encantados de que vengáis a celebrar las fiestas con nosotros.

Los tres hermanos se asemejan bastante, aunque advierto que el parecido entre la más pequeña y Biel es asombroso.

—Yo soy Esther, la mediana.

—Y tú debes ser Margarita. —Señalo a la chica que sigue abrazada a Biel.

Aunque tiene treinta años, podría pasar por una adolescente.

—Es la mimada de la familia —replica su otra hermana.

Margarita llega hasta mí pegando saltitos y me da dos besos.

—No soy la mimada. ¿Qué culpa tengo yo de ser el ojito derecho de papá?

—¿Llegará el día en que dejéis de discutir? —Se pregunta la madre elevando los ojos al cielo—. Están a todas horas riñendo, como si tuvieran cinco años.

—Mi hermano se quedó corto al decir lo guapa que eras —declara Margarita cogiéndome del brazo.

Me pega un abrazo tan fuerte, que me deja sin aliento. Desde luego, es tan cariñosa como Biel.

Lo miro de reojo. Está cargando con las maletas, por lo que no se ha dado cuenta del comentario de su hermana. Después de que Biel meta las maletas dentro de la casa, saca a Eros y a Afrodita para que alivien sus necesidades.

—Deja que te enseñe tu habitación, mientras Biel aparca en el garaje —comenta la madre.

Antes de que Biel me deje a solas con su familia, se acerca a mí y me susurra en el oído:

—Se me olvidó decirte que la única manera de sobrevivir a mis hermanas y a mi madre es asentir con la cabeza.

—¿Se puede saber qué estás diciendo de nosotras? —le recrimina Esther.

—Nada que vosotras no sepáis.

—Me ha dicho que sois estupendas.

—¿Eso te ha dicho mi hermano? —Esther le pega un puñetazo de broma en el antebrazo.

—¿Estás preparada para un nuevo combate? —Biel la señala con un dedo.

Esther se masajea el estómago y se relame los labios.

—Llevo un día sin comer. Me he estado preparando a conciencia.

Pasamos a un patio interior que me recuerda a la casa de Isabel.

—¿De qué combate se trata? —Quiero saber—. Tu hermano no me ha dicho nada.

—Estos dos se pasaban el día compitiendo —me explica Margarita—. Cuando no era por marcar unos goles, era por nadar más deprisa de un lado de la piscina al otro. Ahora se han apostado quién de los dos se come antes una bandeja de cuartos que ha preparado mi madre.

—¿Y qué se han apostado?

—El que pierde tiene que llevarle el desayuno al otro durante tres días.

—Estoy deseando ver esa competición.

Entre su hermana pequeña y yo subimos las dos maletas hasta el primer piso.

—Os he preparado una habitación en el segundo piso —dice la madre.

Las dos hermanas y la madre me acompañan hasta una habitación amplia con baño incluido.

—Nunca he visto a mi hijo tan feliz —murmura Maite antes de marcharse—. Todo es gracias a ti.

—Él también me hace feliz.

—Estás en tu casa. Cualquier cosa que necesites solo tienes que pedirla.

Me dejan que me cambie con tranquilidad. No tardo más de cinco minutos en darme una ducha. Al terminar, me enrolló con una toalla. Voy hasta la ventana que da a un jardín trasero. Sonríó cuando siento que está detrás de mí.

—¿Qué tienes que no te puedo sacar de mis pensamientos? Me levanto y me acuesto pensando en ti.

Posa sus manos en mi cadera y me pega a su cuerpo. Siento su dureza palpar en mis nalgas. Me giro y dejo caer la toalla al suelo.

—Hoy es tu día de suerte, porque eso mismo me pasa a mí contigo.

—¿Crees que cantarías mucho si nos retrasamos unos minutos? —Biel me besa el hombro.

—Siempre podemos ducharnos juntos. No he podido frotarme bien la espalda.

Lo agarro de la mano y vuelvo de nuevo al baño. Mientras yo le arranco la camisa en un arrebató, él se desabrocha el cinturón y se quita los pantalones y los zapatos. Nos metemos en la ducha cuando está desnudo. Por suerte, este baño es mucho más espacioso que el de su casa, por lo que podemos movernos mejor. Me sube a horcajadas y me pega contra la pared al tiempo que yo lo abrazo con mis piernas.

Terminamos ahogando nuestros gemidos el uno en los labios del otro. Ha sido un polvo rápido, pero muy placentero.

—Nadie me frota la espalda como tú.

—Eso me ha parecido. Ya he visto que no te quejabas.

Cuando bajamos a desayunar, aún tengo las mejillas encendidas. La hermana pequeña nos lanza una mirada cargada de intención y se ríe por lo bajo. Esther le pega un codazo y salen del comedor. Enseguida llega la madre con una bandeja de dulces caseros.

—En casa es tradición hacer los dulces nosotros. Es una pena que este año Biel no haya estado. Nos metíamos en la cocina, y mientras ellos partían almendras, mi marido y yo íbamos preparando los demás ingredientes. —Me ofrece un trozo de turrón blando—. Los solemos hacer un domingo antes de la Nochebuena y antes de que empiece Hannukak.

Las hermanas de Biel traen dos bandejas repletas de dulces.

—Venga, sentaos, que se enfría el chocolate —nos pide Maite—. Hacía tanto tiempo que no tenía a mis tres hijos sentados en la mesa que hoy me parece un milagro.

Biel y Esther se retan, mirándose a los ojos. Cada uno de ellos coge una bandeja y se la coloca frente a sí.

—¿Estáis preparados? —pregunta la pequeña.

Ambos asienten y empiezan a comer a dos carrillos. De vez en cuando Biel suelta una risa, pero Esther se mantiene impassible. Cuando le quedan dos trozos a Biel, se los mete a la vez. Aunque le cuesta tragarlos, ha acabado antes que Esther. Levanta los brazos y trata de tragar la bola que lleva en la boca con un poco de agua.

—Hermanita, mañana quiero el desayuno a las nueve y media.

—El trato no era ese —responde Esther cuando ha terminado de masticar—. Te lo llevaré cuando a mí me dé la gana.

—¡Qué mal perder tienes! —Suelta una carcajada—. La próxima vez te dejo ventaja.

—Como si la necesitara.

Nos pasamos hasta la hora de la comida hablando de Biel y de sus hermanas. Su madre me enseña varios álbumes de fotos de cuando eran pequeños. Biel sigue manteniendo esa mueca traviesa en los labios. Desde luego, era un niño adorable.

—¿Adorable, dices? —Se ríe su hermana Esther—. Eso es porque no lo conociste cuando era pequeño. Era el terror de todos nuestros primos. Nos dejaba a mis primos y a mí en la puerta de la calle cuando se enfadaba, y cuando venía mi madre de trabajar nos encontraba en la puerta, mientras él estaba viendo la tele. O sino, aquella vez que rompiste la ventana de tu habitación jugando al baloncesto y estuviste tres días durmiendo sin cristal.

—Acabas de echar por tierra mi fama de chico bueno. —Biel eleva los ojos al techo. Después me mira—. No les hagas caso, era un niño encantador.

—Tanto, que te pasaste los dos primeros años llorando —señala Esther.

—A mí me gustas como eres. —Le guiño el ojo.

Esther le tira una servilleta a la cara, que Biel esquiva. Se levanta y va hasta ella para hacerle cosquillas.

—Dime que soy el mejor hermano que tienes.

—Para —le pega un manotazo—; no te lo voy a decir. La mejor hermana es Margarita.

—Entonces seguiré haciéndote cosquillas.

—Te he dicho que pares. —Se revuelve en su silla.

—Parad ya de discutir —dice la madre—. Con ellos son todos los días así. —Se acerca a mí—. ¡Cómo lo echaba de menos!

En cierta manera me recuerdan a mi hermana y a mí. Su familia y la mía no son tan diferentes.

Sobre las dos llega su padre, un hombre que, a pesar de haber cumplido los sesenta, sigue siendo muy atractivo. Biel se parece a él. No puedo dejar de imaginármelo con unos años más, cuando sea un hombre maduro. Ambos se pegan un abrazo sentido. Observo cómo mira con orgullo a cada uno de sus hijos.

—Soy Joan, encantado de tenerte con nosotros. —Me da dos besos.

La familia de Biel me hace sentir como si estuviera en casa.

—Hoy vamos a comer el plato que más le gusta a Biel —me comenta la madre pasándome unos platos para que vaya poniendo la mesa.

Lo miro sin saber de qué se trata.

—Hasta ahora era el arroz al horno, pero nada se puede comparar a tu sabor —me responde Biel mordiéndose el labio inferior.

Me estremezco y siento que mis mejillas se enrojecen.

Cuando Margarita sale de la cocina lleva un caldero, mientras que su madre lleva una cazuela con el arroz al horno.

—¿Dos comidas? —Quiero saber.

Biel me recuerda que son judíos.

—Tú puedes comer de lo que te apetezca. —Me señala Maite—. Solo hago estas excepciones cuando son fiestas.

Durante la comida y la sobremesa, observo la complicidad que hay entre el padre y la madre y el profundo amor que se profesan. No podría ser de otra manera entre ellos. A diferencia de nuestra familia, no tocan el tema de la religión, y mucho menos hablan de política.

A media tarde, y antes de que oscurezca, Biel y yo salimos a pasear con los perros. Tengo la necesidad de ir a ese rincón al que solía ir Isabel a contemplar el mar. Callejemos y bajamos por la calle de la Portella hasta llegar el arco que lleva el mismo nombre. A medida que vamos llegando, siento que el corazón me da un vuelco. Cruzamos el arco y nos sentamos en el muro.

—¿Qué te ha parecido mi familia? —Me abraza.

—Encantadora.

—A ellos también les gustas.

Giro la cabeza y tropiezo con su mirada. Pienso en lo que me ha dicho su madre, sobre lo feliz que es ahora. Eso mismo puedo verlo en sus ojos; ese azul que tanta paz me transmite es más brillante que nunca y vibra cuando me mira. Apoyo mi cabeza sobre su hombro. Nos mantenemos callados, saboreando este instante. Dibuja en la palma de mi mano todas esas palabras que no nos decimos, pero que llegan de igual manera a mi corazón.

El día de Navidad vamos a comer a casa de su tío, donde no se celebra esa fiesta. Allí también me siento como una más de la familia. Es su tío, una vez que terminamos de comer, quien nos muestra una biblioteca muy grande. Conserva ediciones antiguas. Me gustaría creer que algunos de esos libros

pertenecieron al Biel del pasado.

—Mi sobrino me ha contado que estáis buscando una novela o unas cartas que hablen de Isabel.

Me muestra un dibujo que me deja con la boca abierta. Es una imagen de Isabel hecha con pluma. La firma un tal Gabriel. Me queda la duda de si fue Biel padre o hijo.

—Hace poco más de un mes y medio, Biel nos llamó porque recordaba haber visto una novela muy antigua de María de Zayas entre estos estantes. Me puse a buscar entre las páginas de esta novela y encontramos este grabado. De esto no hace ni una semana y media. —Me enseña una edición muy antigua de esta autora—. No hemos encontrado nada más. Ojalá pudiéramos ayudarte. Hay algún tratado que perteneció a Biel, pero solo habla de medicina.

Su tío nos deja en la biblioteca. Biel y yo nos pasamos la tarde buscando entre tantas novelas. No encontramos nada de ella.

—Puede que Isabel no escribiera los últimos días de su vida —me dice Biel.

Lanzo un bufido. Me duele un poco la cabeza y me siento en un sillón.

—¿Dónde estás, Isabel? —le pregunto al grabado.

—Volvamos a casa. Me temo que aquí no vamos a encontrar nada.

Uno de los últimos días que pasamos en Palma, vamos hasta la plaza de Gomila, donde se celebró una de las quemas. Sin embargo, el tercer auto de fe se estableció en las faldas del castillo de Bellver. Aquí fue donde quemaron a casi todos los judíos que no pudieron escapar aquella noche. Se hizo lo suficientemente lejos de la ciudad para que no se sintiera la pesadumbre del humo, y para evitar que se pudiera oler a carne quemada desde la ciudad. Fue un espectáculo que consiguió atraer a mucha gente de todos los pueblos de la isla. Llegaron a reunirse más de treinta mil personas. Se levantaron tiendas y tablados para que todo el mundo pudiera deleitarse con el espectáculo. Incluso muchos durmieron al raso para ser testigos de primera fila. El juez de bienes descargó todo su desprecio contra los tres judíos que no quisieron abjurar de su fe.

—Aquí pasó Caterina los últimos minutos de su vida. —Me viene a la cabeza la mujer que cuidó a Isabel en la celda, como si hubiera sido una hija—. Una mujer tenaz.

Sufro un escalofrío al pensar en cómo tuvo que ser.

—Aquí murieron los últimos judíos que procesó la Santa Inquisición en Mallorca —comenta Biel.

Ni siquiera aquí siento a Isabel.

Los días pasan tan rápidos que, cuando quiero darme cuenta, Biel y yo estamos haciendo las maletas para regresar a Valencia. Han sido unos días maravillosos que recordaré toda mi vida. Sin embargo, también me marchó con una sensación extraña en el cuerpo porque, por mucho que haya recorrido las calles de Palma, por mucho que haya llamado a Isabel en mis sueños, y por mucho que hayamos buscado en la biblioteca del tío de Biel, nada he sabido de ella. Sé que hay algo que se me está escapando y no acierto a saber de qué se trata.

El día ha salido encapotado, está llovisnando y hace mucho frío. El mar está encrespado. A lo lejos se adivina una tormenta. La inquietud se va apoderando de mí a medida que se acerca la hora de partir. Mientras vamos por el paseo marítimo, observo una última vez la ciudad, que va quedando atrás. La familia de Biel nos acompaña hasta el puerto para despedirnos.

—Qué cortos se me han hecho estos días —dice Maite.

—¿Cuándo volveréis? —Quiere saber Margarita, que se resiste a liberar a su hermano de su abrazo—. La casa no es lo mismo sin ti. Quiero otra competición de las vuestras.

—¿Estás preparada para la siguiente competición? —pregunta Biel a Esther.

—La próxima vez elijo yo —contesta Esther.

—Por cierto, vosotros también podéis venir a vernos —comenta Biel—. Está claro que a los de la isla os cuesta viajar.

—Entonces nos tendrás allí dentro de muy poco —dice Margarita.

La madre de Biel ha preparado una bolsa con dulces, además de una tortilla de patatas con pechugas empanadas para el viaje. Maite se parece en eso a mi abuela. Siempre hacen comida para un regimiento.

—¿Por qué sé nada de ella? —me pregunto cuando hemos embarcado.

—No lo sé. —Biel me acaricia la mano.

Ni él ni yo tenemos respuesta a eso.

Cuando el barco sale de la bahía, me meto en el camarote y me tumbo en la cama. He tenido que tomarme una biodramina porque estoy muy mareada. Tumbada en la cama no noto tanto cómo se mueve el barco. En algún momento me duermo con el balanceo.

Cuando abro los ojos, me siento aturdida porque no sé muy bien dónde estoy. El corazón se me para y se me hiela la sangre. No entiendo qué está pasando. Estoy en la misma celda en la que está Isabel. Huelo el olor a podredumbre, la miseria con la que conviven estas mujeres. Me tengo que tapar la boca porque el aire es irrespirable.

—¿Es así como tenéis a una señora grande del reino? Mi nieta está entre toda esta inmundicia. —Isabel se levanta del suelo cuando oye a su abuela. Se peina el pelo con los dedos y se atusa la falda—. Abre esa puerta inmediatamente.

Isabel se abraza a su abuela cuando ella entra en la celda. Junto a ella, viene otra mujer. Creo que es Catalina, su tía favorita, hermana de su senyora avia.

—Hija mía, pero ¿qué te han hecho estos brutos? —La mujer saca un pañuelo para secarse las lágrimas—. ¡Cómo se atreven a tenerte en este lugar tan inmundo! Ni las ratas quieren vivir aquí.

—No lloréis. Estoy bien, senyora avia. Ellas han cuidado de mí. —Señala a las mujeres que contemplan la escena con lágrimas.

Catalina, la tía, se acerca hasta las cuatro mujeres que comparten la celda con su sobrina. En una cesta de mimbre lleva comida, que reparte entre todas las reclusas.

—Os lo agradecemos, vossa mercè —responde Caterina besando las manos de la mujer—. Un verdadero manjar.

—Te vamos a sacar de aquí. —Su tía le enseña una carta que viene firmada por el virrey.

—¿Pero cómo es posible? Nadie sale de aquí —se pregunta Isabel.

—Hemos pagado muchos favores y muchas onzas de oro —responde la tía—. Todo es gracias a Joan y a lo influyente que es. Mossèn Andreu también ha movido sus hilos para sacarte de aquí.

—¿Qué ha sido de mi padre?

Ambas mujeres se miran a los ojos y niegan con la cabeza. Vuelven a aparecer las lágrimas.

—Tu padre murió hace tres meses.

—¿Cómo fue? —Isabel ahoga un gemido.

—La pena pudo con él —responde la abuela.

—No... —Unas lágrimas caen por las mejillas de Isabel.

La abuela abre la boca, pero vuelve a callarse. Las dos mujeres mayores cruzan de nuevo sus miradas cuando advierten que Isabel está embarazada.

—¡Dios santo! ¡Estás otra vez encinta! —exclama la tía.

Ni Isabel ni yo somos capaces de descifrar la expresión que vemos pintada en la cara de su senyora avia.

—Sí, ya son cinco meses.

Antes de que Isabel salga de esta celda nauseabunda, se abraza a las cuatro mujeres que han compartido sus penas y alegrías. Llama a Caterina a un aparte y le entrega el crucifijo de oro.

—Quiero que lo tengas tú. Puede que algún día lo necesites para pedir un favor.

—Os lo agradezco. Sois una buena mujer.

Sigo a las tres mujeres que salen en carruaje de la Casa Negra. Lo hacen con las cortinas echadas. Tanto la abuela de Isabel como su tía permanecen en silencio.

—¿Adónde vamos? —Quiere saber Isabel.

—Vas a tomar los hábitos —responde la abuela.

Siento cómo a Isabel se le paraliza el corazón. Se ha quedado tan blanca como yo.

—No podéis estar hablando en serio.

—Por supuesto que estamos hablando en serio —responde la senyora avia—. El juez de bienes ha convenido con nosotras que es lo mejor para ti. Y dado tu estado actual, no pretenderás volver a casa como si no hubiera pasado nada.

—¿Y qué pensáis hacer con este niño que llevo en mi vientre?

Ambas mujeres se callan y evitan mirarla a los ojos.

—¿Qué vais a hacer con él? —grita Isabel—. Podéis encerrarme en vida, podéis arrebatarme a mi hija, pero jamás podré negar lo mucho que amo a Biel. Lo amo como nunca alcanzaréis a comprender vosotras...

—No nos importa qué sea de ese bastardo que llevas en tu vientre.

—¿Vais a ser capaz de darle la espalda a la sangre de vuestra sangre?

—Calla, calla y no nos sigas avergonzando —ordena la abuela.

—Amo a un judío, sí, y volvería a hacer lo mismo si volviera a nacer. Encerradme donde queráis. Yo lo seguiré amando. Esa prisión no es mejor que la que acabo de abandonar.

—Te equivocas, hija mía, al menos no morirás quemada en la hoguera.

—¿Qué me importa dónde morir si ya me lo habéis arrebatado todo? Aquí moriré en vida.

—El honor de nuestra familia está en entredicho. Tu padre murió de pena —le recrimina la senyora avia—. Has arruinado el futuro de tu hermana. Joan no podrá ser virrey por tu culpa. Están confiscando los bienes de muchos de nosotros. No podemos seguir levantando sospechas.

—Hacéis negocios con los judíos, os enriquecéis gracias a ellos, pero luego no sois capaces de sentar a uno en vuestras mesas. ¡Cuánta hipocresía por vuestra parte! —dice entre dientes—. Ese hombre me salvó la vida, como os la salvó a vossa mercè. No carguéis vuestra ira contra él. Fui yo quien lo sedujo. Él es mucho mejor que todos nosotros.

La senyora avia le levanta la mano, aunque en el último momento la baja y llora desconsoladamente.

—¿Qué pecado cometimos para que seas tan desagradecida?

—Sí, me he enamorado de un judío, pero ¿acaso un judío no tiene ojos? —Empieza a recitar el monólogo de Shilock de El mercader de Venecia—. ¿No tiene manos un judío, ni órganos, proporciones, sentidos, pasiones, emociones? ¿No toma el mismo alimento, le hieren las mismas armas, le atacan las mismas enfermedades, se cura por los mismos métodos?

—¿Estás hablando de que somos iguales a ellos? Eres una insensata. Has perdido la cabeza.

El carruaje se detiene y enseguida llega un chico joven, que les abre la puerta. La primera en bajar es la tía, después la abuela y por último Isabel, quien gira la cabeza hacia un lado. Nos encontramos en el Convento de Santa Clara. Aún recuerdo cuando Isabel auxilió a Gabriel en el patio. Puede que ella esté pensando en esto mismo que yo.

Conducen a Isabel hasta una sala, donde son recibidas por una novicia. Creo que aún no ha tomado los votos de clausura.

—Os estábamos esperando —dice la novicia haciendo una reverencia.

—Llévame adonde tengas que llevarme.

—Lo hacemos por tu honor —replica la senyora avia, mostrando por primera vez duda en su voz.

Isabel no contesta a estas últimas palabras.

—Esto es lo mejor que podemos hacer por ti —señala la tía, acercándose a ella, la abraza y le entrega un anillo de oro con un rubí—. Guárdalo —murmura—. Quiero que lo tengas tú.

—Os lo agradezco —dice con lágrimas en los ojos.

Isabel se despide de las dos mujeres con un beso y acompaña a la novicia hasta otra sala, donde la espera una mujer que bien podría ser la madre superiora. La desnudan, le rapan el pelo y antes de darle una túnica, Isabel se asea en una palangana. Por último la llevan hasta una celda muy pequeña sin ventanas en la que solo cabe un lecho, un balde para hacer sus necesidades y una silla.

Siento que me falta la respiración, como le pasa a ella. Empiezo a sentir su odio hacia los espacios cerrados. Los días y las noches que pasa Isabel en aquella habitación se le hacen angustiosos, al igual que a mí. El cuarto cada vez se le hace más y más pequeño. Apenas puede moverse. Dos pasos de la puerta a la pared y tres de lado a lado. Ella grita para que la saquen de ahí, aunque nadie quiere atender a su súplica. Recibe tres comidas al día. La monja que se la deja, dice haber hecho voto de silencio con la congregación, pero no con ella, porque dice sentirse identificada con ella. Es el único vínculo que tiene con el exterior. Cada vez que viene la hermana Ángela, Isabel y ella se dan consuelo la una a la otra. Al igual que Isabel, Ángela también fue obligada a tomar los votos porque se quedó embarazada de un judío converso. De esto hace ya de nueve años. Ángela le dice que el hombre del que se enamoró fue procesado en el año 1679.

—Me lo arrebataron después de nacer. Ni siquiera pude verle la cara —su voz es apenas audible—. Murió en la Casa Negra.

—Cuando llegue el momento, te ruego que me ayudes. —Isabel saca el anillo que le dio su tía—. Con esto podrás sobornar a alguien para contactar con Biel. Está escondido en casa de su hermana. Nadie sospecha de ella porque está casada con un cristiano.

—Cuando llegue la hora me tendrás aquí.

—Esta niña no tardará en llegar.

—Conozco a alguien que puede ayudarnos. —Su mirada se ilumina.

—¿Confías en esa persona?

—Sí. Él guardará nuestro secreto. Puede sacarnos de aquí.

—No, no podría aunque quisiera. No quiero poner en riesgo la vida de mi hija. —Se toca el vientre—. Además, si me marchara sería la ruina de mi familia. Caería en desgracia y perderían todos sus bienes. Acepto mi condena.

Una noche, después de cenar, Isabel se encoge y tiene dolores en su bajo

vientre. Creo que ha llegado la hora de tener a su pequeña, aunque esta vez está sola. Pasea por la habitación, pero cuando las contracciones se hacen más intensas, se tumba en la cama. Muerde la almohada para que nadie la oiga gritar.

Como cada noche, la hermana Ángela se presenta en la celda de Isabel.

—Ya viene.

—Dime, ¿qué puedo hacer? —Ángela la agarra de la mano.

—Tienes que llamar a Biel. No sé si podré hacerlo yo sola.

La hermana Ángela sale de la celda y regresa después de un tiempo que se me hace eterno. El tiempo sigue pasando y no hay noticias de Biel.

Se escucha el primer gallo de la mañana.

Isabel aprieta los dientes y empuja fuerte.

—Tienes que aguantar un poco más —murmura Ángela en el silencio de la noche—. Biel no ha llegado aún.

Ella vuelve a empujar otra vez.

—No puedo esperar. Noto que ya está aquí.

—Lo estás haciendo bien. Veo la cabeza —dice Ángela—. Biel no tardará en llegar.

Isabel inspira y suelta el aire cuando le viene otra contracción. Ángela le sujeta la cabeza a la pequeña.

—Un último empujón.

—No sé si me quedan fuerzas.

Algo le está pasando, porque está perdiendo el color de su cara.

—Ahora, tienes que empujar.

Tras un último empujón, nace una niña muy pequeña. Isabel la acoge en su pecho y le da calor.

—Date prisa —dice con un hilo de voz—. No quiero que me la quiten. Ellas vendrán y se la llevarán.

Ángela sale de la celda de nuevo. Regresa al cabo de unos minutos acompañada por un hombre y por Biel. No sé cómo han logrado entrar en el convento.

Biel le echa un vistazo rápido.

—No puedo detener esta hemorragia —su voz es apenas un murmullo.

El terror asoma en sus ojos. Sabe que a Isabel no le queda mucho tiempo.

—Llévatela muy lejos. —Veo cómo a Isabel le fallan las fuerzas—. De ella nacerá la mujer que un día contará nuestra historia.

—Hay que darse prisa —le dice la hermana Ángela—. Temo que nos oiga alguna hermana.

Biel la toma en brazos.

—No puedo abandonaros aquí.

—Tendrás que vivir por los dos, por nuestra hija. —Isabel apoya la cabeza en su pecho.

—No me pidáis que os abandone una segunda vez. No sé si seré capaz de soportarlo.

—Podrás hacerlo. —Ella le toca las mejillas—. Ella tiene que vivir para que un día nosotros volvamos a encontrarnos. Su corazón latirá por nosotros.

—Isabel, no os vayáis aún. Robaré el sol para vos.

—Estoy muy cansada. Deja que me marche ya...

—Os amo.

—Adiós, Biel. Sé que nos volveremos a encontrar. —Su voz se va apagando—. Nuestro barco está a punto de partir. Deja que nos lleve la corriente... —me quedo paralizada porque, aunque sé que no es posible, siento que ella me señala— te pido que no lo ames menos de lo que yo lo he amado...

—Sí, querida, nuestro barco está a punto de partir. Al fin salimos de la isla. Duerme, yo velaré tus sueños. —Le besa la frente y la deposita en el lecho—. Esta vez nadie nos detendrá.

Biel le cierra los ojos cuando ella exhala su último aliento. Ángela lo agarra del brazo para salir de la celda.

—Hay que salir antes de que la pequeña rompa a llorar.

Biel echa un último vistazo a la mujer que más ha amado. Después sigue los pasos de la monja que les ha ayudado, con la pequeña en brazos.

Abro los ojos. Estoy llorando. Biel está a mi lado, abrazándome por detrás. Me giro hacia él.

—Se acaba de ir —le digo.

—Lo sé. —Posa sus labios sobre los míos—. Aquí estoy, latiendo por ti. Te prometo que no te amaré menos de lo que él la amó.

Suelto el aire que he estado conteniendo desde que he despertado y me abandono al llanto, porque ahora sé que este viaje lo haremos juntos, porque las olas del mar me han llevado hasta él. Viajamos hacia nuestro futuro.

Capítulo 35

Después de que regresásemos de Mallorca, me pasé parte de las fiestas escribiendo el final de la novela, y por fin puedo decir que está terminada. Ahora la aparcaré un tiempo antes de empezar con las correcciones. Estoy contenta con el resultado, además de con el final de la historia. He tenido ayuda de Biel, ya que cuando él no trabajaba, se encargaba de la comida y de ir a comprar. Ha sido ese ángel que ha cuidado de mí.

El fin de semana después de Reyes, Olivia y Violeta quieren venir a casa de Biel para pasar dos días sin reglas, dos días sin padres. Aún no han venido a recoger los regalos que dejaron los Reyes Magos para ellas. A pesar de que Biel no es el tío de Olivia, ella lo quiere como si lo fuera. De hecho es con la única persona que se quiere quedar cuando sus padres salen algún sábado a cenar.

Romina y mi cuñado aprovecharán para tomarse los dos días sin niña con los que llevan soñando desde hace unos meses. Mario y Silvia, su mujer, también han reservado una habitación en un hotel con spa y masaje incluidos.

Para esta noche hemos pensado en hacer una gran pizza para cenar. Además, yo he hecho un bizcocho de calabaza y he preparado una leche de almendras que me ha enseñado a hacer Carmen. Además, hemos comprado una buena provisión de chucherías, patatas fritas y palomitas para hacer en el microondas.

Mi hermana y Alberto son los primeros en llegar a casa de Biel. Romina trae una bandeja cubierta por un paño de cocina.

Mi sobrina se tira a mis brazos.

—Tita, mamá y yo hemos hecho magdalenas de chocolate.

—No teníais que haber traído nada —respondo, aunque enseguida le digo unas palabras al percatarme de que Violeta hace un mohín—. Aun así, estoy deseando probarlas.

Les doy dos besos a mi hermana y a mi cuñado.

—Mamá dice que son las más buenas del mundo. —Coge una y me la da.

Le pego un pellizco y dejo que se deshaga en mi boca.

—Es cierto —aunque encuentro que están muy buenas, exagero el gesto—, son las mejores magdalenas que he probado en mi vida.

A Violeta se le ilumina la cara y su sonrisa le llega de oreja a oreja. Se toca un diente de la parte de abajo con el dedo índice.

—Tita, ¿sabes que se me mueve este diente?

—Vaya, eso es que te estás haciendo muy mayor.

Violeta se emociona cuando repara en que hay dos paquetes grandes en el comedor, al lado del sofá.

—¿Este regalo es para mí?

Yo me encojo de hombros y chasqueo la lengua.

—No lo sé. Los Reyes pasaron y dejaron estos dos regalos. —La tomo de la mano y la llevo hasta uno de los paquetes—. Si pone Violeta, igual es para ti.

Lo mira con detenimiento.

—¡Sííí! Pone mi nombre. —Me señala una etiqueta.

—Entonces es para ti.

—¿Puedo abrirlo?

—¿Qué te parece si esperamos a que llegue Olivia? Es una niña que tiene tu misma edad.

—Vale, y así lo abrimos juntas.

Mi hermana sale de la cocina con un trozo de bizcocho de calabaza en una mano.

—Te sale divino —dice Romina con la boca llena.

—Ahora no es lo único que cocino. Preparo una lasaña vegetal y unos macarrones muy ricos.

—Habrá que probar esa lasaña. —Le pega otro bocado—. Si me hubieran dicho hace unos meses que aprenderías a cocinar no lo habría creído.

Suelto un bufido.

—Pues sí, podemos quedar el fin de semana que viene con Carmen, que ya ha empezado a caminar con muletas, y así probáis mi lasaña.

El timbre de casa suena. Biel es quien se acerca a abrir la puerta. Se oye otra voz infantil. Olivia pasa corriendo al comedor, con Afrodita pegada a sus pies. Detrás de ella vienen sus padres y Biel.

—El tío me ha dicho que hay un regalo para mí. ¿Dónde está mi perrito?

Los padres de Olivia cruzan sus miradas.

—Me parece que este año a los Reyes se les ha olvidado traerte un perrito

—contesta Silvia.

Violeta agarra el suyo, temiendo quizá que Olivia se lo apropie.

—¿Tú te llamas Olivia? —pregunta mi sobrina.

—Sí.

—Aquí pone tu nombre —señala Violeta—. Y este es para mí.

—Yo también sé leer, ¿sabes? No soy una pequeñaja.

Biel y yo nos miramos. En estos momentos casi me alegro de haber elegido los mismos regalos. Antes de que se tiren al cuello, pego una palmada y les digo:

—Chicas, ¿no queréis abrir los regalos?

Ambas se abalanzan sobre sus paquetes. Olivia es la primera en abrir su regalo. Rasga el papel con una rapidez que me deja sin palabras.

—¡Hala! Lo que yo quería. Es el castillo de Elsa.

—Yo también lo quería. —Violeta hace un mohín porque aún no ha podido descubrir su regalo—. ¡Hala! También es el castillo de Elsa.

—Y también hay un trineo.

—Y Olaf.

—¿Estáis contentas con vuestros regalos? —pregunta la madre de Olivia.

—Sí. Pero ¿cómo sabían los Reyes que yo quería el castillo de Elsa?

—Los Reyes lo saben todo —responde Violeta.

—Oye, ¿jugamos? —pregunta Olivia—. Yo soy Elsa.

—Y yo también soy Elsa —replica mi sobrina.

—Vale, las dos somos Elsa. —La coge de una mano y se la lleva a la habitación donde van a dormir.

—Parece que al final se van a llevar bien —comenta Silvia—. Nosotros nos marchamos. Si pasara cualquier cosa, nos llamas.

—No es la primera vez que me quedo con ella, Silvia —replica Biel—. Ya os podéis ir tranquilos.

—Nosotros también nos vamos. —Romina se lleva otro pedazo de bizcocho de calabaza a la boca.

Tanto mi hermana como Silvia se acercan a la habitación donde juegan las niñas para darles un beso de despedida.

—Portaos bien —dice Romina.

—Y nos comeremos toda la comida —comenta Olivia elevando los ojos al techo.

Cuando se marchan las dos parejas, Biel y yo hacemos varios paquetes de

palomitas dulces y saladas, y además llenamos dos boles con un montón de chucherías. Llevamos uno de ellos a la habitación de las niñas. Mientras las niñas juegan, nosotros vemos una película en la tele. Durante varias horas no se las oye. Han hecho buenas migas y juegan tranquilas. Incluso se han pintado los labios con un brillo que tengo.

A la hora de la cena, ponen la mesa como les hemos pedido. Biel ha tenido el detalle de comprar otro vaso de Elsa para Violeta. Ambas están contentas porque van a comer pizza.

—Yo sé hacer pizzas, a que sí, ¿tío?

—Sí, y salen tan buenas que nos chupamos los dedos.

—Yo también sé cocinar —responde Violeta—. Mamá y yo hacemos muchas cosas juntas.

—¿Os parece que mañana preparemos el desayuno todos juntos? —propone Biel.

—Sí —gritan las dos niñas a la vez.

—¿Podemos ver una película? —Violeta deja caer sus ojos cuando terminamos de cenar.

—No, ya es muy tarde —contesto—. Mañana prepararemos otra vez muchas palomitas y vosotras elegís película. ¿Os parece?

—Vale, pero nos tenéis que contar un cuento —responde Olivia.

Mientras Biel recoge la mesa, yo me llevo a las niñas al lavabo para que se laven los dientes. Ambas se han acostado en la misma cama. Las dos niñas se han puesto de acuerdo y quieren escuchar un cuento de miedo.

—Pero ¿cuánto miedo queréis pasar? ¿Queréis un cuento de esos que tienes que dejar por la noche la luz encendida?

Ellas asienten con la cabeza y se abrazan.

Biel aparece en la habitación vestido de bruja. Tengo que aguantarme la risa porque tanto Olivia como Violeta han pegado un bote en la cama.

—Es el tío —murmura Olivia en el oído de Violeta.

—Ya lo sé, me había dado cuenta —responde mi sobrina abrazada a su nueva amiga.

—¿Es aquí donde hay dos niñas que no tienen miedo? —El tono de Biel es agudo y nasal.

Ambas asienten con la cabeza. Durante unos minutos, Biel les va contando una historia que improvisa con las cosas que le van diciendo tanto Olivia como Violeta. Yo aporto también algún detalle. Antes de que acabe el cuento,

las dos niñas se han quedado dormidas. Les dejamos la luz encendida, como nos han pedido. Eros y Afrodita se quedan a dormir en la habitación de las niñas.

Antes de que Biel y yo nos acostemos, él se quita el disfraz de bruja y se queda desnudo. Contengo la respiración cuando se deshace de mi falda y de mis braguitas. Enredamos nuestras piernas cuando nos tumbamos en la cama. Todo está en silencio, solo se oye el sonido de nuestros besos. Nuestros labios se encuentran una y otra vez, su lengua se demora en mi boca acariciando todos los rincones. Mete las manos por debajo de mi camiseta, alzo los brazos para ayudarle a quitármela. Sus dedos acarician mi espalda al tiempo que su boca apresa mi pezón. Lo oigo gemir cuando mi mano busca su erección y lo acaricio con suavidad. Sus manos abarcan mis pechos. Nuestras miradas se enlazan. Me gusta esta sensación de que sus labios estén a menos de un centímetro de los míos al tiempo que gime. Hundo mis manos en su cabello. Me estremezco cuando me pellizca el pezón. Atrapo su boca y le muerdo el labio inferior. Acaricia mi vientre, baja por mis muslos y se pierde en mi vértice. Estoy húmeda, y alzo mis caderas para acogerlo. Se pone un preservativo. Ambos temblamos cuando se hunde en mí. Nos quedamos unos segundos quietos, saboreando este momento. Deseo tenerlo tan dentro de mí que muevo las caderas para sentirlo más. Nuestras bocas se encuentran en un beso infinito cuando ambos llegamos al clímax. Nos quedamos abrazados, oyendo aún el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas.

Es en estos momentos cuando crees que hay amores que son para siempre, porque hay quienes cruzan todo lo inimaginable para encontrarte, y porque todos los días soy un poco más feliz.

—Hasta mañana. —Biel me besa en los labios.

—Aquí me tendrás —respondo.

Dormir en brazos de Biel y despertarme cada mañana a su lado es lo mejor que me ha pasado hasta ahora. Abro los ojos cuando escucho un ruido que viene de la cocina. Miro la hora en mi móvil. Son las nueve y media y las niñas aún no se han despertado, cosa que me extraña. Sé que a las siete se levantó Biel para sacar a los perros, pero ha vuelto a la cama.

—Solo cinco minutos más. —Me agarra para que vuelva a la cama—. Te aseguro que no te arrepentirás.

—¿Qué me propones? —Me veo reflejada en sus ojos.

—Que te tumbes y te dejes hacer...

Vuelvo a escuchar cómo algo metálico cae al suelo. El ruido viene de la cocina. En un principio había pensado que tal vez se trataba de Eros o Afrodita, pero me parece que las niñas están despiertas.

—Tendremos que dejar esto para luego —me dice con resignación.

Después de vestirnos, Biel y yo vamos a la cocina. El espectáculo que encontramos es... no sé cómo llamar al caos que han montado estas dos en la cocina. Olivia y Violeta están subidas cada una en una silla y le dan vueltas a una masa, que no sabría decir de qué es, con una cuchara de palo. Las dos están cubiertas de harina de arriba abajo, tienen pegotes de Nutella por el pelo y en el suelo hay manchas de leche, dos huevos y azúcar. Eros y Afrodita no tienen mejor aspecto.

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —pregunta Biel con tono grave.

—Estamos preparando el desayuno. —Violeta baja la cara y me mira desde abajo.

—¿El desayuno?

—Sí, ayer me dijiste que podíamos prepararlo —suelta Olivia.

Me tengo que dar la vuelta porque no quiero que me vean reír. Biel me pega un codazo, porque tampoco puede aguantar la risa.

—Estás en tu casa, así que te toca reñirlas a ti —le suelto.

—¿A mí? Yo he sacado esta mañana a los perros.

—Sí, pero tú les dijiste que te ayudarían a preparar el desayuno.

Biel suelta un bufido. Nos giramos hacia ellas.

—Es que no nos sale —dice Olivia sin dejar de dar vueltas a esa masa que parece blandibólú casero.

—Yo quería hacer unas crepes, como hace mamá, pero se me ha olvidado. —Violeta pone un mohín.

—¿A quién se le ha ocurrido la idea? —Quiere saber Biel.

—A ella. —Ambas se señalan.

—O sea, se os ha ocurrido a las dos.

Ellas se encogen de hombros.

—No, se le ha ocurrido a ella —dice Olivia.

—No, se te ha ocurrido a ti. Ahora no mientas.

—Se nos ha ocurrido a las dos. —Ambas vuelven a asentir.

—Pensamos que era una buena idea. —Violeta se retuerce los dedos.

—¿Una buena idea? ¿Vosotras os habéis mirado? —pregunta Biel.

Se encogen de hombros las dos.

—Pero esto se mete en la lavadora —replica Olivia mostrando la parte de arriba del pijama completamente sucio.

—¿Sabéis que os tenemos que reñir? —Aunque Biel se ha puesto serio, noto que está aguantando la risa—. Ayúdame —murmura.

—¿Quién va a recoger la cocina? —pregunto poniendo los brazos en jarras.

Ambas se apuntan con el dedo índice y después se señalan a ellas mismas.

—Tío, escucha un momento. —Olivia se baja de su silla y se abraza a su pierna.

—Chicas, no podéis meteros en la cocina sin decirnos nada y hacer el desayuno. ¿Qué se supone que tenemos que hacer nosotros?

—No lo sé —dice Olivia mirando a Biel con lágrimas en los ojos.

—Venga, coged una escoba cada una y empezad a barrer el suelo. Y después de barrer os quiero a las dos en el cuarto de baño.

Las niñas agarran una escoba. Mientras barren reprimen unas lágrimas.

—Eso es por tu culpa —dice Violeta a Olivia.

—No, es culpa tuya. Yo quería hacer magdalenas de chocolate, que están más ricas que las crepes.

Tanto Biel como yo tenemos que salir al comedor para reírnos.

—¿De qué os reís? —Quiere saber Olivia.

—De nada —le responde Biel—. Seguid barriendo.

Eros reclama una caricia.

—¿Qué monas! —exclamo—. Yo quiero una así. ¿Te imaginas?

Biel se me queda mirando. Asiente.

—¿Y por qué no? —Espera a ver mi respuesta—. Vamos a hacerlo.

Parpadeo y abro la boca.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Claro, lo digo completamente en serio.

Siento que el corazón se me va a salir por la boca cuando Biel me agarra por la cintura y me besa.

—Ya estamos con los besitos —dice Violeta desde la puerta de la cocina y poniendo los ojos en blanco.

Miramos a mi sobrina.

—Sí, una como ella —me dice Biel.

—Sí, una como ella.

Me abalanzo a su cuello para buscar sus labios, porque siento que no podría haber ningún momento mejor que este.

Epílogo

Desde esta mañana estoy nerviosa, y no es porque Afrodita haya parido tres cachorros preciosos. Hoy parece que las horas corran despacio en el reloj. Cuando saco el arroz al horno, escucho cómo abre Biel la puerta de la calle. Esta noche ha tenido guardia, la última durante un tiempo, ya que desde hace unas horas estamos de vacaciones de verano, que pasaremos en Mallorca.

—Papi, papi. —Isabel corre hasta él—. ¿Sabes qué? Ya han nacido los perritos.

—¿Cómo está mi princesa?

—¿Por qué siempre me preguntas lo mismo? Estoy bien.

Han pasado cinco años desde que Biel y yo comenzamos esta aventura, cinco años en los que no me he arrepentido ni un solo segundo de haberme casado con él. Me parece un milagro que nuestra pequeña acabe de cumplir los tres años. Es otra pelirroja más en la familia de ojos verdes y sonrisa radiante.

—¿Cuántos han nacido?

Biel llega al comedor con Isabel en brazos. Antes de que vaya a cambiarse, nos damos un beso. Me demoro en saborear sus labios.

—Hola, ¿cómo has pasado el día? —me pregunta.

—Muy bien. —Me muerdo el labio—. Ahora que acabas de llegar ha mejorado considerablemente.

Isabel reclama su atención.

—Papi, que no me estás escuchando. —Le gira la cara para que la mire a los ojos.

—Perdona, princesa, ¿qué estabas diciendo?

—Son así de pequeñitos y toman teta. —Hace un gesto con las palmas de las manos—. Yo también tomaba teta cuando era pequeña.

Se acercan hasta el capazo donde está Afrodita para acariciarla.

—Mamá dice que son dos perritas y un perrito. ¿Nos podemos quedar uno?
—Isabel le acaricia la mejilla con una mano y deja caer las pestañas varias

veces—. Por fi, papi.

Él busca mi mirada y se encoge de hombros.

—Lo que diga mamá.

Abro la boca, porque no me puedo creer que me haya pasado el marrón a mí. Deja en el suelo a Isabel y viene a darme otro beso.

—Lo siento, no le puedo decir que no —me murmura al oído—. Esta niña hace lo que quiere de mí.

—Cariño —le digo arrodillándome frente a ella—, no nos podemos quedar con ninguno.

—Pero ¿por qué?

—Porque uno es para tu prima Violeta, otro es para Olivia y el último es para...

—La tía Margarita quiere otro —contesta Biel subiendo la escalera.

—Las primas y la tía estarán encantadas de que vayas a verlas.

—Y yo les ayudaré.

—Claro que sí, cariño —contesto.

Mientras Biel se cambia, preparo la mesa. Le digo a Isabel que me ayude a poner los cubiertos y las servilletas. Debajo de la de Biel le dejo un estuche.

—Mami, ¿esta tarde puedo jugar con Andrés?

—Sí, esta tarde iremos a casa de la tía Carmen a jugar y nos bañaremos en la piscina.

—¿Podemos cenar allí?

—Sí, cenaremos allí.

—¡Bien! —Isabel sale corriendo hacia nuestra habitación—. Papi, mami dice que esta tarde vamos a ir a casa de Andrés, y vamos a cenar allí.

Andrés, el hijo de Carmen, llegó casi a la misma vez que mi pequeña. Después de pasar un año de rehabilitación, logró quedarse embarazada. Un mes después de que ella lo anunciara a los cuatro vientos, lo hice yo. Andrés e Isabel se han criado como primos. Hasta nos compramos las dos un adosado en la misma urbanización.

Mi pequeña regresa corriendo al comedor. Lleva un dibujo en la mano. La sigue Biel, que busca mi mirada. Aún me sigue faltando el aliento cuando me pierdo en sus ojos.

—Mami, le he hecho un dibujo al primo —me señala los dos monigotes que ha hecho—: somos él y yo.

—Habéis salido muy guapos.

Ella mueve la cabeza.

Llevo la cazuela de barro con el arroz hasta la mesa. Biel se me queda mirando. Suelo hacer esta comida en contadas ocasiones.

—¿Celebremos algo hoy?

Me encojo de hombros.

—Venga, vamos a sentarnos a comer antes de que se enfríe.

—Mami, yo no quiero eso negro. No me gusta.

—Lo sé, Isabel, sé que no te gusta la morcilla —respondo mirando de reojo a Biel.

Saca el estuche que he dejado debajo de su servilleta.

—Ábrelo —le digo.

—¿Qué es?

Destapa el misterio. Sus ojos me dicen lo mucho que ha deseado que llegara este momento y se acerca hasta mí. Se arrodilla, besa mi vientre y después me mira a los ojos.

—Estás embarazada.

Asiento con lágrimas. Nos besamos con calma. Sigo pensando que amar a Biel era la única opción que tenía.

—Sí, de ocho semanas.

—¿Qué pasa, papi? —Se cuela entre nosotros y ya la siento en mis rodillas.

—Pasa que mamá está esperando un bebé. Dentro de unos meses tendrás un hermanito.

—Y si es una hermanita, ¿le puedo poner yo el nombre que quiera?

—Sí, claro —respondo.

—Yo quiero que se llame Catalina, como la *nonna*.

—Sí, si es una niña se llamará Catalina.

Suelto un suspiro, porque este puzle en el que se convirtieron nuestras vidas al fin está completo. Biel le dio la magia que necesitaba mi vida, porque él es amor. Y como prometió hace años, me ama como jamás pensé que lo haría nadie.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com